

TIERRA

UNIDAD DE RESTITUCIÓN DE TIERRAS



TIERRA

UNIDAD DE RESTITUCIÓN DE TIERRAS

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural

Ministro de Agricultura y Desarrollo Rural

Rodolfo Enrique Zea Navarro

Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras Despojadas

Director General

Andrés Castro Forero

Subdirectora General

Marcela Morales Calderón

Secretario General

Yair de Jesús Soto

Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

Luisa Fernanda Molina

Diseño y diagramación

María Teresa Suárez Ramírez

Zayda Quevedo Mogollón

Edición

Dominique Rodríguez Dalvard

Ilustraciones recetas

Liliana Sánchez

Ilustraciones personajes

María Teresa Suárez Ramírez

Unidad de Restitución de Tierras

www.urt.gov.co

Bogotá D.C., 2022

LA RESTITUCIÓN DE TIERRAS, UNA POLÍTICA DE ESTADO

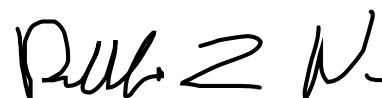
Es un orgullo presentar este libro que recoge lo que ha significado la restitución de tierras como una de las políticas públicas más ambiciosas y concretas para la reparación de las víctimas de despojo forzoso y la consolidación de la paz territorial en Colombia. Creada gracias a la Ley 1448 de 2011, este mecanismo se constituye en el reconocimiento de que la tierra es, quizá, el mayor factor de bienestar y felicidad de un individuo o una comunidad y, por tanto, el motivo de que se haya producido tanto dolor en quienes la perdieron injustamente a causa de la violencia. La Ley de Víctimas y Restitución de Tierras fue creada para que fuera ejecutada durante diez años a partir de su firma. Hoy, justo después de una década de implementación, se hizo claro que la tarea era de tales dimensiones que fue necesario solicitar una ampliación de la vigencia por un periodo idéntico; fue prorrogada hasta 2031, fecha en la cual la meta es restituirles las hectáreas de tierra que faltan a sus legítimos dueños.

Como Ministro de Agricultura y Desarrollo Rural estoy convencido de la necesidad de potenciar el campo hacia su máxima fertilidad, siendo este sector el que puede garantizar algo tan esencial como la alimentación de Colombia. También, es preciso hacer conciencia de que la economía campesina debe fortalecerse y que debemos darles a esas manos cultivadoras las herramientas suficientes para que puedan vivir dignamente de la tierra, hasta convertirse, si lo desean, en emprendedores rurales que inviten a las nuevas generaciones a quedarse en sus veredas, mejorando cada día su calidad de vida.

Y esto es lo que ha venido sucediendo con la restitución de tierra en Colombia. En estos años de implementación de la Ley hemos logrado consolidar un modelo de equidad que está resultando eficaz para el desarrollo rural. No solo estamos restituyendo la tierra, sino que de la mano de la estrategia PDET, de desarrollo microfocalizado y territorial, estamos ocupando las zonas que durante décadas estuvieron más apartadas y abandonadas por culpa de la violencia, y así, garantizándoles a los beneficiarios, áreas seguras y con una apuesta estatal en vías y desarrollo de infraestructura. Es nuestra manera de evidenciar el compromiso con la paz.

Nada va a garantizar de una manera más sostenible la paz territorial que el trabajo campesino bien pago. Es por ello que nos interesa apoyar la producción rural y desde la estrategia de Agricultura por Contrato logramos articular a campesinos e industria para que realicen acuerdos de comercialización que les permita crecer a ambos.

En estas crónicas resumimos, desde la perspectiva de los campesinos restituidos, una política de Estado que muestra la satisfacción del regreso a la tierra, seguro y productivo. Cada una de estas historias, aunque únicas, es la representación de lo que miles de personas ya gozan gracias a que la justicia falló a su favor.



Rodolfo Enrique Zea Navarro,
Ministro de Agricultura y Desarrollo Rural

REGRESAR A LA TIERRA

TIERRA es un libro y dos temporadas de documentales producidos por la Unidad de Restitución de Tierras en todo el país. Es nuestra manera de ponerle rostro a una política de Estado que, gracias a la Ley 1448 de 2011, de Víctimas y Restitución de Tierras, decidió reparar a sus víctimas y, en particular, a quienes fueron despojados forzosamente de sus tierras. Es un proceso único en el mundo y que ha sido ponderado como ejemplo a seguir en distintos escenarios de posconflicto, como el surafricano, dada su clara apuesta por la reparación, la reconciliación y la justicia. Hemos acompañado a miles de campesinos en ese camino, tantas veces difícil, de recuperar la tierra que cultivaron y pisaron en el pasado y que, por cuenta de una guerra inmisericorde, los hizo huir de ella. Ver regresar a los campesinos a sus hogares, con tantos años más encima, es ser testigo de cómo vuelven a florecer esos tallos que son sus cuerpos y que se habían secado de la tristeza. No hay nada más emocionante que estar allí, con ellos. Por eso estas crónicas, para que cada uno de ustedes pueda sentir lo que nosotros.

Restituir la tierra ha sido un reto complejo y mucho más lento de lo proyectado, razón por la cual fue necesario prorrogar su vigencia hasta 2031. No solo nos hemos topado con el obstáculo de la falta de actualización catastral de las tierras en Colombia, asunto que hemos tenido que ir resolviendo en tiempo real, sino también con una alta informalidad de la tenencia de la tierra lo que ha dificultado la construcción de los casos de restitución. Sin embargo, ambos asuntos nos han hecho articularnos, mientras hacemos trabajo de campo, con el IGAC –ente responsable de la ubicación satelital de cada predio en Colombia– y la Superintendencia de Notariado y Registro –para entregar escrituras a quienes antes vivían de palabra–, así como implementar métodos de recolección de la información del tipo de cartografías sociales y documentales; un trabajo que nos llevó en el año 2022 a asumir un nuevo rol como Gestor Catastral, en el que la entidad aportará su amplia experiencia técnico-jurídica y una sólida base de inventario territorial que ayudará a la consolidación del catastro multipropósito del país.

Así mismo, hemos presenciado los estragos de una guerra que empobreció al campo y, así, encontramos en algunos de los predios a restituir a ocupantes que usaron esa tierra para poder sembrar y sobrevivir. Entendimos que esta política no es blanco y negro. Durante esta administración se diseñó una guía para la atención a terceros y, desde ese momento, se adelanta un esfuerzo significativo por parte de la entidad para mejorar la atención y los mecanismos de identificación y caracterización de los terceros en el proceso.

Con cada uno de los restituidos hemos tenido que ir aprendiendo sobre la marcha cómo mejorar el proceso. Todo en aras de que los beneficiarios de restitución de tierras cuenten con casos sólidos que impidan cualquier nueva vulneración de sus derechos, pues nuestro objetivo es evitar a toda costa una doble victimización en personas que padecieron el desarraigo.

Lo cierto es que, más allá de todo lo que ha significado restituir la tierra a nivel legal, es increíble ver el efecto que ello produce en las comunidades. Estudios, como uno realizado por la Universidad de Los Andes en un seguimiento que le hizo a la política por varios años, han logrado demostrar la reducción de la pobreza en estas comunidades campesinas restituidas dado el acompañamiento que les hemos hecho, tanto en apoyo económico como técnico. Es la siembra real de la esperanza y una cosecha fértil de la confianza en nuestra justicia. Es la transformación del territorio y la consolidación de redes de personas resilientes y con el deseo pleno de recuperar el tiempo perdido. También, de su apuesta por creer en las posibilidades del futuro.

Durante estos últimos años, tuvimos logros importantes en materia de restitución, como que se hayan incluido dentro de las sentencias, no solo el regreso de la tierra, sino la ordenes que mejoran la calidad de vida de nuestros campesinos como sanear las deudas que tuvieron esos predios, apoyo psicosocial, educativo, electrificación rural y vías, así como un apoyo tanto técnico como económico por dos años de parte la Unidad, para activar un proyecto productivo siguiendo la vocación agrícola de los beneficiarios. Para este último punto creamos un sello, Frutos de la Restitución y Manos Ancestrales, para comercializar los productos de los restituidos, tanto campesinos como comunidades étnicas. Creemos profundamente en lo que están haciendo y cómo se están reapropiando de sus territorios, por lo cual queremos apoyarlos en lo que más podamos.

Pero ninguna enumeración será tan contundente como las propias historias y los testimonios de quienes han sido restituidos. De allí nuestra apuesta por producir esta serie documental y este libro de crónicas acompañadas de apetitosas recetas con los productos que salen de esta tierra tan profundamente significativa. Esperamos se conmuevan tanto como nosotros y descubran, así, este país de gente maravillosa y ejemplar.



Andrés Castro Forero
Director de la Unidad de Restitución de Tierras

HISTORIAS QUE NARRAN UN PAÍS EN BUSCA DE LA RECONCILIACIÓN

TIERRA empezó siendo una serie documental. La producción de más de dos docenas de capítulos en los territorios de algunos de los beneficiarios de la Ley 1448, de Víctimas y Restitución de Tierras. Fue la manera de mostrar, de primera mano y con los campesinos restituidos como sus propios relatores, la eficacia de esta política estatal de reparación. Ir a sus predios, ¡llegar a ellos! y descubrir un paisaje que para cada uno de los beneficiarios se llenó de emociones, de añoranza del regreso, así como entender el sentimiento de desarraigo y, en muchos casos, de perdón. Pero sobre todo descubrimos cómo se encarna la resistencia. Vimos, además, lo que verdaderamente representa la tierra para un campesino, que no solo deriva su sustento de ella, sino que la llama hogar. Y también, fue la oportunidad para revisar, caso por caso, cómo aconteció hace décadas la guerra en el país y los estragos sociales y económicos que produjo en sus miles de desplazados.

Rápidamente nos percatamos que convertir estas historias en un libro de crónicas permitiría, también, consignar estos testimonios en el memorioso papel y, así, dejar que las palabras llenaran a cada uno de estos campesinos devueltos a la vida. Dos registros de un mismo hecho que, sin embargo, se siente distinto y complementario en cada uno de los soportes. Además, en el libro le sumamos un ingrediente: la invitación a una serie de cocineros comprometidos con la tierra a producir o rescatar una receta con los distintos productos que están cosechándose en esos territorios recuperados. Una oda al sembradío, a los fogones y a esa cocina regional que nutre la despensa de nuestro país.

Este proyecto es una pequeña radiografía del campo colombiano y de lo que le ha representado la restitución de tierras. En cada una de las historias vemos cómo, a pesar de haber perdido tanto, en vidas, confianza, economía y tiempo, hay una potencia en el espíritu humano que impulsa la vida y le permite resistir. Se encontrarán numerosos ejemplos del empoderamiento femenino que, aunque en muchos

casos es producto de la viudez o de la pérdida de algún hijo, sobresale como una fuerza irrefrenable, y refleja su sentido del cuidado y de la protección amorosa no solo de su familia sino de su comunidad. Veremos, igualmente, los liderazgos innatos de muchos de los restituidos que han logrado volverse voces determinantes en la transformación actual de sus territorios, así como los arraigos de pueblos enteros que decidieron apostarle al retorno. También, los efectos de violencias como las minas antipersonales, el reclutamiento forzado o los cultivos de uso ilícito contrapuestos a una necesidad imperiosa por volver a vivir, sustituir y sembrar de sus víctimas.

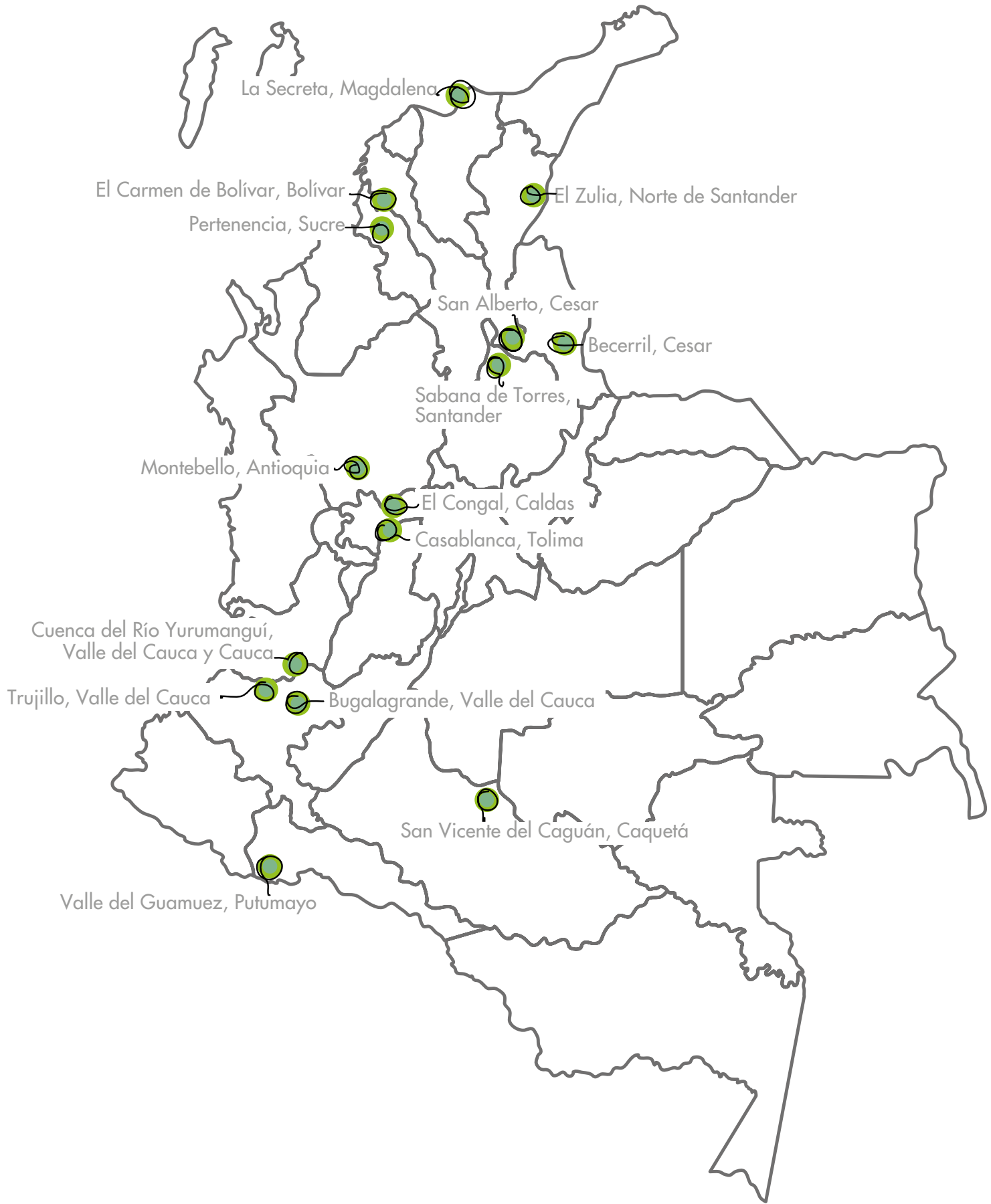
O el recuento de un segundo ocupante de cómo es que compró una tierra en medio del conflicto, resistió sus embates y la vivió y sembró para luego tener que sufrir una solicitud de restitución en esa tierra que se volvió suya y puso a producir con sus propias manos. Además, unas crónicas que dan cuenta de particularidades geográficas e idiosincráticas en donde la recuperación del bosque seco o la crianza de un animalito como el cuy, les devolvieron la identidad a sus habitantes. Y una afirmación permanente del sentido de familia, solidaridad y deseos de salir adelante, y crecer.

Se trata de historias de vida, cada una más increíble que la otra. Una muestra de lo que son los campesinos colombianos, generosos y determinados, compasivos y resistentes, ambiciosos y capaces, cuidadores. Ejemplo de vida y memoria en pleno de quienes sufrieron las injusticias de una guerra que no pidieron vivir.





La grabación de la segunda temporada de TIERRA, como la implementación de la política pública en 2021, se vio atravesada por dos circunstancias que hicieron de su producción y puesta en marcha una proeza: la pandemia del Covid-19 y el escalamiento de una violencia en algunas zonas del país que intentó amenazar el proceso de restitución. Pese a ambas circunstancias, de una gravedad notable dada la necesidad de pisar el territorio, no se frenó la tarea.









No permitimos que la zozobra, tantas veces sentida por los protagonistas de estas historias, nos invadiera y, como ellos, nos decidimos a seguir creyendo en las posibilidades del retorno de los legítimos dueños de las tierras. Para ello, reforzamos la intervención territorial de la mano de la Fuerza Pública y activamos la demanda electrónica para hacer más accesibles los procesos, así como activamos sesiones virtuales con los magistrados de restitución para no torpedear el normal desarrollo de sus etapas de investigación y juzgamiento. Adicionalmente, el equipo de producción no emprendió viajes hasta no tener el esquema de vacunaciones completas para no poner en riesgo a ninguno de los beneficiarios, teniendo en cuenta, además, que muchos de ellos son adultos mayores.

La restitución de tierras llegó para quedarse. Es una reparación concreta y real que les transforma la vida a las familias que creyeron haberlo perdido todo, así como un compromiso del Estado para empezar a sanar las heridas que el despojo de tierra ha producido. Con estas historias de vida contribuimos a explicar, desde la voz de sus protagonistas, algunas de las causas de la violencia relacionadas con la tierra y el brutal efecto del desplazamiento forzado. También, abogamos por recuperar la esperanza en un país que decidió reparar a estas víctimas más allá de las coyunturas de los gobiernos de turno. Las caras y miradas de cada uno de estos beneficiarios de restitución de tierras son la prueba fehaciente de que podemos seguir creyendo.














ÍNDICE

-  **EL EXILIO DE RICAURTE BADILLO**  **13**
RICAURTE BADILLO
San Alberto, Cesar
-  **LA FUERZA DE IRENE**  **21**
IRENE MONTAÑEZ
Sabana de Torres, Santander
-  **EL SECRETO DE UNA COMUNIDAD**  **28**
SILVER POLO
Ciénaga, Magdalena
-  **LA DULCE JULIA**  **35**
JULIA MERIÑO
Chengue, Sucre
-  **LA REINA DE LA COLMENA**  **42**
TOMASA CALONGE
El Carmén de Bolívar, Bolívar
-  **EL RENACER**  **48**
ROSA MARÍA SORACÁ
Becerril, Cesar
-  **CORAZÓN VALIENTE**  **53**
NELLY MADRID
Montería, Córdoba
-  **LA BONITA MARGARITA**  **59**
MARGARITA FERNÁNDEZ
El Carmén de Bolívar, Bolívar
-  **BUEN AJÍ**  **66**
ANDRÉS CASTRO
La Camila, Valle del Cauca
-  **QUERER VOLVER**  **71**
FABIÁN CIRO
Montebello, Antioquia
-  **LA VIDA QUE ME PERTENECE**  **76**
ORLANDO RUIZ
Morroa, Sucre
-  **EL FRUTO MADRE**  **83**
RODRIGO LOZADA
San Vicente de Chucurí, Santander
-  **EL LATIR DE UN RÍO**  **90**
MARGARITA FERNÁNDEZ
Yurumanguí, Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí, Valle del Cauca y Cauca
-  **EL HOMBRE DE LA MONTAÑA**  **96**
EFRAÍN PENCUE
La Danta, San Vicente del Caguán, Caquetá
-  **LA FAMILIA**  **103**
MARÍA JIMÉNEZ
La Palma, Cundinamarca
-  **MUJERES DEL PÁRAMO**  **108**
SILVIA MONTILLA
Tangua, Nariño
-  **TREMENDA MORENA**  **114**
MARÍA DEL PILAR ESPINAL
Bugalagrande, Valle del Cauca

- 
VENCER EL MIEDO 121
 WILSON BETANCOURT
 El Congal, Samaná, Caldas
- 
CAMPO JOVEN 129
 FAMILIA TOBÓN
 Montebello, Antioquia
- 
EL VICTORIOSO 135
 JAIRO ALBÁN
 El Tablón de Gómez, Nariño
- 
Y VOLVER, VOLVER, VOLVER 140
 RODRIGO ARIAS
 Ocaña, Norte de Santander
- 
SABOR A MÍ 145
 SEGUNDO CHITÁN
 Valle del Guamuez, Putumayo
- 
LECCIONES DE RESISTENCIA 150
 CLARA GLADYS CARRILLO
 Trujillo, Valle del Cauca
- 
TODOS UNIDOS, SIEMPRE UNIDOS 156
 AMALIA ROA LEÓN
 El Zulia, Norte de Santander
- 
APRENDER A CAMINAR 164
 KELMER AUGUSTO CARDONA
 Casabiamca, Tolima

R E C E T A S

- 
MOTE DE QUESO 171
- 
AJIACO DE CARNE SALÁ 172
- 
COSTILLAS DE CERDO AL HORNO CON ADOBO DE PANELA, YUCA FRITA Y AJÍ DE LECHE 175
- 
POLLO CAMPESINO GUISADO CON FRIJOL VERDE Y MAÍZ 176
- 
CREPES DE TRIGO SARRACENO CON MIEL 178
- 
BATIDO DE CACAO Y BANANO 179
- 
PONQUÉ DE CAFÉ CON CARDOMOMO 180
- 
HIDROMIEL 182
- 
CEVICHE DE AHUYAMA CON MAÍZ TOSTADO 183
- 
SANCOCHO COSTEÑO TRIFÁSICO 185
- 
ENÑAMADO DE DOÑA DIGNA 188

●	— MOUSSE DE CAFÉ A LA TÉCNICA DE VAPOR CALIENTE	189
●	— SANGO DE BOLO	190
●	— CAFÉ EL POLO	191
●	— SALSA DE AJÍ	194
●	— TAMAL DE PIANGUA	196
●	— DULCE DE FRUTO DEL ÁRBOL DEL PAN	197
●	— MEDALLÓN BASTIDAS CON SALSA DE PIMIENTA VERDE	199
●	— TIRADITO DE TILAPIA Y YACÓN	201
●	— PASTELES DE ZULIA	203
●	— CREMA DE AGUACATE TOLIMENSE	204



Serie TIERRA en YouTube
EL EXILIO DE
**RICARTE
BADILLO**



Proyecto productivo de ganadería doble propósito. San Alberto, Cesar.

EL EXILIO DE RICAURTE BADILLO

TIENE RASGOS
ALGO AINDIADOS,
PELO CORTADO A RAS,
OJOS VERDEAZUL
Y POTENTES BRAZOS
CON LOS QUE LANZA
LA RED DE PESCA
O ENLAZA A LAS
VACAS DESDE SU
CABALLO PARDO.



RICAURTE FUE RESTITUIDO EN SAN ALBERTO, CESAR, EN EL 2017.

Frunce el ceño ya que todo se lo queda pensando y mira hondo con esos ojos que han visto tanto. Porque su historia empezó mucho antes de estas fechas, mucho. En 1992, cuando, por cuenta de la violencia, tuvo que emprender el exilio de la tierra que había cultivado y trasegar durante 25 años antes de poder retornar a su hogar.

Habla pausado. Pero no se calla nada. Rasgos de un líder como el que decidió ser desde finales de los años 80 cuando, junto con su comunidad, decidieron

asentarse en unas tierras baldías o recuperarlas como hablan los miembros de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. Éstas pertenecían a la familia Guerrero, de Bucaramanga, pero al no pagarles impuestos por años, le dieron suficientes argumentos al Incora (Instituto Colombiano de Desarrollo Rural) para que 40 hectáreas de las 680 que ostentaban sin uso en la vereda La Carolina pudieran ser utilizadas por un grupo de campesinos en busca de un terreno para vivir y cultivar y, así, poder alimentar a los suyos.

Es de recordar que desde su origen en 1967, la asociación política y social de la ANUC había

nacido como medio de los campesinos asalariados, pobres y medios, para reivindicar al trabajador agrícola y elevar su calidad de vida, sacándolos del atraso y la pobreza, y para lo cual determinó que la tierra le debía pertenecer a quien la trabajaba, proponiendo con esta intención fundacional hacer una “reforma agraria integral y democrática”. Abogaban, entre otras cosas y a manera de justicia histórica, que debía expropiarse, en favor del campesinado, a la gran propiedad terrateniente del país, así como a las grandes concesiones que le habían otorgado los gobiernos, por años, a empresas multinacionales para la explotación del suelo. Por supuesto, esta iniciativa no fue vista con buenos ojos por muchos, lo que puso a la organización, cuando se recrudeció la violencia en Colombia, en la mira de los violentos.

Y esa amenaza llegó, inevitablemente, a la puerta de Ricaurte Badillo. Como presidente de la junta de acción comunal de su vereda se convirtió en objetivo de guerra. Peor aún, a su compañero vicepresidente, Isidoro Angulo, lo encontraron asesinado a los alrededores de la finca *Los Comuneros*, casi como un presagio terrible de lo que se les venía pierna arriba a los defensores de los derechos de los más vulnerables y luchadores por las tierras.

“En el año 1992 nosotros teníamos ya nuestro título -recuerda Ricaurte-, pero, sin embargo, no nos olvidamos de la guerra sucia que había alrededor porque a nosotros nos parcelaron habiendo violencia”

Estas palabras ponían de presente uno de los temas más complejos sobre la tierra en Colombia, ¿a quién le pertenece? y ¿cómo se hizo a ella? Estas ambigüedades sobre la propiedad se volvieron recurrentes porque en el país las parcelas se negociaron, por décadas, verbalmente. Entregas de palabra y linderos establecidos a ojo hicieron de la trazabilidad de la tenencia de la tierra un ejercicio complejo, que, sumado a una búsqueda de control del territorio por parte de grupos al margen de la ley, permitió que muchos se aprovecharan de vacíos legales y otros forzaran, en un pasado trágico, desplazamientos para apropiarse de la tierra.

Por esta razón, la actualización del catastro rural que se viene adelantando desde hace algunos años en Colombia a través del Instituto Colombiano Agustín Codazzi (IGAC), herramienta fundamental para la reparación de las víctimas del conflicto, ha sido uno más de los aportes de la Unidad de Restitución de Tierras. Ésta logró construir un instrumento pericial y de actualización de la información predial eficiente, que, junto con su titánica tarea de elevar procesos jurídicos con suficiente documentación probatoria, está volviendo realidad el sueño de que regresen a sus tierras los dueños que la trabajaron y adquirieron legalmente.

Volviendo al pasado, Ricaurte y sus vecinos supieron darle un nuevo aliento a esa tierra fértil cesarense que pisaron finalizando la década de 1980. De ser un rastrojo que apenas servía como lote de engorde de algunas vacas, estos campesinos la pusieron a trabajar rápidamente, como sabían hacerlo desde siempre. Pero, al tiempo que la tierra empezaba a echar frutos, también empezaron a brotar otros actores que cambiarían el curso de la historia feliz de esta comunidad.



Ricaurte Badillo, beneficiario de restitución de tierras.

Mientras Colombia vivía la peor crisis energética de su historia en ese año de 1992 en el que el país se apagó desde las 5 de la tarde durante meses, estos campesinos poco o nada resentían este cambio que removió al país y que hizo que adelantáramos nuestros relojes una hora para aprovechar la luz solar.

“Sí, había(n) apagones eléctricos, lógico, el racionamiento -cuenta el líder-, pero nosotros a la hora de la verdad casi no nos enterábamos. A no nos interesaba eso, a nosotros nos interesaba era el progreso y surgir dentro del campo, porque inclusive allá ni siquiera nos molestaban los apagones, nos molestaba, de pronto, era que alguien, cualquier grupo viniera a molestarnos...”

Marco Fidel Suárez, vecino del sector, también de recio carácter como su querido Ricaurte, cuenta que una de esas noches donde ya se empezaba a sentir la inminencia de la fatalidad, se levantó a orinar, a la una o dos de la madrugada cuando, de repente, oyó innumerables voces y ruidos.

“Eran el Ejército y la Policía detrás de los árboles, escondidos, mirando, porque ya habían denunciado que los grupos al margen de la ley permanecían acá... ¿qué pasaba? Nosotros estábamos en medio de esa situación, por eso empezó la inconformidad de nosotros como tal...”

Efectivamente, como lo relata el periodista sanalbertesense Álvaro Lora, “muy cerca de acá está ubicada la Serranía del Perijá, allí prácticamente esa zona era el albergue de grupos armados al margen de la ley. El desplazamiento fue total, mucha gente decidió abandonar su territorio, porque en aquella época el que no hacía parte de la guerrilla pues entonces decían que era de los grupos paramilitares y, así, sucesivamente”.

La estigmatización empezó a pesarles a estos campesinos que sentían cómo los estaban utilizando como carne de cañón de un control territorial en donde ellos parecían ser los que sobraban.

Los grupos armados los citaban “a reuniones” en las que les informaban quién mandaba en el territorio y donde no podían sino bajar la cabeza y asentir. Quien no iba a estos encuentros se convertía en señalado y ay de quien los confrontara.



Yo expresé mi inconformidad en una de esas reuniones del 19 de noviembre de 1992 y yo le dije ‘mi hermano ¿sabe una cosa? Usted y yo somos igualitos, igualitos, ¿sabe qué lo hace a usted más que yo? Eso que tiene en sus manos–le dijo a Marco señalando el arma que tenía consigo– ‘Ay, ¿qué me quiere decir?’, y yo le dije ‘pues averígüelo’, entonces sentenció ‘mañana 20 de noviembre no lo quiero ver aquí’ y yo le respondí ‘tranquilo papá, ahí le dejo su tierra, mi nombre es Marco y mi apellido es Suárez. El resto no es nada’.

Siguió, inevitablemente, Ricaurte, con igual talante que su compañero. Empezó a oír que como ya habían matado al vicepresidente de la junta de acción comunal, “ahora tocaba darle en la cabeza al Presidente, a mí. Un supuesto guerrillero me puso la pistola en la cabeza en la sede de Sintraproaceites y 15 días después volvió y me la colocó en el mismo predio, en la misma escuela donde estaban los estudiantes y los que me salvaron fueron ellos, entonces ya ahí se llenó la taza, yo dije ‘no, yo tengo que irme, porque ya no aguanto más’”. Malvendió su tierra por 4.300.000 millones pesos y emprendió la huida.

Todo se empezó a enrarecer y el miedo se apoderó de la comunidad de San Alberto. Rogelio Güiza, líder sindical de la región, es enfático al contar que, en ese entonces, para las personas que ejercieran algún tipo de dirigencia o liderazgo solo había tres opciones: apartarse de esas actividades, desplazarse o morir. “Estamos vivos de milagro –cuenta– y esa vez pues la gente le tocó desplazarse porque...”, y se apura a hacer un gesto de corte en el cual queda claro que se refiere a morir. Y lo reitera Álvaro Lora, el periodista: “en aquella época ejercer un liderazgo en representación de la comunidad era sinónimo de una lápida en la espalda”.

De esta forma, en ese año de 1992, Ricaurte Badillo tuvo que abandonar su tierra precipitadamente sin poderse llevar todas sus vacas. Con su esposa Luz Marina González, que estaba embarazada en ese momento y sus tres hijos pequeños más, el súbito desplazamiento fue toda una odisea. Fueron años en los que se trasladaron de un lugar al otro, intentando sobrevivir. De la vereda La Carolina, en el municipio de San Alberto, en el sur del Cesar, se desplazó con su familia hacia el corregimiento de Santa Inés, por la vía a Ocaña, en el nororiente del país. Luego, partió a Tamalameque, en el departamento del Cesar y, después de seis años, se mudó a Aguachica, donde montó un restaurante con el que no le fue bien. Finalmente, en el 2009, Ricaurte volvió a San Alberto, donde compró una hectárea de tierra para establecerse allí. Regresó, porque la tierra jala.



Luz Marina González y Ricaurte Badillo, beneficiarios de restitución de tierras.

Y en esas se enteró, por Marco Fidel Suárez, que el Gobierno Nacional había expedido la Ley 1448 de 2011, de Víctimas y Restitución de Tierras, con la cual quienes habían tenido que dejar forzosamente sus terrenos por causas del conflicto, a partir de 1991 podrían recuperarlos.

“Me llamó y me dijo ‘¡Badillo! salió una ley, ¿Qué si te le mides a esa ley para luchar?. ‘Yo le dije de inmediato, de una, para mañana es tarde!’”

Y así, recogió su espíritu luchador, ese que puede hibernar a la fuerza, pero nunca apagarse, y emprendió la recuperación de sus parcelas abandonadas en 1992 y la representación de su comunidad en la búsqueda de sus propios predios. Se hizo vocero de la Mesa de Tierras del municipio de San Alberto y, empezó a conocer con detalle los alcances de la Ley y lo que deberían hacer para reclamarlas.

No perdió el tiempo. Para el 1º de diciembre de 2011, ya estaba presentando ante la seccional de la Unidad de Restitución de Tierras de Bucaramanga la solicitud de inscripción de sus dos predios en el Registro de Tierras Despojadas y Abandonadas Forzosamente.

Una vez inscritos, Ricaurte instauró acción de restitución de tierras ante el Juez Civil del Circuito Especializado en Restitución de Tierras de Valledupar, Cesar. Allí, con el estudio de las reclamaciones por parte de la Dirección Territorial del Magdalena Medio, empezó el proceso judicial de la Ley 1448.

Después de recaudar las pruebas necesarias, lo que significó verificar los datos de las personas que fueron despojadas de sus tierras u obligadas a abandonarlas, comprobar la relación que éstos tenían con los predios objeto de despojo u abandono, así como estudiar el período en el cual se ejerció influencia armada sobre el predio y el vínculo entre el despojo y los hechos victimizantes de conformidad con el artículo 75 de la Ley, el proceso fue remitido al Tribunal Superior del Distrito Judicial de Cartagena, Sala Especializada en Restitución de Tierras, que mediante una sentencia del 9 de diciembre de 2016, ordenó reconocer el derecho a la restitución de tierras del reclamante, incluyendo a su esposa, medida que busca evitar que los hombres despojen a sus compañeras del beneficio.

¡RICAURTE HABÍA GANADO!

Y así, un cuarto de siglo después de lo sucedido, en su tierra, en su hamaca, lee con emoción el documento que le devolvió el alma al cuerpo: “Procede la Sala a dictar sentencia que en derecho corresponda dentro del proceso de restitución y formalización de tierras sobre el predio denominado *Parcela número 25 Villa Luz y lote 25A*. Ordena que se proteja el derecho fundamental de la restitución de tierras de los señores Ricaurte Badillo Jaraba y Luz Marina González Soto y su núcleo familiar, al momento de los hechos victimizantes y, en consecuencia, se ordena la restitución jurídica y material de los predios *Parcela número 25*”.

Pero la sentencia no vino sola. Primero, frente a las personas que estaban viviendo en sus predios cuando regresó, profirió medidas de protección transitorias en calidad de segundos ocupantes que no lograron demostrar su buena fe exenta de culpa, pero que presentaron condiciones de vulnerabilidad y vivían de la explotación del predio reclamado.

“Me sentí contento –cuenta Ricaurte– puesto que para un líder como yo despojar una persona sin ninguna compensación para mí iba a ser más grave”

Asimismo, el Tribunal le ordenó al municipio de San Alberto la exoneración de pasivos de los predios restituidos, al Ministerio de Protección Social brindarle asistencia médica y sicosocial a la familia y al SENA, seccional Cesar, capacitarlos técnicamente.

No podía contener las lágrimas y la voz se le secó ante las cámaras en el acto de restitución. Badillo, el hombre fuerte, el defensor de su comunidad, cuando recibió su tierra tan dramáticamente arrebatada por la guerra tantos años antes, simplemente quedó mudo de la emoción. Ese sentimiento, además, se le quedó pegado al cuerpo y le es inevitable sentir nostalgia al recordarlo.

Y HABÍA MÁS.

Lo que seguía ahora era poner a andar esa tierra. Porque el objetivo de la Unidad de Restitución de Tierras es que esta reparación sea sostenible y no un espejismo de felicidad. Que le devuelva al campesino no solo su título, sino que le dé las herramientas y el capital necesarios para que éste pueda volver a surgir.

Y como Ricaurte ya era ganadero antes de ser desplazado y el propio predio estaba adecuado para dicha explotación, se desarrolló con él un proyecto de ganadería doble propósito, es decir, que diera leche y carne. Para ello, la Unidad invirtió \$31,2 millones en ocho vacas paridas y un toro reproductor, así como para el mantenimiento de cercas y la elaboración de un corral ganadero cubierto.

El acompañamiento técnico ha sido permanente y el resultado no se ha hecho esperar. Hoy, su familia vende leche a diario, lo cual le permite generar ingresos mensuales que les garantiza seguridad económica.

“Eso es un impulso, porque muchas personas no teníamos ni siquiera con qué empezar y que le hayan dado esa inyección, por así decirlo, para que uno echara un poquito hacia delante, para empezar a tener algo, entonces es halagador y gratificante a la vez”

cuenta Boris, el hijo veinteañero de Ricaurte y que Luz Marina llevaba en la panza a la hora de la huida. Al mismo tiempo, construyeron un pozo para la extracción de agua, esto, para darle de beber al ganado y también para desarrollar un proyecto de piscicultura, porque Ricaurte se soñó con un criadero de peces. Esta iniciativa alterna hacía parte del elemento de seguridad alimentaria que también se implementó con estos restituidos y en donde

se elaboró una huerta de pancoger, plantaciones de plátano, maíz, yuca y el estanque para criar cachamas y mojarras. La comunidad de La Carolina, por su parte, quien otrora fuera desplazada, también se ha visto beneficiada y está empezando a producir queso. La Unidad está acompañando a sus restituidos en la comercialización de sus productos, identificando compradores potenciales y ayudándoles a establecer las rutas de compra. Quieren conformar una asociación campesina cuyo trámite Ricaurte está liderando. Él, ni corto ni perezoso, sigue asesorando y orientando a otras familias víctimas que también están en proceso de restitución.

Hoy, él recorre su tierra con fiereza. De la mano de su esposa y acompañado de sus hijos y sus nietos. Le regresó la vida. Como al río San Alberto, que dejó de ser el cementerio que fue durante aquellos años oscuros y hoy es el descansadero de los habitantes de un pueblo que volvió a sonreír.



Ricaurte Badillo, beneficiario de restitución de tierras, cabalgando de nuevo en su predio restituido.

Serie TIERRA en YouTube
LA FUERZA
DE **IRENE**



Proyecto productivo de búfalos. Sabana de Torres, Santander.

LA FUERZA DE IRENE

IRENE MONTAÑEZ MARTÍNEZ ES UNA DE ESAS MUJERES QUE LO DEJAN A UNO BOQUIABIERTO, POR SU FUERZA, PERO TAMBIÉN POR LA ENORMIDAD DE SU CORAZÓN Y POR LA CERTEZA DE SUS CONVICCIONES.



ELLA COMO BUENA SANTANDEREANA, LLEVA LAS RIENDAS DE SU HOGAR, DIRIGE, COORDINA, MANEJA LA PLATA, CRÍA A LOS HIJOS Y AHORA A LOS NIETOS, LO CONTROLA TODO, SIEMPRE LO HA HECHO.

Desde que su papá le enseñó a trabajar desde niña, a vérselas sola “porque de aquí a mañana usted se casa con un flojo y le toca mantenerlo”, cuenta con gracia. Y, bueno, no dio con un flojo, pero sí con un marido que se fue pronto de la casa y que la dejó con cuatro muchachitos por su cuenta. Con todo, ella no es una mujer de rencores y lo recuerda como

el fundador del hogar, aquel que le dio nombre a ese sueño de finca llamado Los Cocos, uno que nunca se imaginó que la llevaría del infierno al cielo de vuelta.

Esta pesadilla con final feliz, aunque con episodios muy poco felices, arrancó en 1996, en el joven municipio de Sabana de Torres, Santander, en pleno Magdalena Medio, un territorio cargado de riquezas naturales y minerales que cruza los departamentos de Caldas, Antioquia, Santander, Bolívar, Cesar, Cundinamarca, Boyacá y Tolima. Por eso mismo, un corredor estratégico que se puso en la mira de los violentos. Y en el medio, quedó, como tantas otras, la familia de Irene.

Ya desde comienzos de los años 90 del siglo pasado se empezó a sentir miedo en esta tierra petrolera en donde Irene tenía vacas a las cuales ordeñaban en familia desde las dos de la mañana para alcanzar a entregar la leche cruda para la venta, media hectárea de guayaba roja, cosecha de coco y en su patio bastantes gallinas, también cría de cerdos, y patos, cuyos huevos comercializaba para obtener un ingreso adicional.

Nadie lo dijo, nadie lo decretó, pero Sabana de Torres se apagaba a las seis de la tarde. Todos se recogían en sus casas y por las calles no se veía ni un alma. La propia Irene, que vivía a tiro de caballo del pueblo, contaba que ya en 1993 cuando iba al casco urbano “uno salía y ya quería era ir directamente a la caja y pagar su compromiso (e) inmediatamente hacer el mercadito y piérdase, porque se sentía mucho temor”.

No era para menos. Los actores armados empezaron a marcar el territorio.

“Primero llegaron los unos que sí se sentía presión, claro, después llegaron los otros y ya se sentía el doble de presión”

Así lo recuerda Samuel Afanador, hijo de Irene, sobreviviente de una guerra que nunca se les declaró a ellos, los campesinos, pero que vivieron en carne propia.

El reconocido periodista Darío Arizmendi lo recuerda como si fuera ayer: “el Magdalena Medio toda la vida ha sido un polvorín, y en esa época peor, las fuerzas militares de Colombia estaban muy desguarnecidas, no tenían ni los helicópteros, ni los aviones, ni el pertrecho, ni las armas que se necesitaban para hacerle frente a una violencia múltiple, porque la violencia colombiana ha sido un monstruo de varias cabezas, guerrilla del ELN, guerrilla de las FARC, guerrilla del EPL y a eso agréguele grupos paramilitares, y grupos de narcotraficantes que ejercían violencia y presión sobre la ciudadanía”.

Presión que se volvió realidad. Irene recuerda cuando regresando a caballo de Papayal, un pueblo vecino de su finca, se topó con un armado que le dijo: ‘yo soy fulano de tal del grupo fulano, necesito su cédula, ¿usted quién es y dónde vive?’, le dije ‘Señor, yo soy la dueña de la tierra Los Cocos, soy tal’ y le di la cédula y me dijo ‘sepa señora que este grupo va a entrar aquí a cuidarlos y a ver de ustedes, pero ustedes van a quedar comprometidos con nosotros, conmigo, de pagarnos 500.000 pesos mensuales’ Omaira, hija de Irene que vivía en Bucaramanga cuando esto sucedió, cuenta que ese fue el comienzo del fin, porque su mamá, con su temperamento de a mí nadie me va a quitar lo que yo he trabajado con mis propias manos, se negó a pagar esa vacuna.



Irene Montañez, beneficiaria de restitución de tierras.

HASTA QUE LLEGÓ EL ESPANTOSO 14 DE MARZO DE 1996.

Los patrullajes nocturnos que empezaron a hacer los hermanos Afanador en la finca, dada la hostilidad que se sentía por esos días, no sirvieron de nada. Los armados se metieron a Los Cocos. Y todo fue precipitado y violento. Agarraron a Pedro y a Samuel y, Daniel, apenas vio un instante de oportunidad, salió corriendo con tan mala suerte que lo impactó una bala por la espalda. La matazón siguió. El turno fue para Pedro. Irene, aterrada, veía la escena de la destrucción de su familia. En un segundo que se hizo eterno, mientras uno de los hombres pateaba a Samuel en el piso y lo encañonaba, el arma se le trabó, así que éste aprovechó la confusión para pegarle en el pie, liberarse brutalmente y salir corriendo. Lo mismo hizo Irene que recuerda que solo un pensamiento se le atravesó por la cabeza:

Escapa por tu vida, escapa por tu vida
y ya la tercera vez me dijo ¡ESCAPA
POR TU VIDA!

Y corrió en medio de la oscuridad y fue a dar a un pantano. “Yo solamente me agarré de unas raíces (dentro) del agua –recuerda– y como que me metí más debajo del árbol y me acosté y dejé un pedacito de la nariz para yo respirar, por este rotico respiraba y yo escuché cuando traquearon los zapatos aquí para abajo y yo calladita, no respiraba”. No la encontraron. Como tampoco dieron con Samuel que recuerda que ningún vecino le tendió la mano, así que se perdió en el campo para buscar un alambre de púa lo suficientemente tensado para poder reventar la cuerda que amarraba sus manos. Al día siguiente se dio a la búsqueda de su mamá y cuando la encontró cerca de ese pozo estaba paralizada y traumatizada.

ALLÍ TOMARON LA DECISIÓN DE IRSE DE LOS COCOS.

Héctor David Suárez, defensor de derechos humanos de Sabana de Torres, explica que “les tocaba muchas veces con la ropita que tenían puesta salir, irse y no volver, qué cuento de ollas y animales, nada de eso, dejar todo abandonado y salir al sol que más alumbre a buscar refugio en otros lugares. A finales de los 80 y principios de los 90, (muchos de) mis vecinos se fueron y nunca volvieron y así por todo el casco urbano y así en muchas de las veredas, gente que nunca volvió”.

Exactamente así, Irene y Samuel huyeron de su propia tierra y llegaron a la casa de Omaira en Bucaramanga. El mayordomo quedó a cargo del terreno para que cuidara el ganado, pero poco pudo hacer frente a los armados y, más bien, les advirtió a sus patrones que no se les ocurriera bajar porque los estaban buscando para matarlos. Con todo, la matriarca no se varó. “Yo en la ciudad me volví vendedora ambulante, yo preparaba ayacos, preparaba empanadas, papas rellenas y tenía un carrito de esos de niños y salía a vender”. Samuel, por su parte, se metió de guardia de seguridad residencial. Pero como los estaban acechando, la anhelada calma duró poco. Tuvieron que trasladarse de Bucaramanga a Cúcuta, y de regreso, cada dos meses. Acompañándolos desconsolada, la procesión por sus hijos asesinados iba por dentro. Y por fuera: “Yo no hacía más sino llorar como una loca”. Así pasaron 15 años.

Hasta que Omaira, mientras veía el noticiero del Senado, oyó que se acababa de aprobar la Ley 1448 de 2011, de Víctimas y Restitución de Tierras. Corrió a contarles a su mamá y hermano, pero Irene, descreída y enferma del corazón, de la pura tristeza, en un primer momento se quedó pasmada. En cambio, Samuel se informó sobre todo lo que tenían que hacer para regresar a la tierra que les habían arrebatado injustamente, y se lanzó al ruedo. “Ni se creía que el Estado fuera a llegar a hacer esto... (a hacer) justicia de esa manera”, cuenta Samuel quien, con sus hombros levantados, hace el gesto de peor era no intentarlo.

Así que el 24 de septiembre del 2012, la familia se animó a iniciar el proceso de recuperación de su predio. Irene presentó la solicitud de inscripción de la finca en el Registro de Tierras Despojadas y Abandonadas Forzosamente y, luego de su estudio por parte de la Dirección Territorial de la Unidad de Restitución de Tierras del Magdalena Medio, fue aceptada. Una vez concluida esta fase de la etapa administrativa, la Unidad ayudó a la familia a iniciar el proceso judicial presentando la demanda de restitución ante el Juez Civil del Circuito Especializado en Restitución de Tierras de Barrancabermeja y allí se adelantó toda la investigación. Con todas las pruebas recaudadas durante varios años, el proceso fue remitido al Tribunal Superior del Distrito Judicial de Cúcuta, Sala Especializada en Restitución de Tierras y, en la sentencia del 28 de noviembre de 2016, ordenó reconocer a la demandante el derecho a la restitución de su predio. Los Cocos volvía a su dueña.

“Yo ese día que supe que había ganado yo lloré – confiesa Irene–, le digo que para mí fue como si hubiera nacido de nuevo, yo lloraba de alegría y fui (y) abracé a los que vinieron, les dije ‘mire, Dios los guarde, los acompañe, que yo no tengo cómo darles a ustedes tanta gratitud por lo que ustedes han hecho (por) mí’”. Y lo propio le pasó a Samuel:



Irene Montañez, beneficiaria de restitución de tierras.

Pero zafarse de la desconfianza no fue fácil. Esos primeros días apenas retornados a su hogar, los hermanos Samuel y Omaira se sentaban a vigilar durante toda la noche cualquier movimiento extraño. Ella con un palo, él, con un machete. Hasta que el miedo se terminó esfumando y la preciada tranquilidad volvió.

La Unidad de Restitución identificó en esta zona dos grandes requerimientos de esta familia: la necesidad de implementar un componente de seguridad alimentaria, así como de equipamiento de la finca. Y esos fueron, justamente, los beneficios adicionales que incluyó la sentencia de restitución de Los Cocos para la familia Montañez:

La cancelación de los impuestos y servicios públicos pendientes, a cargo del municipio de Sabana de Torres. Les dio acceso al Fondo de Financiamiento del sector agropecuario para créditos y beneficios del Fondo Nacional de Garantías. Solicitó, también, incluir a la familia en programas de atención sicosocial y salud integral a las víctimas, educación y en proyectos de estabilización económica. Y, por último, ordenó la priorización para obtener el subsidio de vivienda, solicitud que actualmente está en trámite ante del Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio.

“Eso es uno volver como a nacer, volver otra vez a... vivir. Es algo muy grato”

La familia no cabía de la dicha. Y, así, renovado el ánimo, se dio al renacimiento de Los Cocos. Como Samuel durante el desplazamiento había conocido el trabajo con búfalos y apenas regresó le ofrecieron ordeñar a estos animalotes, vio que las

condiciones de la finca eran muy propicias para el desarrollo de un proyecto doble propósito de este tipo de ganadería.

Efectivamente, la crianza de búfalos en el Magdalena Medio, por la humedad de sus terrenos, es una de las actividades agropecuarias que más vuelo ha cogido en los últimos años. La domesticación de estos animales ha permitido, además, cumplir el objetivo de que éstos proporcionen leche y carne.

Así que al tener su predio zonas inundables y jagüeyes para el baño de las búfalas en época de verano, era el proyecto ideal para implementar allí. Se hizo la adecuación del corral, así como se le dio a la familia una báscula para el pesado de los animales y del ganado y la entidad se fijó en que la finca cumpliera con los requisitos para cumplir con un proyecto productivo.

Y así, a inicios de 2019, la Unidad de Restitución de Tierras le entregó a Irene \$31,2 millones que, en un primer desembolso, se utilizaron para sembrar una huerta de pancoger que asegurara la seguridad alimentaria de la familia y de las especies menores que tienen –las gallinas y pavos a los que adora–, para adecuar un reservorio de agua y hacer un sistema de riego. También, se les entregó una fumigadora y adquirieron una báscula de pesaje de ganado mecánico-digital. Luego, al mes, entró el saldo para hacerle mantenimiento al corral y para adquirir 14 búfalas y un búfalo reproductor, así como la contratación de mano de obra para el mantenimiento de las praderas. El acompañamiento técnico a la familia por parte de la Unidad les permitió fortalecer sus capacidades técnicas y productivas, así como socioempresariales y ambientales; se hace para que los beneficiarios puedan darle sostenibilidad a los proyectos. De esta forma, Irene y Samuel

hoy producen 60 litros de leche al día que están comercializando, así como están criando novillos para la venta.

Todo empieza a regresar a la normalidad. Y con ella se puede, por fin, llorar a los muertos en paz. Omaira recuerda que cuando ellos estaban pequeños, su papá encargó 50 palmas de coco y le dijo a cada hijo que le ayudara a sembrarlas en la finca: “mi papá nos enseñó que a la palma de coco la siembra un niño por su inocencia –cuenta– así que para el 30 de abril del 2019, cuando se nos hizo la entrega del proyecto productivo, también hicimos un acto simbólico con las palmas de coco y se dio un cierre a la muerte de mis hermanos y (nuestros hijos) sembraron las palmas de coco”.

IRENE SABE LO QUE ESTO SIGNIFICA

“Es un recuerdo de (que) un día hicimos una promesa delante de Dios y yo doy gracias por todas las cosas que he pasado sobre esta vida en la tierra, porque son 60 años de trabajo mío. Aquí acabó la vida (con) mi esposo, acabé mi vida, para dejarles a los hijos y a los nietos algo para ellos, por eso yo no permito de ninguna manera salir de esta tierra. Porque es mi vida, es la vida de mis hijos, es el matrimonio que hicimos con mi esposo, entonces no tengo nada más sino la misericordia de Dios en esta tierra y la amo, la amo de corazón, porque es mi trabajo”



Nicoll Estefany y Leshli Afanador, nietas de Irene Montañez, beneficiaria de restitución de tierras.

Serie TIERRA en YouTube
EL SECRETO
DE UNA
COMUNIDAD



EL SECRETO DE UNA COMUNIDAD

HABÍA UNA VEZ UN SECRETO. ESE SECRETO ESTABA EN UN LUGAR AL QUE NADIE SABÍA CÓMO LLEGAR. TENÍA UN ENTORNO DE ENSUEÑO, UNA MONTAÑA, CUYA CIMA ERA MÁS FRESCA Y DESDE DONDE SE VEÍA EL MÁS BONITO ATARDECER DEL MAR CARIBE.



ABAJO, ALLÁ ABAJO, EL MAR MOJABA SUS PIES.

En sus valles, enormes cultivos de plátano, y en sus faldas, de café. Crecían el cilantro, el maíz, el tomate y la gente vivía feliz. Hasta que el 12 de octubre de 1998 dejó de ser el paraíso porque fue descubierto por los hombres violentos. El suelo sangró y La Secreta lloró.

La montaña a la que pertenece esta vereda con historia triste es, ni más ni menos, que la Sierra Nevada de Santa Marta, en el departamento del Magdalena, y ese mar que la baña, es el océano

Atlántico salado que acaricia la población de Ciénaga. Quienes eran unos veinteañeros al final de esa década terrible de los 90 del siglo anterior, recuerdan haber pasado una infancia preciosa en esas tierras privilegiadas, a las que les crecía de todo por tener suelos térmicos desde los 900 hasta los 1.300 metros sobre el nivel del mar. Cuenta el historiador Guillermo Henríquez Torres que sus pobladores, huyéndole a la violencia conservadora de los años de 1950, se establecieron en las estribaciones de la Sierra, subiendo por los ríos Frío, Sevilla y Fundación y que éstos eran, principalmente, campesinos. Lo que no sabían es que la violencia de la que huyeron, regresaría por ellos.

“

Señores y señoras del mundo, me han contado que el día que la vereda La Secreta nació, la gente era unida y todos compartíamos como familia; un día, el conflicto armado llegó a nosotros y lo quebrantó, llegamos a pensar que no íbamos a sobrevivir, hoy en día queremos para la vereda La Secreta es que la violencia no se vuelva a repetir”

*Guillermo Henríquez Torres,
historiador.*

Una gran piedra con este mensaje nos recibe hoy allí con su memoria intacta. Pasaría un tiempo duro para que ese deseo se volviera realidad.

Porque lo cierto es que La Sierra Nevada de Santa Marta, tan bien situada, tan fértil, tan privilegiada con su frondosa belleza y agreste acceso, favoreció en aquellos años del siglo anterior el interés de muchos ojos non sanctos que vieron en ella un lugar estratégico, a caballo entre el mar Caribe, La Guajira y Barranquilla, para formular sus planes de expansión económica a través de la siembra de cultivos de uso ilícito.

Como siempre, frente a los planes criminales se atravesaban los civiles, colonos y campesinos, malditos por vivir en una tierra bendita. Y padecieron las consecuencias que llevaron a que generaciones enteras se perdieran. “Esa violencia acabó con la cultura de Ciénaga –recuerda el historiador Henríquez Torres–, muchos jóvenes, que antes estaban en grupos de danza, se fueron a grupos armados; se acabó el Carnaval, se desplazó para Barranquilla y la música también se perdió y la casa de la cultura desapareció”. También sus pobladores empezaron a ser señalados como colaboradores de los grupos irregulares y, en consecuencia, se convirtieron en objetivo militar.

Ya del 90 en adelante se presenta un grupo armado diciendo que ellos van a tomar la región porque la van a defender. Al comienzo nadie le paró bolas, pero ya después ellos sí comenzaron a tensarnos la tuerca, como dicen por ahí, teníamos que hacer lo que ellos decían, porque eso era obligatorio, confirma Adalberto Zamora, también historiador de Ciénaga. Esa situación los puso, a todos, contra la pared.

Hasta que llegó aquella noche del 12 de octubre de 1998 que se alargó infernalmente hasta la madrugada del 13 y dejó un saldo de 13 personas asesinadas. Según el antiguo Registro Único de Población Desplazada, en ese año salieron de Ciénaga y sus riveras 1.010 personas desplazadas, por hechos que fueron documentados en los noticieros como la Masacre de La Secreta y La Unión.

Se ha logrado establecer que esta incursión de los grupos armados no solo tenía el propósito de amedrentar a la población, sino también de expulsar de sus tierras a los campesinos. Cerca de 100 personas tuvieron que salir precipitadamente de sus veredas y asentarse en Santa Marta, Fundación y el casco urbano de Ciénaga. Ese fue el caso de muchísimas familias, entre las cuales, la de Silver Polo, Hortensia Chinchilla y Ana Mercedes Castillo.

De hecho, esta última simboliza la tragedia que padeció La Secreta porque fue, justamente, en su casa donde sucedió la masacre. Su padre, madre, un tío, su hermano mayor y 9 trabajadores de la



Silver Polo, beneficiario de restitución de tierras.

finca fueron muertos a sangre fría aquella noche de octubre. Ana Mercedes era apenas una jovencita cuando todo esto ocurrió. Tenía 16 años y, mientras mataban a su familia, ella agarró a sus hermanos menores, de 10 y 8 años, y a unas trillizas de meses de nacidas y se volaron por la ventana del cuarto donde los habían encerrado –de hecho, las trillizas son las más jóvenes beneficiarias de la Ley de Restitución de Tierras, como menores de edad. Se lograron salvar de la matanza de milagro y a partir de ahí tuvo que asumir un papel recién impuesto de “mamá” de la fragmentada familia. Para ella, como para nadie, fue sencillo volver a empezar.

Fue también el caso de Silver Polo que llegó precipitadamente con sus papás a Cartagena. A todos les fue difícil encontrar un lugar porque, como campesinos, poco les ofrecía una ciudad. Así que, después de unos cuantos años de búsquedas infructuosas, se devolvieron al casco urbano de Ciénaga y él terminó “tirando machete” en la zona bananera. Pero ese oficio, aún no sería lo suyo.

CORRÍA EL AÑO DE 2004.

No eran años tranquilos, pero con todo y el riesgo que ello significaba, la familia Chinchilla –Francisco, Hortensia y sus 10 hijos–, regresó a la finca, allá en el alto de La Secreta, a falta de ninguna otra posibilidad para alimentarse. Desgraciadamente, al tener que

convivir con los armados como les tocó hacerlo, un día apareció asesinado Francisco. Hortensia, entonces, se encontró viuda, analfabeta y con 10 menores de edad. Desolada, tuvo que aprender a ser la cabeza del hogar.

Lastimosamente, las desmovilizaciones de los grupos de autodefensas, iniciadas en Colombia en 2003, no alcanzaron a salvarle la vida al padre y esposo de la familia Chinchilla. No obstante, cuando la comunidad de La Secreta sintió y vio con sus propios ojos la partida de estos grupos ilegales de sus tierras, lo celebró como una gran noticia, porque las cosas se empezaron a calmar. Esto animó a que algunos de sus miembros se atrevieran, poco a poco, a retornar a las tierras de las que salieron corriendo en el 98. Y fue allí, justo allí, cuando Silver Polo descubrió su verdadera vocación. Se convirtió en el abanderado de su comunidad.

En aquel que se iba echar al hombro esa idea difícil de devolverle a la gente la confianza en sí misma y en su inmensa fuerza para resistir a las adversidades. Por eso, cuando oyó en 2012 de la promulgación de la Ley 1448, emprendería una lucha más, esta vez, para lograr la restitución de sus tierras.

Así, no solo dio inicio al proceso administrativo y judicial que implicaba recuperar el predio de su papá, sino que tomó las riendas para acompañar a sus vecinos a que hicieran lo propio. Afianzaba con ello, al líder que había nacido para ser.

De esta forma, luego de todo el proceso administrativo, en el que se inscriben las solicitudes y se desarrolla la investigación de antecedentes del predio así como la historia de violencia de la región, siguió la etapa judicial, en donde los jueces estudian todo este material y establecen si el demandante puede recibir su terreno de vuelta. En el caso la vereda La Secreta algunas de las sentencias que se profirieron fueron colectivas, dada la naturaleza asociativa de esta comunidad, así como otras fueron individuales, como fue el caso del propio papá de Silver Polo.

“

Me motivó el tema de la creación de la Ley –recuerda este hombre con nombre de superhéroe– y empecé a ilustrarme un poco sobre ese tema y vi que teníamos herramientas muy importantes para poder reclamar nuestros derechos y de ahí se fueron dando las cosas, llegó la Unidad de Restitución de Tierras y en una jornada se le tomó la solicitud a mucha gente que no había retornado aún, y así empezaron los procesos

”

*Silver Polo,
beneficiario de restitución de tierras.*

Para él resultaba fundamental, casi como un deber de física dignidad, entablar esta batalla legal por la recuperación de los títulos de propiedad de la comunidad, pero también que todas las familias se volvieran autosostenibles y productivas, que recuperaran la riqueza de quien sabe que la tierra a la que ama le da lo que consume.

Con esta certeza del alimento brindado durante tanto tiempo por esta montaña, convenció a sus vecinos de que se asociaran para ser más fuertes. Si habían sido cafeteros antaño, volverían a serlo. Si la tierra les daba frutas y hortalizas como un regalo de Dios, tendrían que rendirle tributo cosechándolas. Y la miel llegaría a sus vidas también. A todo esto se dedicó Silver en esos años que le devolvieron la vida. Y, claro, se la pusieron en riesgo, pero él trata de no quedarse en ello, sino en todo lo otro. Justamente, de esa perseverancia nacieron tres asociaciones, Agrosec, con familias productoras de café, Arohofrusec, con familias productoras de frutas y hortalizas y Apisecreta, con familias productoras de miel.

Pero la genialidad de Polo consistió en hacer que todos los miembros de la comunidad se asociaran a las tres organizaciones y así, que cada cual tuviera en sus tierras un poco de café, frutas, hortalizas y miel, delicias que les devolverían la abundancia de la que alguna vez habían gozado. Frente a este



Silver Polo padre y Silver Polo hijo, beneficiarios de restitución de tierras.

emprendimiento social que ya era notable en esta población, la Unidad de Restitución de Tierras no se quedó atrás: para mediados de 2020, y como otra de las medidas de reparación de su misión humanitaria, esta había invertido en proyectos productivos en la zona más de 2.500 millones de pesos.

Y es que en este tipo de comunidades organizadas es donde la cooperación internacional ha entrado a brindar un apoyo invaluable que se sella en confianza.

Allí, en La Secreta, el gobierno de Suecia, como financiador de proyectos y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), como ejecutor, hacen presencia territorial y trabajan de la mano con la Unidad de Restitución de Tierras.

Precisamente, en el marco de la estrategia Redes Locales de Integración Productiva (RLIP), liderada por la Unidad y la FAO con todo el acompañamiento técnico requerido, se instalaron en la vereda 10 apiarios con 300 colmenas, que derivó en la asociación especializada en miel, Apisecreta. Es un gana gana para todos.

“

El caso de La Secreta y Silver Polo es uno de los primeros casos del Consejo Noruego que viene acompañando todo el proceso de restitución de tierras. Empieza con empoderar a la comunidad y que ésta, con un liderazgo pueda llevar esto para adelante. Una comunidad empoderada es tener un liderazgo muy fuerte y Silver Polo es un ejemplo de eso ”

*Christian Visnes,
Director del Consejo Noruego para Refugiados*

Así que desde incluso antes de que empezaran los procesos judiciales para la restitución de los títulos de propiedad de las tierras de esta comunidad, todo un encadenamiento productivo se estaba gestando en La Secreta.

Las matas de café empezaron a producir una fruta de las mayores calidades como lo asegura Juan Pablo Campos, fundador de Lohas Beans, una firma exportadora de café:

“Los cafés de la parte norte de la Sierra Nevada de Santa Marta, en el departamento del Magdalena y aquellos que están frente al mar Caribe, tienen unas condiciones muy particulares y con unas características aromáticas muy interesantes y las primeras organizaciones con las que entro en contacto en el 2010 directamente es Agrosec en La Secreta y empiezo a vincularme como un aliado comercial, como un comercializador de los cafés de Agrosec, a mercados internacionales, específicamente Japón”.

Vemos que se lo han tomado muy en serio esto de ser empresarios, como lo recuerda Silver: “Agrosec toma fuerza cuando empieza a verse la producción de todos esos proyectos productivos y ya la producción era mayor, ya nosotros estábamos hablando de más de 150.000, 200.000 kilos entre todos”.

Negocios que se refuerzan con contratos sustanciosos, como el que firmaron con la Federación Nacional de Cafeteros, de 105.000 kilogramos de su café 100% orgánico.



Edison Toscano y su nieto, beneficiarios de restitución de tierras.

Este caso de Ciénaga y de la familia de La Secreta es de las dinámicas más interesantes e importantes de la restitución en Colombia. Ellos ya venían con proyectos productivos, particularmente de café y de frutales, y en ese escenario también se instalaba la apicultura; nos vino muy bien poder trabajar conjuntamente con ellos y poder situar el tema del cuidado del bosque, el cuidado y el mejoramiento de sus cultivos y de la flora en función de la actividad productiva apícola

*José Gómez,
Especialista de Proyectos
Productivos de la FAO*

haber visto florecer a Hortensia Chinchilla. De aquella viuda desamparada ya nada queda. Del dolor aprendió y éste la hizo más fuerte, la impulsó para educarse y para sacar adelante a su numerosa prole. Hoy él dice que es una empresaria del campo. “Hacen una reunión y me dicen -relata ella misma- ‘la señora Hortensia ya es una señora diferente de tiempo atrás’, porque yo era una señora que no hablaba, yo era tímida, yo como no sabía, ni conocía el dinero, no sabía... yo apenas aprendí a firmar mi nombre, pero fui aprendiendo y aprendiendo y ya soy una señora más... ya hoy bajo al pueblo yo sola y soy luchadora y sigo para adelante”.

La Secreta reverdece. Dejó de ser un secreto pero, hoy, ya no tiene que esconderse.



Serie TIERRA en YouTube
LA DULCE
JULIA



LA DULCE JULIA

TIENE CLAVADO UN DOLOR
QUE LE AHONDA LA VOZ.
ESOS OJOS SUYOS, TAN
INTENSOS, SE ENCIENDEN
DE RABIA Y TRISTEZA CUANDO
RECUERDA LO QUE FUE
Y LO QUE PERDIÓ. PERO
TAMBIÉN LO HACEN,
YA DE ALEGRÍA,
POR LO QUE PUDO
VOLVER A SER.

ES JULIA MERIÑO, LA “MADRE MIEL” DEL CORREGIMIENTO DE CHENGUE, EN SUCRE.

En pleno Montes de María. No obstante, para entender lo que esto significa tenemos que irnos atrás, bien lejos en el tiempo, a esos años difíciles de 1997, cuando la guerra acechaba a los campesinos en medio de sus parcelas, atemorizándolos, arriconándolos y estigmatizándolos como colaboradores o pertenecientes a los grupos armados ilegales que invadieron por tantos años esa tierra bella y fértil del norte del país. Esta mujer de

abundante cabellera era una persona tranquila, todavía intenta serlo, pese a que la vida le robó un poco de esa paz que cargó por años encima. Cada día es su oportunidad de volver a ser feliz, y lo sabe, así que lo busca. Nacida en este corregimiento que se encuentra en la parte alta del municipio de Ovejas y que fue fundado hace más de 150 años, se sabe que los primeros en poblar dicho territorio fueron las familias Oviedo, Meriño –apellido de nuestra protagonista–, López y Barreto. Dicen que llegaron en el año de 1870 y cuentan los más viejos que los motivos de haberse ubicado en este lugar fue la búsqueda de agua para sembrar y criar animales para su sustento.



Julia Meriño, beneficiaria de restitución de tierras.

Al encontrarla en abundancia establecieron un caserío de unas 80 viviendas construidas en bahareque, madera y, un poco más adelante, en material.

Pero una cosa es importante en este recuento. Al haber sido la fundación de Chengue anterior al sistema registral del país, este pueblo se quedó sin registros notariales, lo que por décadas no fue un problema, pues al existir tantos y tan fuertes lazos de familiaridad entre los miembros de la comunidad, esto llevó a que la posesión u ocupación de las tierras se transmitiera de generación en generación sin causar molestias entre sus pobladores. Las contrariedades llegarían luego, cuando las codicias por la tierra –y su falta formalización una oportunidad para los ilegales– empezaría a aparecer como rastros de esta guerra nuestra.

Julia se enamoró temprano de Henry, hijo de Julio Peluffó, quien había heredado un terreno que desde que todos recuerdan se llamó El Desengaño. Era un predio grande que en 1988 don Julio le vendió al Incora para que le fuera adjudicado a varios parceleros de la zona y reservó 51 hectáreas para establecer allí su vivienda y cederles parcelas a sus cinco hijos para que las trabajaran. A Henry, esposo de Julia, le correspondieron cinco hectáreas. Un año después de esta venta, el patriarca falleció y sus hijos se quedaron explotando las tierras como lo había establecido su padre.

Y así fue. Julia y Henry, que vivían en el casco urbano, madrugaban todos los días y muy a las 5 de la mañana caminaban los 10 minutos que los separaban del terreno para ir a cultivar el aguacate, el plátano, el ají, la yuca, el ñame y los árboles frutales que les daban de comer. También, con la leche de sus cinco vaquitas, se hacían apetitosos quesos en la cabecera municipal. Y cuando estaban listos los cerdos, todo era fiesta. Su prosperidad era la abundancia y la generosidad de la tierra. Así mismo la del pueblo, de donde salían camionadas de aguacate, yuca y ñame para todo el país.

Además de su rol como agricultor, a Henry lo llamaba también el liderazgo comunitario. Por nombramiento del Municipio, se desempeñó como Inspector de Policía del corregimiento, tarea que tuvo que abandonar luego de cuatro años, en 1997, una situación que reveló lo frágil que era el panorama en esos días por los Montes. Renunció al cargo del físico cansancio y temor, pues las intimidaciones y amenazas contra su vida le llegaban de todos los flancos, que porque era un colaborador de la guerrilla, que porque era afín a los grupos de paramilitares. Así aprendió a vivir y cada vez que el tono subía, unas dos veces al mes, agarraba unas mudas y se escondía en el monte por unos días hasta que las aguas se amasaran. Una vida insostenible, más aún cuando la familia empezaba a crecer.



Proyecto productivo apícola. Corregimiento de Chengue, municipio de Ovejas, Sucre.

La región de los Montes de María, fue y es considerada como una zona tristemente estratégica, pues su compleja geografía ha favorecido el desarrollo de acciones armadas, así como la existencia de campos de entrenamiento militar y la comunicación y movilización de ilegales hacia el noroccidente, nororiente, el Océano Atlántico y el centro del país, lo que hizo que la zona fuera utilizada como un corredor de movilidad para entrada y salida de insumos, rehenes y el comercio de ilícitos. Los grupos armados al margen de la ley hicieron presencia en las inmediaciones de Chengue, entre los años 1986 y 1988, desde diversas estructuras armadas como el PRT, ELN, EPL, ERP y los Frentes 35 y 37 de las FARC invadieron el corregimiento desde 1992, con la instalación de campamentos temporales en el área circundante. De hecho, en 1995 se vivió un escalonamiento del conflicto en esta población, pues empezaron las “reuniones” en la que se les exigía a los moradores informarles sobre la presencia en la zona de grupos de autodefensas y Fuerza Pública. Esto causó la estigmatización de los pobladores de Chengue como colaboradores de la guerrilla, lo que posteriormente les justificaría a las autodefensas la incursión violenta en el territorio. Ese terrible año empezaron a matar a miembros de las familias chengueras.

Pero cuando algo puede ser peor, empeora. Fue así como el 17 de julio de 1995 desapareció Nadis Cielo Peluffo, familiar de Henry, campesina igual que él, comerciante de aguacates. Testigos que la vieron por última vez cuentan que, hacia las 7 de la noche de ese día, cuatro hombres vestidos con prendas militares se acercaron a ella y se la llevaron cogida de la mano. Nunca más volvió a saberse de ella y se cree que se la llevó la guerrilla. Además, en 1997 se estableció en la región el Bloque Héroes de los Montes de María de las autodefensas.

En su plan de expansión y control del territorio perpetraron aproximadamente 17 masacres en poblaciones de esta subregión, entre las que se destacan la de El Salado, Colosó, Macayepo, Pijigüay y Pichilín.

Chengue tampoco se salvó de la matazón. El 16 de enero de 2001, como era costumbre, los chengueros se acostaron a dormir temprano, pero hacia las 4:00 de la madrugada del 17 de enero, unos 60 hombres que venían de la vía de San Onofre, Chinulito y Macayepo ingresaron al pueblo. Patearon las puertas de las casas y reunieron a los pobladores en la plaza principal. Según relatos de los sobrevivientes nadie se atrevía a preguntar un por qué y, como pasó repetidas veces a la hora de estos actos criminales, se cortó el fluido eléctrico y todo quedó a oscuras.

Muchos fueron reunidos en el centro del caserío y los miembros de las autodefensas procedieron a separar a los hombres adultos de las mujeres, ancianos y niños. Comenzaron a llamar a los hombres uno por uno para que se dirigieran a otro lugar de la plaza donde supuestamente había un computador, con el fin de exigir los documentos de identidad y verificar si eran las personas identificadas en una lista. Según narran los chengueros no existió tal lista sino que fue un plan matar a 28 campesinos del corregimiento. En esta masacre, los victimarios utilizaron elementos contundentes como hachas, machetes y martillos, para no alertar a la guerrilla o a la Fuerza Pública con el sonido de los disparos. No siendo suficiente, los violentos saquearon e incendiaron 26 de las 62 casas del corregimiento y también pintaron en las paredes letreros que decían “Fuera, guerrilla comunista”. Todo acabó para ellos a las 6 de mañana y siguieron su curso hacia Macayepo, otro triste nombre de nuestra historia nacional.

Julia, Henry, John Mario de 6 años, Megan de 5 y Verónica de 11 meses en esa fecha horrible, lograron escapar. Gracias a la pericia que había adquirido el padre huyendo tantas veces al monte, pudieron escabullirse sin hacer ruido y así salvar sus vidas. Desde la cañada vieron cómo ardía el pueblo. Al regresar, ya a la luz del día, lo encontraron en cenizas y se enteraron de la muerte de dos tíos y un primo de Julia. Pero al ser su familia fundadora de Chengue, no solo esos eran sus muertos, allí cayeron muchos más. El 19 de febrero, un mes después de la masacre, se hizo un entierro masivo en el casco urbano de Ovejas y allí se desplazó Julia con su familia.

La vida fuera del campo fue difícil. Vivían del diario, de lo que fueran capaces de producir, intentando no sucumbir en la tristeza. Julia criaba a sus tres hijos con la energía que creía no tener y que quizá es lo que significa ser madre y cuidar del otro, mientras que lo único que le daba algún impulso a Henry era soñar con el regreso a su tierra, así que emprendió una cruzada personal para que las víctimas de Chengue pudieran volver.

Por fin sintieron algo de esperanza cuando Acción Social intervino en este deseo, así que con un grupo de chengueros empezaron a programar un retorno masivo al corregimiento. Pero primero había que conmemorar los dos años de la masacre y se anunció una misa en el pueblo. Ese 17 de enero de 2003, fueron varios los viajes que se hicieron entre Ovejas y Chengue para llevar a los celebrantes, tan llenos de sentimientos encontrados de pena y alegría. Al finalizar los actos tristes, Henry se regresó en el primer carro pues Julia quería estar un rato más con sus familiares así que le dijo que se iría un poco después. Fue su salvación. Y también la señal de que sería imposible volver.

Lo que pasó fue brutal. La guerrilla detuvo el carro en el que iba Henry y, al revisar sus papeles lo retuvieron. Aparecería muerto después. Lo que se dice es que por apellidarse Peluffo lo tomaron por cercano de un comandante paramilitar que tenía el mismo nombre y que habría perpetrado la masacre. Julia se vino a enterar luego de la tragedia de que ese era un rumor que pesaba sobre su esposo y que, tarde o temprano, se lo iban a cobrar. De ahí la naturaleza de su rabia, saber que un hombre inocente, que lo único que quería era lo mejor para su pueblo y que nada tenía que ver con semejante acto de violencia moriría por la infortunada de compartir un apellido, que ni siquiera tiene la misma ortografía del que asesinó a tantos.

A Julia le costó mucho recobrar la compasión. Volver a creer. “Me llené de mucho resentimiento primero de mucho odio, no gustaba de nadie, sentía que la gente de mi tierra era mi enemigo”. Pero como para una madre siempre habrá un motivo mayor y es la vida de sus hijos, se escondió bien dentro del rencor y se dedicó



a cuidar de los suyos con amor. Hizo de todo para que no les faltara nada, vender artículos de revistas de catálogos y comidas en las actividades y eventos que se realizaban en la calle. Entre sus rebusques, se dio cuenta de que en Ovejas los colegios no tenían restaurantes y como en Chengue la escuela tenía uno, se le ocurrió proponer un restaurante para los niños. Tres colegios acogieron su propuesta y le empezaron a pagar por alimentar a los alumnos. Le fue muy bien en ello hasta que la decisión de las cocinas escolares se volvió un botín politiquero. Sin embargo, la experiencia le sirvió para convertirse en madre comunitaria. Con ese oficio, también pudo formarse como auxiliar de enfermería y en primera infancia. Las cosas volvían a ponerse lentamente en su lugar.

Aunque tenía la herida de la muerte de su esposo en el corazón, la espinita de volver a casa empezó a clavársele como un abrazo. Sentía la necesidad de volver a reunir a su gente y restablecer los lazos de la comunidad, así que empezó a convocar encuentros que se llevaron a cabo en un solar ubicado al frente de su casa.

Estos espacios de interacción de la comunidad ayudaron a quienes participaban a sanar la rabia, el resentimiento y la tristeza que dejó la masacre. Empezando por la suya. Hizo su propia terapia y vio que la mejor manera de limpiar el nombre de Henry era sanándose colectivamente. El liderazgo que él alguna vez había tenido, se lo ganó ella a punta

de voluntad de reconstrucción del tejido social. Descubrió que la vena la tenía enterita, así que conformó la Asociación de Víctimas de Chengue y participó en la creación de un grupo de jóvenes que se transformó en el Colectivo Chuana, que en lengua indígena Zenú, significa gaita, el instrumento por excelencia de la música de los Montes de María. Todo este entusiasmo activo derivó en que, en 2019, fuera ganadora del título de Mujer Cafam en Sucre.

Esto no pararía aquí. Las mujeres del pueblo, muchas de ellas viudas como Julia, empezaron a organizar idas al territorio. Cada Semana Santa hacían encuentros en el pueblo e intercambiaban dulces que preparaban en sus casas. Fue así como poco a poco las personas empezaron a sentirse más confiadas de estar en Chengue y algunas familias retornaron nuevamente. Para Julia esta oportunidad se dio cuando se enteró de la restitución de tierras. Era la posibilidad de darles a sus hijos el derecho a tener algo propio. “La tierra para mí significa todo, es la que nos sostiene con vida porque es la que da vida, la tierra es vida, es la madre de todo, es la madre de la naturaleza”. En 2014 pasó papeles para armar su caso y en 2016 fue fallada la sentencia a su favor, junto con la de 37 campesinos más. Solo allí regresó a El Desengaño, ese pedazo de tierra que le había dado tanto. Era solo monte, como el pueblo entero que había sido abandonado a su suerte, pero nada que unas manos laboriosas no pudieran remediar con ganas y tesón. Era recuperarlo todo, hasta la niñez.





Mujeres integrantes de Madre Miel.

“Crecí amando el campo, porque respiraba su aire puro, el canto de sus aves, su oxígeno, su tranquilidad, tengo los recuerdos más lindos, mis vivencias, mi primera infancia”

*Julia Meriño,
beneficiaria de
restitución de tierras.*

Su sentencia vino con recursos para desarrollar un proyecto productivo. Su vocación agropecuaria la llevó a aplicar a un plan de ganadería doble propósito, así como al cultivo de aguacate, maíz y arroz. Julia decidió también volver plantar ají en el predio, así como lo hacía con su suegra Cándida antes de que ocurrieran todos los hechos de violencia de los que fueron víctimas. Adicionalmente, en 2019 Chengue fue escogida como una de las zonas de implementación de la estrategia de Redes Locales de Integración Productiva, RLIP, una iniciativa de trabajo articulado entre la Unidad de Restitución de Tierras, la FAO y la Embajada de Suecia, que busca fortalecer los planes productivos de beneficiarios de restitución, transformando el territorio. De allí nació Miel de Chengue, proyecto de extracción de miel para la comercialización a través de la técnica de la melicultura al que se vincularon familias restituidas y no restituidas de Chengue y corregimientos vecinos. Lo hicieron para ayudar a contrarrestar los efectos devastadores de la deforestación de los Montes y así recuperar la riqueza infinita del bosque seco tropical de la región. Mediante la melicultura se establece un sistema en el que se mantienen abejas africanizadas que producen miel al tiempo que polinizan los cultivos que rodean los apiarios que son en su mayoría flora melífera, como el aguacate, el maíz o frutales como el mango.

Por supuesto, Julia se le midió al reto y se convirtió en Madre Miel, y con otras trece poderosas madres configuraron la colmena de Chengue. Junto con ellas, otras 159 familias de campesinos de las veredas vecinas de El Tesoro, Chaparral, Los Números y El Orejero, así como del corregimiento de Salitral. Un dulce final con cara de dulce futuro.

Serie TIERRA en YouTube
LA REINA DE
LA COLMENA



LA REINA DE LA COLMENA

ESO DEBIÓ SER MUY DURO. BASTA OÍRLA RECORDAR TODO AQUELLO PARA PARTIRSE UN POQUITO POR DENTRO; TENER QUE PONER A UN HIJO EN MANOS DE OTRO PORQUE HAY QUE SALVARLE LA VIDA Y CUIDARLE LOS RECUERDOS.



ELLA NO QUERÍA QUE A SU CHIQUITA SE LE GRABARAN IMÁGENES DE LAS CUALES NO PODRÍA ESCAPARSE NUNCA.

Así que prefirió separarse de ella y seguir la vida sola, con todo lo que eso significaba. Esta mujer fuerte y decidida se llama Tomasa Calonge y acá contaremos su historia.

Cordobesa de nacimiento, de madre monteriana y padre francés, Tomasa creció en una enorme familia de nueve hermanos que lo aprendieron todo sobre las vacas y las abejas. Criados por esa mamá fuerte que enviudó temprano, fue su ejemplo de la mujer que toma las riendas

de una finca sin asomo de dudas. A sus 18, emprendió, ya como decisión de vida, la crianza y extracción de la miel en el predio de la familia en el corregimiento de Villanueva, municipio de Valencia, Córdoba.

No obstante, la violencia de 1989 los expulsó a todos de esas tierras que los vieron crecer. Y, allí, la familia se fragmentó.

Ella, se fue, inicialmente, para Baranoa, en el Atlántico, y empezó a vivir de su saber. Allí tuvo a su hija Geraldine, la razón de ser de su vida. Pero su matrimonio no funcionó, así que, en 1995, a sus 34 años, se trasteó con su hija para el Carmen de Bolívar, de nuevo, siguiendo el vuelo de las abejas. Allí pudo asentarse y ganar reconocimiento.



Tomasa Calonge, beneficiaria de restitución de tierras.

Pero, justo por esos años, los Montes de María se pusieron peligrosamente candentes por la presencia cada día más amenazante de distintos grupos armados al margen de la ley. Ella, que ya había vivido tanto dolor, un desplazamiento, la ruptura con su familia y la separación de su esposo, se negó a seguir huyendo. “Sufrimos los embates de la guerra, estuve en medio de enfrentamientos, porque al lado de mi casa la guerrilla tenía un retén, nos mandaban a encerrar y siempre había hombres alrededor de la casa y entraban al patio, ese es un hecho que yo recuerdo mucho”, cuenta hoy, toda una sobreviviente.

Era el año 2000 cuando decidió enviar a Geraldine a Bogotá para que la cuidara su amiga Carmen, esa hermana elegida para que velara por su ser más amado. Lo hizo, con el corazón en la mano, pero con la convicción de que no quería que tuviera que pasar por un trauma si es que la violencia llegaba a tocar la puerta de su casa. Y es que tenía razones para dudar de todo. Recuerda como un día de ese año, golpearon afanosamente en su hogar a las tres de la mañana. Eran unos vecinos que le imploraban que fuera a ayudar a una chiquita de seis años, amiguita del curso de Geraldine, que había quedado pasmada al lado de sus padres recién asesinados. Corrió allí y la encontró petrificada junto a los cuerpos y el perro pastor alemán de la familia. Para ella, la desolación y el rastro de pavor de la pequeña en el gesto fueron suficientes para decidir ahorrarle a su hija una escena tan marcadora como esa. Con todo, esa decisión de quedarse le acarrearía innumerables consecuencias.

La situación en la región era infernal. A la incidencia del accionar guerrillero de las FARC, el ELN y el EPR, se sumaba el del Bloque Montes de María de las Autodefensas Unidas de Colombia. Todo el mundo estaba bajo sospecha y los campesinos eran señalados por unos y otros como simpatizantes de unos y otros. La zozobra era el sentimiento impuesto.

En ese año trágico del 2000 recordamos la incursión de los hombres de Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar Pupo “Jorge 40” al vecino corregimiento de El Salado, cometiendo la vil masacre que 52 hombres y 8 mujeres. Por si fuera poco, se suman las masacres de Macayepo y Chengue, como las más violentas de las vividas en esos años dolorosos.

Muchos salieron del territorio, muchos. Pero Tomasa quería resistir. Pasó que la región se vació, del físico miedo a la muerte, que era permanente. Pero Tomasa como unos pocos, quería, se empeñaba, en resistir, y para eso se aferró al ruego por su vida y a la entrega en su trabajo, sin meterse con nadie, sintiendo que los panales que tanto cuidaba, le servirían de refugio y escudo.

Un día de esos días enrarecidos, se enteró por un conocido que uno de los vecinos necesitaba vender como fuera su predio porque estaba siendo sujeto

de permanentes amenazas y debía huir. Se trataba de la parcela No. 4 del predio “Los Chorros”. En un momento en donde nadie quería estar allí y vendía por lo que fuera, ella quería resistir y le dijo a esa persona que podría ofrecerle al dueño 900.000 pesos por el terreno. Y así fue. Abel Contreras, dueño de ese lote, aunque nunca se vio con ella por lo cual no legalizaron la venta, recibió el dinero por el predio que le había adjudicado otrora el Incora.

“

Inicialmente no tenía cómo optimizar las tierras para ser aprovechadas, así que las compartía con amigos y vecinos para que ellos cultivaran ahí y me ayudaran a desmontar, quitar el rastrojo... ellos la usaban en agricultura y yo en apicultura. Después que se fue despejando la tierra optimicé una represa y fui haciendo ganadería. Esas han sido toda la vida mis dos actividades, la ganadería y la apicultura

”

Tomasa Calonge,
beneficiaria de restitución de tierras.

Pero, claro, apenas llegó el ganado al terreno le pusieron el ojo encima. Y la robaron.

Ella sabía perfectamente quién había sido, porque aunque se había impuesto en la zona ese silencio del miedo, todos sabían quién robaba y cobraba las vacunas. Valiente como lo decidió ser, hoy algo aterrada por ese espíritu confrontador, encaró a quien le vino a cobrar la extorsión por sus animales, y le dijo que se los tenía que devolver o se mataban entre sí. Estaba decidida a pelear. Quizá el desconcierto por su altivez, y ese convencimiento de quedarse en esa tierra, le salvó la vida. Como ocurre con la ley de la selva, aunque había orden para matarla, alguien mató primero al ladrón de ganado.

Así, sobrevivió y se metió entre sus panales para despejar el alma y sacudirse el pavor.

Fueron años duros de amenaza, resistencia y empeño. Casi claudica, al pensar por un instante en irse del país, pero sus amigos y vecinos le señalaron que si se iba la reina de la colmena el panal se desmoronaría. Eso la convenció para quedarse, y seguir adelante. Con los suyos. Luego de todo lo vivido y resistido, nunca habría creído, sin embargo, que una Ley se convertiría en su calvario. Mientras para muchos la sola mención de Ley 1448, de Víctimas y Restitución de Tierras, levantaba esperanza, para ella tenía la latencia de un mal presagio.



Segundos ocupantes, beneficiarios de restitución de tierras.

Y su olfato atinado, dio en el blanco. En 2015 le comunicaron que Abel Contreras había solicitado la inscripción de “Los Chorros” en el Registro de Tierras Despojadas o Abandonadas Forzosamente y la Unidad de Restitución de Tierras adelantaba el estudio del caso. Al tener la titulación a su nombre, pues nunca se hizo el traspaso por la venta de 2003, la Unidad determinó inscribir el predio en el Registro y le comunicó a Tomasa que buscara representación judicial ya que el caso sería llevado a jueces de restitución para que dirimieran el litigio por el predio. Para su infortunio, en diciembre de 2016, la justicia falló en su contra. Peor aún, se declaraba que Tomasa Calonge no había logrado probar su buena fe exenta de culpa, lo que la ponía del mismo lado de los despojadores de tierra. Debía desalojar ese terreno que había trabajado por 13 años. No lo podía creer.

Justamente su caso permite explicar algunas de las situaciones que se han presentado durante la vigencia de estos primeros diez años de aplicación de la Ley

1448. Si bien Tomasa no contaba con los papeles del traspaso, pues todo se hizo en la efervescencia de un momento dramático como el descrito en 2003, eso no quería decir que había actuado con premeditación y que pudiera calificársele como victimaria, cuando lo que había hecho, como algunos otros miembros de la comunidad de los Montes de María, había sido resistir la violencia y quedarse allí, contra viento y marea. Más aún, había probados hechos de que no era una delincuente y de que su liderazgo en la zona había consolidado una unión vecinal y un medio de sostenimiento económico que los había ayudado a todos a mantenerse unidos.

No obstante, para llegar a esas sutilezas que se salen de los formatos en Excel y que se entienden cuando se ven las cosas de frente, cuando se habla con la gente, cuando se descubre quién tiende los hilos de un tejido comunitario, las reglas que dictan los libros y que tantas veces son juicios de valor, pierden su inflexibilidad.



Serie TIERRA en YouTube
EL
RENACER



Proyecto productivo de ganadería de doble propósito. Becerril, Cesar.

EL RENACER

ESE 8 DE ABRIL DE 2002 LE CAMBIÓ LA VIDA A ROSA MARÍA Y LE NUBLÓ LA MIRADA, SE LA ENTRISTECIÓ. PORQUE SU SUEÑO DE FAMILIA SE DERRUMBÓ.



LAS ARMAS DE 30 HOMBRES SE IMPUSIERON TUMBANDO LAS PUERTAS DE SU CASA Y ENSORDECIÉNDOLO TODO.

Lo sacaron a él, a Fidel, y le dijeron a ella que tranquila, que se lo llevaban un momentito a recoger el ganado. Pero eran las tres de la mañana. Le prometieron que se lo regresarían, a ese amor suyo. Pero no, no lo hicieron. Y fue el Ejército quien lo encontró, muerto en una trocha, al día siguiente.

Ella creyó enloquecer. Pero la tragedia no fue solo suya. La matazón había empezado, finca por finca, desde las 6 de la tarde del día anterior. A Clementina también le arrancaron a su marido y a un hijo, y los vio morir delante suyo. Así como Yolima que nunca, nunca, volvió a saber de los dos hombres de su vida. Ni vivos, ni muertos.

Becerril, un municipio de 15.000 habitantes en el departamento del Cesar, sufrió de la brutalidad de la guerra ese año de comienzos del nuevo milenio.



Liris Castillejo, maestra en Becerril, Cesar.

La amenaza protagonizada por actores ilegales fue escalando con el transcurrir de los años hasta dejar sus peores consecuencias. A su paso, dejó innumerables viudas y muchas familias rotas que huyeron de esos valles que, por orden real desde la fundación del municipio en 1593, tenían una vocación ganadera. Además, a finales del siglo XX, nuevas fuentes de ingresos –pero también de confrontaciones– llegaron a la región: el carbón y la palma africana. Los campesinos, por su parte, nunca dejaron de sembrar yuca y ñame.

Pero vayamos a cuando todo empezó. En los años 90, estar a los pies de la Serranía del Perijá, tremenda belleza natural vecina de Venezuela, se convirtió en la desgracia de toda una comunidad. Porque muchos aseguran que en esas montañas agrestes se escondieron por años grupos armados irregulares y, en consecuencia, todo aquel que estuviera cerca suyo hizo que se le señalara de colaborador y, por ende, en un nombre de una lista que debía ser eliminado por nuevos actores armados y de otra ideología. Como le pasó a Fidel Pérez esa madrugada de 2002.

Y así, si a comienzos de los 2000 la tensión se sentía fuerte en el casco urbano, convertido cada tarde en un pueblo fantasma como si se activara una alarma de toque de queda, en las veredas todos tragaban saliva pero intentaban sobrellevar el temor trabajando en sus cultivos y cuidando al ganado. Hasta los profesores de la región recuerdan lo angustioso que era para los niños ir a estudiar en aquellos tiempos:

“Cuando salía de mi casa a la vereda sentía mucho miedo, mucho temor en el camino. Una mañana se formó un enfrentamiento de la guerrilla y la Policía, los niños corrieron por la vereda hasta llegar a la primera casa que encontraron”

Liris Castillejo,
maestra en becerril, Cesar.

A lo que se suma un elemento adicional, como lo recuerda el historiador Rafael Molina: “(además del) estrés colectivo llegó la época de la marihuana, otro flagelo que también generó violencia y que se recrudeció cuando (aparecieron) otros grupos al margen de la ley (que llegaron a pelear con los que ya estaban). Pagaron todos, el que era y el que no era”

Para Marlon Acuña, investigador del Centro Nacional de Memoria Histórica, el papel que ha jugado la mujer víctima del conflicto en los territorios y en sus comunidades es realmente importante y a resaltar pues, al ser en su mayoría hombres los que la guerra recluta o desaparece. Y es que el conflicto armado evidenció la precaria situación tanto económica como educativa de miles de campesinas, indígenas y afro del país, que, una vez pierden a sus esposos se ven abocadas a aprenderlo todo de ceros.

No obstante, algo en su espíritu del cuidado, y quizá por ser en gran medida madres, les da la fuerza que no sabían que tenían para salir adelante por ellas y sus familias.

Son las mujeres quienes en cabeza propia quedan a cargo de la comunidad, de sus familias y de los diferentes contextos de socialización del territorio

“Estas mujeres se autogestionan procesos de aprendizaje –sigue Acuña–, pero hay que dejar claro que eso no tiene que ver solamente con que ellas esperaron a que las formaran sino que hay que reconocer que han sido ellas las que por sí solas en muchos casos lo han hecho”.

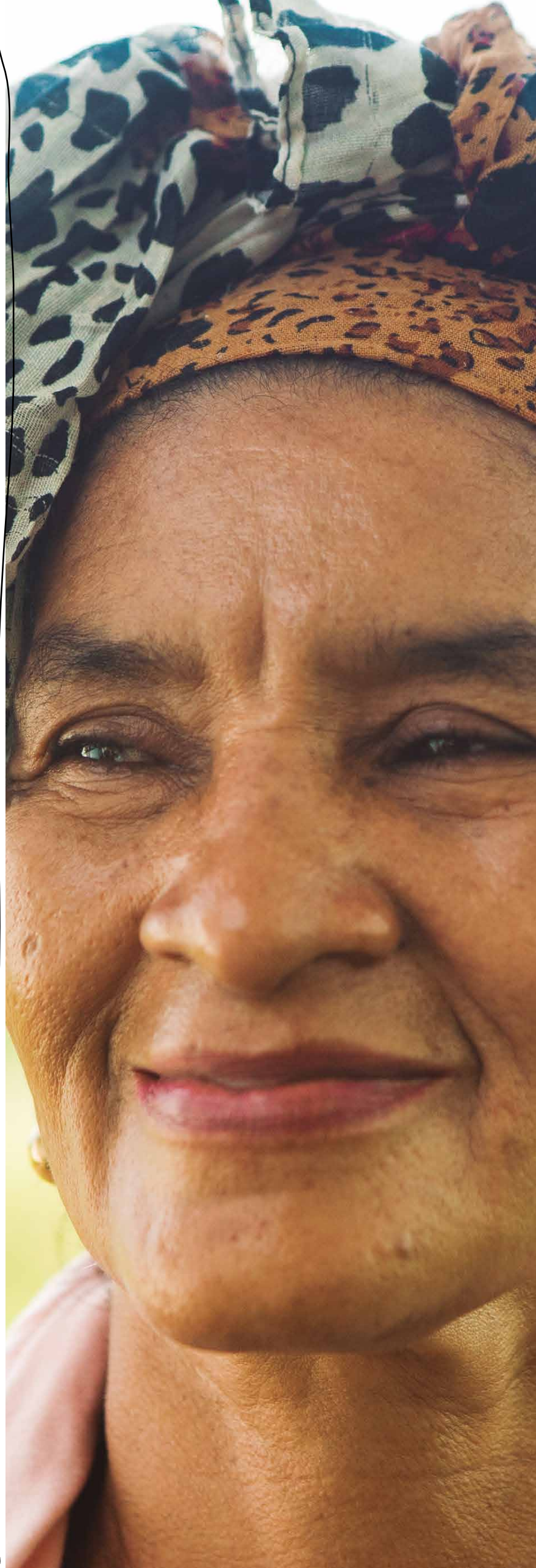
Así que Rosa María, Clementina y Yolima, tan golpeadas por la vida, decidieron dar un paso más para la satisfacción de sus derechos y desde el primer momento sus expedientes se perfilaron para quedar inscritos en el Registro de Tierras Despojadas y Abandonadas. Y con cada cual llegaría a feliz término la restitución de sus predios, teniendo en cuenta, además, que la Ley tiene un enfoque de género que les brinda un especial cuidado a las mujeres víctimas de la violencia en Colombia. En el caso de Rosa María, gracias a la veracidad de su testimonio y pruebas aportadas durante esta etapa que se conoce como administrativa, rápidamente tramitada luego de la expedición de la Ley 1448 de 2011, el predio ubicado en la vereda Buena Vista, del municipio de Becerril fue sujeto de restitución, tras demostrarse su relación jurídica y la de su núcleo familiar con la tierra.

Luego de recolectada toda la información y dándole inicio al proceso en la siguiente etapa, la judicial, la Unidad llevó, a nombre de la beneficiaria, la demanda de restitución ante el Tribunal Superior de Cartagena que, el 9 de diciembre de 2016, ordenó la devolución del predio de 31 hectáreas de Rosa María Soracá, por haber sido víctima del Frente Juan Andrés Álvarez, del Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

“

Me llamaron un 30 de mayo (de 2017, que el 6 de junio tenía que estar acá presente que me iban a recoger ahí en la Estación de Policía de Becerril adonde venían a entregarme mi pedacito de tierra. Una bendición para mí, una alegría cuando me recogieron ahí y vinieron acá, me entregaron mi título ... yo me sentí que volví a nacer, dije ‘volvió la vida de mis hijos y volvió la vida mía’ ”

*Rosa María Soracá,
beneficiaria de restitución de tierras.*



Con la restitución del predio también vinieron algunos beneficios adicionales que quedaron explicitados en su sentencia: condonación de los impuestos de su predio por parte de la Alcaldía de Becerril; orden para el mejoramiento de las vías; formación por parte del SENA y priorización para la construcción de vivienda rural.

Lo que seguía entonces era la implementación de un proyecto productivo para el sostenimiento de la familia que, luego de la asesoría correspondiente por la Unidad, llevó a la solicitud del certificado del uso del suelo del predio. Y como éste tenía una vocación agropecuaria y productiva, así como la misma familia, decidieron que lo destinarían a la ganadería doble propósito. “El proyecto mío se llama Renacer porque lo que hayamos perdido volvió a florecer, a renacer”, dice orgullosa Rosa María.

Fue una inversión de \$31,2 millones que se gastaron en seis vacas preñadas y un toro. También, en garantizar la seguridad alimentaria de la familia Soracá, para lo cual se compraron 25 gallinas, alimento para aves, 3 cabras y un macho reproductor, herramientas agropecuarias y una guadañadora. Además, se construyeron un gallinero y un corral en vareta y, a la par, se instaló un sistema de suministro de agua y riego para pasturas. Finalmente, se adecuaron e instalaron 800 metros lineales en alambre de púa para cercas internas y externas a 4 líneas.

Para todos los restituidos el regreso es puro trabajo que era lo que, justamente, más añoraban hacer. “Comenzamos a limpiar primero que todo, a arreglar, a fumigar y, como dice el dicho, a darle calor a esto, a componerlo”, recuerda Yolima. Y su hijo Carlos lo reitera: “Aquí fue que mi papá nos enseñó a trabajar, de aquí vimos que él fue que adquirió lo que adquirió, cómo es que se trabaja en el campo, sembrando las matas de yuca, sembrando la mata de patilla, sembrando el maíz.”

Y pasado el primer momento, ese de entender que ese es, de verdad, de nuevo el hogar, viene la cosecha, esa profunda cosecha, que les devolvió el sentido de la vida. Rosa María lo sabe y lo pregona con ese turbante bello que se sostiene como una corona sobre su cabeza:

“Nos gusta mucho el campo, tenemos que trabajar, producir, tener y que lo que hacemos se vea y que nuestras producciones estén reconocidas y que tengamos cómo sacarlas, cómo venderlas y que esa producción no se nos quede estancada.”

Y en esas andan todas estas mujeres. En volverse empresarias del campo.

En el camino tres amigas volvieron a tomar las riendas de sus destinos. De comer en el mismo plato desde siempre y ser como tres hermanas, hoy ven lejos, muy lejos.

“Ya nosotras no somos tres viudas, sino tres mujeres valientes que hemos seguido hacia adelante y vamos a seguir más adelante de aquí para adelante” concluye Yolima. Y, seguramente, así será.



Clementina Brito; Rosa María Soracá y Yolima Ibáñez, beneficiarias de restitución de tierras.

Serie TIERRA en YouTube
**CORAZÓN
VALIENTE**



Proyecto productivo de ganadería de doble propósito. Becerril, Cesar.

CORAZÓN VALIENTE

QUIZÁ SIN PREVERLO, CUANDO SU PAPÁ LE ENSEÑÓ DE REBELDÍA LA ESTABA ENTRENANDO PARA TODOS LOS EMBATES QUE LE ESPERABAN EN SU VIDA ADULTA. ELLA NO LO PIDIÓ, NO PIDIÓ NADA DE ESO TAN VIOLENTO QUE VIVIÓ DURANTE TANTO TIEMPO, PERO LO RESISTIÓ CON LA FÓRMULA MÁS INESPERADA DEL MUNDO: ENDULZÁNDOLE EL PALADAR A TODOS LOS QUE PROBARAN SUS DULCES Y GALLETAS. ESTA MUJER DE MANOS DULCES SE LLAMA NELLY MADRID.



ASÍ LA CONQUISTÓ MIGUEL ISAAC, LLEVÁNDOLE TODAS LAS SEMANAS CAMELOS Y CONFITES DISTINTOS MIENTRAS LA CORTEJABA.

Ella sonreía feliz, quinceañera como era, mientras degustaba esas delicias de papaya o coco o piña o plátano maduro, producto de esa tierra fértil que es Córdoba. No sabía que esa sería su manera de aplacar las heridas que le quedarían adentro, bien adentro, cuando empezó el dolor para ella.

El primero, y grande, fue perder a su padre a sus 20 años. Don Marco Tulio era finquero de origen antioqueño y, muy temprano, en 1982, fue secuestrado por las FARC, en Valencia, Córdoba y, a pesar de que la familia pagó el rescate por los 40 millones de pesos exigidos contra su vida, se la quitaron. Esa zona, tan cerquita al Urabá antioqueño fue, desde esa década y dada su ubicación estratégica, territorio de variados enfrentamientos entre grupos ilegales y, a las guerrillas, se le sumaba la presencia del que se daría a conocer en los tristes anales de nuestra historia como El Clan Castaño.

De su mano seguiría la estela de muerte y así, en 1990, ese amor suyo, ese hombre “extraordinario y detallista que me decía Mi niña bonita”, como lo describe ella aun hoy, después de tantas décadas de no estar a su lado, fue desaparecido y hasta el día de hoy no hay rastro de su cuerpo o fortuna. La dejó con sus dos hijas Marola y Ana Marcela, unas chiquitinas apenas empezando la vida. Miguel trabajaba en una empresa que quedaba en el único paso que tenía Montería, el gran puente metálico sobre el Río Sinú, el Gustavo Rojas Pinilla, “y por ahí pasaba todo, entonces él le tocaba ver cosas indebidas”, cuenta Nelly, recordando. También lo hace su madre, Ana Cárdenas, que adoraba a su yerno:

“Era celador ahí y la primera bomba estaba bajo el puente y una vez fui allá y lo encontré como llorando, yo me metí ‘¿y tú, qué?’ me dijo “no, señora Ana, que me van a matar porque yo vi esto y esto y saben que yo sé”.

Sabía algo que todos sabían pero no se podía decir en voz alta. “Los Castaño cuando llegan se fijan precisamente en ese lugar ¿Por qué? Allí había cultivos de marihuana y después posteriormente ya los cultivos de coca – explica el historiador cordobés Víctor Negrete, a quien complementa el periodista Gustavo Santiago–; eso te permite hacer conexiones entre áreas de producción cocalera, control de todo lo ilícito y la salida por las costas para poder sacar droga, armas, intercambios, en fin, mantener ese corredor siempre ha sido estratégico para los grupos armados ilegales”. Con un agravante para quien “ve” lo que sea, como lo señala cruelmente el periodista: “desafortunadamente los grupos ilegales en ese caso tenían una orden, no puede quedar nadie de testigo”. Así se riega el terror como un ácido y así se hizo por años.

A Nelly solo le dijeron que Miguel no había entregado el turno. “Ya yo no encontraba qué hacer, yo agarré mis dos hijas, me fui para donde mi mamá en Jaraquiel y ella tenía un local arrendado de un quiosco y me dio ahí y yo empecé mi tienda, ahí vendía un café sabroso que por cien pesos se llevaban. Café y el azúcar y como pasaba tanto trabajador ahí, yo me paraba en la orilla de la carretera ‘mire, mire, cómpreme el café, café sabroso”.

A punta de vender todo en bolsitas, que el azúcar para el café, que la leche, que el mecato, como lo recuerda su hija Marola, todo empezó a mejorar poquito a poco y ella y su hermana pudieron seguir estudiando. Nelly compró la tiendita y alcanzó a ahorrar lo suficiente para comprar dos lotes más en el pueblo. Todo estaba empezando a reconstruirse hasta que recibió una nueva e inesperada visita. La guerra no se había ido, solo le estaba dando una pequeña tregua. Le empezaron a cobrar vacuna y le recordaron lo que le había pasado a su esposo, si se negaba a hacerlo. De nuevo a desplazarse.

“

Yo prácticamente me volví una nómada desde que me sucedió eso, nómada y hermética, yo no le decía a nadie para dónde partía ni por qué llegaba a ese sitio, por rebelde, porque la verdad es que yo me volví rebelde, desde que yo dejé de vivir con mi papá me volví rebelde y es el día de hoy y cargo mi rebeldía y no me dejo echar vaina de nada por mujer y ni me dejo por mujer que sea, a mí no me van a humillar”

Nelly Madrid,
beneficiaria de restitución de tierras.

Y eso que le pasó a ella le pasó a muchos tal como lo recuerda el historiador Víctor Negrete: “Ya la gente no quería hablar, ya no se recibían como antes a los familiares, ya cualquier cosa era sospechosa, si salía o llegaba ¿para dónde iban? ¿Qué iban a hacer? Tenían que rendir un informe completo de todo lo que estaban haciendo”. La violencia hizo eso con las personas y las comunidades. Las volvió desconfiadas.

Y las encerró dentro de ellas mismas, haciéndolas huir y silenciándolas. No obstante, frente a la incertidumbre y las necesidades que estaba viviendo, en donde trasegó de Barranquilla a Cartagena y a Chigororó, Nelly oyó un canto de sirena en donde más le dolía, la tierra, así que oyó.

Era un canto peligroso como se sabría después, pero eso ella, así como tantas otras viudas y desplazados, no lo podían intuir en ese entonces, menos aun si venía disfrazado de gestos de solidaridad y algo de compasión. Y es que, en esos años de 1990, el departamento de Córdoba estaba viviendo unas reconfiguraciones que no pintaban en nada bueno para la gente. Al comienzo de la década el narcotraficante Fidel Castaño desarticuló por iniciativa propia el grupo armado a su mando conocido inicialmente como Los Tangueros o Mochacabezas y más tarde como las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá.

Con esto vino también el anuncio de la entrega de 10.000 hectáreas de su propiedad –de una legitimidad dudosa– a campesinos sin tierra, víctimas de la violencia, desmovilizados suyos y del EPL a través de una ONG creada para el efecto por él y sus colaboradores más cercanos llamada Fundación para la Paz de Córdoba, Funpazcor. En sus estatutos esta fundación, dirigida por una mujer con nombre de monja pero que no lo era, Sor Teresa Gómez, rezaban: “procurar la igualdad social entre los habitantes de Córdoba por medio de donaciones en tierras, viviendas y asistencia técnica gratuita”.



Nelly Madrid, beneficiaria de restitución de tierras.



Ana Cárdenas, madre de Nelly Madrid.

“Yo dije que sí, que me inscribieran y me inscribí y eso era así rapidito, porque necesitaban dar las tierras rápido y me dieron mi parcela de 5 hectáreas, me dieron mi escritura y todo eso, yo en ese momento pensaba ‘al fin voy a tener donde vivir, voy a tener tierra, voy a tener donde esparcirme con mis hijas otra vez’”, cuenta nuestra protagonista recordando el desengaño.

Pero esta “donación” tenía una condición: los nuevos propietarios no podían habitarlas, ocuparlas, ni explotarlas sino que de forma inmediata debían arrendárselas a la Fundación –a ella le pagarían 38.000 pesos mensuales por el alquiler “de su tierra”. Al poco tiempo, sin previo aviso y con la imposibilidad de poder luchar por ese terreno, Nelly y otros campesinos fueron obligados a vender por una suma mínima esas hectáreas que les había sido entregadas.

Como lo explica José Kúnzell, Coordinador Jurídico de la Unidad de Restitución de Tierras, territorial Córdoba: “fue una fachada que utilizó la Fundación principalmente para ocultar bienes de estos grupos ilegales, sobre todo de la Casa Castaño, para que ellos pudieran seguir usando y manteniendo el uso y la tenencia de las tierras y los campesinos figuraban en los documentos, entonces fue una donación en papeles”.

“Acá, claro, otra rayita de tristeza en mi vida, porque esto dio tristeza entregarlo”, dice Nelly encogida. Lo que le pasó a ella le pasó a muchos. De hecho, esto permitió que desde la promulgación de la Ley 1448, de Víctimas y Restitución de Tierras, 112 familias hayan sido restituidas y les hayan sido devueltas 686 hectáreas que alguna vez les dijeron que eran suyas. Entre ellas, las cinco de Nelly, finca a la que bautizó, apenas entregada la sentencia el 19 de diciembre de 2014, como La Ponderosa.

Y como si la vida hubiera querido resarcirse con ella, las cosas empezaron a repararse con la bondad y la frondosidad de la tierra.

En el 2016 se trasteó para el predio en Cedro Cocido, que queda a 45 minutos del casco urbano de Montería. Pisada la tierra, lo recordó todo sobre ella. Vinieron a su memoria aquellos años en los que, a sus ocho, cabalgaba por entre la sabana con el resto de los vaqueros de su padre, arriando ganado. Rememoró cuánto amaba la tierra, cuánta falta le hacía y lo que se palpitaba al saberla propia. El entusiasmo era tal que no se esperó a que tuviera techo construido cuando ya estaba allá con sus cositas.

“Yo fui a buscar una camioneta, empaqué mis chécheres...a una nómada ¿qué le importa? Yo cargaba tres hamacas, la de las dos hijas y la mía, cuando yo pisé mi tierra esa fue la emoción, lo primero que sembré fue un palo de mango, ”

*cuenta emocionada Nelly Madrid,
beneficiaria de restitución de tierras.*

A partir de allí, solo alegría. Recibió como parte de la sentencia restitutiva 24 millones de pesos para la implementación de proyectos productivos de ganadería doble propósito, así como para el cultivo de berenjenas, plátano, ahuyama, yuca y maíz, entre otros tubérculos y hortalizas con las cuales hacer una buena huerta de pancoger. También hicieron unos pozos donde cultivar cachamas y tilapia roja. La finca empezó entonces a producir alimento y ya no dejaría de hacerlo. Además, las cinco novillas preñadas que recibió empezaron a parir a los seis meses de su llegada a La Ponderosa y, con ellas,

la producción de leche que se volvería una fuente de ingresos estable para su familia. No solo la que vendía a través de la Asociación de Productores Agropecuarios de Cedro Cosido, Asopaccol, sino la que empezó a utilizar para elaborar los dulces que le devolvieron la sonrisa y con los cuales ha podido alimentar a su familia. ¡Ahora era leche propia! Las galletas de limón que aprendió a hacer en algún curso de repostería en uno de sus muchos desplazamientos la habían sacado de aprietos siempre, y era hora de hornearlas desde la abundancia que estaba empezando, por fin, a sentir en suelo propio.

Le sumó los dulces que la habían enamorado en la juventud, la panocha de coco, el mingo-mingo o calandraca -melcocha de plátano maduro y papaya, coco y piña-, el dulce de papaya, el de leche y las cocadas.

Ser desplazada se volvió entonces una obra de teatro en la que ella actúa y con la que da a conocer el sentimiento de desarraigo del sin hogar. Lo hace como una manera de sanarse y como una forma de hacerle saber a la sociedad lo que significa serlo y el desprecio que se siente de su parte. Solo muestra y, aunque no juzga, sí desnuda, con crudeza, el gesto humano.

Y así, este mujerón de los mil turbantes de colores volvió a su dulzura. La que tenía adentro y que, desde adentro, le permitió volver a creer.



Familia de Nelly Madrid, beneficiaria de restitución de tierras.

Serie TIERRA en YouTube
LA BONITA
MARGARITA



LA BONITA MARGARITA

HAY COINCIDENCIAS QUE RESULTAN AFORTUNADAS Y PRECISAS. SI DECIMOS, POR EJEMPLO, QUE PARA RESISTIR EL LARGUÍSIMO PERIODO DE SEQUÍA QUE SE VIVE ANUALMENTE EN LOS MONTES DE MARÍA, LOS ÁRBOLES BOTAN SUS HOJAS PARA NO TENER QUE TRANSPIRAR, Y ASÍ AHORRAN ENERGÍA Y QUE, APENAS LLUEVE, LAS RECUPERAN Y TODAS LAS ESPECIES SE APAREAN APROVECHANDO EL AGUA PARA REPRODUCIRSE, ALGO MUY PARECIDO PODRÍA CONTARSE DE MARGARITA FERNÁNDEZ.



AGUANTÓ CON FUERZA INFINITA.

Como esos sorprendentes árboles, las más duras pruebas que jamás creyó tener que vivir, pareció perderlo todo, su piel y su energía, pero, apenas pudo, recobró su potencia. Porque tiene la misma resiliencia, sí resiliencia, del bosque seco tropical que la rodea en esas tierras fértiles de El Carmen de Bolívar, en el departamento de Bolívar. Hay algo allí, en ese paisaje resistente, que se le parece a quienes lo habitan y quieren.

Precisamente, esa tierra tan privilegiada y capaz de contener en sus capas todos los nutrientes haciendo de su reserva un tesoro, tiene la particularidad de producir un frijol pequeñito muy especial y de

nombre “rojo cuarentano” que, en lugar de cosecharse en tres meses como el resto de los frijoles, lo hace a los 40 días, de ahí su apodo. Es como si después de que la tierra esté tan seca, apenas llega el agua, se desquita de la sed produciendo más rápido. Esta leguminosa proteica y de fácil digestión es hoy uno de los ingredientes bandera de la cadena de restaurantes Crepes & Waffles, que, apostando por visibilizar a Los Montes de María, le destinó no solo una receta de su menú, sino que también hizo una exposición para dar a conocer la riqueza de esta región del norte del país. Nuestra Margarita es una de las proveedoras, con sus cuatro cosechas anuales de este frijolito sabroso que hoy degustamos en sus platos.

“Yo nunca perdí la esperanza y tenía la fe en nuestro Señor que esto tenía que seguir siendo mío, porque ¡ay! Si esto fue comprado legal, ¡no fue ilegal!”

*Margarita Fernández,
beneficiaria de restitución de tierras.*



Pero para llegar a ello esta mujer se secó, como el bosque seco por su clima, y volvió a reverdecerse apenas llegada el agua, años después. Lo haría por el arraigo a esta tierra cargada de alimento, pero también de recuerdos. Porque lo cierto es que, haciendo memoria, ella nunca le hizo pasar hambre a su familia. Con sus manos sembró el terreno fértil que su esposo Manuel Guillermo Montes bautizó con su nombre de flor y siempre, siempre, hubo abundancia en los platos de todos. Frijol, ñame, yuca y ahuyama fueron los alimentos que allí crecían y con los que les dieron estudio a sus seis hijos. Y el tabaco, que se secaba oloroso bajo esos techos altos de paja, fue el ingreso adicional de este hogar que lo único que buscaba era bienestar en un suelo privilegiado.

LA VIOLENCIA, SIN EMBARGO, LA TRATÓ INCLEMENTEMENTE.

Era el año 2000 y la vereda El Bonito, en donde estaba su hogar, sintió la presión y consecuencias de una guerra que nadie habría querido vivir. Ubicada en el estratégico corredor de Los Montes de María, que une

el centro del país con su norte, esta generosa cadena montañosa que atraviesa los departamentos de Sucre y Bolívar fue también, para su pesar, el resguardo de grupos armados ilegales de distintas ideologías que se enfrentaron provocando amenaza y miedo en la región. Así como muerte y desplazamiento forzado.

“El que nada debe nada teme” fue lo que le dijo Manuel Guillermo a su esposa frente a la zozobra creciente que se sentía, como quien repite con firmeza la creencia de aquellos que tienen sus cuentas claras con la vida. Pero lastimosamente, la guerra no sigue las reglas de la vida. Y un día llegaron los armados a Las Margaritas y les pidieron que si les regalaban un tinto y unas matas de yuca para cocinar “allá arriba donde iban”. Margarita dijo que no tenían, pero su marido, ante una insistencia temeraria, se levantó resignado y les dijo que les cortaría entonces unas matas. Ella nunca habría imaginado que ese sería el último instante que lo vería con vida. Nunca. A partir de ahí, todo fue caos. Fue como si la guerra se hubiera chupado hasta la última gota de agua de la tierra. Todos huyeron, ella y sus vecinos que padecieron una similar suerte. El Bonito se desocupó y municipios enteros también con nombres igual de

sonoros como San Onofre, María La Baja y Ovejas, se vaciaron en aquellos años de inicio de nuevo siglo. Muchos se resguardaron en el casco urbano de El Carmen y allí probaron suerte, sin mucha suerte, otros, tuvieron la precaución de llevarse lejos a sus hijos adolescentes para que no se los reclutaran, como le pidió Margarita a un hermano de su esposo desaparecido que se vino de Caracas para recoger a dos de ellos. “Quedé fue, imagínese, bien solita”, lamenta ella. Y así, las familias se dividieron. Luis Sierra, vecino, recuerda que el desplazamiento produjo una tremenda desintegración familiar, y que muchas parejas se terminaron separando.

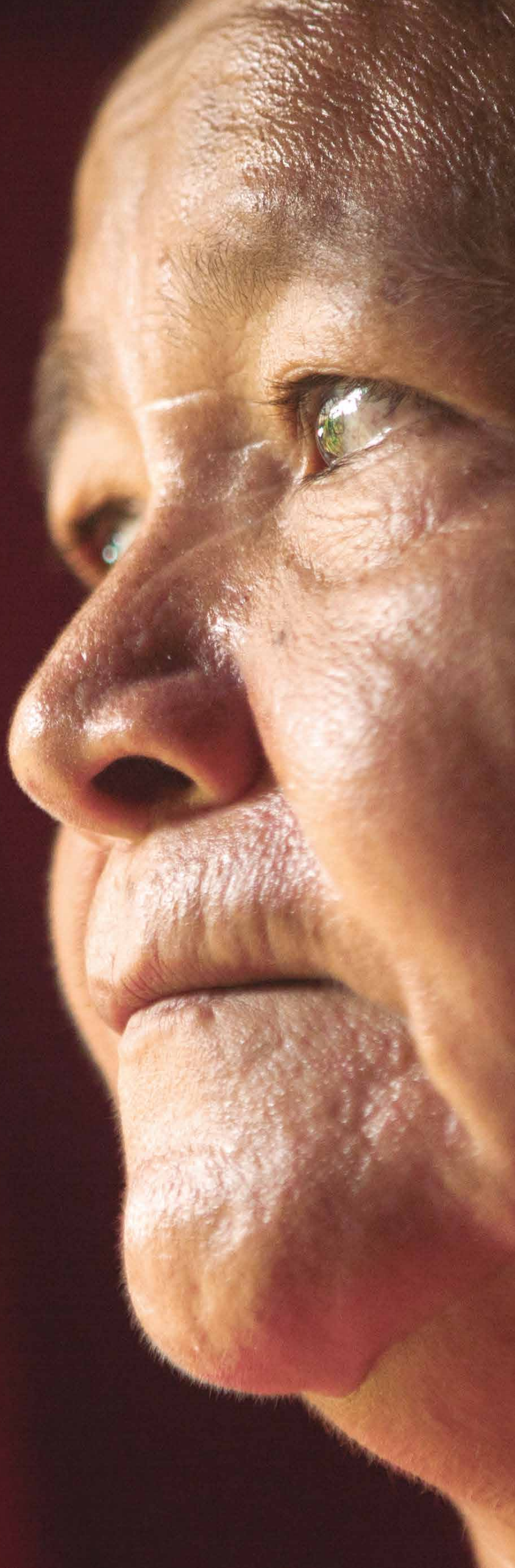
“

Porque a veces la situación se pone tan tensa que usted lo que trabaja o rebusca cuando se desplaza no le alcanza para sostenerse ni a usted mismo, ni a su familia, entonces eso trae un conflicto interno.”

Luis Sierra,
beneficiario de restitución de tierras.

Pero la tierra llama, y como Héctor Navarro, también habitante de El Bonito, muchos clamaban regresar. “Yo sé trabajar es el campo. El sufrimiento que se vivía dentro del casco urbano era tanto que no se soportó el estar allá, sino el regresar al campo porque es (allí) donde está la facilidad para vivir del campesino”. Así que cuando en 2006 pudieron hacerlo, retornar acompañados por las Fuerzas Militares, algo en sus raíces revivió. El proceso de desmovilización de los grupos de autodefensas en esos años le devolvió la tranquilidad a la región y el propio Ejército instaló bases para cuidar de sus habitantes.

Como el bosque en cambio de estación, hacia la temporada de lluvias, los campesinos fueron germinando. Y así llegó el 2011 y la promulgación de la Ley 1448. Navarro abanderó el tema, estudiándolo con juicio, e invitó a sus vecinos a que emprendieran la recuperación de unos predios de los que, muchos, eran poseedores en segunda instancia, pues habían comprado el puesto y las mejoras de los lotes, pero no tenían la potestad sobre esas tierras ni documento alguno que les certificara propiedad. De hecho, Margarita se dio cuenta durante el proceso que quien les había vendido el predio a ella y a su marido estaba reclamándolo como propio y ya había metido papeles a la Unidad de Restitución de Tierras, aludiendo que la familia Fernández Montes se lo había apropiado indebidamente. Lo hizo porque la compra del predio no había sido elevada a escritura pública, ni se había inscrito en la Oficina de Registro de Instrumentos Públicos, así que ellos eran, estrictamente, poseedores y no propietarios.





Margarita Fernández, beneficiaria de restitución de tierras.

Pero “yo nunca perdí la esperanza y tenía la fe en nuestro Señor que esto tenía que seguir siendo mío, porque ¡ay! Si esto fue comprado legal, ¡no fue ilegal!”, recuerda Margarita con vehemencia.

Efectivamente, la investigación realizada por la Unidad de Restitución de Tierras durante el proceso le dio la razón a ella, así como a los vecinos que se habían encaminado en el proceso de recuperación de sus parcelas. Todos tuvieron que pasar, por un lado, por la etapa administrativa, la del papeleo y el trabajo de campo de recolección de datos, y la judicial, aquella donde aparece el juez que dicta sentencia luego de estudiar la documentación.

“

No sabía si gritar, no sabía si llorar, porque mi objetivo se había logrado, mi sacrificio había dado fruto productivo, más cuando ya yo sabía a qué tenía derecho cuando me adjudicaran mi parcela; un proyecto productivo, una vivienda de interés social que es donde estamos sentados”

Héctor Navarro,
habitante de El Bonito.

El fallo de restitución emitido a su favor, así como el que salió a nombre de Margarita Fernández que enfatizaba su enfoque diferencial de género, ordenaba además el decidido apoyo en un proyecto productivo familiar en el que pudieran encontrar su sostenimiento económico, la exoneración de impuestos prediales por un periodo de dos años, el alivio de pasivos y la priorización para obtener un subsidio de vivienda rural. Además, la sentencia ordenó brindar atención sicosocial a la familia y otras medidas complementarias para el mejoramiento de la calidad de vida de la comunidad como acceso a saneamiento básico, de agua y luz. Finalmente, un pedido a la administración local para la adecuación de vías para facilitar el ingreso al predio.

Y es que con los años, la Unidad ha reafirmado la idea de que no basta con restituirle a una persona su terreno si a este no le acompaña una posibilidad de sostenimiento del mismo. Es por ello que con el programa de proyectos productivos ha impulsado la sostenibilidad de la restitución a través de la implementación de iniciativas adecuadas a las necesidades de los beneficiarios, a sus saberes y tradiciones, pero también a la vocación empresarial e innovadora de los mismos.

En ese sentido, luego de estudiar la vocación del suelo de esta vereda, se formuló un proyecto productivo que prioriza la ganadería. Pero también, y eso fue clave, la entidad le asignó a Margarita recursos para que siguiera apostándole a los cultivos que venía desarrollando en su terreno, como el cultivo de yuca, ñame, frijol –nuestro frijolito cuarentano– y árboles de mango. También le dieron semillas de maíz y de ajonjolí que ha sabido aprovechar al máximo, vendiéndoselo a la multinacional Nutresa.

Y por último, se dieron cuenta de la tradición tan arraigada que hay en la región por el cultivo del tabaco –ni más ni menos que desde el siglo XVIII–, una actividad en la que las mujeres desde siempre han cumplido un papel fundamental como seleccionadoras de la hoja. Margarita no erala excepción y, como domina este arte, hoy le vende su cosecha directamente a la empresa tabacalera CDF Colombia S.A. Fue una inversión de casi 28 millones de pesos que ha estirado como maga, devolviéndole a esa tierra que lleva su nombre la abundancia que otrora había tenido.

“

De las vacas (que nos compraron) a una le puse nombre La Guarumera, a otra Pan Quemao, La Lucero, Corozo y La Flaca y la llamo así porque se me enfermó y no se ha querido recuperar. Al reproductor le puse Toribio y los quiero mucho, igual que como quiero a mis hijos, a mi familia, también, porque ellos son una familia ☺☺

*Margarita Fernández,
beneficiaria de restitución de tierras.*

Cuenta con gracia, convencida. Ella, como sus vecinos le han podido volver a encontrar sentido a la vida.

Si usted como víctima se queda ahí y todo el mundo (le dice) “ay pobrecito” (y eso) no –asegura Luis Sierra. Por eso tenemos que darle gracias a Dios de que todos los días nos dé ese aliento de vida para poder salir adelante y darle a conocer a la gente de la buenas cosas que vivimos aquí en la vereda El Bonito, aquí en El Carmen de Bolívar”.

Una bendición de Dios. Así define Margarita esa tierra que le devolvieron. Su regalo. Es “tener uno donde trabajar, cultivar, porque uno come de la tierra y no solamente nosotros los dueños de predios, sino todos ustedes, porque nosotros sembramos lo que ustedes se comen”. Así que más vale cuidarlo. Y mucho.



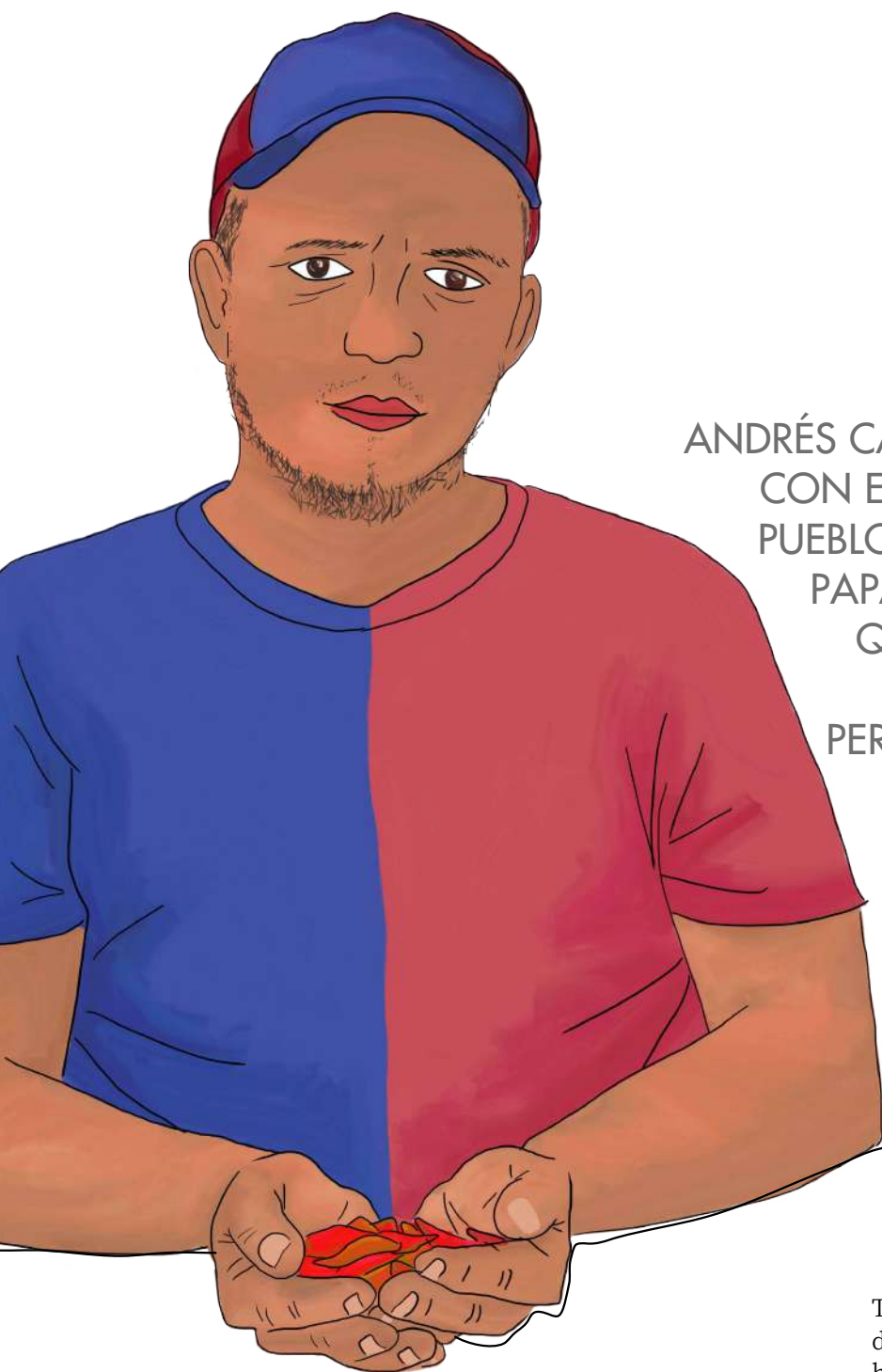
Luis Pérez, beneficiario de restitución de tierras.



Margarita Fernández, beneficiaria de restitución de tierras.

Serie TIERRA en YouTube
BUEN
AJÍ





BUEN AJÍ

ANDRÉS CASTRO TIENE CLARO QUE NACIÓ CON EL APELLIDO EQUIVOCADO EN SU PUEBLO. QUE, PARA SU DESGRACIA, SU PAPÁ TRAÍA UNA HISTORIA FAMILIAR QUE, AUNQUE FUERA LEJANÍSIMA DE TODO LO QUE ÉL FUE, LO PERSEGUIRÍA POR SIEMPRE. ASÍ QUE SU RECUENTO ES UN EJEMPLO PARA ENTENDER LAS TRAGEDIAS FAMILIARES QUE ACOMPAÑAN LAS DERIVAS DE UN PAÍS QUE INTENTA EXPLICARSE EN SUS TREMENDAS COMPLEJIDADES.

NUESTRO PROTAGONISTA NACIÓ EN EL DOVIO, UN MUNICIPIO DEL NORTE DEL VALLE DEL CAUCA CUYA ZONA GEOGRÁFICA CORRESPONDE EN GRAN MEDIDA A TERRITORIO MONTAÑOSO Y SE UBICA EN LA VERTIENTE ORIENTAL DE LA CORDILLERA OCCIDENTAL.

Tristemente, su recordación viene atada a memorias duras pues allí, en esas tierras, se dieron –y persisten– historias de violencia, desarraigo, conflicto y presencia de grupos armados ilegales, así como de narcotráfico.

Bajo la premisa de ser un territorio estratégico por su geografía escarpada, se constituyó en un corredor por el cual transitaban ilegalmente, por años, insumos químicos, drogas y armas. De hecho, el Cañón de las Garrapatas, también conocido como La Cuchilla de las Garrapatas, ha sido uno de los puntos de mayor interés para diferentes actores armados en su intención de control territorial, justamente por esas características, lo que desencadenó que desde mediados de los años setenta esta zona sufriera de la mayor actividad de tráfico de narcóticos en el departamento. Y sus terribles consecuencias.



Andrés Castro, beneficiario de restitución de tierras.

Basta recordar que en la década de 1990 el Cartel del Norte del Valle –de narcotraficantes que entraron a pelear territorio con guerrillas, se impusieron tras la captura de las cabezas del Cartel de Cali y se aliaron con grupos paramilitares– tuvo en El Dovio el lugar de origen de uno de sus fundadores, Iván Urdinola.

De la mano de José Orlando Henao Montoya, alias “El hombre del overol”, marcaron la pauta del tráfico de estupefacientes en la región y, para ello, sembraron el terror. Paradójicamente, y como ocurre con muchas de estas figuras que adquieren características de Robin Hood, también se convirtieron en benefactores de la zona, teniendo aliados que verían condicionada esa supuesta solidaridad en lealtad.

Andrés era muy niño cuando todo este embrollo sucedió en su tierra y, cuidado como estaba por sus padres, tuvo una infancia feliz junto a sus hermanas, alejada de esos ajustes de cuentas y violencias que otros padecían. Era su “calor de hogar”, como lo llama y atesora.



Vivir en el Dovio fue muy lindo, mi papá tenía una lechería, me llevaba todos los días cuando íbamos a dar vuelta al ganado en caballo, recorrer el campo con él, madrugar a ordeñar y a tomar leche recién ordeñada, eso es algo que a uno nunca se le olvida, pero lo que más recuerdo es esa unión familiar que siempre tuvimos, ese amor, ese cariño que siempre hubo en nuestra familia

Andrés Castro,
beneficiario de restitución de tierras.

los muchos actores violentos que invadían el aire de la zona, sino porque la región cargaba el rezago de la crisis cafetera detonada en julio de 1989 por la ruptura mundial del Pacto del Cafetero, en donde se desplomaron los precios del grano y las economías de los cultivadores se vieron seriamente afectadas. Muchos campesinos se empobrecieron y tuvieron que abandonar sus tierras o venderlas baratísimas por la física necesidad de ir a buscar el sustento en otros lados. Esto, por supuesto, fue aprovechado en muchos casos por inescrupulosos que se dedicaron a concentrar tierra y a transformar su uso en potreros para la ganadería extensiva, como se lee en el extenso Informe de Desarrollo Humano para el Valle del Cauca en 2008: “en varias de las consultas realizadas en los municipios del departamento se alertó sobre el problema de la potrerización o conversión en potreros de terrenos anteriormente sembrados en cafetales. La crisis técnica y económica del café que coincidió con el auge de la economía ‘narco’ facilitó la acumulación de tierras en muchos municipios cafeteros”.

Muchos de estos compradores eran mafiosos que, además, se dedicaron a ocupar las tierras poblándolas de ejércitos irregulares y traficantes de ilegalidad. Allí no había dios ni ley. Y como siempre, los campesinos llevaron del bulto, como lo recuerda Jhon James Arbeláez, historiador del Norte del Valle del Cauca: “esa época en la que se empezaron a gestar los desplazamientos fue una época donde aquí nada valía nada, una casa no valía nada, un solar no valía nada, la gente se empezó a ir, nunca se había visto (esto) y las casas quedaron solas, se llevaron los negocios, es decir El Dovio empezó a entrar en una etapa de desolación...”. A lo que se suma lo que dice Darío Ducara, desplazado y despojado que fue finalmente restituido: “siempre la violencia llega al que menos debe llegar, que es al que está trabajando, al oriundo de la tierra ¿Por qué? Porque

se encuentra sin poder irse para otra parte, sin los recursos económicos para decir 'no, yo me voy para otro lado, simplemente vender esto' y no ¿Por qué? Porque cuando llega un conflicto a una región no hay ni siquiera quien compre, nada...".

La familia de Andrés no fue la excepción a esta regla rotunda de vérselas con la guerra. Pero a ellos les tocó escapar del pueblo por el apellido, porque se creía que tenían que ver con un capo y había sed de venganza contra él. Era 2003 y lo poco que recuerda de sus años de niño fue que tuvieron que huir hasta Tarazá, en Antioquia, donde una tía los acogió a los cinco. Regresaron pero, en medio de una calma chicha, todo se fue poniendo peor y de 2004 se recuerdan los fuertes enfrentamientos entre guerrilleros y narcotraficantes aliados con los paras, convirtiendo ese año en uno de los más violentos en la región ya que la disputa territorial fue acompañada de desapariciones forzadas, a los habitantes en el centro del huracán y obligando a que muchos campesinos abandonaran sus tierras por miedo a represalias. Y eso fue justamente lo que les pasó a los Castro.

Apenas empezaban a funcionar las cosas y Andrés, trabajando en una pizzería, sintió que saldría adelante. Pero llegaron en ese 2008 a tocar a la puerta de su casa y unas voces, como lo oyó, le dijeron a su papá que tenían 24 horas para abandonar el pueblo si querían sobrevivir. Y, así, tuvieron que empacar su vida de repente y emprender camino para nunca más volver. Dos alertas eran suficientes para entender que, aunque no tenían vínculo alguno con esa sangre, no eran bienvenidos. Llegaron donde

otra familiar, tras 16 horas de viaje por carreteras, a Argelia, Cauca, y tuvieron que volver a empezar, principalmente jornaleando él y su padre. Tiene el recuerdo pesado de haber tenido que raspar hoja de coca, porque era la principal economía de la región. "Comenzamos a eso, y no me gustó, me hizo daño, se me hinchaban las manos, se me pelaban", cuenta, hasta que le ofrecieron un trabajo en lo que se convertiría su oficio hasta regresar al Valle del Cauca: la panadería. Para su fortuna, se volvió maestro en tortas, ponqués, tortas frías y de tres leches, postres y todos los derivados del pan, su vida hasta 2018. Porque un par de años antes de ese 2018, el personero de Argelia se le acercó a su papá y le dijo que pidiera su predio en restitución, que si se animaba, él lo ayudaba en todo. Y se animó.

Lastimosamente, por una enfermedad que lo dobló, don Hover de Jesús no alcanzó a gozar de la sentencia de restitución que le fue conferida el 19 de diciembre de 2016, pero de la que no se pudo hacer entrega material del predio hasta septiembre de 2018, porque la familia dijo no querer regresar a El Dovio, por temor por su seguridad. Fue así como Andrés, su mamá y sus hermanas se sometieron a la figura de compensación y, allí, apareció La Camila.

Este predio fue sujeto a un proceso de extinción de dominio a un narco que se lo apropió ilegalmente en años anteriores y que, hoy en día, está beneficiando a 33 familias de diferentes municipios, variados contextos sociales y actividades, que conviven como una sola comunidad que, como el nombre de la finca, se ha denominado La Camila.





Andrés Castro y su familia.

“

¿Ustedes aceptan voluntariamente recibir este predio?’ –cuenta Andrés que le preguntó el juez a la familia–, y obviamente le dije a mi mamá ‘sí, este es el predio de nosotros’, estamos a cinco minutos de San Pedro, cinco minutos de Tuluá, 15 minutos de Buga, Andalucía, Río Frío y Trujillo, es el corazón del Valle, o sea, es un sitio estratégico. Y no solamente a usted le entregan una tierra, sino que también le dicen ‘mire le vamos a ayudar para que usted cultive esta tierra, un capital semilla para que usted trate de irlo impulsando’”

*Andrés Castro,
beneficiario de restitución de tierras.*

Fue así como Andrés terminó cultivando ají tabasco para la exportación. Pasó luego de que el Ministerio de Agricultura con su estrategia ‘Agricultura por Contrato’ les presentara diversos proyectos productivos a empresarios para crear alianzas comerciales con ellos, y éstos se vieran interesados en invertir en dicha propuesta.

Así fue que sembró 17,5 hectáreas de ají que, en su primera cosecha, produjo 190 toneladas para la exportación que comercializó la compañía Hugo Restrepo y CIA. “Llevamos tres años y de aquí para adelante lo que nos falta es terreno y cancha por recorrer, pero es un sueño que yo creería que no se termina porque día a día lo que vamos a hacer nosotros es irlos construyendo, y a la fecha, La Camila es totalmente diferente”, termina Andrés, satisfecho, consciente de que, aunque perdió a su papá, la vida por fin los estaba recompensando.

Hoy, le entrega toda su energía a la reconstrucción de ese lazo con esta tierra nueva que siente como un regalo de la vida. Acompañado de su mamá y de su propia familia, cada día es para él una bendición, como lo es para todas las familias restituidas de este pedacito del Valle que decidió que podía volverse a sembrar de vida.

Serie TIERRA en YouTube
QUERER
VOLAR





QUERER VOLAR

DESDE SIEMPRE FUE EL GRANDE DE LA CASA. LE TOCÓ SERLO, ADEMÁS, POR ESAS COSAS DE LA VIDA QUE NOS PONEN A PRUEBA Y NOS PIDEN RESOLUCIÓN Y FUERZA. Y LA TUVO, COMO LA SIGUE TENIENDO HOY, DESPUÉS DE TANTO, TANTO. HABLAMOS DE FABIÁN CIRO TOBÓN QUE, APENAS ENTRANDO EN LOS TREINTAS, YA PUEDE DAR FE DE HABER PASADO POR MUCHAS VIDAS.

TIENE ESA IMAGEN CLARA, DE 2003, DE CUANDO AGARRÓ A SU HERMANA MÓNICA DE LA MANO.

La trepó en la ventana y la hizo saltar para que salieran corriendo a esconderse entre los matorrales. Lo hizo apenas oyó esa amenaza en voz de camuflado que le imponía a su mamá una decisión incuestionable. Eran unos niños de 12 y 10 años, pero aunque lo fueran, esta guerra infame los iba a poner de carne de cañón. Los grupos ilegales pasaban de finca en finca reclutando a cuanto jovencito pudiera cargar un

arma y seguir órdenes. Así perdió a primos y primas, amigos y amigas, vecinos y vecinas, de los cuales nunca más volvió a saber nada. Esto, en la vereda El Churimo, en el municipio de Montebello, suroeste antioqueño, una tierra que se vació en aquellos años tristes que habían empezado a serlo desde mediados de los 90, pero que ya desde 2001 eran pura zozobra.

Aunque tiene el corazón duro, endurecido por la violencia, se quiebra al recordarla. Porque era demasiado chiquito para haber presenciado tanto dolor y sufrimiento. Para que su cabeza registrara todas esas imágenes horrendas que no tendría por



Fabián Ciro y su hijo, beneficiarios de restitución de tierras.

qué ver niño alguno, ni nadie. “Para mí fue muy duro ver todo ese poco de personas muertas y la forma en que las mataron... yo después de eso quedé muy traumatado, enfermo, no comía, no dormía”. Cómo hacerlo, cómo.

Prefiere entonces, refugiarse en el recuerdo de la tierra, en la memoria de su padre Heriberto y de sus manos cultivadoras. O en el amor de su mamá, María Leonor, que ahí sigue, firme. Rememorar esa infancia fértil, rodeada de mandarinos, cafetales y palos de mango donde jugaban él, Mónica y sus otros hermanos Érika, Ferney y Yohnny. Perderse en esas nubes tan cerquita de sus manos, en esa tierra escarpada y fresquita a 2.350 metros sobre el nivel del mar.

Pero esa paz muchas veces no le alcanza, pues lo atropellan las memorias de un paisaje ocupado por los guerrilleros del Frente 47 de las FARC y el Bloque Metro de las AUC que decidieron invadirla y hacerla paso y terreno para traficar, secuestrar, reclutar y asesinar. Sus muchos campesinos, más del 80 por ciento de la composición de sus gentes, se vio vilmente estigmatizada y señalada de ser colaboradora o informante, lugar en el que resultaba muy peligroso estar. Una sinsalida.

Para su desgracia y como lo señalan los investigadores del Cinep, Montebello era, y sigue siendo, un corredor estratégico entre Chocó y el oriente antioqueño, pues pasa la carretera a Quibdó que da salida al Pacífico, cruza por Urrao, sale al Urabá antioqueño, la Costa Pacífica, Panamá y el Nudo de Paramillo, Sur de Córdoba. Demasiada conveniencia que se suma a su tremenda riqueza, pues es una zona de influencia económica y política, que cuenta con 23 municipios con vocación agrícola, sobre todo, cafetera –se producen diversos cafés especiales– en Amagá y Fredonia. También, en Angelópolis, la minería de carbón es famosa.

De esta forma, y como muchos de los vecinos del sector, la familia Ciro Tobón se montó en una chiva y abandonó, intempestivamente, sus predios, animales, frutales y hortalizas, para salvar la vida. Primero fue en 2001. Luego de la masacre perpetrada por los paramilitares que dejó siete personas muertas, fueron a parar a la vereda El Caunzal, donde unos tíos, y regresaron cuando parecieron calmarse las aguas. Pero no les duró la tranquilidad porque luego, en 2003, con la notificación del secuestro de otro de sus tíos, tuvieron, esta vez que huir y probar suerte en la ciudad, donde pasaron todas las necesidades del mundo por lo cual resistieron allí tan solo nueve meses gracias al apoyo de la Alcaldía de Montebello pudieron hacerlo. “En ese tiempo mi mamá era triste, mi mamá siempre fue en ese tiempo de toda esa violencia muy triste”, recuerda Mónica. Eran tiempos imposibles, de esa sensación de la vida en pausa.

El miedo pegado a la piel estaba perfectamente justificado, como lo reitera Hilda Molano, coordinadora de la Secretaría Técnica de la Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia: “Antioquia fue precisamente una de las zonas que daban cuenta de que esto se estaba presentando, fue una de las principales situaciones de hecho que llevó a que la Corte (Constitucional) en el 2008 reconociera que había esa relación y que ya llevaba a que se reconociera en el marco del desplazamiento forzado el riesgo particular de los niños y las niñas frente al reclutamiento”.

LA PROMESA

En 2015 la familia se animó a solicitar la restitución del predio El Guadual, finca Las Palmas. Gracias a la Ley 1448 de 2011, se reconocieron como víctimas de despojo forzoso y reclamaron poder ser restituidos de sus 1,67 hectáreas para volver a ponerlas fértiles como lo habían sido antaño.

Lastimosamente, don Heriberto no pudo ver la sentencia a favor de la familia que saldría proferida el 27 de marzo de 2017 por el Juzgado Primero Civil del Circuito Especializado de Restitución de Tierras de Antioquia. Tanto dolor del pasado le encontró un cáncer que no lo dejó disfrutar de su tierra devuelta. Y aunque su muerte los enlutó, Fabián, y todos, se prometieron sacar adelante ese predio como él lo había hecho siempre. Adicionalmente, el fallo no solo ordenó, entre otras cosas, la liquidación de las deudas del predio, con el Banco Agrario y la municipalidad, sino que se incluyó a la familia en el programa de proyectos productivos y se declaró exento de prestar el servicio militar a Johnny.

“Antes de morir mi papá nos decía ‘no se vayan de la finca, no vendan la finca, síganla produciendo’”, recuerda Mónica, mientras Fabián dice seguro:

“Entonces nosotros le prometimos a él nunca dejarla acabar y siempre dar lo mejor por ella”

Y desde ese entonces no han parado de cumplirle. En Las Palmas, gracias al proyecto productivo que se impulsó con la restitución, se implementó el cultivo del limón Tahití y otros cítricos, lo que permitió a la familia que se garantizara su seguridad alimentaria y, de paso, se activara la reactivación económica de la región, pues otros restituidos hicieron lo propio. “Cuando empezamos a sembrar se había escuchado que el limón lo estaban impulsando para exportarlo, entonces le

apuntamos por ese lado y tiene muy buen comercio, es fácil trabajarlo y nos ha dado buenos resultados”, cuenta Fabián y saca su garbo, ese que le sale al saberse estar haciéndolo bien. Sí que ha funcionado el negocio. A la fecha, entre esas montañas han sembrado más de 7.000 palos de limón y otros cítricos y otros 7.000 de palos de café. Los comercia en la Central Mayorista de Medellín, pero tiene las miras puestas en la exportación para lo cual cada día ha ido perfeccionando la recolección de sus limones.

Y es que un día, cansado de cargar bultos en la espalda en semejante terreno, se puso a pensar en cómo mejorar el proceso. La solución la encontró cuando, en una de sus idas a Medellín a llevar la mercancía, se quedó mirando el Metrocable. ¡Eso era! Poner a volar los limones en ese teleférico en miniatura. Era la mejor manera de que no se aporrearán los unos con los otros. Así que se dedicó a estudiar el mecanismo, a hacer mil dibujos y cálculos y revisión de materiales, y sacó adelante el modelo de una garrucha que hoy muchos de los vecinos le han pedido replicar para sus propias fincas. Hoy, Fabián lleva las riendas de la finca, acompañado fielmente por sus hermanos menores y por esa mamá que, aunque de pocas palabras, respira hoy con más alegría que ayer. Porque ya tiene motivos para creer de nuevo. El negocio crece prósperamente y con miras a seguir haciéndolo. Además, con esa pinta de ingeniero que se manda, ha logrado convencer con hechos de que la implementación de sus garruchas puede garantizar la calidad del producto de Montebello y sacarlo, finalmente al mundo. Y esto pasará más temprano que tarde.



Familia Ciro, beneficiarios de restitución de tierra.

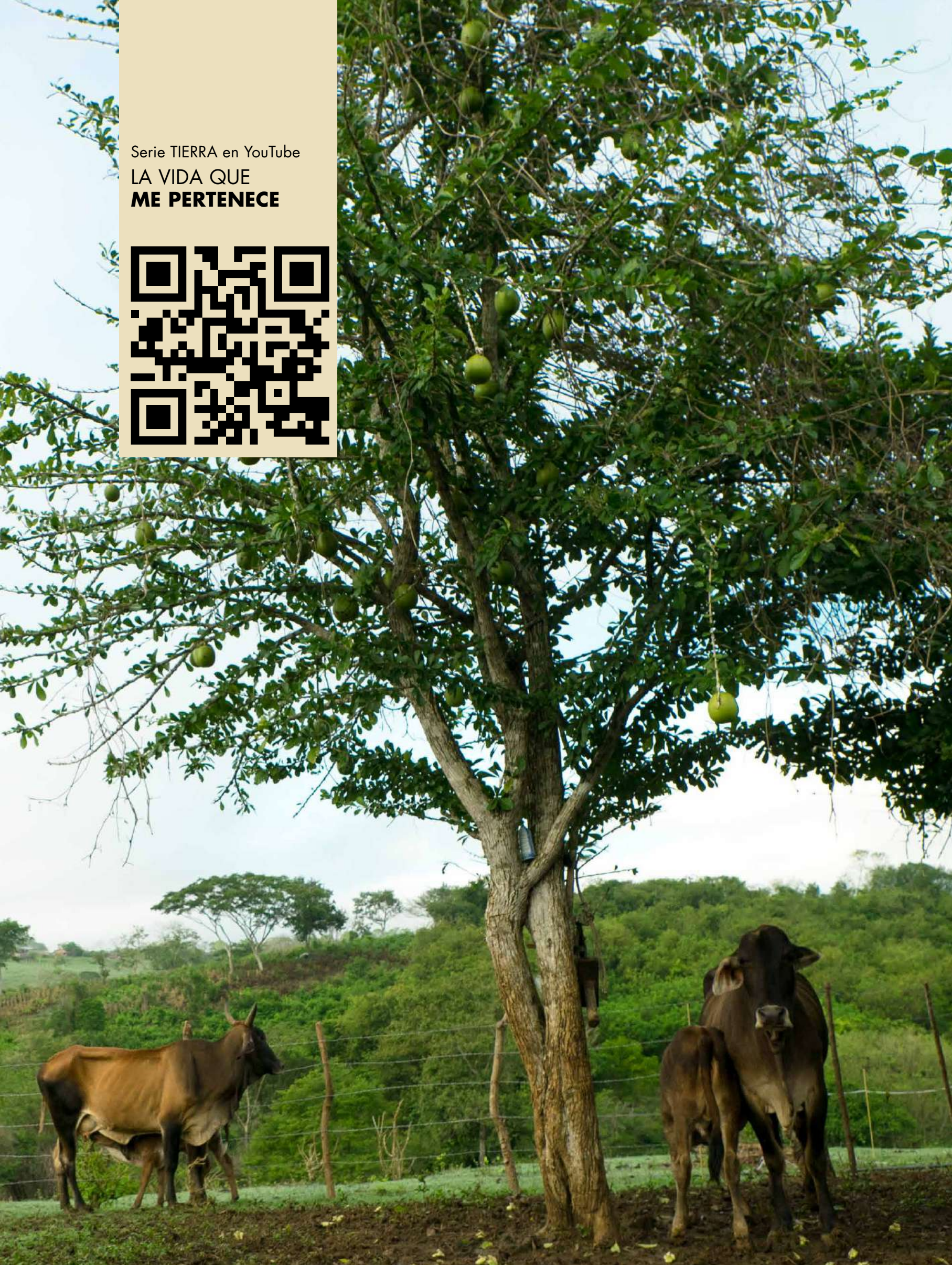
“

Quando empezamos a sembrar se había escuchado que el limón lo estaban impulsando para exportarlo, entonces le apuntamos por ese lado y tiene muy buen comercio, es fácil trabajarlo y nos ha dado buenos resultados. ”

*Fabián Ciro,
beneficiario de restitución de tierras.*



Serie TIERRA en YouTube
LA VIDA QUE
ME PERTENECE



Proyecto productivo de ganadería, Morroa, Sucre.



LA VIDA QUE ME PERTENECE

TENÍA MUCHA DESCONFIANZA EN REGRESAR. ORLANDO DE JESÚS RUIZ LA HABÍA PASADO TAN, PERO TAN MAL, DURANTE LOS AÑOS 90 Y PEOR QUE NUNCA EN EL AÑO 2002, QUE NUNCA SE IMAGINÓ QUE VOLVERÍA A SU TIERRA EN PERTENENCIA, MUNICIPIO DE MORROA, SUCRE, EN PLENOS MONTES DE MARÍA.

SEGURAMENTE POR ELLO, SU GESTO ES GRAVE, SU MIRADA ES FRENTERA, SU SONRISA, AUNQUE ESQUIVA, APARECE CUANDO TIENE QUE APARECER.

Lo mismo la nostalgia y el alivio por un pasado de miedo, hoy superado.

Si un día tuvo que ver cómo es que mataban a su papá y a seis familiares más, y si otro tuvo que ser el mensajero macabro de la extorsión, hoy es el mensajero optimista de la esperanza. Y eso le cambió el porte.

Ya nadie lo obliga a hacer lo que no quiere, como antaño sí tuvo que ceder por instigación y amenaza de los violentos que lo volvieron, como a tantos otros, en aquella persona que informaba de las vacunas a las que los grupos ilegales iban a someter a toda una población.

Hasta que un 31 de diciembre, en medio de los tragos de los que lo vigilaban todo, huyó de su propia vida, por el físico miedo de perderla, para no tener que seguir llevando malas noticias que le atormentaban la existencia.



Orlando Ruiz, beneficiario de restitución de tierras.

“La condición del campesino era prácticamente obligada de tener esa relación, porque no tiene la posibilidad de irse a otro lado, ahí está pegado a su terruño, a su pedacito de tierra, le tocaba convivir incluso con las otras fuerzas que después llegaron de ultra derecha, entonces le tocó una situación bastante difícil y esto lo convirtió en carne de cañón, porque decían que eran colaboradores de uno o de otro bando...”

*Nibaldo Núñez,
historiador.*

SU VIDA ENTRÓ EN PARÉNTESIS POR CASI UNA DÉCADA. OTRA.

Solo con esas medidas del tiempo, tan drásticas, se explica cómo es que los hombres hacen todo por reconquistar los días y las horas que alguien un día les robó.

Orlando se convirtió en el dueño de esa vida que perdió por tantos años. Lo hizo una vez convencido de que sí, sí era verdad esto del retorno. Fue capaz de vencer su miedo, y el de su esposa Miriam del Carmen, de pisar de nuevo ese lugar que tanto llanto les había causado. Y lo hizo porque su hermano y sus hijas se lo pidieron. Porque para ellas era importante volver, volver a ese lugar en el campo en el que habían crecido y que querían poder caminar de nuevo. Y pintar, como decidió hacerlo su hija Yiceth Paola, quien siguiendo la carrera de Bellas Artes, le consagró su tesis a retratar la vida y tierra campesinas y sus oficios, como una suerte de recuperación del tiempo perdido por la guerra. Cuando nada parece tener explicación, todo adquiere sentido.

Basta creer en que es posible. Para hacerlo posible. Orlando se animó a acercarse a la Unidad de Restitución de Tierras, en Sincelejo, apenas divulgada la Ley 1448. Pedía que la parcela No. 13, en Pertenencia, corregimiento de Cambimba, municipio de Morroa, le fuera restituida, solicitud que fue admitida el 21 de noviembre de 2012 con lo cual se procedió a inscribirla en el Registro de Tierras Despojadas y Abandonadas Forzosamente. Concluida esa etapa administrativa, iniciaba de inmediato la judicial, aquella en donde un juez estudia todos los datos y se pronuncia en favor o en contra del demandante. La investigación que se hizo sobre su caso y el predio fue muy veloz y el 15 de mayo de 2013 el Tribunal Superior del Distrito Judicial de Cartagena, en su sala civil especializada en restitución de tierras, profirió la sentencia que le devolvía sus 13 hectáreas.

El acto de entrega oficial, recuerda él vívidamente, fue el 20 de agosto de ese año. Y lo tiene claro porque es una fecha importante. Ese mismo día, en 1991, los armados asesinaron a su papá, así que qué mejor que un nuevo recuerdo, más grato, para llenar este aniversario.

“ Yo soy de los que pienso que el ganado es vida para el campesino, porque uno tiene asegurado su leche todos los días, el suero y el queso, si se administran bien, se puede vender y sacarle platica y si hay un apuro económico, se vende una vaca o un novillo para solucionar ”

*Orlando Ruiz,
beneficiario de restitución de tierras.*



Con la sentencia venían, además, \$23,5 millones en recursos para la implementación de un proyecto productivo de ganadería de leche y carne, el cerramiento de la finca, la construcción de un jagüey y una planta solar; una capacitación en el SENA en el terreno de la asociatividad, contabilidad y otros cursos de formación agropecuaria. Por su parte, el Banco Agrario le entregó una vivienda de interés social rural y el municipio de Morroa lo exoneró de pagar el impuesto predial por dos años.

El caso de Orlando, como el de tantos otros restituidos de Colombia, se enmarca dentro de todo un concepto de sostenibilidad ambiental, no solo por los usos de energías limpias y la construcción de los estanques de agua, sino también por la apuesta de la ganadería silvo pastoril, que convive en medio de la naturaleza sin tener que deforestar ni arrasar con hectáreas de bosques, como el seco tropical que es tan fértil en los Montes de María. De esta forma, estos proyectos se ciñen a las normas de las Corporaciones Autónomas Regionales, CAR, y respetan territorios de reservas ecológicas y forestales, así como protegen los suelos. Todo esto viene de la mano de un manejo adecuado de residuos sólidos y líquidos, haciendo de estas fincas ejemplos de cuidado medioambiental.

Con todo esto, el aire regresó a este hogar luego de tanta zozobra padecida durante años. Y el hambre se esfumó, por fin. Con los sentimientos encontrados, él y Miriam del Carmen miran las fotos del grado de sus niñas, tan llenos de orgullo pero con tanta pena de haberlas hecho ir a la escuela sin un bocadito para la merienda. Muestran las fotos de sus cuerpos delgados como la prueba más dura jamás vivida. Cómo sufrieron ese tiempo duro en el que el trabajo era poco, ella vendiendo fritos y jugos en la calle y él ordeñando las vacas donde trabajaba su hermano Hernán, que le daba los tres litros de leche diaria que llevaba a casa como su gran tesoro.

Hoy, después de tanto haber agradecido esa leche, es su fuente de sustento. Esas cuatro vacas que le dieron como medida de reparación para iniciar su proyecto productivo se convirtieron en 16 y le devolvieron el bienestar que buscaba desde hacía tanto: “Yo soy de los que pienso que el ganado es vida para el campesino, porque uno tiene asegurado su leche todos los días, el suero y el queso, si se administran bien, se puede vender y sacarle platica y si hay un apuro económico, se vende una vaca o un novillo para solucionar”.

Como Orlando, la comunidad de Pertenencia también renació. Le pegó duro el conflicto, muchos de sus miembros perdieron familia y años de tranquilidad, otros se negaron a salir de sus tierras a riesgo de ser muertos y a la mayoría le fue muy difícil sobrellevar una vida en la ciudad, lejos de sus animales y parcelas. Como le pasó a Ismael Pérez, vecino de Orlando que no aguantó el casco urbano.

Todos recuerdan que en ese año de 2002, a raíz del recrudecimiento de las acciones de los grupos armados, el Gobierno de turno declaró el Estado de Conmoción Interior y tomó diversas medidas que tenían como objetivo retomar el control en las zonas que tenían una alta presencia de grupos insurgentes. Por eso, luego de una violencia padecida por demasiado tiempo, los 15 municipios que conforman los Montes de María fueron priorizados para recibir atención especial del Estado y desarrollar allí proyectos de desarrollo social para garantizar la protección de su población.

“

Orlando se fue y ni siquiera me avisó porque el dolor de él como que fue muy grande, yo me encontré solo y entonces dije ‘bueno, ¿qué hago?’ , mi mamá y mi mujer me decían ‘vente que te van a matar’ y yo digo no, yo no me voy porque yo no puedo y si alguna vez me tocó salir duré ocho días y me tuve que venir porque yo en el pueblo no dormía

”

Ismael Pérez,
habitante de Morroa, Sucre.

Por eso, tan pronto pudieron, volvieron. Apelaban a ese grato recuerdo de comienzo de los años ochenta, cuando todo era comunidad, todo era gozo, todo era colaboración, juegos, deporte, amistad y familiaridad. Lazos sociales que se habían quebrado por décadas, por cuenta de la violencia y que los volvió desconfiados, ensimismados. Pero todos sacaron la fuerza que tenían anestesiada y se volvieron a juntar. Como lo reitera Robinson Salas, también vecino del sector, “después del proceso de restitución lo que más ha avanzado es la confianza y al ver que ya hoy solamente no se piensa en particular sino en asociación de negocio, uno siente que ya la confianza va creciendo y todavía puede crecer más de lo que se ha crecido”.

Con ese espíritu colaborador nació Apacambi, la Asociación de Pequeños Productores Agropecuarios de Cambimba, constituida por 45 familias, restituidas y no restituidas, del corregimiento de Pertenencia. Enfocada en la producción de leche cruda, sus asociados fortalecieron la red de lechería para comercializar la mayor cantidad posible y también empezaron a hacer parte de la estrategia Redes Locales de Integración Productiva (RLIP) que se viene implementando en este corregimiento a través del convenio entre la Embajada de Suecia, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la Unidad de Restitución de Tierras. Gracias a esta alianza, los beneficiarios lideran proyectos productivos de reservorios de agua, ganadería doble propósito, cultivos de ñame espino, maracuyá, maíz, cacao y yuca. A propósito, los técnicos productivos de la FAO del departamento de Sucre y quienes los acompañaron en el proceso, cuentan que el emprendimiento de esta comunidad se denominó “Manejo social y productivo de jagüeyes” y que constó de cuatro de estos cuerpos de agua con una capacidad máxima de 25.000 metros cúbicos que distribuyen el agua a través de un conducto de tuberías hasta los predios de la familias. Con este emprendimiento se fortalecieron todas las actividades agrícolas y pecuarias que tienen los productores. Otro paso firme hacia la autosuficiencia de una comunidad.

Es aquí cuando Orlando saca sus garras de líder, al hablarle a los que alguna vez necesitaron de un impulso y consejo, como él lo necesitó en su momento. Como dos veces presidente de Apacambi, habla con serenidad y sabiduría: “ustedes van a arrancar con un proyecto productivo que viene por parte de la Unidad, al tienen que cuidar, para salir adelante. No hay que tener miedo porque uno después (de) que esté unido recibe el respaldo de los demás compañeros, entonces, cuidemos todo lo que nos están ayudando a nosotros, porque ahí es donde está el futuro de nuestros hijos, de nuestros nietos, de las nuevas generaciones”

Orlando ha aprendido a negociar, a escuchar, a ver los dos lados de las cosas. Recuerda como tuvo que vérselas con una vecina que, cuando regresó, habitaba su predio. Doña Davelys Borja se convirtió entonces en opositora del proceso que él emprendió para recuperar su parcela.

Lo que nunca se imaginaron, ninguno de los dos, luego de años de convivencia difícil, es que ella, a la final se asociaría a Apacambi y trabajaría con él tan de cerca y tan bien que se convertiría en tesorera de la Asociación. Ambos hoy procuran el bienestar de su comunidad. Se dieron cuenta lo que siempre se repite, pero que cuando se ve, de frente, resulta revelador: la unión hace la fuerza. A esta comunidad le faltaba recuperar la pertenencia. Y lo logró.

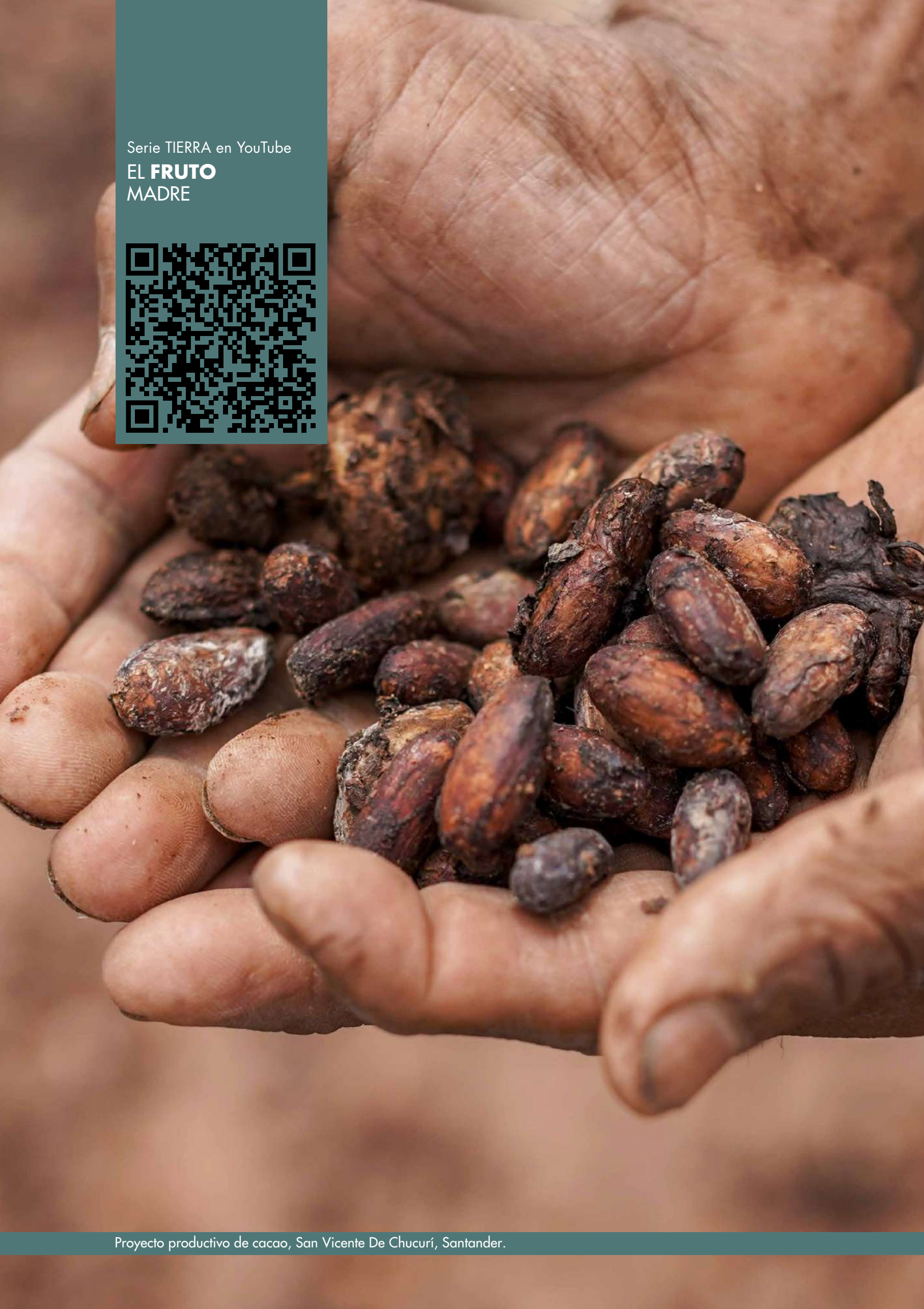


Orlando Ruiz, de nuevo en sus tierras restituidas.



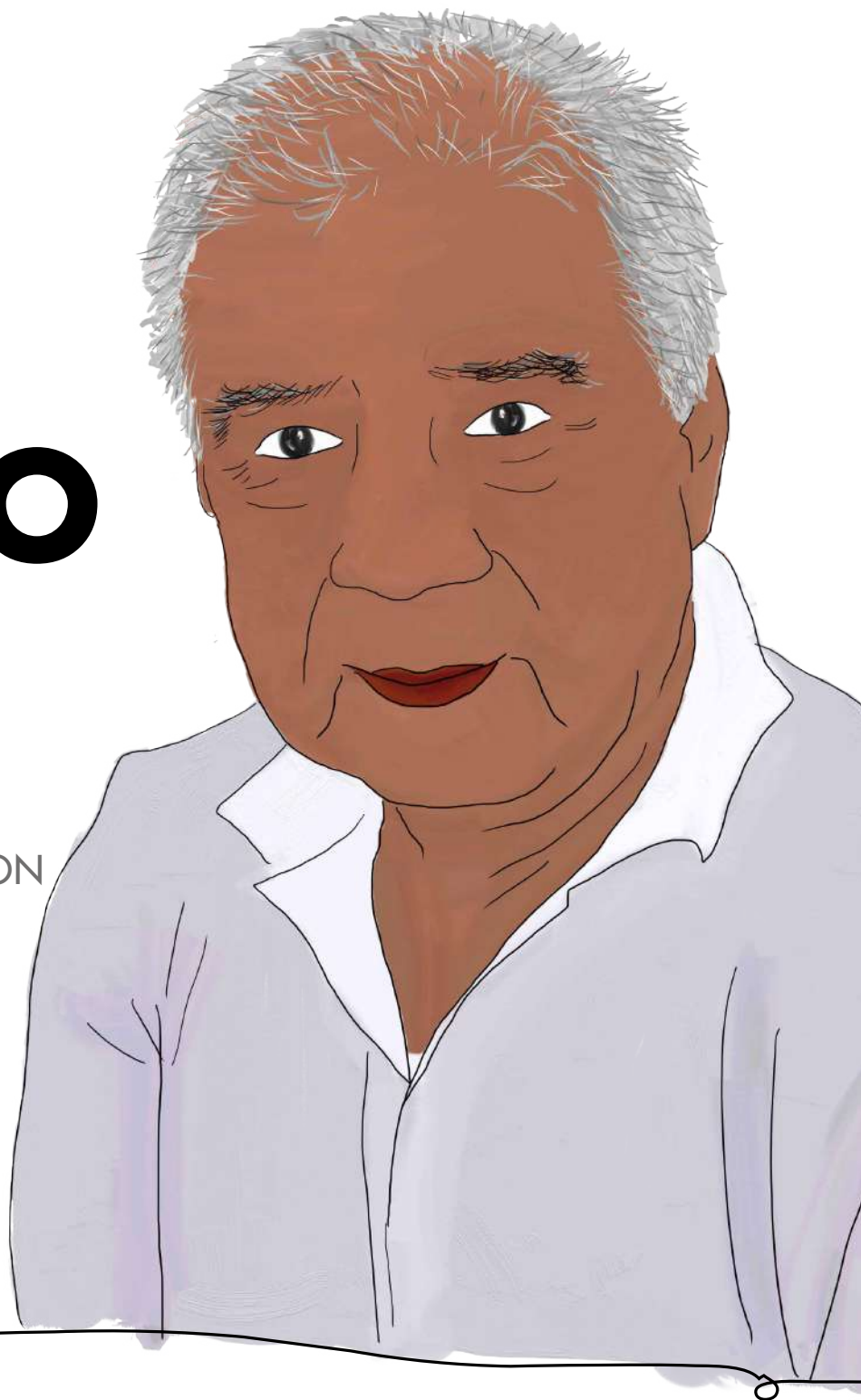
Serie TIERRA en YouTube

EL FRUTO
MADRE



EL FRUTO MADRE

RODRIGO LOZADA PERDIÓ MUCHO. VIO MUCHO. SUFRIÓ MUCHO. ÉL Y SU FAMILIA VIERON CÓMO LA GUERRA SEPULTÓ A MUCHOS DE LOS SUYOS. SIN EMBARGO, NUNCA DEJÓ DE CREER EN LO QUE LA TIERRA LE DIO Y LE IBA A DAR. Y LO HIZO DE LA MANO DEL DULCE FRUTO DEL CACAO.



MI PADRE COMPRÓ UNA FINCA ALLÁ DE DONDE SALIMOS EN 1957.

Trabajamos la tierra con cultivos de yuca, maíz, plátano y pasto porque había 200 reses que se mantenían en la finca –cuenta Rodrigo Lozada, recordando aquellos tempranos años en donde su familia se asentó en esas tierras fértiles de San Vicente de Chucurí–, pero en 1965 el Incora salió con un cuento, digámoslo así, que las personas no podían tener más de tantas

hectáreas... y la finca eran de 130 hectáreas. (Así que) en ese tiempo a papá le ubicaron 65, a mamá 22 y a un hermano 22 y el resto pasó a ser baldío, pero nosotros seguimos cultivándola, trabajándola, no sabíamos que eso había pasado una parte a baldío, seguimos trabajándola, pagando impuestos por toda la finca y cuando ya fallecieron ambos, papá y mamá, fuimos a hacer la sucesión y resulta que nos apareció un predio que no era de nosotros”, cuenta Rodrigo.



Su historia es la de muchos y revela eso tan complejo que ha significado la tenencia de la tierra en Colombia, su titulación y, en el caso puntual de esta familia, la determinación por la entidad encargada de la tierra en Colombia de designar un predio como baldío de la nación, pese a estar ocupado y usado previamente. Los años nos han permitido empezar a nombrar las dificultades que se presentan cuando intentamos explicar el problema de la tierra en Colombia. Parte de la tarea de la Unidad de Restitución de Tierras ha sido evidenciarlos mientras intenta cumplir con su misión reparadora.

San Vicente de Chucurí es una potente despensa agrícola de la región y de buena parte del Magdalena Medio santandereano y del nororiente colombiano. Esta riquísima parte de Santander, al sur de su capital Bucaramanga y vecina del Parque Natural Miraflores, se ha caracterizado por su agricultura diversa, dados los varios pisos térmicos que la atraviesan, la ganadería, piscicultura y crianza avícola, así como por su explotación petrolífera, pero, sobre todo San Vicente se ha caracterizado en el país por la producción de cacao: es el Municipio que más produce cacao en Colombia.

De hecho, Eduard Baquero López, Presidente Ejecutivo de Fedecacao, explica que los cacaos colombianos en términos especiales están catalogados como cacaos finos de aromas, y que solamente 5% del cacao que se produce en el mundo tiene esas características.

“

San Vicente del Chucurí es conocida como la capital cacaotera de Colombia –cuenta–, es el municipio donde más hectáreas de cacao tenemos sembrados y donde la producción es muy alta, la calidad del cacao es una calidad excepcional. El premio más reciente que tiene el país se obtuvo en el Salón del Chocolate en París y fue, precisamente, con un cacao de San Vicente de Chucurí, que fue catalogado como uno de los 20 mejores cacaos con los que se fabrican los mejores chocolates del mundo y el cacao ha sido uno de los principales digamos elementos que ha permitido que vuelva la paz, la tranquilidad y la prosperidad a esta región”

*Eduard Baquero López,
Presidente Ejecutivo de Fedecacao*

Y entonces, uno oye estos datos y se vuelve imprescindible valorar no solo la calidad de la tierra que produce semejante producto, pero la de la gente que ha hecho todo por resistirlo todo y sacar lo mejor de sí mismos, creyendo. Porque tanta belleza, no obstante, tuvo, precisamente en el lugar de donde Rodrigo es, la vereda Vizcaína, en el Corregimiento de Albania, la naturaleza de un motivo de la violencia padecida en esta zona. Allí nació el Ejército de Liberación Nacional, ELN, en el año de 1964 y este grupo armado ilegal ejerció el dominio sobre el territorio por muchos años.

Como el historiador Pedro Grass lo explica “aparece por ahí en los sectores de la Fortuna, aquí no más en la vía al Carmen, y se hacen ver en 1964 con la toma de Simacota, ahí es cuando ya la gente dice ‘apareció un grupo insurgente’. Con esa toma, las fuerzas militares empiezan también a reconocer los territorios, pero al empezar a encontrarse esas dos fuerzas, en la mitad queda el campesino, que está trabajando ahí”. Lo que complementa el investigador Yezid Sequeda, “por eso hizo que la situación se volviera más compleja, que el conflicto se aguara en las zonas rurales, porque cada grupo quería tener el dominio de ese territorio y quería exterminar, como ha pasado en muchos procesos de violencia recurrente, exterminar al contrario. Encontrarse usted en el territorio con actores armados generaba miedo, generaba todo un sistema de zozobra con el que se creció en el territorio y con el que muchos amigos tuvieron que convivir”.

Y allí empieza la guerra también con la familia de Rodrigo cuando éste cuenta que a la zona entró un señor llamado Ambrosio Plata Acevedo, quien había comprado una cantidad de fincas y tenía

una hacienda que mantenía más de 10 mil reses. A Plata lo empezaron a vacunar, aunque no a ellos, seguramente porque los armados creerían que ese ganado que pastaba en el lindero era también de él, así que a los Lozada no los tocaron. Hasta que lo hicieron. El hacendado dejó de pagar la extorsión y sacó a sus muchas reses vaciando sus hectáreas y allí llegaron, entonces, a cobrarles el “impuesto” a ellos porque se hizo evidente que tenían bestias.

Para colmo, entre los años de 1980 y 1990, se estableció también en esta zona hermosa el frente 12 la guerrilla de las FARC, tensionando aún más el territorio. “Que querían hacer un sancocho, una fiesta, alguna cosa que se inventaran, llegaban y decían ‘esta res necesitábamos matarla’ y había que hacerlo, porque esa era la ley de ellos... cuando no pagábamos porque nos cansáramos y porque la situación no nos daba, entonces preguntaron que quién era el encargado del ganado y ahí lo mataron, sin decir nada. Después fue que nos dijeron que era para que aprendiéramos a dar vacuna”. Habla de cuando mataron a su hermano Pablo Emilio. Y, así, la muerte empezó a llegarle a la familia Lozada. Mataron a tres hermanos de Rodrigo, incluyendo el asesinato por los paramilitares a Isolina en 1997, enfermera que, dijeron, había atendido a guerrilleros. “Habían matado antes a un hermanito, mataron después a otro hermano, el puro menor de ellos imagínese eso –cuenta Beatriz Meneses, esposa de Rodrigo–...le afectó mucho, mucho a todos dos, tanto a mamá y papá, les afectó bastante, el señor empezó a enfermarse, a perder como el sentido, a caminar las calles, bueno mucho... entonces eso fue bastante fuerte esa situación que ellos vivieron”. De hecho, no había pasado el entierro de uno de ellos y los mismos armados





Rodrigo Lozada, beneficiario de restitución de tierras.

siguieron extorsionando y amenazando al decirles que si no pagaban por esos animales, aunque no fueran suyos –como les imploraban–, tendrían más muertos encima. A ellos les bastaba con ir marcando el ganado robado para saberlo propio.

Al robo de ganado, se sumó el amedrentamiento que le llegó a la comunidad con la aparición de los grupos de autodefensas en la zona, desde mediados de los años 90. Todo el mundo tenía que presentar su escritura, contar cuántas hectáreas tenían y pagar 10.000 pesos por hectárea. La familia tuvo que tomar una decisión, como lo explica Rodrigo: “hagamos una cosa, que mi papá siga pagando la vacuna de la guerrilla y nosotros los hermanos pagamos la vacuna de las autodefensas, no hay más que hacer, yo no quiero que nos acaben de matar a todos”, se recuerda hablando con los suyos. El peor de los mundos.

La estrategia orquestada, como siempre, era causar temor y sí que lo causaron, como lo explica el periodista de la zona Leonardo Amaya, “las vacunas aparte que les dan unas ganancias a ellos, también eran una forma de desestabilizar y de que la gente se cansara del territorio, regalarla y se fuera”. Justamente, vemos como en el Observatorio de Paz del Magdalena Medio aparecen más de 9.000 personas desplazadas de la región, es decir un promedio de 3.000 a 4.000 familias afectadas por esta violencia. “Eran momentos muy difíciles, porque los que se iban tenían que regalar, y en San Vicente de Chucurí que es un territorio muy rico y productivo, de buenas haciendas y buenas fincas, la gente tuvo que regalar para poderse ir”, concluye el comunicador Amaya.

“Pablo García era el dueño del ganado que teníamos allá en la finca –recuerda Rodrigo–, él los sacó y sacó el ganado de nosotros también y él nos lo compró, él nos lo pagó, lo que fue cerdos, que cuando

eso se mantenían sueltos, manteníamos tres marranas paridoras pariendo 10 o 12 marranitos, eso se perdió, los camuros, que había más de 200 que mi papá tenía, patos, herramientas, todo se perdió, eso se perdió todo”.

Y se fueron en 1997 sin nada para Barrancabermeja. Les tocó dedicarse a lo que les saliera, a limpiar lotes, a ser ayudantes de construcción, a todo y a cualquier cosa... pero el viejo, don Ignacio Lozada, no resistió más que un año en esa nueva vida forzada. Entró en una depresión que le enfermó el alma y el cuerpo y se murió.

Luego de la muerte de sus padres en 2008 las condiciones de seguridad parecían haber mejorado en la región, Rodrigo intentó convencer a sus hermanos de volver a las tierras, pero no lo logró. Primaba el miedo y se negaron a regresar al campo después de los hechos de violencia padecidos por la familia. Hasta que escuchó de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras. En 2015 se sacudió el temor, se convenció de que lo suyo era la vida campesina y se animó a presentar la solicitud.

Inmediatamente la Unidad empezó a recolectar todas las pruebas necesarias para probar el relato de los hechos que ellos vivieron y presentó la demanda antes un juez de Bucaramanga que estudió el caso. Allí apareció un obstáculo. La Corporación Autónoma de Santander (CAS) determinó que, con el pasar de los años y las nuevas legislaciones verdes, los predios estaban afectados con una figura ambiental que se conoce como Distrito Regional de Manejo Integrado, en este caso de San Silvestre. Se avisó que por los valores ecológicos de la zona, los predios ya no pueden ser intervenidos por nadie, de forma tal que la Familia Lozada Pérez no podría desarrollar allí un proyecto productivo para procurar su sustento, para lo cual el juez ordenó, entonces, compensarlos económicamente.

Con el dinero recibido como compensación y con la ilusión de volver al campo y a su región en el año 2018 Rodrigo compró un predio que estaba en venta en la Vereda Nueva Granada, al que llamo “El Rubí”. Así mismo, sus hermanos adquirieron viviendas en otras ciudades del país. Adicionalmente en la sentencia recibida y por el hecho de haber decidido regresar al campo, se determinó acompañar al beneficiario en la implementación de un proyecto productivo, que permitiera que Rodrigo y su familia tuvieran un apoyo en el este nuevo comienzo. Y este nuevo comienzo vendría rotulado en un producto no solo insignia de la región, sino símbolo de la alimentación de las Américas: el cacao.

Aunque Rodrigo tenía sembradas casi ocho hectáreas del fruto en su tierra, Rosmira Orduz, especialista en Proyectos Productivos de la Unidad de Restitución de Tierras Magdalena Medio, determinó que estaba en mal estado y que requería un decidido apoyo técnico y económico para volverlo de la calidad que se buscaba. “Iniciamos el proceso de renovación de cacaotales viejos, cambiándolos por clones de alta productividad, clones regionales y clones de sabor y aroma. Lo hicimos a través de las visitas técnicas programadas mensualmente, se les hizo el proceso de poda, se les hizo el proceso de enjertación en el grueso, para que este cacaotal fuera altamente productivo”. Actualmente tiene 6.000 plántulas de cacao y con el proyecto se le entregaron 2.000 clones de cacao. Rodrigo pasea por entre sus matas y acaricia esos frutos que luego endulzarán el paladar de tantos. Su pelo blanco brilla al sol, al igual que su mirada y resulta imposible no admirar su fuerza. Eduardo Rueda, poeta de San Vicente de Chucurí lo dice con alegría y en versos:

*Lejos estoy de crearme poeta o literato,
lo que hago simplemente es cargar papel
y lápiz y escribir aquello que a diario pasa,
la justicia cojea,
pero llega reza un refrán popular,
con la sublime esperanza,
largas batallas se dan,
la alegría se comparte con el amigo y el hijo,
recuperar lo perdido siempre da regocijo,
cuando se aplica la ley con justicia y equidad,
el ser vuelve a ser.
Ser.*





Beatriz Meneses, esposa de Rodrigo Lozada.

Serie TIERRA en YouTube
EL LATIR
DE UN RÍO





EL LATIR DE UN RÍO

ESTA HISTORIA ES DISTINTA A LAS DEMÁS. AUNQUE TAMBIÉN TRATA SOBRE RECUPERAR LO PERDIDO, EL PESO DEL AURA QUE TIENE DETRÁS ES DIFERENTE. PORQUE AQUÍ NO HABLAMOS DE UNA PERSONA SINO DE UNA COMUNIDAD ÉTNICA ENTERA, LA QUE FUE BENEFICIADA CON UN TERRITORIO COLECTIVO RESTITUIDO. Y DE SU REVERENCIA HEREDADA POR ESO QUE ACOMPAÑA LA TIERRA DE SUS ARRAIGOS: EL RÍO.

VIVIR EL RÍO.

Saber de agua. Lo que representa. Cuidarla. Navegarla. Hundirse en ella. Beber de ella. Alimentarse de lo que ella ofrece. Toda, toda ella, como la máxima expresión de la naturaleza, allí, frente a nuestros ojos, fluyendo a su ritmo. El río Yurumanguí, que acompaña las fronteras de los departamentos del Valle y del Cauca, tiene una extensión de 55 kilómetros y, desde su nacimiento en el Parque Nacional Los Farallones, Cordillera Occidental, hasta desembocar en el Océano Pacífico, baña con sus aguas cristalinas todo un territorio conformado por pescadores y campesinos negros, pero también maestros, mamás y abuelas, historiadores, líderes y lideresas, jóvenes plagados de sueños y niños y niñas que cantan y bailan currulaos,

todos los cuales han hecho de su largo curso, su hogar. Desde el año 2000, el Incora adjudicó los baldíos de esta tierra de 54.776 hectáreas a quienes, como habitantes ancestrales, portan orgullosos el nombre de Consejo Comunitario del Río Yurumanguí.

Y es que cuando acá hablamos de ancestralidad, es porque lo es. Porque en estos terrenos húmedos nacieron, hace siglos, diversas formas de resistencia contra la esclavitud, que llevaron a la creación de organizaciones sociales autónomas como el palenque El Desparramado en donde, con el pasar de los años, serían definidas 13 veredas que fueron habitadas por los esclavos y sus familias para conformar un territorio



Jesús Arbey Díaz Caicedo, beneficiario de restitución de tierras.

colectivo. El tiempo pasó, la libertad llegó y las generaciones fueron sumándose allí, felizmente, hasta finales de los años de 1990, cuando empezaron los problemas.

Al limitar al sur con el río Naya y al norte con el río Cajambre, este territorio adquirió una importancia estratégica como corredor de movilidad para grupos armados ilegales y el narcotráfico. Allí hizo presencia, por tres décadas, el Frente 30 de las FARC, principalmente en el municipio de Buenaventura. Luego, el Bloque Calima de las AUC se apareció en la zona dejando un rastro indeleble de sangre entre 1999 y 2004 y, más recientemente, operan las bandas criminales emergentes vinculadas con los cultivos de uso ilícito y el tráfico de drogas. Vemos, así, la tragedia de una guerra que no ha parado en esa estela de agua bendecida por la naturaleza. A pesar de ello, como sabedores de lo que significa resistir, los yurumanguireños han resguardado su río, erradicando manualmente la coca sembrada para evitar que les fumigaran y contaminaran con glifosato aire, tierra y aguas y se cuidan al punto de que es necesario pedirles un permiso para circular por sus afluentes, esas seis horas en lancha que permite llegar a todas sus veredas. Asimismo, le impiden a todo actor armado recorrerlo y los estatales apenas pueden hacerlo pues sus habitantes tienen el recuerdo grabado de cómo les violaron sus derechos humanos. Controlar su acceso, entonces, se ha convertido en su manera de proteger su territorio.

Una fecha, sin embargo, le es inolvidable a toda esta comunidad, por lo definitiva: el 29 de abril de

2001. En la vereda El Firme se cometió una masacre en la cual una mujer fue violada y siete personas asesinadas, justo dos semanas después de la también tristemente célebre matanza de El Naya, lo que produjo un desplazamiento masivo de su población. También los vecinos de El Barranco y Veneral del Carmen huyeron río arriba, bajo la recomendación de su líder Naka Mandinga, quien les dijo que para sostener el territorio no debían abandonarlo. No obstante, estos traslados trajeron consigo consecuencias inimaginables. Aunque para llegar a ellas hay que hacer, antes, otro recuento. Muy lejano, además.

Se dice que en 1745 este territorio, de 120.000 hectáreas, le fue heredado a la familia Dussan, aunque, luego de siglos de posesión y por in explotación económica, en 1969 esos dominios le fueron extinguidos a la familia por el desaparecido Instituto Colombiano de Reforma Agraria, Incora. Sin embargo, esta decisión no le fue notificada a la familia, quien conservó su titularidad y hasta creó Agrominas de Yurumanguí, Naja y Cajambre S.A.S. que, en 1984, alegó no poder ejercer su actividad minera por culpa del conflicto armado. Mientras tanto, los legatarios del río, a pesar de vivir a sus orillas desde tiempos remotos, no poseían propiedad alguna sobre esas tierras, por lo cual en 1992 se empezaron a organizar como comunidad étnico-territorial en la Asociación Popular de Negros Unidos del Río Yurumanguí, Aponury. Ello respondía, claro, a la nueva Constitución de 1991, que promulgaba a Colombia como un país pluriétnico y multicultural y, encajaba con el nacimiento de la Ley 70 de 1993, que

“

Hubo un choque de susto y a la misma vez pues nos reíamos, por eso nosotros decíamos ‘si nosotros somos, por prelación, los dueños del territorio, pues llevamos más de 600 años viviendo aquí, ¿cómo así que aparece una empresa?’, pero más nos daba miedo cuando la empresa aparecía constituida legalmente y pagando sus impuestos catastrales, entonces nosotros decíamos ‘¿Pero cómo?’”

*Jesús Arbey Díaz,
Líder del Consejo Comunitario de la
Cuenca del Río Yurumanguí.*



reconocía por fin a las comunidades negras asentadas por siglos en las cuencas hidrográficas del pacífico vallecaucano. Una cosa llevó a la otra y el 3 de diciembre de 1998, el Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí fue reconocido por la Alcaldía de Buenaventura. Y dos años después, les fue titulado, por el Incodec, las tierras colectivas de comunidades negras mediante la Resolución 1131 del 23 de mayo de 2000.

Vemos, entonces que la tierra tenía dueños, los habitantes de la ribera del Yurumanguí pero que, por cuenta del conflicto y su vaciamiento, se dieron por baldías. A lo que hay que sumarle que, por un error de procedimiento, los Dussan conservaban la titularidad desde el siglo XVIII.

Así que en 2011, ésta le vendió sus 120.000 hectáreas a la empresa antioqueña Pacific Mines S.A.S. Y ésta, a su vez, empezó la exploración de los suelos en 2013. Todo un enredo que, paradójicamente, era legal.

“Hubo un choque de susto y a la misma vez pues nos reíamos –cuenta Jesús Arbey Díaz, líder comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí–, por eso nosotros decíamos ‘si nosotros somos, por prelación, los dueños del territorio, pues llevamos más de 600 años viviendo aquí, ¿cómo así que aparece una empresa?’, pero más nos daba miedo cuando la empresa aparecía constituida legalmente y pagando sus impuestos catastrales, entonces nosotros decíamos ‘¿Pero cómo?’”. Así que el Consejo decidió emprender acciones legales y buscó, para ello, a la Unidad de Restitución de Tierras que, desde 2011, llevaba la batuta de la Ley 1448 y del Decreto Ley 4635 de 2011

por medio del cual se dictan medidas de asistencia, atención, reparación integral y de restitución de tierras a las víctimas pertenecientes a Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras.

A través de su Dirección de Asuntos Étnicos, la Unidad empezó el proceso de caracterización de esta comunidad para poder emprender la recuperación de su territorio ancestral. Ésta comenzó en febrero de 2014 y finalizó con la presentación y admisión de la demanda el 5 de octubre de 2015 en el Juzgado Tercero Civil del Circuito Especializado en Restitución de Tierras. “Encontramos que, efectivamente –explica Andrea Uribe Ríos, abogada de Asuntos Étnicos de la Unidad– en el Consejo Comunitario sí habían afectaciones territoriales con ocasión al conflicto armado a partir del 1º de enero de 2001. Principalmente tres: el despojo, el abandono y el confinamiento”.

Sin embargo, mientras se hacían las diligencias debidas, hubo otro tropiezo que haría que el 26 de octubre de 2016 el caso pasara al Tribunal Superior del Distrito Judicial de Cali: la empresa Pacific Mines S.A.S. y la señora Claudia Consuelo Dussan Ángel –familia de propietarios de vieja data– presentaron oposición a la demanda de restitución de esos predios. Aunque lo hacían con papeles en mano, alegando propiedad, durante el proceso pudo determinarse que el error llevaba décadas engavetado, al no habersele comunicado a la familia Dussan que sus hectáreas habían sufrido de la extinción de dominio, así que cualquier negocio que ésta hubiera hecho posteriormente a 1969 era insostenible. En este caso, la venta a Pacific Mines S.A.S. no era legítima, así que la minera no podía exigir permanencia allí. Además, el derecho adquirido por esta comunidad a la propiedad de este predio fue determinante: “Pudimos comprobar que se dio despojo y que legalmente los territorios colectivos son inalienables, no se pueden vender, ni se le puede traspasar la propiedad a otras personas”, concluye oficina jurídica de la Unidad. De esta forma, fueron cuatro años de proceso hasta que se profirió la sentencia definitiva de restitución el 25 de enero de 2018 y la posterior entrega a la comunidad el 12 de agosto de 2018, en donde 754 familias fueron favorecidas, es decir, 2.869 personas. Todas ellas por fin podían decir esta tierra es mía. Y su río la acompaña.

“Cuando sale la sentencia se hace una fiesta, nos reunimos aquí en esta vereda más de 400 yurumanguireños, y allí sentimos que habíamos dado un gran paso. El Estado debe atendernos a través de distintas órdenes que deben restituírnos”

*Dalia Díaz Caicedo,
Lideresa del Consejo Comunitario de la
Cuenca del Río Yurumanguí.*

Efectivamente, la sentencia ordenó que se les reconociera como víctimas del conflicto armado y como sujetos de restitución de territorios; decretó la inexistencia de negocios jurídicos realizados después de 1999 y formalizó las prácticas de minería tradicional, prohibiendo, a su vez, el ingreso al territorio de maquinaria pesada. Adicionalmente, entre variadas medidas de formación, acompañamiento en proyectos productivos y vivienda, le solicita a la Unidad Nacional de Protección el estudio de riesgo de las autoridades del Consejo y al Ministerio del Interior priorizar la consulta previa para la implementación del Plan Integral de Reparación Colectiva de toda esta comunidad.

Es el momento de decir que el Consejo celebra estas medidas porque es lo correcto que debía hacer el país con ellos, pero también es importante contar que esta comunidad ha logrado sobrevivir en este territorio a fuerza de constituir una suerte de autonomía que le permite vivir en armonía con su entorno y junto a los suyos. Han construido sus propias reglas, en el marco del ejercicio a su derecho a la autonomía y gobierno propio, y las siguen al dedillo. Viven de la minería artesanal, de la agricultura y de la pesca que se producen a diferentes alturas del río y que intercambian solidariamente, a manera de trueque, para que a nadie le falte nunca el alimento. El respeto por la mujer y su liderazgo ha hecho que esta sea una región donde la natalidad es controlada con fiereza,

porque las mujeres allí deciden cuándo quieren ser madres. Además, las tradiciones son transmitidas con rigor de generación en generación, porque saben que es lo único que los mantendrá unidos. El río es, a fin de cuentas, el corazón que los hace respirar juntos. Es un territorio donde hay, además, múltiples personas que lo defienden con el alma.

Una de aquellas voces que motivó a la comunidad durante los años que duró este proceso a seguir creyendo en el Estado, que por tanto tiempo ha permanecido ausente, fue Graciano Caicedo Arroyo, quien convocó a todos los habitantes de esta ribera a entregarle a la Unidad todos los testimonios necesarios para construir un caso robusto, como en efecto lo fue. Y es que la tiene clara y lo dice con elocuencia: “el río para nosotros es la vida misma ¡casi tenemos el apellido de casado con él: San Antonio de Yurumanguí, Veneral de Yurumanguí, Juntas de Yurumanguí! Porque el río es lo que nos une, el río es el eje articulador, todo ordenado en torno al agua. Si tú ves San Antonio o las veredas están de frente al río. E intentamos mantener esa lógica porque nos permite no enmugrarlo ni tirarle los desechos, sino más bien sentir que ahí nos bañamos, que ahí nos enamoramos, que por ahí nos transportamos, que por ahí es el agua que bebemos. Para mí es la vida”. Para él y para todos los miembros del Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí.



Dalia Díaz Caicedo, lideresa, y Jesús Arbey Díaz Caicedo, líder del Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí.

“

El río para nosotros es la vida misma ¡casi tenemos el apellido de casado con él: San Antonio de Yurumanguí, Veneral de Yurumanguí, Juntas de Yurumanguí! Porque el río es lo que nos une, el río es el eje articulador, todo ordenado en torno al agua. Si tú ves San Antonio o las veredas están de frente al río. E intentamos mantener esa lógica porque nos permite no enmugarlo ni tirarle los desechos, sino más bien sentir que ahí nos bañamos, que ahí nos enamoramos, que por ahí nos transportamos, que por ahí es el agua que bebemos. Para mí es la vida”

*Graciano Caicedo Arroyo,
Líder del Consejo Comunitario de la
Cuenca del Río Yurumanguí.*

*El proceso de restitución de tierras devolvió los sueños de la Comunidad del Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí y concedió el reconocimiento a los derechos colectivos especialmente al territorio, derechos que fueron afectados con ocasión al conflicto armado, en cuanto el proceso reconoció el despojo y se logró que por medio de fallo judicial se decretara la inexistencia de los negocios jurídicos ocurridos a partir del primero de enero de 1991 y con posterioridad a la titulación colectiva del territorio en lo que respecta al área que se contrapone con la cabida superficial de 54.776 hectáreas, efectivamente restituida, y que, por lo tanto, son inoponibles al Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí.

Serie TIERRA en YouTube
EL HOMBRE
DE LA
MONTAÑA



EL HOMBRE DE LA MONTAÑA

ES DIFÍCIL IMAGINAR QUE ALGUIEN VIVA SOLO EN LA MITAD DE UNA MONTAÑA. PERO QUÉ MONTAÑA. PARA LLEGAR A ELLA, EN UNA VEREDA CON NOMBRE DE ANIMALITO, LA DANTA, HAY QUE HACERLO A CABALLO, O A LOMO DE MULA, DESPUÉS DE CABALGAR POR ENTRE TROCHAS DURANTE DOS HORAS.



ÉL PUEDE CAMINARLA MUCHO MÁS RÁPIDO QUE CUALQUIERA PORQUE SE LA CONOCE AL DERECHO Y AL REVÉS.

Solo tiene un par de vecinos a 45 minutos de distancia de su casa y no parece saber lo fuerte que es cuando cuenta que tuvo la tarea de criar a diez hijos por haber quedado viudo, con el más chiquito de solo ocho años. Quizá por eso sus ojos hablan solitos, sus silencios y suspiros, también. Para completar el panorama, esas montañas escarpadas están en un lugar que con solo mencionar su nombre traen a la memoria hechos históricos de los cuales es imposible desligarse, cargándola de un

pasado y un estigma del cual es difícil de soltarse. Esta vida, en San Vicente del Caguán, Caquetá, le pertenece a un valiente cuyo nombre es Efraín Pencue Quique.

Nació en Gigante, Huila, pero al haber llegado a sus cuatro años al Caquetá, se considera más sanvicentuno que huilense. Su papá decidió trasladarse a esta región amazónica porque se decía que sus tierras eran buenas y que, tal vez, la vida sería más amable que en su departamento de origen donde, a mediados del siglo pasado, las cosas no estaban fáciles.

Y es verdad que por muchos años lograron cierta prosperidad y, sobre todo, la tranquilidad buscada. Efraín recuerda que apenas estuvo en edad de comenzar a trabajar, muy jovencito, con su papá



Efraín Pencue, beneficiario de restitución de tierras.

cultivaban maíz, yuca, plátano y que engordaban cerdos para vender. Años más tarde, también sembrarían café en esas tierras fértiles. Su vida se fue asentando allí, no obstante para continuar, debemos hablar primero de los problemas.

Porque estas montañas, justamente por ser lo que son, enormes, difíciles de transitar, exuberantes, deshabitadas y casi imposibles, se convirtieron en el refugio de grupos armados al margen de la ley que por muchos años las conquistaron y usaron como resguardo para sus fechorías. En este territorio precioso se produjo mucho, mucho dolor y violencia, así como evidenció un sentimiento irremediable de pérdida de control por parte del Estado. Es por ello que, cuando en enero de 1999, el presidente Andrés Pastrana quiso iniciar un nuevo proceso de paz con la extinta guerrilla de las FARC, en el Alto Gobierno se decidió que los departamentos del Caquetá y el Meta eran un lugar ideal para iniciar diálogos con este grupo armado, pues su presencia allí era un secreto a voces. Y, así, el Gobierno colombiano le otorgó a este grupo armado un área de 42.000 kilómetros cuadrados sin presencia alguna de fuerzas militares como prueba de su voluntad de paz. Esta decisión se conoció como la Zona de Distensión y todos esos kilómetros se establecieron en el municipio de San Vicente del Caguán, en el Caquetá y en los de La Uribe, Mesetas, La Macarena y Vista Hermosa, del Meta.

Para los sanvicentunos fue un cambio del cielo a la tierra. Gonzalo Jiménez, periodista local, asegura que no habíamos visto nunca a una persona que perteneciera a un grupo armado caminar por las calles de San Vicente. Allí se dormía con las puertas abiertas, donde nos conocíamos todos y no éramos más de 30.000 habitantes. Con el despeje se conocieron ya físicamente quiénes eran esos grupos armados en esta región y en qué lugares estaban pernoctando y entre comillas mandaban.

Para todos fue sorprendente, como lo confirma el periodista de conflicto Jairo Tarazona “(era algo) novedoso poderlos encontrar por los caminos y, cuando llegan al pueblo, poderlos entrevistar, ver esa cantidad de tropas que empiezan a desfilar, 300 o 400 guerrilleros que van saliendo, van llegando a San Vicente del Caguán”.

Pero claro, hoy todos sabemos que el proceso de negociaciones fracasó y, en febrero de 2002, se levantaron los diálogos sin haber logrado la meta de la paz. “Ni el Gobierno, ni las FARC tenían una agenda clara de qué se estaba negociando –concluye la investigadora y documentalista Natalia Orozco–, ni siquiera los empresarios, entonces fue generar una Zona de Distensión muy grande en una zona muy conflictiva donde las FARC tenían mucha injerencia y sentarse sin una agenda clara y sin una hoja de ruta y, obviamente, eso hizo que la opinión pública perdiera confianza en lo que podía ser un proceso de paz y una negociación”.



“Yo iba y tocaba puertas para buscar un empleo, donde nadie lo conoce a uno y era terrible porque lo primero que preguntaban es ‘bueno, ¿de dónde es usted?’ y les decía la verdad ‘yo soy de San Vicente del Caguán’, ‘¡Ah no! usted es de allá, usted es guerrillera, quién sabe de dónde viene, qué mañas tenga’”

*Luz Marina Pencue,
beneficiaria de restitución de tierras.*

Esto trajo consecuencias muy duras para toda la región, no solo porque la violencia allí se recrudeció, sino también porque quedó completamente estigmatizada. “Durante y después de la Zona de Distensión, aquí nos han tachado de guerrilleros sin importar, sin conocernos, sin realmente investigar un poco quién es esta persona”, dice Gonzalo Jiménez, porque así fue. La propia hija de Efraín, Luz Marina Pencue, lo sufrió en carne propia: “Yo iba y tocaba puertas para buscar un empleo, donde nadie lo conoce a uno y era terrible porque lo primero que preguntaban es ‘bueno, ¿de dónde es usted?’ y les decía la verdad ‘yo soy de San Vicente del Caguán’, ‘¡Ah no! usted es de allá, usted es guerrillera, quién sabe de dónde viene, qué mañas tenga’”. Muy brutal.

Así que para retomar la historia con nuestro protagonista, en un ambiente tan tenso como el vivido, con deseos revanchistas y resentimiento, hay que decir que a Efraín, luego de los fallidos diálogos, se le complicaron las cosas. Porque tres de sus hijos prestaron el servicio militar y uno de ellos, el menor, decidió volverse soldado profesional, lo que lo convirtió en objetivo de guerra y a los miembros de la familia Pencue la empezaron a ver como “sapos”. La guerra se ensañó contra ellos, porque José Antonio, ese hijo militar, fue herido en la columna en un combate de servicio y, aunque regresó a la casa paterna para recuperarse, terminó siendo asesinado con sevicia por los subversivos; 29 balas acabaron con su vida. Peor aún, el cuerpo traía un mensaje amenazante que les decía que ellos serían los siguientes.

Tuvieron que huir y se desplazaron a Rivera, Huila. Algo parecido pasó con su vecino, el que vivía a 45 minutos suyo, su amigo Eladio Herrera, quien también salió despavorido tras enterarse que alguien había dado la orden de matarlo. Fueron años melancólicos donde, como lo recuerda Luz Marina, veía cómo su papá mantenía “enguayabado y triste”. Para alguien acostumbrado a trabajar la tierra y vivir de ella, empezar en algo nuevo y a la fuerza es muy complicado y le quita un poquitito de vida a quien debe padecer ese estado ansioso de no saber cómo resolver cada uno de los días.

Hasta que apareció la Ley 1448 de 2011, así, en 2012 Efraín y Eladio se acercaron a la oficina territorial de la Unidad de Restitución de Tierras de Ibagué, para iniciar el proceso de recuperación de sus parcelas. Ambos fueron procesos largos y difíciles –de hecho, el de Eladio está apenas saliendo de la etapa administrativa, la del papeleo y la solicitud, para arrancar la judicial, donde ya interfieren los jueces especializados con los datos suministrados y dictan sentencia–, justamente porque las fincas están un poco en la mitad de la nada, razón por la cual debían levantarse planos topográficos y recuperar muchísima información que comprobara que el predio en efecto, sí les pertenecía a los dueños que decían serlo. A lo que debe sumársele un ingrediente adicional y es que la zona en esos años todavía tenía rezagos de guerrilla, lo que dificultaba su acceso. Solo hasta octubre de 2016 la vereda La Danta pudo ser microfocalizada por la Fuerza Pública y



“

Me sentí completamente satisfecho, muy contento porque ya vuelvo a mi tierra, a tratar de volver a trabajar, vuelvo otra vez donde haya tenido las amistades anteriores”

*Efraín Pencue Quique,
beneficiario de restitución
de tierras.*

el Gobierno Nacional, es decir, intervenida y su territorio estabilizado para contar con su debido aval de seguridad, para que la Unidad pueda iniciar sus labores allí. Por fortuna, todo salió en favor de Efraín y hoy puede decir con orgullo que marcó la historia al ser la primera víctima que recupera su tierra en esta zona vedada de Colombia. El 23 de marzo de 2018 le fue restituido el predio La Danta o El Diviso, de más de 44 hectáreas y casi 3.000 metros cuadrados de vivienda, beneficiando a su núcleo familiar conformado por diez personas.



Es una sentencia hito en materia de restitución de tierras para el Caquetá al constituirse precisamente en la primera sentencia para el municipio de San Vicente del Caguán y porque vino acompañada de muchos beneficios que contempla la Ley 1448. Al señor Efraín Pencue Quique se le otorgó un proyecto productivo, un subsidio de vivienda e interés social rural, el pago de la deuda por concepto de impuesto predial que a la fecha ya está saneada y a paz y salvo con la tesorería municipal de San Vicente del Caguán, e incluso se le entregó un panel solar para que el predio pudiera gozar de energía eléctrica

Dirección Territorial URT Caquetá

Los ojos habladores de este hombre recio saltan de alegría. “Me sentí completamente satisfecho, muy contento porque ya vuelvo a mi tierra, vuelvo a tratar de volver a trabajar, vuelvo otra vez donde haya tenido las amistades anteriores”. Es justamente en estos reencuentros cuando se reafirma el poder del compañerismo, de la amistad, como lo dice también Eladio, el vecino: “Eso es una alegría de uno poder volver a la finca a trabajar, y uno en la vereda ya los amigos son como una familia, ya lo que le duele al uno le puede doler al otro”.

Efraín, con sentencia en mano, se puso manos a la obra. Invirtió la plata que le fue otorgada como reparación del daño cometido en el pasado, en sembrar dos hectáreas de café de la variedad Castillo y seis más para alternar con matas de cacao, plátano, fríjol, cilantro y maíz, productos que, luego de garantizar la seguridad alimentaria de su gran familia, ofrecen en la plaza de mercado de San Vicente. Su proyecto productivo hace parte del 45%

de las iniciativas que en el país enfocan sus esfuerzos en el desarrollo de actividades agrícolas, y uno de los dos que se han implementado en el departamento del Caquetá por un valor de 62.287.750 millones de pesos. De hecho, vale la pena contar que sembrar café y cacao representan los dos emprendimientos que más solicitan los campesinos restituidos en toda la geografía nacional –a corte de junio de 2020, en Colombia se estaban desarrollando 676 proyectos productivos de café y 104 de cacao-. Lo interesante del proyecto de Efraín es la combinación de estas dos siembras comerciales con hortalizas y otras plantas que retoman el sentido original de los cultivos mixtos, donde la tierra, antes de haberla convertido en monocultivos de inmensas extensiones, era sembrada con múltiples semillas y así garantizaba la conservación de todos sus nutrientes, así como la dieta balanceada de los núcleos familiares. Es el retorno al origen y la apuesta por la autosostenibilidad, más aún estando tan aislados de todos.

Por ahora, dos de sus árboles de cacao ya les han producido 10 kilos del fruto que están siendo comercializados por Comicacao a buen precio. Al tiempo, la primera cosecha del café brotará a comienzos del año 2021, primeros pepees que serán de uso familiar, pero que estarán a punto para la producción en 2022. La ilusión de todos es grande. Cómo no si están en su montaña.



Efraín Pencue y Eladio Herrera.



Serie TIERRA en YouTube

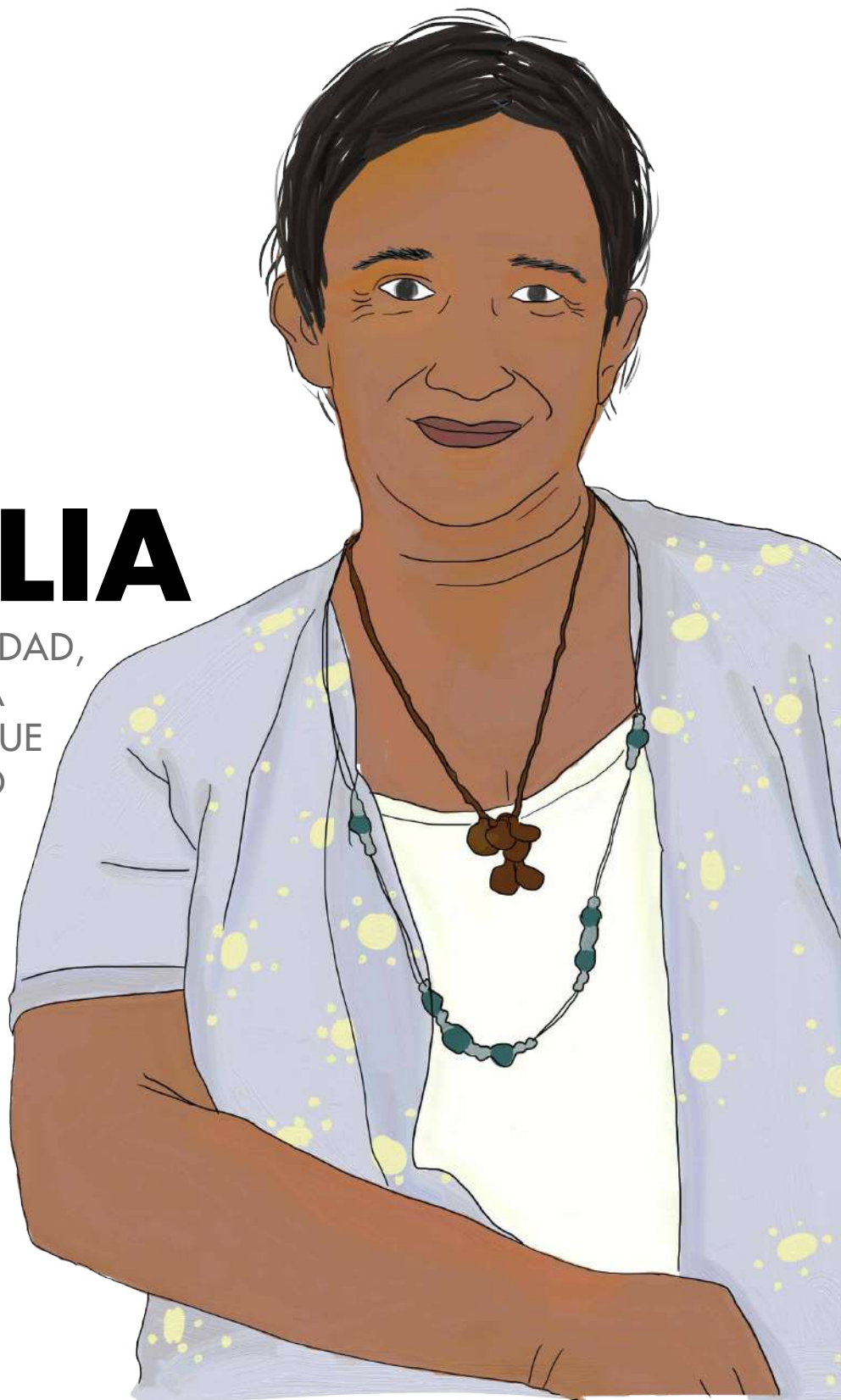
LA
FAMILIA



Proyecto productivo de gallinas ponedoras, vereda Hoya de Tudela, La Palma, Cundinamarca.

LA FAMILIA

MARTHA LO DIJO CON CLARIDAD, "QUIERO QUE ESTA HISTORIA SE LLAME LA FAMILIA", PORQUE DE NO HABER PERMANECIDO UNIDOS, TODO EL TIEMPO QUE LO ESTUVIERON, Y QUE LO SIGUEN ESTANDO, NO HABRÍAN PODIDO SUPERAR LAS PRUEBAS QUE LES IMPUSO LA VIDA. SE LO DICE, CONMOVIDA, A SU MAMÁ, MARÍA JIMÉNEZ, SU INSPIRACIÓN. Y LA DE NOSOTROS.



MARÍA SE PARA EN LA FALDA DE SUS TERRENOS RECUPERADOS DE "EL TIGRE" Y "LA RINCONADA" EN LA VEREDA HOYA DE TUDELA, AL NOROCCIDENTE DE CUNDINAMARCA.

Con ellos también regresó la sonrisa. Es tierra frondosa y fértil. De café y hortalizas. Calor y hogar. También se siente el rumor de las más de 2.000 gallinas que tiene, su fuente de alegría e ingresos

y que, cuando tiene producción plena, alcanza a completar 35 cubetas por día. Y cuando todo es prosperidad también hay cría de cerdos. El hoy negocio, en donde ha podido emplear a sus hijos, les ha permitido comprarse una camioneta de platón con la que transportar los huevos para comercializarlos tanto en La Palma como en Bogotá. Las saluda a esas muchas gallinas y las consiente, rompe un huevo, separa la clara y con ésta limpia huevo por huevo, el secreto para que se les alargue la vida. Lo hace como acariciando a un nieto, agradeciendo el retorno de la tranquilidad.



María Jiménez, beneficiaria de restitución de tierras.

Es difícil imaginarse a esta mujer alegre, dedicada y buena madre, orgullosa de estar presenciando el crecimiento de los más chiquitos, desplomada como lo estuvo en 1995 y los años que le siguieron. Sus hijas solo recuerdan lo enamorados que estaban sus papás. Cómo se besaban tiernamente cuando él salía de la casa, lo mismo que cuando regresaba, y ese cariño con todos ellos. José Román era agricultor, pero también fue nombrado en la vereda como inspector o comisario, una figura que tenía como objetivo hacer de puente en los conflictos entre vecinos y, si se requería, buscar a la Fuerza Pública para que resolviera alguna situación.

Eso llevó a que tuviera que verse con las autoridades que le pidieron, adicional y periódicamente, que les informara sobre el estado de las vías y la seguridad en la zona, así como la presencia de algún actor ilegal. Justo por esto, luego de amenazas por parte de la guerrilla, lo mataron el 15 de noviembre de 1995.

Quizá lo que más sorprende es que la guerra haya estado alguna vez tan cerca de la capital. Que eso que se oye y se sabe del resto del país, del enfrentamiento entre grupos armados ilegales y el encajonamiento de la población civil, y las estigmatizaciones, y la amenaza del reclutamiento a los hijos, también haya pasado en nuestros talones. Que esas montañas y pueblos vecinos nuestros hayan sido refugio tanto guerrillero como paramilitar. Y que la pelea por el territorio y el control por el acceso a Bogotá estuvo ahí.

El municipio de La Palma es una región de clima templado que está atravesada por la Cordillera Oriental, lo que permite su conexión con la localidad de Sumapaz, convirtiendo a la región en una zona estratégica por su cercanía con la capital. Justo allí, desde los años 70, las FARC iniciaron acciones violentas que, distribuidas en 48 Frentes, buscaban apropiarse del territorio, obtener recursos para su financiamiento y con ello aproximarse al centro del poder. Meta que se vio truncada por la llegada de las Autodefensas de Yacopí a finales de la década de los 80 que, por cuenta de sus enfrentamientos, hizo que la violencia escalara a unos niveles inusitados, haciendo que en el año 2002 se presentaran las cifras más altas de homicidios, secuestros y desplazamientos que jamás se hayan vivido en esa región.

Fueron tiempos duros aquellos posteriores a la muerte de José. Esos cinco hijos solo recuerdan que veían a una mujer desconsolada y que su mamá había perdido las ganas de vivir. Que lloraba día y noche. Su manera de cuidarse y cuidarla había sido juntar las camas de todos y hacerse los unos al lado de los otros en un cuarto. El amor era su única forma de mantener la cordura frente al miedo y la incertidumbre. “En ese momento nos tocó dejar de estudiar, empezar a trabajar, ayudarle a mi mamá porque, bueno pues, éramos hartos y no teníamos más de dónde coger”, cuenta Henry quien quedó con

la imagen de esos hombres armados que pararon a su padre cuando iban a cosechar unos tomates. Fue la última vez que lo vio. Frente a tanta pena, eran los maestros de la escuela los que consolaban a los niños sin padre y a las viudas que se empezaban a sumar en la vereda.

Pero como una madre es una madre aunque tenga las espinas más grandes clavadas en el corazón, María levantó los ojos llorosos y entrevió de nuevo el peligro.

“

Ya estaban convenciendo mucha juventud de la vereda a irse con los grupos armados, yo pensaba que eso sí no, yo les decía que eso sí yo no lo iba a permitir porque después que los habían dejado sin papá, que los habían dejado huérfanos y que se fueran a pagarle la gracia a irse con ellos o a hacerles mandados...”, cuenta sabiendo que esa amenaza la levantó del letargo.”

María Jiménez,
beneficiaria de restitución de tierras.

Y así, se empezó a descuadernar la familia, pero por la pura necesidad de supervivencia. Una tía recibió a Henry en la capital y allá empezó a rebuscarse el pan, así que se puso a trabajar de empacador en un

supermercado. Al poco tiempo llegó Graciela, la mayor de las hermanas. Y así, fueron llegando uno a uno, hasta que se vació la vereda por muchos años. “Cuando empezó el desplazamiento vi cómo las familias sufrían –cuenta Alcira León, profesora de la escuela de La Palma–, porque algunos no tenían para dónde viajar, ya unos al ver que había poco alumno pues de pronto me decían ‘yo también tengo que irme’ y yo hasta el último momento con un solo padre de familia me dijo ‘profesora yo me llevo mi niño’ y ya no volví, ya no más porque, ¿ya qué?”. Pero las cosas no mejoraban. María recuerda con claridad otra fecha, el 2 de agosto del 2002. Ese día se supo que habían entrado los paramilitares a la vereda. “Eso ya fue terrible, era como el que está fritando maíz, teníamos que salir hacia el monte, escondernos donde no nos fueran a encontrar, hacia lo espeso de las montañas”. Cuenta que les tocaba huir de casa por uno o dos días, sin comida claro, porque no se alcanzaba a siquiera armar un paquetico de nada. La última escondida que recuerda, aterrada, fueron tres días debajo de hojas de plátano, casi sin respirar. “Una vez nos tocó... yo tenía una platica que me habían enviado los chinitos, 100.000 pesos, y me devolví pues a buscarlos y salí y di otra vuelta hacia la vía y a correr”. Se escurrieron por la peña, cogieron un bus y se dirigieron a Bogotá.

Para mediados del año 2002, muchos habitantes habían dejado sus predios y los que quedaban fueron amenazados con panfletos que llevaban un mensaje claro: si no salían de sus tierras serían asesinados. Finalmente fueron reunidos en un mismo lugar, y aterrizándolos, los obligaron a desocupar completamente la vereda, por lo cual se calcula que entre los años de 1997 y 2009 fueron 7.318 las personas desplazadas y despojadas de sus tierras a causa de la violencia en la región de la Palma.





María Jiménez, recuperó la esperanza y está de regreso en su tierra.

María y su familia se acomodaron en una habitación en Fontibón, y todos hacían lo que podían para poder pagar esa vivienda. Fueron casi diez años muy duros y, aunque los resistió con altura, apenas supo por un vecino de la vereda que las cosas estaban tranquilizándose en la región, cogió a uno de sus hijos menores y se regresó a Las Palmas. Los predios, como toda la vereda estaban todos montados. Abandonados. Pero mejor desyerbar que seguir pasando necesidades en la capital, así que fueron tanteando el terreno, quedándose de a poquitos sin hacer ruido, empezando a sembrar lo de comer, y así, María, se fue colando de nuevo en su tierra. Y durmiendo sobre ella, aunque con esa latencia de que en cualquier día todo volvía a ponerse feo. Hasta que oyó sobre la restitución de tierras y vio que ese miedo que sentía quizá podría desvanecerse.

Se envalentonó y empezó a asistir a reuniones. A preguntar que qué pasaba si uno ya estaba habitando el predio, y si podía aplicar para la restitución. Y le dijeron que sí. Porque, efectivamente su condición de víctima de despojo forzado podía llegar a probarse y, además, si se fallaba a su favor, podía legalizar la tenencia de la propiedad y tener otros beneficios de reparación. Como se fue viendo en la armada de su caso, los predios de “El Tigre”, de 4.621 metros cuadrados, y “La Rinconada”, de siete hectáreas, estaban bajo la figura de posesión por parte de José

Román desde 1974. Dicha figura se había realizado mediante contrato verbal celebrado con Froilán León Chaparro, tío de José, y hacía parte de otro predio de mayor extensión denominado “El Refugio”, del mismo Chaparro, quien lo distribuyó a sus hijos y sobrinos. Así que, con la restitución, era la oportunidad de poner las escrituras a nombre de la familia y así garantizar su titularidad.

Pero no solo eso. María estaba viviendo en su tierra desde hace algunos años, pero todos llevaban años intentando sobrellevar la pobreza que les dejó una década de desplazamiento. Si bien ya tenían lo mínimo, una huerta de pancoger, sostenerse era todo un reto. Así que la restitución le devolvió el aliento. La sentencia no solo le saneó las deudas del predio, sino que le dio a María los medios y el acompañamiento técnico suficientes para que pudiera empezar un negocio del cual vivir, y aquí aparecen las 700 gallinas ponedoras y el acondicionamiento del galpón, con lo que todo arrancó. Solo necesitaba el impulso y ella haría el resto. Y sí que lo hizo.

Por eso volvió la alegría. Y con razón. María recuperó las ganas de vivir y eso, esos ojos y esos hijos, nunca lo olvidarán.

Serie TIERRA en YouTube
MUJERES DEL
PÁRAMO





MUJERES DEL PÁRAMO

TIENE EL PRIVILEGIO DEL PAISAJE Y EL CIELO CASI LO TOCA CON LAS MANOS. LAS NUBES SON SU BRUMA Y SOLO LOS QUE ESTAMOS LEJOS, MIRÁNDOLA, HIPNOTIZADOS, VEMOS ESE CONTORNO BLANCO Y ESPESO QUE RODEA SU PÁRAMO. EN SU CENTRO, UNA MUJER DE MONTAÑA HELADA QUE LOGRA CALENTARLA.

CURIOSAMENTE, QUIENES CALIENTAN ESTE PÁRAMO SON TODAS MUJERES QUE PERDIERON MUCHO Y QUE, POR TIEMPO, SE LES CONGELARON TAMBIÉN LOS OJOS Y EL CORAZÓN.

Pero a ellas el frío no les da miedo, así que le devolvieron el sentido de hogar que siempre tuvo a esa montaña nariñense, en el municipio de Tangua, a 22 kilómetros de Pasto.

En esta historia todo lo encarna Silvia Montilla y su recuento es el de tantas mujeres que tuvieron que abandonar su tierra a comienzos del 2000 del físico agotamiento por la amenaza constante y la necesidad primordial de salvar a sus hijos.

Ella recuerda el sentimiento pero lo quiere olvidar y no se quiere definir desde allí, aunque la marcó para siempre. Esa angustia de estar en el bosque con sus chiquitos recogiendo la leña para encender la estufa y hacer el agua de panela y, de repente, encontrarse en medio de las ráfagas de los bandoleros que se querían acabar allí mismo. Un temor con el que se acostumbraron a vivir



Silvia Montilla, beneficiaria de restitución de tierras con su madre y su hijo.

tantos campesinos que eran los que habitaban esa vereda Las Palmas, en el Corregimiento Agustín Agualongo. Los más viejos recuerdan cómo se fue poblando de guerra su montaña. Los grupos armados ilegales fueron apareciendo hacia la mitad de los años 80, con la presencia del M-19, los frentes 29 y 2 de las FARC y el grupo Comuneros del Sur del ELN. Demasiados, pero allí se hicieron a un lugar. Se decía que este despliegue obedecía a una ubicación estratégica, pues cada grupo buscaba una zona donde moverse fácilmente, limítrofe con el Ecuador y que tuviera una salida marítima por el sector del Pacífico. Fue una invasión al territorio prolongada que logró que el miedo, más que el frío, se les metiera a todos en la piel, tal como lo cuenta Josefina Gelpud con un hilito de voz que les dejó el hábito de hablar bajito para no alborotar el avispero:

“Como nosotros nunca habíamos conocido ni habíamos sabido cómo era la guerra, qué era, en cuanto vino pues nosotros nos asustamos, vivíamos pues nerviosos, vivíamos acomplexados.”

Para Silvia todo ese desamparo se vivió de cerca. “En el 97 llegaron ya los grupos subversivos pues a donde yo vivía... Yo tenía una tienda y un día estaba incluso en embarazo de mi hijo, cuando llegaron dos ahí a la tienda, me quedé pensado pero eran de civil y yo me di cuenta cuando sacó la billetera para cancelarme, ahí tenía una foto pero ya era como un militar”. Ese estado permanente de alerta y prevención la volvió una mujer desconfiada. Cómo no si la latencia del

mal estaba ya pisando los talones de todos. Quizá el momento más duro fue cuando ella y todas las otras mamás de la vereda empezaron a ver cómo se iban armando ejércitos de jovencitos. “Un día ya no salieron dos jóvenes sino que salieron cuatro, dos jóvenes y dos señoritas, y se fue aumentando de esa manera, ya eran cuatro, después a los ocho días 10, 20, 30, 50 hasta mejor dicho... ya sin contar”. La angustia de perder a sus hijos ya las estaba haciendo sudar a todas.

“El reclutamiento forzado era un elemento prioritario en la idea de tener y expandir la presencia de las FARC en ese terreno y efectivamente fue uno de los mayores impactos en esta zona”, explica Xavier Hernández, líder social pastuso y defensor de Derechos Humanos. De hecho, cuenta que justamente la llegada de esta guerrilla a la zona generó una tensión sobre estos territorios cuya primera reacción de seguridad fue la respuesta militar. Así, las FARC se ubicaban en la parte alta de los páramos, la comunidad en la parte media y en las faldas que utilizaba para cultivar y, por último, el Ejército se ubicaba cerca a la carretera Panamericana en la parte baja. “Literalmente, la comunidad estaba en medio del conflicto”, concluye el investigador.

Se hacía difícil trabajar y vivir. Si ser adolescente era un peligro, no lo era menos ser una tendera y campesina como Silvia, a la que veían como sospechosa por ir de la vereda a la montaña con tanta frecuencia, ¡a sembrar, cosechar y ver a sus hijos estudiando! o incluso una partera como Amparo Montilla a quien le impidieron seguir yendo a recibir niños en medio de la noche. La comunidad en pleno en la encrucijada, perdiendo poco a poco su identidad.

Hasta que en el 2002 todo se hizo inaguantable y los enfrentamientos entre el Ejército y la Compañía Jacinto Matallana del Frente 2 de las FARC produjeron el desplazamiento masivo de la comunidad del corregimiento Agustín Agualongo. Les dieron cinco minutos para salir de sus casas y todos tuvieron que abandonar predios, cosechas y animales sin siquiera mirar atrás. En un ambiente enrarecido por el reciente rompimiento de los diálogos de paz entre Gobierno y la guerrilla y el secuestro de la candidata presidencial Ingrid Betancourt, el país era solo caos. Silvia lo recuerda como si hubiera sido ayer, cómo se escuchaban los disparos en Las Palmas, y cómo entre vecinas se miraban aterradas mientras se oía el pasar de las tanquetas. También cómo temblaba la tierra. “Cargué mis dos niños y me vine con mi esposo –cuenta Silvia de aquellos momentos–, luego llegué donde mi mamá, estuve ocho días y de ahí ya pues dijeron que de pronto nos podrían perseguir y que nos iban a matar y todo eso, entonces nos fuimos a Pasto”.

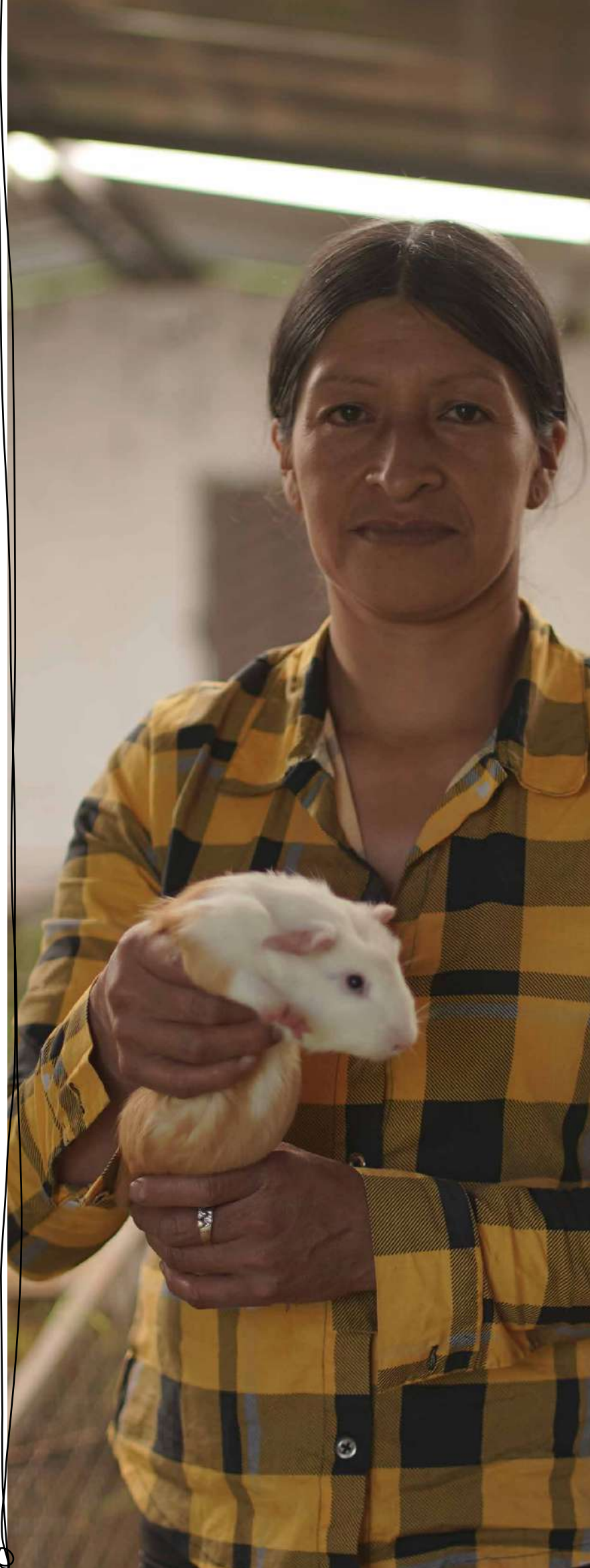
Ese cambio a la ciudad fue un golpe fuerte, del que solo los campesinos desplazados pueden dar testimonio y solo al oír que se quisieran morir podemos entender la dimensión del desarraigo. Y del hambre. Eso les pasó a Silvia, a Amparo y a Josefina y tantas otras mujeres más a las que se les rompió un pedacito la vida y la de sus familias. Lo bueno de la buena tierra es que siempre queremos volver a ella. Y eso les pasó a estas mujeres y a una comunidad que nunca dejó de añorar su frío.

CUIDAR LA MONTAÑA

Más de una década por fuera de su montaña hizo que las cosas cambiaran al volver. Empezando por las leyes ambientales. Aunque por años los campesinos asentados en las faldas del páramo vivieron del cultivo de papa, del cuidado del ganado y de la minería artesanal, a su regreso vieron que sus predios ahora hacían parte de la reserva natural Las Ovejas-Tauso, lo que implicaba unos cambios en sus formas del sustento. Por ejemplo, ya no podrían retomar actividades de grandes cultivos ni que fueran en detrimento de esta fuente de agua para el departamento.

De nuevo, las mujeres fueron quienes volverían a dar el norte de su comunidad.

Algo que había sido relegado a las labores domésticas y que era menospreciado por los hombres de la casa, la crianza de los cuyes, se iba a convertir en tiempo récord en una fuente real de ingresos para las 33 familias restituidas, a través de las 82 sentencias de nuestra historia, así como de los demás campesinos retornados y vecinos. Estamos hablando de que hoy el cuy es generador de empleo e ingresos en el 86% de los municipios del departamento y que más de 30 mil familias viven de su crianza y comercialización.





Amparo Montilla, Josefina Gelpud y Silvia Montilla.

Producido principalmente en San Juan de Pasto, Ipiales y El Tambo se estima que existen más de tres millones de cuyes en Nariño concentrando a nivel nacional el 91% de la producción seguido por Cauca, Huila y Putumayo. Esta apuesta económica ha sido, sobre todo, la recuperación de unos fogones tradicionales que son, ni más ni menos, que su identidad.

Para la Unidad de Restitución de Tierras, cuya misión, además de restituir predios despojados forzosamente, es velar por el cuidado y conservación del medio ambiente y en cumplimiento de la ley segunda de 1959 que protege estas zonas ambientales, historias de despojo como las de Silvia, Amparo y Josefina, fueron la oportunidad para presentar una estrategia que creara un proyecto productivo sustentable y rentable para sus beneficiarios con el que también se protegiera y conservara el Páramo Las Ovejas-Tauso. Fue así como se estableció el proyecto

de cría de cuyes para la comercialización, gracias al convenio suscrito entre la Unidad y la Embajada de Suecia y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).

Silvia se apersonó del tema con el mismo ímpetu que siempre ha tenido, al punto de que se convirtió en la representante legal de la Asociación Campesina Cuyícola Agustín Agualongo, ASOCAMCUYA. Con ésta han logrado organizarse comunitariamente para proveer al mercado pastuso de cuyes de excelente calidad y, en consecuencia, mejorar su calidad de vida. Esta prosperidad también le ha traído a la comunidad una razón para quedarse en el territorio y así evitar la fuga de jóvenes hacia los cascos urbanos por la falta de trabajo. Todas las generaciones se están disfrutando el momento del cuy, aunque si se les hubiera preguntado antes, pocas habrían creído que este animalito ayudaría a sanar a toda una comunidad.

Gracias a que las campesinas creyeron en el proyecto y le vieron todo el potencial, hemos podido ir conociendo un poco más lo que significa este poderoso vegetariano, que tan poco espacio usa y no contamina, con una carne que tiene un alto contenido de proteínas (20,3%), poca grasa (7,3%) y proporciona ácidos grasos esenciales, como el Omega 3 y 6. Poco a poco se han ido quebrando prejuicios de su aspecto de ratoncito, al haberlo puesto en el pedestal de los sabores así como haber ampliado el recetario y sus variados usos, fuente de la estrategia de comercialización entre productores, asaderos y restaurantes, las entidades públicas y hasta la academia de gastronomía. Un proyecto redondo que no podía sino salir bien.

“Acá decíamos antes los cuyes solo para las fiestas, cuando se casaban, bautizos, así no más se mataba los cuyes pero después ya no, nos dijeron que los cuyes no es solo para eso, los cuyes van a ser para comer siempre y, nos dijeron, para que cojan platica y así dijimos ¡esto va a estar bueno!”

”

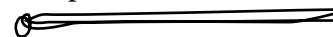
*Silvia Montilla,
beneficiaria de restitución de tierras.*

Hoy, gracias a la tecnificación, una familia puede criar 1.200 cuyes y vender hasta unos 50 mensuales, generándole un ingreso de 1.200.000 pesos. Un cambio rotundo pues muchos de estos hogares, antes de iniciar el proyecto productivo, tenían unos 80 animalitos. Así mismo, se está valorando el bajo impacto ambiental que tiene este negocio, una producción que no utiliza insumos agrícolas, el laboreo de los suelos es mínimo y se reutilizan todos los subproductos, estiércol y abono orgánico, en el mejoramiento de los pastos. Finalmente, otro cambio, y no menos importante, es la valoración del trabajo femenino en esta región del país, pues de las 30.000 familias que derivan su sustento de la producción de cuy en Nariño, 77.5% son mujeres. Y esto lo pondera mucho Blanca Paz, propietaria del restaurante CuyQuer, “el precio del cuy no baja, sino que siempre tiende al alza entonces es un producto que le garantiza al campesino una estabilidad económica y, pues más que todo, me gusta porque es un apoyo más que todo a la mujer, que la mujer fue la que primera retomó este trabajo, porque ella en su casa también puede criar los cuyes”.

Todo regresa, hasta la dicha. Como dice doña Josefina, mientras camina junto a sus amigas, “la tierra es bendita porque de ella vivimos ¿no? En ella vivimos y de ella le digo nosotros estamos felices pues porque si no hubiera tierra ¿Qué hiciéramos? ¿Cómo sembráramos? ¿Cómo trabajáramos?”.

La bruma las encierra. Pero qué buena sensación esa, la del frío abrazador.

El de su páramo del corazón.



Serie TIERRA en YouTube
TREMENDA
MORENA



Proyecto productivo de café, Bugalagrande, Valle del Cauca.

TREMENDA MORENA

LA VEREDA LA MORENA, EN BUGALAGRANDE, VALLE DEL CAUCA, VOLVIÓ A REVERDECER CON MILES DE MATAS DE CAFÉ, LUEGO DE HABERSE SECADO DURANTE AÑOS POR LA GUERRA QUE PADECIERON SUS MONTAÑAS A FINALES DE LOS AÑOS 90 DEL SIGLO PASADO.



HOY TODOS CELEBRAN QUE EL MIEDO SE ESFUMÓ.

Y que la comunidad que habita estas laderas de sus amores ha logrado construir una asociación muy productiva que, con cooperación internacional y una clara apuesta estatal, ha empoderado y unido a sus miembros más que nunca. Esta es la historia de un pedacito del Valle que hoy se hincha de orgullo con su experiencia de vida.

Quizá, para arrancar, habría que contar que de esta tierra generosa brotan en abundancia los cañaduzales, el plátano y el café. También que allí habitan unas 24.000 personas, entre 9 corregimientos y 29 veredas, distribuidas, la mayoría, en la parte montañosa

y otras en sus valles. Prácticamente todos sus habitantes se dedican al campo. Además, es de señalar que en su casco urbano se instaló desde 1944 una planta de la multinacional Nestlé, que denominaron Industria Nacional de Productos Alimenticios (INPA S.A.), empresa que, desde su fundación, ha empleado para sus actividades al 80% de la gente que habita este municipio, haciendo de Bugalagrande un lugar formalizado y tranquilo.

No obstante, como nos lo cuenta Carlos Tamayo, periodista de la región, “la parte rural montañosa o la montaña bugalagrandeña siempre ha estado matizada por la violencia. Eran como dos mundos, el mundo rural de la montaña, de mucho conflicto y violencia, y un casco urbano empleado que generaba un ambiente de paz y tranquilidad, que ya vino a cambiar

“

La verdad es que nos tocó ver muchas cosas muy atroces, asesinatos, gente amarrada, mucha cosa... muchos amigos se fueron, muchos vecinos se desplazaron y quedamos por ahí pongamos la mitad de la comunidad de la vereda... entonces pues ahí nos dábamos moral unos con los otros ”

*José Marín,
beneficiario de restitución de tierras.*

María del Pilar Espinal, beneficiaria de restitución de tierras.



Proyecto productivo de café, Bugalagrande, Valle del Cauca.

a principios de los 90 por los agentes armados que empiezan a llegar, sobre todo a su parte rural”. La violencia que se vivió allí, según complementa el historiador León Pablo Wallens, fue la que engendró esa pesadilla del narcotráfico, que no produce más que intranquilidad, para luego padecer la presencia guerrillera a la que le siguió, para contrarrestarla hasta 2005, la fuerza paramilitar del Bloque Calima de las Autodefensas.

Los vecinos de La Morena empezaron a sentir la zozobra de cerca. Todavía sudan al recordar lo que fue aquello.

“

Nos reunieron como a las tres de la tarde, que nos iban a pedir una vacuna a todos los pequeños... se fueron y como a los 15 días volvieron y comenzaron a decir ‘matamos al peludo y faltan seis todavía de la vereda’. Yo fui el primero que me fui como a las seis de la tarde y al otro día todo mundo salió, esto quedó solo”

*Francisco Ospina,
habitante de Bugalagrande.*

Rodrigo Salazar, por su parte, también narra que en ese entonces prestaba servicio de transporte público veredal y uno de esos días se le acercaron cuatro hombres armados diciéndole que necesitaban que los llevara al pueblo vecino de Chicoral, pero que no les bastó con montarse en el carro forzosamente sino que lo amenazaron diciéndole “necesitamos que esté bien de gasolina, porque si ese carro se llega a varar nosotros se lo quemamos”. A todos afectó esta encrucijada. A todos. Quienes tenían mujer e hijas corrieron con ellas para que no se las violaran. José Marín, que resistió en la vereda durante la asolada violenta, tuvo que presenciar mucho, “la verdad es que nos tocó ver muchas cosas muy atroces, asesinatos, gente amarrada, mucha cosa... muchos amigos se fueron, muchos vecinos se desplazaron y quedamos por ahí pongamos la mitad de la comunidad de la vereda... entonces pues ahí nos dábamos moral unos con los otros”.

Todo fue inmisericorde y para cada uno de los habitantes de esta tierra verde quedó claro que con la guerra no hay distinción de clase y a todos afecta por igual. El miedo que se siente cuando hay un arma apuntando es el mismo para todos. María del Pilar Espinal, heredera de su padre, un trabajador

incansable que logró hacer de su sueño de tener tierra una hacienda cafetera, también tuvo que huir con su familia de la casa de su infancia y, así, dejar abandonado el próspero negocio familiar de café. Primero sufrió el asesinato del administrador de la finca, luego, presencié cómo cada vecino iba escapando de su propia parcela y, por último, su hermana vio, a lo lejos y a plena luz del sol, cómo se acercaban los camuflados a su terreno. Salieron con lo que tenían puesto.

“Se sentía dolor, frustración, desesperanza y soledad”, solloza. Y como a toda persona a la que de la noche a la mañana le cambia la vida, esta empresaria del campo tuvo que empezar de la nada. Cuenta que al llegar a Cali, con su esposo se decidieron a abrir un restaurante en el sur de la ciudad. Al principio les fue bien, pero pasó el secuestro masivo de la iglesia La María, por parte de la guerrilla del ELN, ese temible 30 de mayo de 1999. “Resulta que Cali estaba catalogado de Unicentro hacia el sur como zona roja, justo donde estábamos nosotros, entonces nos metimos una quebrada tremenda”. Fueron años colmados de desespere.

Afortunadamente, al desmovilizarse los grupos paramilitares se calmaron las aguas y muchos se decidieron a ir a mirar si era posible el retorno a la tierrita. Poco a poco fueron haciéndolo. Entre ellos, María del Pilar, que regresó en 2007. “Encontramos esto totalmente destruido, el ícono familiar, el ícono del amor que es esta casa. Era como si hubiera habido una bomba y hubiera destruido todo, era una cosa llena de maleza, las zonas verdes donde estaba usualmente

el ganado, eran un monte”. Pese a ello, se armaron de valor, ese que se siente al saber que eso que está allí es de uno, y se dedicaron a rescatarlo. “Entendimos que la horrible noche había pasado, que teníamos que limpiar nuestras lágrimas y avanzar. Yo, particularmente, le agradecí a Dios por la paz, le agradecí por permitirme perdonar y le clamamos que derramara sobre toda esta zona nuevamente ese deseo de perdón”.

Junto a ella, muchos vecinos hicieron lo mismo. Una vez divulgada la Ley 1448 de 2011, se informaron de lo que debían hacer para recuperar sus derechos arrebatados por la guerra. Valga decir que, gracias a una conciencia colectiva muy profunda, Bugalagrande se constituyó en uno de esos municipios del país donde se ha presentado un elevado número de solicitudes de restitución de tierras, teniendo en cuenta que más de 700 personas fueron desplazadas y despojadas de sus bienes por la arremetida violenta entre 1999 y el año 2000. Muchos fueron restituidos, entre ellos, María del Pilar quien recibió, el 24 de julio de 2015, la sentencia que le reconocía el derecho sobre la tierra escriturada a nombre de su mamá.

Todo se empezó a llenar de puro entusiasmo y a esta comunidad lo que le sobraba eran las ganas de recuperar el tiempo perdido. Y, allí, esta mujer dulce pero firme devino en una líder natural. Generosa como es, a María del Pilar no le bastaba con que a ella le volviera a ir bien con el proyecto productivo de café con el que encaminó de nuevo el rumbo de su finca. La Unidad de Restitución de Tierras la apoyó, como



Trabajador de la biofábrica.

“

Entendimos que la horrible noche había pasado, que teníamos que limpiar nuestras lágrimas y avanzar. Yo, particularmente, le agradecí a Dios por la paz, le agradecí por permitirme perdonar y le clamamos que derramara sobre toda esta zona nuevamente ese deseo de perdón

”

*María del Pilar Espinal,
beneficiaria de restitución de tierras.*

a muchos de los restituidos de esta zona, con 24 visitas de acompañamiento integral, que incluyeron los procesos técnicos, ambientales, asociativos, socioempresariales y comerciales necesarios para producir un buen grano. Como en efecto lo es el Café Galicia que, dicho sea de paso, es valorado por expertos como Abel Calderón, de la reconocida tostadora Varietale, como “un café bastante dulce, con unas notas más hacia los lados de las avellanas, nueces, también tiene notas a chocolate, tiene un cuerpo alto y una acidez baja. Es un café brillante que se disfrutaría en cualquier ocasión”. Todo un logro.

Uno que, sin embargo, era fruto de muchas manos juntas. Al ver el potencial del café que estaban produciendo en la región, María del Pilar se alió con los vecinos, expandió su propio cultivo y empezó a realizar dentro de su terreno procesos de postcosecha, de trillado y molido, así como a acopiar el café de toda la vereda, de productores restituidos y no restituidos.

“Mi amor de trabajar por la gente es que quiero amar a mi prójimo como a mí misma, quiero servirlo, quiero ayudar a los otros y también ver que el progreso tiene que ser para las comunidades”, expresa con convicción. Ella sabía que la unión sacaría adelante a esta comunidad.

Viendo esto, tanto la Unidad como la Agencia Japonesa de Cooperación Internacional, JICA, apoyaron la iniciativa colectiva de estos vecinos vallecaucanos y los impulsaron a consolidar la Asociación Agropecuaria La Morena-Galicia, que hoy lideran Francisco Ospina y ella misma. José Marín la reconoce plenamente, “Pilar es una mujer invaluable, yo diría que esta Asociación va en el punto que va gracias a su gestión”. Lograron construir un lenguaje común donde el trabajo es de todos. Y les corresponde a todos.

Por eso, todos recuerdan cuando se bajó de la camioneta blanca de la Unidad de Restitución de Tierras un hombre dulce y gestos delicados, se trataba de Toshiaki Kurihara, experto en desarrollo rural y agrícola de la JICA, y quien se apuró a decirles a todos que lo llamaran “Toshi”. Les dijo que llegaba a esta tierra bonita para ayudarles a mejorar todos sus procesos productivos. Al comienzo hubo timidez, pero rápidamente se les quitó, como lo recuerda el propio japonés, “la primera impresión era que muy poca gente participaba, pero yo sentí que había que cambiar la mentalidad, como el chip, que hay que asociarse para crear un tejido social y un sistema de encadenamiento productivo”. Y eso pasó. “Tuvieron confianza y hoy ya somos como amigos, como una familia”.

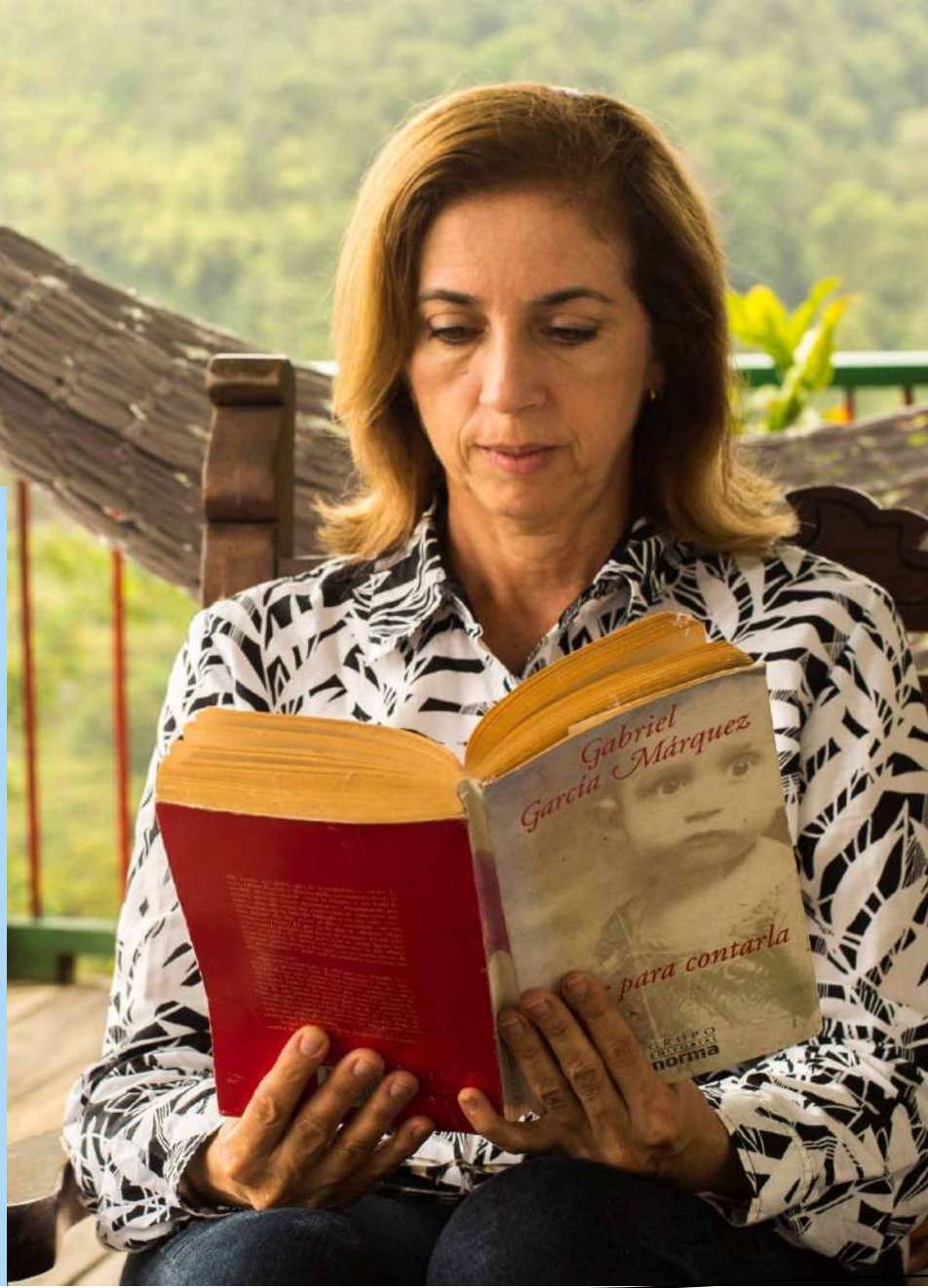
A todo el proceso técnico de la cosecha se le sumó la estructuración de una planta de bioinsumos, para luego seguir con el diseño del empaque y, finalmente, consolidar la promoción de la marca Café Galicia. Su comercialización ha estado centrada en ruedas de negocios propiciadas por la Unidad de Restitución de Tierras, así como la consolidación de clientes directos que se les han acercado a estos nuevos empresarios del campo. Por cuenta de ello, ya lograron exportar sus primeras 150 libras a Estados Unidos y otros 1.000 kilos a Francia.

“

Yo diría que desde ella estamos hechos; quien no valora la tierra no se estima a sí mismo y si miráramos bien, el mundo entero depende de ella, el que está en la ciudad depende de ella.

Si se esterilizara la tierra y dejara de producir, nos moriríamos de hambre en el campo y en la ciudad..., por eso, es lo máximo para mí, la valoro mucho a ella y a mi finca ”

*José Marín,
beneficiario de restitución de tierras.*

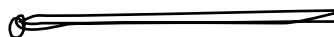


Con este impulso vino algo más: al ver la potencia y calidad de los bioinsumos que empezaron a usar en sus propios cafetales decidieron crear una biofábrica de procesamiento de abonos orgánicos, que se construyó en una parte del terreno de María del Pilar, quien decidió donárselo a la Asociación y su comunidad para tal fin. Toshi les enseñó todo sobre el arte de la buena tierra, que evita los sobrecostos de la fertilización química y es, sobre todo, una apuesta por la sostenibilidad del planeta. Han aprendido que el uso de los residuos orgánicos como materia prima permite mejorar la retención del agua en el suelo, aporta nutrientes, favorece la salud de las plantas como de las personas y contrarresta los efectos del cambio climático. Ya se han convertido en unos duros del tema. “Tenemos bokashi o abono orgánico sólido, multiminerales, microorganismos, gallinaza líquida, lombricompost, lombrilíquido o sólido y tenemos el compost –cuenta María del Pilar como toda una sabedora de la materia– y, bueno, tenemos una esperanza en que este emprendimiento va ser algo exitoso como ha sido todo el tema de reconciliación y de reparación y así la comunidad entera va salir adelante”.

Efectivamente, hoy actúan mancomunadamente muchos productores de café de las veredas La Morena y Galicia. Actualmente, la Asociación Agropecuaria La Morena-Galicia está constituida por 58 familias, 25 de ellas restituidas, y cada uno de sus miembros puede decir que vive económicamente del café y, para más orgullo, que les dan trabajo a otras familias ya que están produciendo, entre todos, cada día más café. En 2019 produjeron 25.4 toneladas y esperan aumentar rápidamente este récord. También se volvieron todos unos emprendedores con la venta de insumos orgánicos.

Saben lo que la tierra es y representa, como concluye José Marín con emoción “yo diría que desde ella estamos hechos; quien no valora la tierra no se estima a sí mismo y si miráramos bien, el mundo entero depende de ella, el que está en la ciudad depende de ella. Si se esterilizara la tierra y dejara de producir, nos moriríamos de hambre en el campo y en la ciudad..., por eso, es lo máximo para mí, la valoro mucho a ella y a mi finca”.

**Hoy Bugalagrande es otra. Recobró la esperanza. Reverdeció.
Pero no lo hizo sola, todos sus afectos la sacaron adelante.**



Serie TIERRA en YouTube
VENCER
EL MIEDO



Vereda El Congal, Samaná, Caldas.



VENCER EL MIEDO

IMAGÍNESE UN LUGAR CARGADO DE TEMOR. UNO QUE PARALIZA E IMPIDE LA TRANQUILIDAD. IMAGÍNESE, TAMBIÉN, QUE SALIR DEL COLEGIO SEA UNA AMENAZA O CAMINAR LA TROCHA POR LA QUE SE LLEGA A LA CASA. IMAGÍNESE, YA PARA COLMO, QUE SEMBRAR RESULTE PELIGROSO. ASÍ COMO PISAR LA TIERRA.

EN 2002, A WILSON BETANCOURT Y LA TOTALIDAD DE LAS PERSONAS DEL CASERÍO DONDE VIVÍA CON SU COMUNIDAD, EN EL CONGAL, SE LES IMPIDIÓ EL RETORNO.

Ya que el territorio fue plagado de minas antipersonales, una de las prácticas más crueles de la guerra. Samaná, Caldas, el municipio del Eje Cafetero al que pertenece la tierra donde Betancourt creció y aprendió a trabajarla, es uno de los lugares del país donde más se sufrió de esta venganza a la tierra. Porque quizá no hay nada más agresivo con el lugar en el que nace el alimento que hacerlo explotar. De hecho, 21.000 de sus 25.000 habitantes están reconocidos como

víctimas del conflicto armado. Cuentan estas vidas partidas en dos que, por la encrucijada de la guerra, tuvieron que padecer el reclutamiento forzado de sus hijos, el asesinato de miembros de su familia, el despojo de sus tierras de manera masiva y su pauperización por haber perdido su único ingreso que, en gran medida, provenía de la economía ilegal.

Y es que justamente de este último aspecto es que se deriva la desdicha de esta comunidad. Ellos, que vivían de la tierra, principalmente del cultivo de café, fríjol, yuca y caña, cuando los grupos insurgentes se instalaron en sus montañas en la década de los noventa, los obligaron a sembrar hoja de coca.



No era una opción negarse a hacerlo y eso los condenó, a inicios del nuevo milenio, a ser perseguidos hasta el castigo cruel por los ejércitos de paramilitares que los hicieron pagar por haberla sembrado, colmándoles su territorio de minas que afectarían a niños, mujeres, hombres y ancianos por igual.

“

Un día entró un grupo armado y ese día fue el primer susto de nosotros, nos invitaron a una reunión por la tarde y nos dijeron que nos teníamos que acostumbrar a ellos ahí, eso fue el principio de la guerra de nosotros... convivimos con ese grupo más o menos seis años. Y nos incentivaron a que sembráramos coca, que porque iba a haber unos días buenos con la coca y que si llegaba el día en el que se iba a joder (el negocio) se jodía para todos, y que el que no sembrara coca la misma cosa le pasaba, también tenía que sufrir la guerra. Y dicho y hecho, eso fue así. Uno como que ya sabía qué era lo que había y adónde iba esto”

*Wilson Betancourt,
beneficiario de restitución de tierras.*

La guerra entre los dos grupos armados ilegales –por un lado, el Frente 47 de las extintas FARC, comandado por Elda Neyis Mosquera, alias “Karina” y por el otro, las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio, lideradas por Ramón Isaza– se ensañó contra la población civil. Uno de los vecinos, Rodrigo Londoño, cuenta que “cuando estaban los dos grupos como quien dice en ataque, ¡Ave María! eso aquí era un sufrimiento muy verriendo porque los que no queríamos acompañarlos, nos volábamos era para el monte o para las otras casas de los vecinos y uno corriendo y de pronto a veces... muchas las veces era escuchando plomacera”. También, Wilson recuerda vívidamente un mes completo que estos dos grupos de violentos se dispararon sin freno, confinando a su familia a la orilla de unos riachuelos vecinos de la finca, huyéndole a alguna bala perdida. Recuerda, como si fuera ayer, la escena: “nos tocó pasar mucha hambre, nos volamos para por allá a unas quebradas donde nos refugiábamos con los niños y sin qué comer”.



Vereda El Congal, Samaná, Caldas.

“Nos tocó pasar mucha hambre, nos volamos para por allá a unas quebradas donde nos refugiábamos con los niños y sin qué comer”

*Wilson Betancourt,
beneficiario de restitución de tierras.*



Habitantes de la Vereda El Congal, Samaná, Caldas.

NO OLVIDAN. LES CUESTA HACERLO PORQUE FUE MUY DURO LO QUE VIVIERON. LO QUE SIGUIÓ NO LO FUE MENOS.

“Recuerdo que en enero del 2002 quemaron el caserío –rememora Wilson–, entró otra vez ese grupo armado, no sé por qué... ¿vengándose?, en todo caso, ellos mismos traían la gasolina para quemar las casas...”. Su hermano, Danilson, también tiene grabado el momento: “madrugaron a quemar todo el pueblito y dejaron razón que nos daban 24 horas para irnos, no querían que estuviéramos en la región porque decían que éramos parte y colaboradores del otro grupo armado... y al quemar el caserío la región se quedaba sola y ellos podían combatir más fácil al otro grupo armado, esa era la estrategia que ellos utilizaban...”. En medio de “esa estrategia”, todos se vieron afectados: “a mí me quemaron fríjol, maíz, café y la tienda entera...”, lamenta Rodrigo Londoño, quien también tuvo que abandonarlo todo, perderlo todo. Y huir con las dificultades que, de por sí, presentaba el terreno, al que solo se podía acceder en chiva. “Fue un día gris, un día

muy opaco, con lluvia, se escuchaban lamentos de las señoras, de los niños, de los ancianos”, termina Danilson, quien cargó a costas con sus padres, a regañadientes en este éxodo no deseado, porque sabían que no tenían otra opción si querían mantenerse con vida.

Para Andrey Ospina, Corregidor municipal de Florencia, en Samaná, la imagen es clara. “El Congal era una desolación, eran unas familias que les tocó partir sin nada, con lo que tenían, empacar sus cosas y desplazarse a nuestro corregimiento, donde tuvimos por así decirlo una crisis humanitaria con ellos. Pero el pueblo se volcó a acompañarlos, a ayudarlos con la alimentación, acompañarlos en su diario vivir para resarcir en algo la problemática con el tema de la violencia que les tocó enfrentar por el grupo armado que los hizo desplazarse...”.

Wilson solo resistió 15 días en Florencia porque cuenta que no tenía nada para hacer allí. Así que viajó para Medellín, donde una hermana, pensando que conseguiría trabajo más fácil. Pero no fue así, y trasegó entonces por Boyacá, por Cundinamarca y hasta por el Tolima. En 2006, luego de que las Autodefensas depusieran sus

armas, pudo retornar a Samaná. Como él, muchos fueron regresando poco a poco a su tierra.

Para Sandra Niño, Directora Territorial del Eje Cafetero de la Unidad de Restitución de Tierras, conocer detalladamente esta región ha sido todo un reto y le ha significado adentrarse en un pasado tremendamente conmovedor y brutal.

“ Ver los rastros de esos cimientos y vigas quemadas fue muy doloroso, verlo y oírlo. Hay personas que ni siquiera han querido verlos ”

Por eso, lo primero que hacen para mostrarnos la gravedad de lo que ha significado vivir en ese pedacito de Caldas, es señalar que el batallón de desminado humanitario, que empezó a hacer su trabajo entre 2014 y 2015, se instaló a 15 metros de la escuela. Vemos con ello que no hubo nada de compasión en la colocación de estos artefactos mortales. También, muchos tuvieron que sufrir que esas minas fueran colocadas a las orillas de la carretera por donde la gente se mueve cotidianamente. Así de cruel. Pero, justamente, por tamaña violencia sufrida se celebra con emoción que hoy esta región esté reviviendo. Con la voluntad de producir un cambio real en el territorio, la Unidad se dio a la tarea de recabar todo

el material probatorio posible para devolverles a sus dueños las tierras que perdieron a inicios del siglo XXI. Con profesionales sociales, se reconstruyó el contexto de violencia padecida en esta región, con el fin de estudiar la vinculación real de todos los reclamantes con El Congal, así como la identificación de las áreas catastrales y de los predios, con el debido estudio de los expertos jurídicos de los títulos de la zona. La Unidad descubrió en la investigación que estos beneficiarios de restitución de tierras eran los hijos de los colonos de esta zona del Eje Cafetero, personas que llegaron allí a mediados del siglo pasado a ocupar los baldíos que allí encontraron. Muchos de ellos son hoy adultos mayores que, en realidad, nunca se preocuparon por formalizar la tenencia de esas tierras, por lo cual figuraban en calidad de ocupantes. No obstante, lo que permitió este proceso, fue convertirlos finalmente en propietarios de las tierras donde crecieron y vieron a sus propias familias crecer.

A la par con la Unidad de Restitución de Tierras, otros más entraban en el territorio para darles un nuevo aire a sus habitantes. Por un lado, la Legión del Afecto, un grupo de jóvenes que junto con Humberto Cortés, un sacerdote querido de la región, querían impulsar el retorno y por el otro, también por intermediación del religioso, se logró que el Programa de Desarrollo para la Paz del Magdalena Centro se metiera en la zona. Gersson Castañeda,



Wilson Betancourt, beneficiario de restitución de tierras.



Proyecto productivo de café, Vereda El Congal, Samaná, Caldas.

Coordinador de Mesas Subregionales de Trabajo, recuerda que desde el primer momento el Programa se mostró interesado en acompañar el retorno y que desde 2014 apoyan a esta comunidad. También lo hace la Defensoría del Pueblo.

Para la Dirección Territorial de esta zona del país, todos estos acompañamientos responden a algo muy sencillo y contundente: arraigo. Ellos lo han visto con sus propios ojos y lo cuentan emocionados. Los habitantes de El Congal tienen un sentido de comunidad como pocos en el país. Quieren vivir juntos y cerca. Cuenta el abogado de la Dirección Territorial que cuando se realizó el diseño del nuevo centro poblado, algunos predios restituidos quedaban en medio de la planeación urbana que se estaba proyectando en el lugar, y pasó algo que él nunca había visto. “Algunos de estos propietarios renunciaron a sus derechos de restitución porque les parecía que el interés general prevalecía sobre el individual”. Pese a ese deseo tan generoso por parte de estos beneficiarios, se les ubicó un nuevo predio en otro lugar para que nadie saliera afectado. Es un acto solidario que no se ve con mucha frecuencia y que, indudablemente, ha permitido que el diálogo con todas estas personas sea fluido y esté resultando efectivo.

Gracias a esto, El Congal se empieza a acercar al mundo. Porque sus problemas de acceso siguen siendo reales. Si antes recorrer los 30 kilómetros que separan al corregimiento de Florencia de este lugar se tomaba ¡2 horas! hoy el recorrido se está haciendo en la mitad del tiempo. Ya no solo pueden acceder las famosas chivas y los “motoratones” como se les conoce coloquialmente a los mototaxistas, sino que empiezan a entrar nuevos vehículos poco a poco. Para la Unidad el viaje desde Pereira, donde está la sede del Efe Cafetero, significan de 10 a 12 horas de desplazamiento.

Pero todo vale la pena porque esta tierra está dando frutos nuevamente y porque es de una envidiable belleza en medio de sus montañas, el Parque Natural Selva de Florencia y la Represa del Río La Miel. Los proyectos productivos que allí se están desarrollando, siguiendo la vocación de la región de caficultura y ganadería principalmente, le han dado un nuevo impulso a la región. La Unidad les ha brindado a los restituidos acompañamiento especializado de agrónomos y veterinarios.

De hecho, con la sentencia de restitución que le fue otorgada a la familia Betancourt, cuyo titular es el papá, Daniel Betancourt, vino también un apoyo en ganadería. “Me dieron unas 12 novillas –cuenta su hijo Wilson–, con lo cual me siento muy feliz pues ya están empezando a parir y, si Dios quiere, mi idea es poner un ordeño allí, bien agradable y bien bueno, para poder tener un sustento de vida mejor”. Por su parte, su hermano Danilson, habla del resto de los beneficios del fallo restitutivo. “Nosotros, la familia Betancourt, tenemos como primera medida el café, segundo

tenemos ganado, tercero tenemos frijol, yuca, plátano, y también ahoritica le estoy apostando a una alianza con un cacao y está muy bonito, ya estamos empezando producción, entonces estamos muy contentos”.

Otras familias, como la de Duverney Marín, el vicepresidente de la junta de acción comunal de El Congal, también recibieron apoyos para desarrollar proyectos de cacao y de aguacate.

Por si faltara decirlo, para cerrar felizmente, los funcionarios de la Unidad no dejan de contarnos que hay algo muy excepcional que sucede cada vez que se profiere una sentencia de restitución de tierras en El Congal: los niños les cantan coplas y les hacen dibujos. Esto ya se ha convertido en un protocolo que han establecido para el inicio de las sesiones y que nadie osa siquiera a cuestionarlo. Porque qué mejor ejemplo de confianza en la justicia que ese canto infantil.

“

Nosotros, la familia Betancourt, tenemos como primera medida el café, segundo tenemos ganado, tercero tenemos frijol, yuca, plátano, y también ahoritica le estoy apostando a una alianza con un cacao y está muy bonito, ya estamos empezando producción, entonces estamos muy contentos”

Danilson Betancourt,

beneficiario de restitución de tierras.

Serie TIERRA en YouTube
CAMPO
JOVEN



CAMPO JOVEN

ESTA ES LA HISTORIA DE UNA FAMILIA QUE TIENE EL CAFÉ SEMBRADO EN EL CORAZÓN Y EN LAS MANOS, PERO SOBRE TODO, IMPRESO EN LA SANGRE.



ESTA LARGA ESTIRPE SE APELLIDA TOBÓN.

Y vive felizmente, en la vereda Sabanitas, municipio de Montebello, Antioquia. Ya van para cuatro generaciones que habitan estas montañas verdes y que ven en los granos colorados del café la fuente de su vida y dicha. Hoy hablaremos de la tercera generación, de los hijos de los hijos de los fundadores, a través de Deisy Vanegas Tobón, una beneficiaria de la Unidad de Restitución de Tierras, que con apenas 26 años de edad sabe lo que quiere y cómo lo quiere hacer. Una certeza que ha sabido capitalizar, porque el café que se produce en la finca de los abuelos, sus papás y su tío ya se disfruta en Australia, Estados Unidos y Reino Unido. Todo un ejemplo de emprendimiento familiar.

Ver a Deisy da esperanza. A ella y a su hermano Gustavo. Y a su hijo y a sus primos. Por supuesto a los más viejos también, que fueron los que les inculcaron el amor por la tierra, al punto de que estos jóvenes no pueden imaginarse una vida fuera de estas montañas. Porque, además de adorarlas, las han convertido en una buena fuente de ingreso rompiendo con esa idea de que el campo corre peligro de vaciarse de juventud. Parece que tuvieron inoculado, por demás, que lo importante es que la prosperidad no sea solo para su familia, sino para muchos de los vecinos de la comunidad a la que pertenecen. Porque garantiza la justicia, la sostenibilidad, la armonía y la convivencia. Vemos entonces que todos estos protagonistas son campesinos, lo que les permite la humildad y la generosidad, pero también se saben empresarios del campo y quieren ser exitosos en este camino.



Gustavo Adolfo Vanegas Tobón, Ximena Vanegas Cantillo, Isabela Gaviria Tobón, Jesús Antonio Gaviria Bedoya, Mariana Vanegas Cantillo, Deisy Vanegas Tobón, Luz Elena Cantillo Álvarez, Fidelia Tobón Marulanda y Matías Garzón Tobón.

ES EN ESTAS MONTAÑAS DE SABANITAS DONDE REPOSA TODA LA HISTORIA DE SU FAMILIA Y ALLÍ QUIEREN QUE CONTINÚE.

Hablar del Café Sabanitas, su marca, es entrar en tecnicismos propios de un negocio en franco desarrollo, que, en poco tiempo, ha logrado obtener las certificaciones en Buenas Prácticas Agrícolas y *Rainforest*, por el cumplimiento dentro de sus fincas de normas de sostenibilidad ambiental, social y económica. Los baristas lo describen, además, con las características de ser un café floral, cítrico, cuerpo llenador, dulzura panela y chocolate, y es imposible no hacerse agua a la boca con tantos sabores y aromas. Su calidad de taza está ranqueada entre 84 y 87 puntos, una excelente calificación que lo lleva a la categoría de los cafés especiales del tipo «*Ejemplar Regional plus +*». Además, el Sabanitas Grupo Holding S.A.S. –sí, esta familia ya se profesionalizó de esta manera en una potente empresa asociativa vinculante– ha logrado darle a su café la denominación de origen, y así sale para el mundo con su sello procedente, orgullosamente, de Montebello, Antioquia.

Pero, claro, llegar a este punto se tomó su tiempo, años. Además de producir un grano excelso en sus hectáreas restituidas, los Tobón le compran el producto a más de 15 grupos familiares generando una productividad de 180.000 toneladas de pergamino

seco que, en época de cosecha, emplea a más de 100 personas de forma directa. Todo esto tiene mucho mérito y hay que reconocerlo porque viene cargado de un pasado que a nadie se le olvida y que ahí está como prueba de que nunca, nunca, se quiere volver a eso que se sufrió antaño.

Porque hoy Deisy celebra que su hijo Matías está teniendo una infancia distinta a la que ella tuvo que padecer. A los 12 años, en 2008, aunque adoraba su finca y era lo que más felicidad le producía, vivió la muerte de su tío adorado y tuvo que huir con sus padres, hermano, abuelos y otro tío a la cabecera municipal de La Ceja. Como ella, muchos recuerdan que ya desde finales de los años 90 era normal que llegaran personas en la noche a las casas en la montaña, verlas en el patio, saber que se llevaban las cosas, escuchar que habían saqueado una casa, que se llevaron a una persona, que estaban buscando a alguien, que al parecer habían asesinado a varios... era un ambiente pesado que llenó a toda una comunidad de miedo y que, después de mucha zozobra, la obligó a desplazarse.

Y pronuncia las palabras trágico, frustrante, melancólico y duro, para describir esos momentos, mostrando a esta joven mujer usando expresiones que solo llegan con la experiencia del dolor de la vida. Pero eso fue y eso la hizo también ser la que es hoy, fuerte e inquebrantable. Y los volvió resilientes. Como lo reitera el profesor e historiador Manuel Octavio López: “Cuentan los vecinos que aún quedan,



“

No es lo mismo uno vivir en una finca que vivir en una casa con cuatro paredes, encerrados y sin poder hablar con nadie, sin poder decir nada, sin poder comentarle lo que uno está sintiendo a alguien porque no sabes con quién estás hablando”

*Deisy Tobón,
beneficiaria de restitución
de tierras.*

que veían pasar los secuestrados por sus casas y no podían decir absolutamente nada. Esta es una historia enormemente dolorosa, pero que ha servido también para levantar sobre la cenizas el orgullo que hoy manejamos en estas veredas que están llenas de progreso y desarrollo”.

Todo empezó a enderezarse cuando en 2014 la mamá de Deisy, Fidelia Tobón, se decidió a ir a averiguar cómo era eso de la restitución de tierras de la que tantos estaban hablando. Ella se daba por bien servida “con que me paguen eso, con que yo pueda volver a la casa y me aseguren que el municipio está libre de violencia, que mis papás estén bien”, pero nunca se imaginó que con la sentencia de restitución que le fue concedida vendría un apoyo importante para desarrollar un proyecto productivo en sus terrenos. “La satisfacción fue grande, no se olvidan los malos momentos, la pérdida ni nada, pero si da como el impulso de volver a empezar y volver a creer

y que pueden hacerse realidad muchos sueños”, cuenta Fidelia Tobón. Como en efecto sucedió.

Porque lo interesante de los Tobón es que fueron tres núcleos familiares los beneficiados por los fallos judiciales a su favor. Y si bien el proceso de restitución se ejecutó de manera individual, al consolidarse todas en favor de un proyecto productivo unificado, el total de tierra restituida al servicio de la familia fue de 26 hectáreas de tierra.

De esta forma, el 14 de diciembre de 2015 el Juzgado Primero Civil del Circuito Especializado en Restitución de Tierras de Antioquia falló en favor de Fidelia Tobón Marulanda. Casi seis meses después, el 19 de abril de 2016, el mismo juzgado le entregó la sentencia favorable a su hermano Neftalí. Y finalmente, el 26 de septiembre de 2017, lo hizo a favor de la matriarca del hogar, la abuela de Deisy, Mercedes Marulanda de Tobón.

“

Es una elegancia, claro, nosotros ahí mismo planeamos un proyecto bueno, nos dijimos ‘no, esa platica no la podemos dejar por ahí comprar martillitos, macheticos, no, vamos a meternos en un proyecto bueno y pongamos a producir estas fincas, con esas platicas hay que saberlas invertir’ y las invertimos muy bien”

*Neftalí Tobón,
beneficiario de restitución
de tierras.*

Efectivamente, invirtieron la platica muy bien. Fidelia y Neftalí fusionaron el proyecto productivo creando una fábrica de beneficio de café de porte industrial. Compraron una secadora de carbón mineral y alimentación automática, una clasificadora de granos Becolsub 2200 con despulpadora, una desmucilagadora y tornillo sin fin, un clasificador agua café, otro hidráulico en acero inoxidable y una motobomba. Todo lo necesario para arrancar con el pie derecho el proceso inicial de la producción de café. Le siguió la decisión de qué hacer con los recursos entregados a la abuela de la familia, doña Mercedes. Los destinaron para el proceso de tosti3n, para lo cual se compró una tostadora de 5 kilogramos, baches en acero inoxidable con ventilador para enfriamiento de grano sin cicl3n y sin agitador, motoreductor, sistema de automatizaci3n para tostadora, trilladora de 60 kilos por hora, molino semiindustrial de 120 kilogramos por hora y una báscula de plataforma de 500 kilos. Todo un andamiaje con el que ya están en capacidad de producir 150 libras de café mensuales entre café en grano tostado y molido, con marca y empaque personalizado.

Deisy la tiene clara: “Café Sabanitas es nuestra historia en un grano, en una taza. Mis abuelos son las raíces de la empresa, ellos son los patriarcas, los primeros; mi tío Nefta es el administrador y se encarga de los trabajadores; mi mamá Fidelia es la tesorera; María, la esposa de mi tío Nefta es patrón de corte, al igual que mi cuñada Luz Helena; luego, está mi hermano Gustavo, que es el tostador y catador; mi papá que es encargado del beneficio y estoy yo que también cumplo esa funci3n y soy la gerente de la empresa”.

Aunque los Tob3n desde siempre habían trabajado en el negocio cafetero, ese empuje para llegar a donde están hoy se dio, con grandes resultados, por el acompañamiento técnico y empresarial de

la Unidad de Restituci3n de Tierras, que apostó por darles todas las herramientas posibles para que salieran adelante. ¡Y de qué manera! Proyectando su grano a otro nivel, de calidad de exportaci3n con la clasificaci3n de café especial y añadiéndole la certificaci3n de origen.

Todo este proceso les permitió suscribir un importante acuerdo comercial con la trilladora de café RACAFÉ, que se ha encargado de sacar el Café Sabanitas al mundo. “Como empresa exportadora colombiana – cuenta Leonardo Jaramillo, gerente de la trilladora– hemos interactuado tanto como productores como comercializadores y vimos en la familia Tob3n un potencial muy importante en la calidad del café que nos traen, tanto en la forma de cultivo, como en su manera de manejar la empresa. Son empresarios que llegan directamente a la trilladora y eso es para nosotros muy importante. Estamos exportando su café a todo el mundo”. Y claro, resalta las habilidades de Deisy como negociante. “Nos entrega el café como todo comercializador, pelea su factor de rendimiento, su bonificaci3n, su precio y quiere, l3gicamente, obtener el mejor precio y tratamos siempre de dárselo, porque lo importante es que haya un ganancia de todos”. Vemos con este ejemplo un sólido compromiso con la restituci3n de tierras de parte del eslab3n empresarial que puede hacer de estos procesos un ejercicio sostenible en el tiempo.

Esta historia no podría acabar sin contarles que esta chica poderosa se ha convertido en tremenda lideresa de su regi3n, haciendo de su ejemplo el rostro de una nueva generaci3n de caficultores del pa3s. No es de sorprenderse, claro. Pero allí está Deisy, tranquila y confiada. Mamá, hermana, hija y nieta. Orgullosa de estar en sus montañas, haciendo lo que sabe hacer.



*Mercedes Marulanda, beneficiaria de restituci3n
de tierras.*



“Café Sabanitas es nuestra historia en un grano, en una taza. Mis abuelos son las raíces de la empresa, ellos son los patriarcas, los primeros; mi tío Nefta es el administrador y se encarga de los trabajadores; mi mamá Fidelia es la tesorera; María, la esposa de mi tío Nefta es patrón de corte, al igual que mi cuñada Luz Helena; luego, está mi hermano Gustavo, que es el tostador y catador; mi papá que es encargado del beneficio y estoy yo que también cumplo esa función y soy la gerente de la empresa.”

*Deisy Tobón,
beneficiaria de restitución de tierras.*

Serie TIERRA en YouTube
EL
VICTORIOSO





EL VICTORIOSO

SU ANDAR ES SUAVE Y CASI TÍMIDO, APRIETA LOS OJOS Y HABLA BAJITO COMO INTENTANDO PASAR DESAPERCIBIDO, CREYENDO QUE LA COSA NO ES CON ÉL, SIN EMBARGO CAMINA POR SU TIERRA Y TODO SE VUELVE SOBRE ÉL.

LA TIERRA FÉRTIL LE DA EL IMPULSO Y LA FUERZA, EL SENTIDO. Y VOLUMEN.

Este hombre agradecido con la vida, y que se reacomodó después de tanto, se llama Jairo Albán Soscué y habita en la vereda La Victoria dentro de unas montañas nariñenses que fueron bautizadas por quien las colonizó: El Tablón de Gómez.

El paisaje, como eso tan increíble que tiene nuestro país, es majestuoso. Entre páramos que permanecen vírgenes, las montañas de El Tablón, verdes, tupidas y tan altas que parecen entre nubes, tienen la tierra negra

lista para la siembra. Lista para sus manos y las de todos los campesinos prestos a trabajarla con devoción y respeto. Sabiéndolas alimento.

Quizá lo que más sorprende de Jairo, y maravilla, es su sencillez, ese espíritu tranquilo y humilde de quien sabe que para qué la vanidad si al fin y al cabo la vida es otra cosa. Más aún, cuando se perdió durante tanto tiempo la tranquilidad y el estar con vida se vuelve, entonces, una celebración. Y aunque sí tendría de qué jactarse, pues el café que cosecha se ha ganado numerosos premios, no lo hace. Porque la vida es otra cosa.

La desgracia de semejante frondosidad fue la siembra de hoja de coca y de amapola en muchas de sus laderas



exuberantes. La economía del látex, extraído exitosamente de esta zona estratégica entre la Bota Caucana y el Valle de Sibundoy, en el Putumayo, fue un secreto a voces por muchos años, así como su lucha por el control del bien ilícito. Así mismo, la siembra de la hoja en el piedemonte de la sierra, hacia el occidente de Nariño, transportando la pasta base al puerto de Tumaco para que saliera por el mar, era otra de las pesadillas. Todos lo sabían, y todo se sabía. Pero no había mucho más que hacer que mantener un prudente silencio, agachar la vista y taparse los oídos al sonar de los disparos. Quizá por eso Jairo cierra de más los ojitos, es que ¿quién quiere ver eso?

Pero a los campesinos los obligan a mirar y para las familias este paisaje invadido de insania se convierte en la cotidianidad. Hasta que ya no se puede más. Jairo y su familia no pudieron más, como tantos otros, arrinconados por la demencia de los grupos ilegales sumados a ese intento de retoma del territorio por la Policía. Era 2003 y los enfrentamientos sonaron en la puerta de la casa. Jairo recuerda haber salido corriendo a buscar en el bosque a su hijo Julián que jugaba sobre la tierra. También tiene claro que estaban en plena Semana Santa y que, ni eso, frenó a los armados. Su fe no les daba para tanto.

Esa cercanía de la muerte fue la tapa para que él, su esposa María y sus tres hijos de ese entonces, Julián, Jairo Andrés y Luis James, así como para que el resto de los vecinos de La Victoria emprendieran la huida. La familia se escabulló entre los cafetales y fue a pedir refugio en el corregimiento cercano de La Cueva. Se vendrían a enterar después de que la balacera no paró en un mes. Toda la vereda se había desocupado en ese entretanto. Ellos vivieron a costas de la suegra de Jairo por mes y medio, al cabo de lo cual regresaron a “El Higuerón” para ver que las cosechas se habían echado a perder. También que la casa, de adobe, había quedado muy deteriorada por las municiones que la atravesaron.

Justo esos fueron los argumentos esgrimidos por Jairo y sus vecinos una vez solicitada la restitución de tierras ante los jueces, al ser promulgada la Ley 1448. Aunque muchos habían regresado prontamente a sus tierras luego de esos combates, les tocó volver a empezar de cero, así que podían acogerse a la figura de Víctimas de abandono a causa de la violencia. En septiembre de 2013, él y otros 20 solicitantes iniciaron el proceso. Se venían organizando a través de, primero, la Asociación Municipal de Desplazados Vereda La Victoria y, luego, la Asociación de Desplazados “El Progreso” en El Tablón de Gómez, de la cual él se constituyó como representante legal,



Jairo Albán, beneficiario de restitución de tierras.

luego de haber asumido algunos cargos de liderazgo comunitario como ser presidente de la Junta de Acción Comunal de La Victoria y haberse postulado al Consejo Municipal.

Jairo tiene claro que cuando la justicia, a través del Juzgado Primero Especializado en Restitución de Tierras de Pasto, falló a su favor en diciembre de 2017, la vida le cambió. Recibió con los brazos abiertos la tierra titulada a su nombre, así como los beneficios adicionales que le fueron otorgados, entre ellos, vivienda rural, alivio de pasivos, educación para sus hijos y recursos para desarrollar un proyecto productivo sostenible y de su preferencia. Él, por supuesto, se inclinó por el café, así que la Unidad de Restitución de Tierras le ayudó a implementar el proyecto que constaba de la entrega de 8.000 plántulas de café y la construcción de un beneficiadero. Lo acompañaron en su diseño varios ingenieros, agrónomos y veterinarios.

Si bien había sido toda la vida recolector, y por ende jornalero “y alcanzado” como remarca, verse ahora como productor de uno de los mejores de cafés nariñenses, variedad Castilla, lo hizo sentirse grande. Ha logrado a través de este tiempo que ese saborcito a cítricos y a frutales de su grano conquiste los paladares más exigentes del mundo. De hecho, entró al mercado británico por la puerta del sabor antes que por el de la historia, por esa alta calificación de taza de 87.5 punto en calidad. Pero, una vez sus comercializadores ingleses se enteraron de toda la carga testimonial que tenía este café lograron completar todo el sentido que cualquier buen producto quiere tener.

Apalancados por la calidad de la cosecha que sale de esa buena tierra, Jairo y otras 225 fincas de familias restituidas están alimentando una producción cafetera sostenible que pudo firmar un convenio de comercialización con la empresa Cándor Specialty Coffee, una Compañía Colombiana Agroindustrial S.A. (CCA) que hace parte de la empresa suiza Ecom Agroindustrial Corp. Ltda, líder en el comercio y el procesamiento global de productos de café, algodón y cacao en los principales países productores y consumidores.

A la fecha han firmado 178 contratos y, solo en 2020, afianzaron 24 para la venta de café pergamino seco, por un total de compra de 10.400 kilos de café de familias restituidas del municipio de El Tablón de Gómez, de los cuales Jairo le vendió a la multinacional 700 kilos.

Estos campesinos se hinchan de orgullo y sonríen al saber que pudieron cambiarle la cara a la tristeza y, así, irse alejando de esa condición de víctimas, para por fin poderse nombrar, desde el optimismo, como emprendedores rurales y permitirles a sus hijos ver en el campo una posibilidad real de bienestar y prosperidad.

“Tener a mi familia es Victoria. Tener la casa es Victoria. Tener mi cultivo de café es Victoria, entonces la relación de ser victoreños es algo bien especial. Y me siento muy orgulloso de ser victoreño. Y Victorioso”, así cierra Jairo. Para qué más.



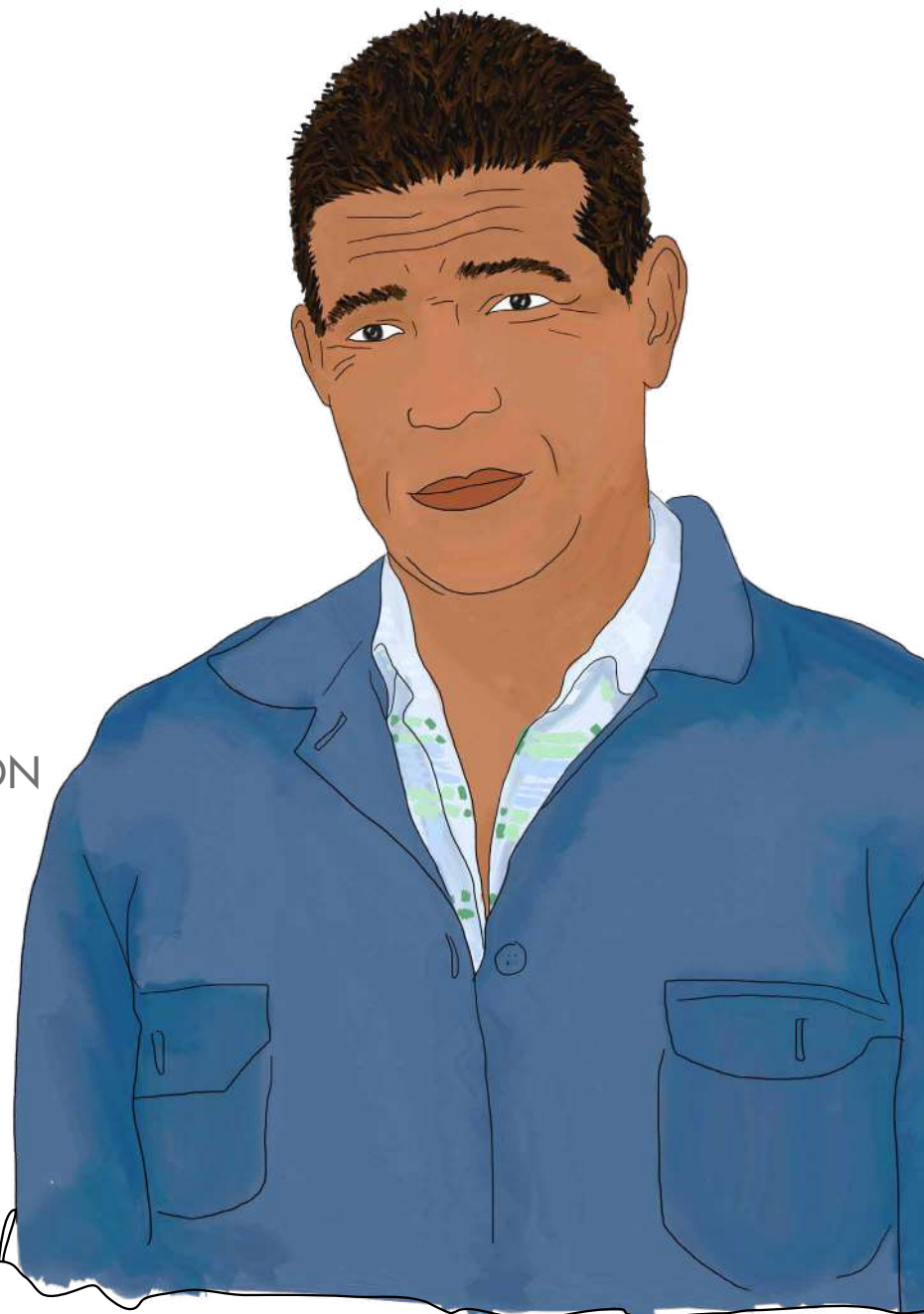
Familia Albán, El Tablón de Gómez, Nariño.

Serie TIERRA en YouTube
Y VOLVER,
VOLVER,
VOLVER



Y VOLVER, VOLVER, VOLVER

ALGO PASA CUANDO
REGRESAMOS A ESE LUGAR
QUERIDO QUE ES PURA EMOCIÓN
Y QUE PONE EN SEGUNDO
PLANO QUE SEA DIFÍCIL LLEGAR
A ÉL O QUE NO CUENTA
CON LUZ Y LA OSCURIDAD
DEBE ILUMINARSE GRACIAS
A LÁMPARAS DE GASOLINA.



VOLVER ES EL TRIUNFO, SIN IMPORTAR LAS CIRCUNSTANCIAS.

Porque ya, estando allí, todo volverá a ser posible. Ese es el sentimiento que abraza a Rodrigo Arias y a toda su familia: la dicha del retorno, endulzada con el sueño por un futuro mejor.

Estamos en la vereda Papamitos, corregimiento Agua de la Virgen, municipio de Ocaña, Norte de Santander. En “La selva”, predio de nuestro protagonista. Para entender, verdaderamente, dónde es esta tierra debemos ubicarnos en El Catatumbo,

una región selvática tristemente referenciada por la historia de estas últimas décadas como un foco de violencias y atropellos en medio de la exuberancia de ese paisaje de Cordillera Oriental que colinda con el Río Maracaibo, pero que, en realidad, se constituye en una despensa agrícola esencial para el paso del comercio hacia Venezuela, así como para surtir a la capital del país y a toda la Costa Atlántica. Si Ocaña fue el centro de acopio durante la Colonia, la riqueza de su suelo le sigue preservando este rol aún hoy. No por nada Rodrigo celebra el retorno; esta tierra fértil se lo dio todo.



Rodrigo Arias, beneficiario de restitución de tierras.

Se sabe campesino. Porta esta identidad con orgullo. Sabe que sus manos son las que, trabajando de sol a sol con el azadón, labrando, sembrando y cosechando, le han dado lo que tiene y que, por desgracias de la guerra, se lo quitaron todo por demasiado tiempo. Porque su vereda, tan inaccesible para cualquiera, resultó ser un lugar ideal para que los ilegales invadieran la tranquilidad de la gente pacífica. Muchas veces vieron a los guerrilleros del ELN, asentados desde los tempranos años 90, llegar a sus casas y arrasar con sus huertas y animales para llevarles alimento a las tropas. No había chance de decir que no. También supieron de siembra de hoja de coca y oyeron de secuestros y homicidios selectivos que hacían con el fin de aumentar sus arcas y desestabilizar la zona. Además, empezaron a sentir de manera directa las tomas a pueblos que afectaban directamente a montones de inocentes. Lo peor, sin embargo, llegaría en 1999, cuando los grupos paramilitares llegaron a la región para apropiarse del control del tráfico de drogas y, para ello, sembraron el terror obligando a que la gente abandonara sus casas huyendo de ellas.

Un martes de septiembre de ese año terrible, Rodrigo supo de tres vecinos a los que mataron, porque aparecieron en una lista, eso que tantas veces pasó en nuestro conflicto reciente. Supuestamente porque eran colaboradores de la guerrilla. Él también, le confiaron, aparecía en una lista, pero no se esperó para desmentir la suposición. No iba a poner en riesgo la seguridad de su esposa Cira ni la de su primer hijo Yan Carlos, en ese vientre inflado de nueve meses con el cual les tocó escapar rumbo a Ocaña. Él no tenía nada que esconder, ni de qué esconderse, pues vivía de la siembra de arveja, frijol, apio, plátano y café, pero en esta guerra nuestra esas, a veces, no son suficientes razones para salvar la vida.

Y así, ese pedacito de tierra que les había dado su suegro para sembrar y habitar, tenían que dejarlo con las manos vacías.



Nosotros dejamos la tierra toda abandonadita y la casa también, esa gente cuando llegó, empezó a tumbar todo, hasta la puerta y lo poco que teníamos en la casa lo rompieron y nos volvieron nada todo eso. Perdimos gallinas, bestias y mulas. 99

*Rodrigo Arias,
beneficiario de restitución de tierras.*

Llegaron a Ocaña, junto con muchos de la vereda amedrentada, y con lo que tenían puesto. Además de la zozobra de no saber qué pasaría después.

Un después que se alargó por cuatro años viviendo de un arriendo que, a duras penas, se lograba pagar con lo que él recogía de jornalero en la plaza de mercado o trabajando como obrero de construcción. Fue muy duro.

De la pura necesidad se devolvieron a su tierra, aunque eso todavía no estaba del todo sano en la vereda. Era 2003 y solo hasta 2006, tras la desmovilización completa de los bloques paramilitares en el país, el aire se volvió a respirar allí con algo más de ligereza. Rodrigo, ya en 2003, desesperado de sentirse incapaz de cumplir con los deberes del hogar con lo poco que la ciudad le brindaba, empezó a madrugar todos los días a las 3 de la mañana para ir a labrar su tierra medio a escondidas, pero con la claridad de que debía alimentar a esa familia que empezaba a crecer. Al final del día se regresaba a Ocaña. Lo hizo por un año. Terminaron trasteándose de vuelta en septiembre de 2005, cuando sintieron que las cosas empezaban a mejorar un poco.

Sin embargo les tocó empezar de cero. Durante esos años de ausencia, el monte se comió los sembradíos abandonados desde hacía tanto y la casa era una sola ruina. Revelando la tragedia del desplazamiento, aunque Rodrigo estuviera en su campo anhelado, por años no pudo más que seguir jornaleando pues no tenía los medios con los cuales volver a poner a producir la finca y, menos, con qué construir una vivienda digna. El impulso de vida, sin embargo, le hizo querer más.

Por eso desde 2009 empezó a asistir a reuniones de víctimas de la violencia de Ocaña. Él, así como sus vecinos, varias viudas que perdieron a sus esposos y padres durante esos años duros, como Yudi Soto y su hijo Yerson Cáceres, sabían que la vida tenía que darles algún sosiego frente a la pérdida que habían sufrido, ... no porque haya sido mi padre, pero la gente decía 'si mataron a él que era una persona que no debía nada, que no se metía con nadie', porque mi papá nunca tuvo problemas con nadie, entonces ¿Qué estamos haciendo? ¿Esperando que nos maten a todos aquí? Y todo mundo lo que se pudieron llevar... cuenta Yerson de esos tiempos difíciles. Por eso, cuando en 2011 la Ley 1448 fue promulgada, rápidamente corrieron a iniciar el proceso de restitución de tierras.

A Rodrigo le inscribieron su predio en el Registro de Tierras Despojadas y Abandonadas Forzosamente en 2012. Después de estudiar su caso, la Unidad incluyó el predio en el registro de tierras despojadas y abandonadas y presentó el caso ante un juez, quien el 29 de julio de 2016 profirió la sentencia a favor de Rodrigo y su familia. Normalmente el tiempo que se toma la investigación para un asunto de restitución varía según distintas razones que pueden ir desde la dificultad de acceso a la zona por problemas de seguridad, como por distintas formas de posesión de la tierra o la falta de datos catastrales que impidan la rápida construcción del expediente del predio



Ocaña, Norte de Santander.

teniendo que recurrir a métodos de recopilación de la información documental y de entrevistas en campo para darle sustento jurídico a la solicitud. En el caso de Rodrigo, la tierra había sido tomada por su padre y no contaban con escrituras debidamente registradas.

Pero una vez se surtieron todos los datos para construir un buen expediente –en donde también había más solicitantes de restitución que permitieron hacer un caso sólido para la zona–, además de haberle reconocido a la familia Arias el derecho a la restitución de su tierra, la justicia también ordenó la implementación de un proyecto productivo acorde con su vocación agrícola, en su caso, la siembra de café y la especialización en su producción. Ello significó, además del apoyo económico para arrancar, uno en plantas, en la construcción de un beneficiadero y de una despulpadora, así como maquinaria, insumos orgánicos y un acompañamiento técnico por dos años que le fortaleció sus conocimientos previos del cultivo.

Con recursos propios, obtenidos con la venta al menudeo de su café, Rodrigo logró sembrar tomate de árbol y plátano, justo dos elementos esenciales en las características de su hoy muy reconocido café Don Antón. El tomate de árbol, junto a los duraznos y lulos que sembró en su terreno le dan las notas frutales al café que está produciendo y la siembra de plátano le ofrece el sombrío que requieren sus matas de café para crecer frescas y frondosas. Un experto como Víctor Carreño, coordinador del Café Don Antón, de la Cooperativa de Caficultores del Catatumbo, nos cuenta de Rodrigo:

Su café sorprendió por la calidad, por el buen trato que le da a su café en la finca, porque el catador lo puede determinar, entonces por eso se decidió transformar su café bajo la marca de café Don Antón en la línea de café supremo, que es nuestra gama alta de los cafés que procesamos aquí en la Cooperativa de Caficultores del Catatumbo.

De hecho, los catadores pudieron perfilar, a través de distintos análisis de laboratorio, que su café tiene algo más de 2.000 características de sabor que permite catalogarlo dentro del rango de los cafés especiales, algo que hoy en día permite darle un valor agregado que lo impulsa en el mercado nacional e internacional. De hecho, para Rodrigo, no solo las calidades de su café, sino el sello que le imprime ser un producto de restitución de tierra, lo llena de orgullo, así como saber que, gracias al bienestar que ha adquirido con todo el trabajo que ha hecho, le está pudiendo generar, también, ingreso a sus vecinos contratándolos en la recolección de las cosechas. Todo fluye hoy, y lo celebra,

Serie TIERRA en YouTube
SABOR
A MÍ





SABOR A MÍ

SONRÍE, CÓMO SONRÍE
SEGUNDO SALOMÓN
CHITÁN. CÓMO NO SI
RECUPERÓ SU VIDA,
SI RECUPERÓ SU TIERRA,
SI RECUPERÓ SU
TRANQUILIDAD.

Y AHORA VIVE EN LA PROSPERIDAD QUE BRINDA LA BUENA TIERRA DEL PUTUMAYO.

Con el sabor que huele hasta aquí de la pimienta verde del Valle del Guamuez que cultiva. Quién podría imaginarse que alguien que habita en un lugar llamado El Placer, haya derramado tantas lágrimas antaño. Pero ya, estas se secaron y hoy sonrío, y vieran cómo sonrío Segundo.

Y es lindo verlo, como es de impactante oírlo, oírlo narrar algo que parece ya tan lejano como cuando en esta inspección de Policía en donde vivían múltiples familias, principalmente de ascendencia indígena, colonos y mestizos, padeció una temible arremetida paramilitar el domingo 7 de noviembre de 1999 a las 9 de la mañana en lo que se dio a llamar la Masacre

de El Placer, que acabó con la vida de 11 personas. Nadie entiende por qué pasó lo que pasó, pero lo cierto es que esa tierra de frontera, generosa en verdor y frondosidad, en agua, en fauna y flora, por años fue cultivada con coca. Porque para las comunidades indígenas la relación con la hoja de coca es distinta a la nuestra, es ancestral y tiene no solo usos simbólicos sino medicinales. Pero también fue el sustento de cientos de familias que sembraban unas hectáreas en sus terruños para raspar y vender y así poderles dar educación a sus hijos y llevar con qué comer a la casa, esto por el notable abandono del Estado de esas tierras recónditas del sur del país en donde no había trabajo. Fue su economía por años.

“

La guerra es así cruel y dura, los niños tuvieron que presenciar no solo una vez, si no muchas veces, cómo desde las camionetas lanzaban cadáveres a la carretera.”

*Alba Lucía Gelpud,
maestra del Valle del Guamuez.*



Por supuesto, esta economía ilegal significó bonanza y como toda bonanza atrajo grupos armados irregulares, así como carteles, por lo cual se instaló en el lugar una relación tensa e insostenible entre sus habitantes, porque se aparecerían a finales de los años 90, otros ejércitos, dispuestos a matar, que buscaban reconquistar el territorio y apoderarse así del negocio y sus rutas de narcotráfico. Como siempre, los campesinos en el medio de la disputa armada de ideologías enfrentadas.

“

El campesino putumayense no es que tenga mentalidad ni de narcotraficante, ni de traqueto, ni de algo parecido. Cultiva coca porque le daba renta y sobre todo porque le permitía asegurar a su núcleo familiar

”

*Germán Arenas,
periodista de la región.*

Pero en el coctel se juntaron demasiados actores con ansias de poder y riqueza que no iban a dejar de perseguirla. Como fuera. En consecuencia, muchos fueron los que se desplazaron. Fueron años terribles, como todos lo recuerdan. Basta oír hoy a Óscar Gelpud, un joven emprendedor turístico de la región, recordando lo que era ir al colegio en medio de balaceras por los combates de uno y otro ejército irregular. “En la grada era donde siempre se agarraban bastante, y si nosotros estábamos (por ahí) la clase pues ya se pausaba. Algunos papás llegaban a

buscar a sus hijos, a veces se los llevaban para la casa, otros, se quedaban en la casa también por miedo y ahí quedaban... entonces los niños nos quedábamos ahí...”. La profesora Alba Lucía Gelpud confirma esto último contando que muchas veces los maestros tuvieron que resguardar a los niños en sus propias casas y darles techo en la noche para no exponerlos a salir en medio del fuego cruzado.

Para Segundo también fue un tiempo tremendo. Desde su casa podía oír cómo se hacía justicia en tiempos de guerra. Si aparecías en una lista en un retén, ahí, en pleno casco urbano, era un tiro seguro. Y oyó muchos tiros. Hasta que ya no pudo más de ese temor y tuvo que huir a Nariño. Ay, esos años en Nariño. En una casa que tenían los “papases”, dentro de una piecita dormía y cocinaba con su familia; trabajaba de obrero en lo que le saliera e iba vendiendo su tierra, hectárea a hectárea, para no tener que pasar hambre. Antes de eso, cuando todavía creía que podía resistir un poco más en el Putumayo, tuvo que mandar a sus hijos lejos para que no cayeran en las garras de los armados. Eran jovencitos y ya veía como sus compañeros y los niños empezaban a hacerse fusiles de mentiras, con palos y tubos de PVC, para jugar a la guerra. Era hora de alejar a los suyos de esas naturalizaciones de la violencia. No podía tolerar que alguno se encontrara con un cuerpo enterrado en medio de los bosques.

Segundo sonríe de nuevo. Porque es un ejemplo. Porque es un líder. Porque su comunidad quiere seguir apostándole a la vida serena y segura.

Hoy el contraste es total. Por semejante pasado tan lleno de miedo es increíble oír a Óscar hablar del paisaje de su Valle del Guamuez con el corazón en la mano, sentado sobre una piedra potente en un río igual de potente, rodeado por una naturaleza privilegiada, por el sonido de los mil pájaros, por el aire limpio que se siente a leguas. Segundo también camina por su selva rica, se sienta sobre las raíces pronunciadas de una enorme ceiba como diciéndonos quién es que manda ahí, y no es propiamente el hombre.

Y entonces empieza hablar de su pimienta. Y la mira y acaricia, sus pepas unidas y erguidas, justo lo que él necesitaba de vuelta, unirse con firmeza a otros para volver a crear. Porque la pimienta –como a otros vecinos el cacao, la piscicultura, el arroz o la ganadería–, le salvó la vida que creía haber perdido, cuando tuvo que ir deshaciéndose de todo lo que había construido en el pasado para poder sobrevivir lejos de su hogar y sin ninguna certeza de volver a él. Ese fruto significó recuperar no solo la tierra perdida, sino la tranquilidad. Dejar de vivir en la incertidumbre y con la amenaza latente de que algo malo iba a pasar tarde o temprano.

“Los campesinos se acostumbraron a cultivar algo lícito debido al problema social –cuenta Humberto Recalde, asistente técnico de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO–, buscaron alternativas de poder

apostar en la paz, de poder darles una nueva vida a sus familias”.

Y así fue como un territorio que estaba invadido por los cultivos de uso ilícito por tantos años empezó a darle un giro a su imagen.

Lo primero, claro, fue la recuperación de sus terrenos. Una vecina de Segundo fue la que lo alertó sobre la visita de funcionarios de la Unidad de Restitución de Tierras a la inspección de El Placer. Estaban contándole a la gente sobre la recién promulgada Ley 1448 de 2011. Inscribieron a habitantes de la región que se consideraban víctimas de despojo de sus tierras. Como era su caso, en 2012 empezó a hacer los trámites requeridos, tanto los administrativos que iban a ayudar a armar su expediente, como los jurídicos, en donde un juez estudiaría los datos entregados y decidiría si le devolvía, o no, su tierra. La Unidad lo apoyó y asistió en todo el proceso, como a los otros muchos demandantes, y para el 16 de junio de 2014 salió la sentencia judicial que lo beneficiaba con la restitución de su predio Valle Hermoso. Todas las deudas que recaían sobre el terreno fueron condonadas y asumidas por el municipio y el Banco Agrario le dio un tratamiento priorizado para que pudiera recibir una vivienda de interés social rural. Asimismo, se le dio el apoyo y acompañamiento necesarios en la realización de un proyecto productivo.



Segundo Chitán con apoyo de un miembro de la FAO.

ALLÍ APARECIÓ LA PIMIENTA.

Él, junto con 157 familias más, se integraron a la Estrategia Redes Locales de Integración Productiva, (RLIP), para capacitarse técnicamente en el cultivo de la pimienta. Por el alto precio del kilo en el mercado, ésta se convirtió en un magnífico reemplazo de la coca que antaño prácticamente todos los habitantes cultivaban. Ya no desde la utopía del cambio, pero con una promesa real de un buen ingreso, esta vez perfectamente legal, muchos se entusiasmaron con su producción siguiendo todos los estándares de calidad. Segundo, como otros muchos restituidos recibieron 24 visitas técnicas de especialistas, una mensual, que los pusieron a punto en el cultivo de principio a fin de la cadena de esta planta. Ello ha derivado en que hoy el Valle del Guamuez y Orito estén reconocidos como el corredor pimentero de Colombia, con una producción que no tiene nada que envidiarle en aroma a las mejores pimientos del mundo.

La operación funciona por nodos. El de Segundo, llamado Valle Hermoso, como su finca, consta de cuatro familias, la suya y la de los beneficiarios de sus vecinos Gloria Morán, Berta Morán y Juan Tovar. Estas familias han logrado convertirse en uno de los grupos de trabajo más productivos de la zona y son ejemplo de las buenas prácticas derivadas de su implementación. Celebran que su trabajo está llegando hasta los escenarios de comercialización y, de hecho, la pimienta que sale de su finca sirve de muestra para la venta del producto tanto en el país como fuera de él.

Hoy, produce pimienta mensualmente, por lo que recibe ingresos estables y ha puesto su producto en algunas cadenas de restaurantes del país, como Crepes & Waffles, así como de empresas de condimentos, como Sabha Gourmet. Pero la cosa va tan bien que, para 2021, se proyecta un incremento de la cosecha a 200 kilos mensuales.

Es de resaltar el modelo de asociatividad de los pimenteros del Valle del Guamuez, que incluye 220 fincas de tres municipios de esta región del Putumayo: Orito, Valle del Guamuez y La Dorada – San Miguel. Todos se reúnen en la Asociación Agropimentera del Valle del Guamuez, ASAPIV. Han encontrado su mina de oro pues Putumayo es el único lugar donde se produce pimienta en Colombia, por lo cual es un producto que ha tenido un sostenido interés comercial y ha significado un crecimiento en tiempo record de su producción. Estrategias como la RLIP en convenio con la Unidad de Restitución de Tierras, la FAO y la Embajada de Suecia tienen la ficha puesta en esta comunidad de entusiasmados agricultores. Porque a todos les beneficia que el negocio vaya bien. Es la garantía de la paz de la región. Y están a un paso de la certificación de su pimienta como un producto de calidad única: la pimienta Mikhuna, el sabor de la selva.

Segundo sonríe de nuevo. Porque es un ejemplo. Porque es un líder. Porque su comunidad quiere seguir apostándole a la vida serena y segura. Pero con un condimento adicional y muy muy aromático: pura pimienta.



Segundo Chitán, beneficiario de restitución de tierras.

Serie TIERRA en YouTube
LECCIONES DE
RESISTENCIA





LECCIONES DE RESISTENCIA

¿CÓMO SE LOGRA RESPIRAR Y VIVIR DESPUÉS DE HABER SUFRIDO TANTO?

¿LUEGO DE HABER PERDIDO A LOS QUE MÁS SE QUIERE, ASESINADOS?

¿Y HABER SIDO DESPLAZADO EN CUATRO OCASIONES? ESA SERÁ UNA PREGUNTA SIN RESPUESTA QUE NUNCA PODREMOS SABER DEL TODO CÓMO ASIMILAR AQUELLOS PRIVILEGIADOS QUE HEMOS TENIDO UNA VIDA APACIBLE Y LEJANA DE LOS DOLORES QUE LA GUERRA HA PRODUCIDO.

NO OBSTANTE, LA VIDA NOS PERMITE ACERCARNOS A QUIENES SÍ LO VIVIERON.

Y entonces entendemos que el privilegio no es haber sobrevivido, pero conocer a quienes han logrado rehacer sus vidas sin olvidar, pero con más ganas de mirar hacia adelante que hacia atrás. Son unos maestros. Así que verle los ojos a Clara Gladys Carrillo, como los ojos de alguien que le tiene gratitud a su vida hoy es, sencillamente, inspirador.

Esta mujer que todo lo puede encarna la historia de un pedacito de Colombia, en la punta noroccidental del departamento del Valle, colindando con el Chocó, un lugar precioso y fértil para la agricultura y el ganado que, lamentablemente, tiene impreso un pasado brutal que intenta con todas sus fuerzas transformar. Hablamos de Trujillo, Valle. Nombrarlo solo y el eco doloroso llega por sus 342 víctimas de tortura, homicidio y desaparición forzada entre 1988 y 1990. También porque sus llanuras fueron invadidas, por años, por rutas inventadas que sirvieron para el contrabando, el tráfico de armas y



Clara Carrillo, beneficiaria de restitución de tierras.

“
 Nos enseñó qué era el cooperativismo, qué era vivir una vida de empresa, de una economía mejor para los hogares y mucha gente aprendió qué había que asociarse para poder obtener beneficios.”

*Clara Gladys Carrillo,
 beneficiaria de restitución de tierras.*

de personas, de ejércitos ilegales y narcotráfico. Y, finalmente, porque a su vecino, el río Cauca, la guerra le despertó un rugido de muerte que nunca pidió tener.

Contradictoriamente, su tragedia también se vio marcada por haber tenido liderazgos potentes que, desde los años de 1980, removieron el espíritu de sus ciudadanos y les enseñaron a asociarse y a trabajar juntos en la defensa de sus derechos. Recordar, por eso, al sacerdote Tiberio Fernández es dejar constancia de la saña que la violencia le imprimió a la historia nacional. Asesinarlo y desmembrarlo, como ocurrió el 17 de abril de 1990, fue marcar estratégicamente este territorio con el mensaje temerario de lo que significa destruir el pilar espiritual de una comunidad. Clara Gladys recuerda como si fuera ayer al sacerdote cuando en los años 80 llegó al pueblo y “nos enseñó qué era el cooperativismo, qué era vivir una vida de empresa, de una economía mejor para los hogares y mucha gente aprendió qué había que asociarse para poder obtener beneficios”. Demasiada información para quienes querían mantener a una comunidad calladita y sin herramientas para pedir nada.

La macabra alianza narcotraficante entre Henry Loaiza, alias “el Alacrán” y Diego Montoya, alias “Don Diego”, arrasó la región entre 1986 y 1994. Estos lograron el objetivo de espantar, como lo narra Nelson Fernández, representante legal de la Asociación de Familias de Víctimas de Trujillo, AFAVIT: “el padre fue vilmente torturado, desmembrado y luego arrojado al Cauca, y si ya se habían metido con un sacerdote, con el párroco ¿quién estaba seguro aquí?”. Clara Gladys, como el pueblo entero, tuvo que huir por su vida. No era la primera vez.

Cada huida la hacía recordar sus desplazamientos anteriores, reviviendo una angustia que se pega al cuerpo, idéntica a la que había sentido décadas atrás cuando a sus seis años, una noche tuvo que correr, siempre correr, porque su papá recibió un mensaje escrito en sangre que le decía que debía desalojar la casa antes de las 7 de la mañana del siguiente día. Huyeron dejándolo todo. Años después, una nueva amenaza se repitió en 1988 y la obligó a desplazarse forzosamente cuando el ELN invadió su predio y le “recomendó” irse. Regresó, pero dos años después, en 1991, mientras esa guerrilla y el Ejército se enfrentaban no tuvo más opción que volver a escapar para no caer en medio de esas balaceras. Testaruda, en 1995 volvió para tomar las riendas de un terreno que se lo estaba comiendo el rastrojo pero, para colmo, en 2005 a la región se la tomaron de nuevo los narcotraficantes, esta vez Los Rastrojos, así que ir a la finca se volvió un padecimiento lleno de zozobra. Iba solo a revisar que todo estuviera en orden y que terceros no se le metieran a sus linderos. En medio del miedo vivido, el asesinato de su papá por los paramilitares en el año 2000.

No es de extrañar entonces que el campo se fuera quedando solo, “el pueblo perdió su comercio y fue sintiendo el impacto de la inseguridad y el impacto de la violencia; la gente echaba para la capital, para Cali y para Tuluá, pues era la ciudad más cercana, así como Buga, todos buscaban ir con familiares, buscaban refugio, amigos, y se iban”, recuerda Nelson, afectado, aún afectado, tantos años después.

Curtida en volver a empezar, esta mujer valiente recogió el legado de fuerza que atraviesa a la gente de Trujillo y que, pese al miedo vivido, nunca se dejó apagar. A finales de los años 80, se decidió a estudiar Administración de Empresas para que nunca nadie le dijera cómo es que se hacían las cosas. También tuvo a su hijo Fernando, una novedad, como ella misma lo llama, porque ya estaba mayorcita,

“

Así que comencé a luchar por él y me dije ‘no quiero volver a recordar jamás de los jamases esa historia tan dura que viví y ya comencé a vivir mi vida en el trabajo y en la lucha, y tuve una suerte fenomenal, porque a través de mi carrera ocupé puestos públicos que yo nunca me imaginé tener. Pero lo que no tenía era lo que más amaba: la tierra.”

*Clara Gladys Carrillo,
beneficiaria de restitución de tierras.*

Así que cuando un día un vecino, por allá en 2012, le preguntó que si se había percatado que había llegado un grupo de la Unidad de Restitución de Tierras a la vereda “yo le pregunté que qué era eso y entonces me dijo ‘es un grupo que el Gobierno ha mandado a ayudar a los campesinos que fueron desplazados y hasta donde yo recuerdo usted es una mujer desplazada y le ha tocado muy duro’ entonces yo ‘ay no, yo no creo absolutamente en eso’, pero me insistió y yo me fui para la casa y dije ‘Dios mío, ilumíname ¿voy o no voy?’, cuando me dio el arranque, cogí mis documentos, las escrituras que mi papá había dejado a nombre mío porque a mi hermano lo iban a matar por la finca y llevé los papeles, me tomaron una declaración y a partir de ese momento comenzó el proceso”. A los dos meses le avisaron que su caso podía continuar. Y así fue. El Juzgado Primero de Restitución de Tierras de Guadalajara de Buga, hoy de Cali, le otorgó el 17 de septiembre de 2013 la sentencia restitutiva de su finca La Rosa, antes llamada La Cumbre, acogiendo los tres hechos victimizantes reportados en el registro de la Unidad para las Víctimas.

Es sorprendente saber que la mujer que es hoy Clara Gladys puede cargar con un pasado tan doloroso; es una luchadora y tiene muchos sueños y una voluntad inconfundible de salir adelante. Cuenta, también, que ella eligió un proyecto de ganadería, pues al estar sola no podía dedicarse exclusivamente a un cultivo, no obstante, como nada le queda grande, también se le midió a sembrar café. No se quedó solamente con lo que la Unidad le dio y es una mujer que ha impulsado el desarrollo, no solamente para la asociación de la cual hace parte, sino también para las mujeres restituidas.

De hecho, la forma de comunicar de Clara Gladys es particular -aseguran quienes la han visto en acción-. Porque para alguien que ha sufrido tanto podría ser retraída e insegura, pero ella es todo lo contrario, y por



Miembros de la Asociación de Familias Agropecuarias con Predios Restituidos de Colombia (Afarec).

eso inspira a los vecinos y a todas las mujeres víctimas. Además, les ha enseñado a los hombres que la mujer no es necesariamente ama de casa o sometida a la figura masculina. Ha demostrado ser valiente, trabajadora y colabora con todos”. Lo que demuestra la fuerza de las campesinas colombianas. Jorge Hernán Rojas, otro de los beneficiarios de restitución de tierras, no se puede contener en admirar que la mitad de las socias de su organización son mujeres cabezas de familia, “sus motores”, como les dice orgulloso.

Así que ver a Clara Gladys en su campo, en su finca La Rosa, es deleitarse con una mujer plena, que celebra la tierra, consiente a sus 17 vacas, mantiene su huerta feliz y, a lomo de burro, a pie o en moto, con cachucha en la cabeza protegiéndola del sol, se desplaza sin cansarse las dos horas que le toma ir hasta Trujillo desde su finca en la vereda Venecia. Se siente parte de su comunidad y junto con sus vecinos y vecinas se han dedicado a inventarse una nueva vida más allá del dolor.

En dicho tránsito, 25 familias pertenecientes a la Asociación de Familias Agropecuarias con Predios Restituidos de Colombia (Afarec) descubrieron que en su tierra se da, y de una manera increíble, el yacón, tremendo tubérculo con sabor a manzana, la bendición de todos aquellos que padecen problemas de azúcar en su sangre. Al estimular el páncreas, regula sus concentraciones en el organismo. Además, sus hojas, preparadas en infusión ya está más que probado que ayudan a reducir la concentración de la glucosa en la sangre, así como su raíz tiene insulina y oligofructosa, que ayudan a regular la glicemia.

Tanto los campesinos productores, la Unidad y el programa del Ministerio de Agricultura “Cosecha y venta a la fija”, que busca asegurar la compra de lo de cosecha, están buscándole mercado a este producto sabroso y que algunos cocineros como Ricardo Alba, de Gaira Café, han explorado en crocantes, fritos y purés, aunque, confiesa, que le encanta comérselo crudo porque se siente mucho su sabor dulzón.

A Clara Gladys le regresó la dulzura. Y lo sabe, porque lo vive: “Trujillo está más pujante y ya se le ve otra cara, una cara de turismo. Queremos, creemos y estamos confiados en que Trujillo va a ser un centro turístico y va a ser el ejemplo de toda la humanidad, porque no es fácil para la gente decir ‘yo perdoné’. Todos hemos aprendido cómo mirarnos, cómo somos y aceptarnos como somos”, cierra esta mujer linda que volvió a brillar.



Serie TIERRA en YouTube
TODOS UNIDOS,
SIEMPRE UNIDOS



Proyecto productivo de ganadería, vereda El Albarico, El Zulia, Norte de Santander.

TODOS UNIDOS, SIEMPRE UNIDOS

AMALIA PODRÍA TAMBIÉN LLAMARSE RODOLFO, ÁNGEL, OMAR O ERNESTINA, TODOS MIEMBROS DE LA COMUNIDAD DE EL ALBARICO, EN EL ZULIA, NORTE DE SANTANDER.



CADA UNO DE ELLOS, BENEFICIARIOS DE UNA LAS POCAS SENTENCIAS DE RESTITUCIÓN DE TIERRAS COLECTIVAS QUE SE HAN PROFERIDO EN COLOMBIA, POR EL DAÑO COMETIDO A TODO UN GRUPO DE PERSONAS.

Quizá esta comunidad unida y cariñosa, que come junta con frecuencia, que comparte, conversa y decide en conjunto, le da a ella la vocería para que cuente su historia, que es la de todos, porque es elocuente y le pasó la tragedia en la mitad de la vida, y ya solo por eso, por esta segunda oportunidad sobre la tierra, no le cabe la gratitud en el cuerpo y cuida como un tesoro lo que la justicia le devolvió.

Amalia Roa lo dice así de claro: “así como la familia es la base de la sociedad, yo creo que la tierra es la base de la vida, porque la tierra produce árboles, los árboles dan aire, y si uno no tiene los pies en la tierra no tiene nada. Ella es el fundamento de todos, de todos nosotros, la tierra es vida, es esperanza, es ilusión. Es todo”.



Rodolfo Castro, beneficiario de restitución de tierras.

Para entender con plenitud esa dicha es importante entender de dónde vienen esta mujer y el resto de las personas de esta vereda que suena a fruta, pero que en realidad es una palma, El Albarico. Jhon Jairo Jácome, periodista, lo explica con la certeza de la experiencia, al contarnos que El Zulia es la puerta de salida de Cúcuta hacia el Catatumbo y los pueblos de Occidente –es decir la frontera con Venezuela–, lo que significa que “quien dominaba esa zona controlaba la salida y entrada a Cúcuta para los que iban y venían. Y al ser una zona fronteriza, por allí también entraban todos los elementos que se necesitaban para el procesamiento de droga”. Y sirvió para el contrabando. Por si fuera poco, antes de estas desgracias de mediados de los años 80, 90 e inicios de nuevo siglo, ya la bonanza maderera había devastado la región décadas atrás, como lo recuerda el historiador Ramón Castellanos:

“El Albarico era una selva, algunos la descuajaron, se llevaron la madera y dejaron el terreno ahí, entonces otros llegaron y se apoderaron del territorio, quedándose allí y colonizándolo”



Amalia Roa León, beneficiaria de restitución de tierras.

Pero como la tierra no tiene la culpa y sigue siendo generosa, también en esa zona rica de El Zulia se produce la mayor cantidad de arroz del departamento y sus pastos se han utilizado por años para la crianza de ganados de distintas razas como la Pardo Suizo, Holstein o Cebú, siendo esta región una gran despensa de carne y leche para el país. Y detrás, claro, los campesinos produciendo la comida que consumimos.

Por eso, cuando la guerra arreció, fue el acabose. Todos recuerdan lo que significó pasar en El Albarico el fin de año de 1999. Mientras muchos en el mundo soñaban con lo que traería el nuevo milenio, para estos habitantes del campo resonaban las botas de los ejércitos irregulares que cada día producían más ruido cerca de sus camas. Fueron muchas noches en vela. Ya algunos de los grupos, como la guerrilla del ELN, se habían asentado en su región, exigiéndoles vacunas que, como lo narra Castellanos con frialdad, eran cuota “dizque de protección y el que no accedía entonces por la mala o como fuera le incautaban. Tenían que dar yo no sé cuántos bultos por cada cosecha, o una vaca o dos vacas y, si no, entonces llegaban y se las sacrificaban, y a los muchachos comenzaron a reclutarlos”. También usaban sus terrenos para resguardarse, lo que les hacía tragar saliva y vivir con miedo permanente. Pero cuando ya fue claro que la situación era insostenible fue cuando se supo que otros armados venían por los insurgentes y que ellos, irremediablemente, iban a quedar en la mitad de los sanguinarios combates que se preveían.

Para Amalia fue una pesadilla. Cuenta que una noche se estaban bañando luego de un día de trabajo arduo cuando, con su esposo Rodolfo, empezaron a ver unas sombras –solloza mientras lo cuenta–, sombras que se fueron sumando una a una hasta hacer una mancha de personas fuertemente armadas y con morrales que llegaban para quedarse dentro de su finca. “El problema es que uno no puede decir nada, usted tiene que seguir como.... seguir la vida normal”. Cuando eso no tiene nada de normal.

Lo que vivió ella lo vivieron prácticamente todos los vecinos, como Ángel Castro, otro de los beneficiarios, quien recuerda que al tener sembrados plátano y yuca así como gallinas y otros animalitos, “entonces llegaban 15 o 20 hombres y se hacían en algún lado y ahí tenían la despensa... Y se le cuadraban a uno ahí...”.

Hasta que la amenaza de las autodefensas se hizo oír: “mañana lo que se mueva es objetivo militar, todo mundo se tiene que ir”. El mensaje llegó con su rugido y en ese instante la gente se echó al hombro lo que podía cargar, la ropa, una bolsa de enseres, un animal. Aterrados, todos huyeron dejando sus casas, tierras, animales y vidas. Antonio Reyes, el chofer de “La lecherita”, un Nissan azul cielo que lleva 40 años prestando sus fieles servicios por esas montañas, fue sacando a familia por familia del lugar.

Y ENTONCES PASA QUE LA VIDA ENTRA EN UN PENOSO PARÉNTESIS. HUBO HAMBRE.

Los parques de los pueblos y ciudades vecinas empezaron a colmarse de desplazados y la crisis humanitaria estalló en la región. También fue un tiempo de traslado de muchos hacia Venezuela. Amalia empezó a lavar loza en el comedor de una escuela, a cambio de un poco de comida para llevar a casa. Luego, al ser El Zulia una ciudad plagada de talleres satélite –maquilas– que confeccionan prendas para las grandes empresas textiles nacionales, se empleó cortando y cosiendo hasta altas horas de la noche. Al tiempo, su esposo Rodolfo empezó a trabajar en las minas de carbón de la zona, sin perder nunca la esperanza de que su ruego pudiera cumplirse. Y, así, sobrevivieron, haciendo grandes sacrificios y viendo a los hijos crecer sin tener el campo como su hogar.

“Yo le pedí mucho a mi Dios cuando estaba dentro de las minas que me socorriera la tierra para ser libre y trabajar, ”

*Rodolfo Castro,
beneficiaria de restitución de tierras.*

Todos hicieron lo propio. Ángel Custodio Castro, por ejemplo, se las rebuscó como fuera. Abrió en El Zulia un pequeño negocio de alquiler de películas y al ver

que el mercado era pequeño, y con una familia a la cual alimentar, agarró sus cajitas y se fue de pueblo en pueblo ofreciendo entretenimiento. Si Mahoma no iba a la montaña, él iría hacia ella, puerta a puerta, recorriendo Salazar, Gramalote, Sardinata, Santiago y San Cayetano.

Pasó más de una década en donde todos estos habitantes que quedaron desarraigados tuvieron que inventarse una vida. Pero siempre añoraban volver. Por eso, la Ley 1448 de 2011, les devolvió la esperanza a muchos. Para El Albarico el proceso inició en 2013 cuando funcionarios de la Unidad de Restitución de Tierras pasaron por el municipio explicando las bondades de la Ley. Ángel Custodio, que en ese momento era el Presidente de la junta de acción comunal de la vereda, presentó ante el Comité de Atención Municipal a la Población Desplazada la versión de los hechos victimizantes que les habían ocurrido en el año 2000. Para el 2014, después del estudio formal de los documentos presentados por esta comunidad, la Unidad decidió realizar la inscripción de la solicitud de restitución en el Registro de Tierras Despojadas y Abandonadas Forzosamente, culminando la etapa administrativa del proceso, donde se revisa la viabilidad del caso, y pasando entonces a la etapa judicial, en donde los jueces determinan si se debe o no restituir la tierra que se está reclamando.

Felizmente, el 30 de noviembre de 2016, el Juzgado Primero Civil del Circuito Especializado de Restitución de Tierras de Cúcuta emitió la sentencia en donde se restituía, formalizaba y reconocía la propiedad de estos solicitantes y se profirió una sentencia colectiva que benefició a 9 familias con la entrega de 904



Vereda El Albarico, municipio El Zulia, Norte de Santander.



hectáreas a su favor y una serie de medidas adicionales de reparación, entre ellas la construcción de la escuela, la mejora en las vías de acceso a la vereda, la realización de un informe de Memoria Histórica que diera cuenta de lo que había padecido esta comunidad y los recursos suficientes para el inicio de proyectos productivos que les devolviera el bienestar a sus habitantes.

Amalia recuerda el momento con exactitud cuando los llamaron y les dijeron que los citaban porque ya había salido la sentencia:

“Dios mío, eso fue una cosa muy linda que nos llenó de esperanza a todos.”

A Rodolfo se le cumplió el deseo de retorno y tan pronto tuvieron la tierra de nuevo le apostaron a la ganadería. Él lo había previsto, tantos años antes, al decirse que “la tierra permanece, ella no se arruina porque tenga monte, la tierra más bien se conserva y si algún día mi Dios me da la facilidad de volver a la finca voy a encontrarla con tierras nuevas, productivas y las voy a empezar a trabajar conforme más o menos uno sabe que hay que trabajarlas”. Y así fue.

Con 20 novillos de levante que les fueron entregados con la sentencia, la adecuación de la finca para su crianza, por un valor de 27.578.000 millones de pesos, y el acompañamiento técnico por 24 meses consecutivos, la familia de Amalia emprendió el vuelo. Así como todos los núcleos familiares restituidos de El Zulia.

Una cosa vino con la otra y la vereda empezó a sentirse viva de nuevo. De hecho, muchos tienen los ojos puestos en esta comunidad que intenta hacerle el quite al pasado. Nunca olvidando, pero no quedándose en la nostalgia. Así, poco a poco y con la voluntad plena, han ido mejorando las condiciones de vida de los habitantes de El Albarico. La cooperación internacional no se ha hecho esperar dando su apoyo incondicional con la paz. Por un lado, la cooperación Alemana, GIZ, en el proceso de reconstrucción de la memoria de esta comunidad y, por el otro, el Consejo Noruego para Refugiados apoyó en el proceso del mejoramiento de la calidad del agua de los habitantes de la vereda. Adicionalmente, la Secretaría de Aguas de Norte de Santander, gracias a la gestión de la Unidad para las Víctimas y la Unidad de Restitución de Tierras, dio inicio a la construcción del acueducto veredal. Lo mismo está pasando con la electrificación rural de la zona.



Rodolfo Castro y Amalia Roa, beneficiarios restitución de tierras.

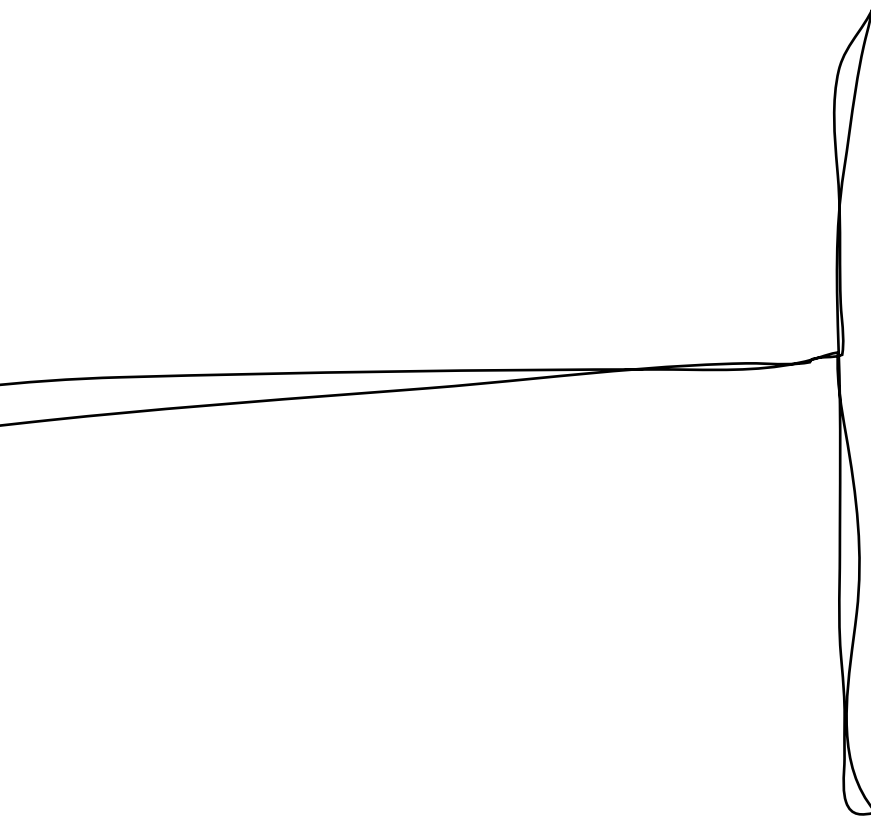
No obstante, para Amalia y Rodolfo el que se haya considerado reconstruir la escuela es quizá lo más importante de todo, de cara a lo que viene. Porque allí está el futuro. También, porque ese espacio ha reunido de nuevo a la comunidad que se dispersó durante tanto tiempo y porque en una de sus paredes exteriores, en el colorido mural que se hizo de sus gentes, está pintada inmensa la cara de doña Ernestina Rivera, la fundadora del pueblo, también restituida, que llegó a estas tierras en 1973 con parte de su muchachada y allí la terminó de parir, habiendo traído al mundo a 9 hijos. Muchos niños decoran hoy las montañas de esta vereda.

Jóvenes que podrán trabajar, si las cosas siguen como van de bien, con la Asociación de Productores Agropecuarios de la vereda El Albarico, ALBAZUL, organización que se constituyó para comercializar los quesos y los muchos derivados que aprendieron a hacer gracias a que el SENA les dio un curso intensivo de lácteos con el que aprendieron a hacer yogurt

griego, queso hilado y campesino de manera muy tecnificada, por lo cual hoy están ya certificándose frente al Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) para obtener la autorización sanitaria y de inocuidad de sus productos.

Amalia y Rodolfo van contando estos logros como quien no quiere la cosa, pero lo cierto es que ambos ejercen un liderazgo que llena de orgullo a la comunidad. Con Ángel, han levantado el entusiasmo de los beneficiarios para que todos apuesten por un futuro unidos, aportando juntos. Ella, por supuesto, hábil con las palabras, explica las cosas con claridad y les hace un especial énfasis a las mujeres y niñas sobre los derechos que tienen sobre sus vidas. Les dice que nunca se les olvide que son dueñas de sus destinos.

Gracias a la fuerza de todas estas personas de carne, hueso y ganas de volver a sonreír, el Albarico está renaciendo.



“La tierra permanece, ella no se arruina porque tenga monte, la tierra más bien se conserva y si algún día mi Dios me da la facilidad de volver a la finca voy a encontrarla con tierras nuevas, productivas y las voy a empezar a trabajar conforme más o menos uno sabe que hay que trabajarlas.”

*Rodolfo Castro,
beneficiario de restitución de tierras.*

Serie TIERRA en YouTube
APRENDER
A CAMINAR



APRENDER A CAMINAR

IMAGINARSE LA VIDA.
INVENTÁRSELA, MEJOR.



ESO LE TOCÓ HACER A KELMER AUGUSTO CARDONA.

Luego de haber volado por los aires al pisar una mina antipersonal en San José del Guaviare, en 2008, cuando era apenas un jovencito, un soldado con tan solo tres años de vida militar, una carrera que quedó truncada por la guerra. Pese a ello, él celebra. Porque la vida le permitió vivir. Y él se dejó abrazar por la vida. Así que merece la celebración.

Kelmer vive en el municipio de Casabianca, en el Tolima, un paraíso de montañas que parecerían tocar el cielo si lo quisieran. La vereda donde está su casa, Oromaso, está a un ladito de la cordillera central y su belleza seguramente tiene que ver con que es vecina del Parque Nacional de Los Nevados. Él creció en esta hermosura, jugando en la calle ponchados, la lleva y escondidas con sus amiguitos hasta las 9 de la noche y haciendo los mandados de pelado sin que hubiera ningún temor de nada, porque era un territorio sano, tranquilo, precioso.



Kelmer Cardona, beneficiario de restitución de tierras.

Eso solo empezó a ponerse difícil, como lo recuerda la historiadora y profesora del municipio Irma Giraldo, a mediados de los años de 1990, cuando aparecieron allí los primeros grupos al margen de la ley,

“Se comenzaron a ver los desplazamientos forzados, porque ellos llegaban a pedirle vacuna a las personas en las fincas, los reunían en una parte que se llamaba La Cristalina y ahí todos los hacían ir a cobrar la vacuna o venían a las tiendas a cobrarles, fue un tiempo de zozobra muy amplio.”

*Irma Giraldo,
historiadora y profesora de
Casabianca, Tolima.*

A cada cual le tocaba su parte, si tenía mucho, pues tenía que dar mucho y, aunque tuviera poco, también tenía que dar. Así encerraron a la gente dentro de sus propias realidades.

Por eso Kelmer quiso hacer parte del Ejército. La idea de pertenecer a la Fuerza Pública le atraía plenamente, “me gustaba esa vocación como de la patria, de luchar por unos ideales, por defenderlos y tener una posición”. Cálculos que todos hacemos con nuestros sueños, pero que nunca imaginamos que pueden llegar a producir un resultado tan inesperado, como el que cuenta Leonel Cardona, su papá. Un día llegó un hombre al supermercado que él administraba con su esposa. Le entregó un papelito en la mano y salió del local. No alcanzó ni a darse cuenta de sus rasgos. La boleta decía que como tenía dos hijos “y que si el Gobierno tenía un hijo prestándole el servicio a él allá, que el otro podía estar con ellos, que ellos tenían derecho al otro”, narra con un nudo en la garganta. Si esta familia ya venía estudiando la idea de irse por ese miedo que se

“
Mi cabeza estaba destrozada, yo
creía que ahí se había acabado mi
vida...” ”

*Kelmer Augusto Cardona,
beneficiario de restitución
de tierras.*

empezaba a sentir en los talones, esta amenaza de reclutar a John Eduar aceleró el proceso. Salieron, como todos los desplazados de este país, con lo que tenían puesto.

Mientras, Kelmer reafirmaba su deseo de estar del lado de los que combaten a quienes los despojaron de sus tierras. Cuál no sería su entusiasmo cuando su sargento le dijo que por fin vería lo que era hacer parte del Ejército, de verdad verdad: lo enviarían al batallón Joaquín París, en la capital del Guaviare para vivir la guerra “como tocaba”. Vaya bautizo. Allí, liderando una tropa, pasó lo que pasó. Estalló una mina y cuando abrió los ojos de nuevo, estaba en el Hospital Militar de Bogotá, levantándose la sábana para ver si estaba enterito. Tuvo la suerte de que pudieron reconstruirle toda la pierna izquierda, así como la mano del mismo lado.

SÍ, LO RECONSTRUYERON. TAMBIÉN SU VIDA LO HIZO.

Pero tal vez nada habría sido tan iluminado y optimista si Yeimmy Arcila no hubiera estado a su lado, todo el tiempo, desde que decidió enamorarse de él desde chiquitico, aunque sus papás no aceptaran que él rondara a su niña. Un amor desde siempre fue el determinante para que la vida volviera a brillar.

Y, claro, no fue fácil. Nada fácil. Empezando por las pesadillas que lo rondaron por un tiempo largo, en donde se despertaba sudando y gritando que no lo mataran. Esa etapa fue brutal, como lo narran los soldados marcados por el trauma de la guerra. “Mi cabeza estaba destrozada, yo creía que ahí se había acabado mi vida...”, recuerda con una amargura que agradece ya no sentir más. Luego vino aprender a caminar de nuevo, con la prótesis. “Recuerdo mucho la primera vez que se paró –cuenta Yeimmy– todos lloramos como cuando va a dar el primer paso un niño, igual”. Fueron dos largos años de recuperación.

Y se decidió volver a empezar. Era demasiado joven para rendirse. Así que se fue con su esposa a Manizales, y allá llegaron donde una familiar que distribuía ropa a la que ofrecieron ayudarle como vendedores. Allí se inició en el negocio del comercio, de ropa, sábanas, de todito. Pero quería más, así que buscó a su mentor, Óscar Silva, un comerciante con gen antioqueño, bueno con la labia, eficaz para llenar la billetera. No quería malgastar la plata que le iban a dar como indemnización en el Ejército y necesitaba aprender bien el negocio, así que le pidió consejo. Éste les sugirió que regresaran a su tierra, a Casabianca, y allá arrancaran con un local en el parque principal del pueblo. Y así lo hicieron. Hasta que el propio Silva le abrió la puerta de lo que se volvería su gran apuesta de hoy: “Él me enseñó

a trabajar primero con la cacharrería, luego con el lulo y, en su finca, vi el proceso con el aguacate y me motivó... y empecé mi cultivo de aguacate basado en los parámetros que él me daba para iniciar un cultivo”.

SÍ. SEMBRÓ AGUACATE HASS. PERO ANTES, DEMOS UN PASO ATRÁS. EL REGRESO A LA TIERRA.

Un día su mamá, doña Yolanda Cardona, le habló de la Unidad de Restitución de Tierras y le contó que todas aquellas víctimas del conflicto armado podían acercarse a la Personería para declarar que lo eran. Así que, con todas las esperanzas puestas allí, se fue a la oficina de la Unidad en Pereira y, en 2015, se inscribió para reclamar el predio que le habían despojado y así poderse convertir en beneficiaria. Leonel, su esposo, tiene grabado el momento en el que, luego de toda la investigación realizada alrededor del terreno, los llamaron a finales de 2017 para que fueran a Ibagué a oír la sentencia del proceso. Ese 18 de diciembre les leyeron que no solo recuperarían su tierra, sino que les aliviaban cualquier deuda de predial y servicios públicos pendientes que pesaran sobre el lote, así como les ofrecieron cursos en el SENA que toda la familia ha sabido aprovechar, en mejoramiento de las técnicas de siembra de cultivo, sistemas, direccionamiento estratégico y economía solidaria. Finalmente, se les otorgó un subsidio de vivienda de interés rural que a finales del 2020 está en fase de diagnóstico para su ejecución.

El fallo también vino con un proyecto productivo el cual como familia enfocamos hacia el aguacate Hass, ¿por qué el Hass? Porque es un aguacate tipo exportación y como la finca ya contaba con registro predio exportador, entonces yo dije ‘no, por aquí es’, es la oportunidad de sembrar más árboles, de mejorarles la alimentación y de empezar a hacer un mantenimiento más preciso en mis árboles y poder así aumentar la producción

Fue así como implementaron, en una primera etapa que seguramente serán más, con la asistencia técnica de la Unidad de Restitución de Tierras, una hectárea de Hass, junto a otra de café de sostenimiento, por un valor 31.182.908 millones de pesos. Había una particularidad en su caso.

Al ser un terreno tan pendiente decidieron adaptar una garrucha –una especie de mini teleférico suspendido en el cielo– que sirviera para transportar los aguacates y el café, desde los lotes de cultivo en el predio hasta la carretera, reduciendo cualquier daño que pudiera ocasionarse en los frutos por el desplazamiento de la cosecha por vía terrestre. Esto por la vital importancia de la presentación y calidad

del aguacate para su comercialización en el exterior. También se construyó un centro de acopio y post cosecha para almacenamiento y manejo adecuado de estos alimentos.

De esta forma, muchos de los beneficiarios de restitución de la zona se enfocaron en la siembra de aguacate. Eso sí, los Cardona fueron los pioneros en la zona y, desde la asociación PALTOLIMA, con ellos pedaleando todo acercamiento, están buscando acuerdos de comercialización para la comunidad. Además, han estado sembrando alternadamente en sus fincas aguacate criollo –de las variedades Semil y Papelillo–, para comercializar dentro del municipio y a nivel nacional, con el Hass, que ya están exportando para Europa y Canadá. Del criollo están produciendo 5.000 kilogramos y del Hass, 1.500.

Casabianca resucitó y su fertilidad se debe en gran medida a que en sus montañas habitan personas pujantes que quieren olvidarse que hubo un tiempo triste que los sacó de esa tierra. Prefieren centrarse en el presente que les devolvió la tierra y la esperanza. En esa tarea de la recuperación de la energía vital del pueblo, las mujeres se han convertido en una piedra angular. Cuándo no. Fundaron una institución que se ha dedicado a mejorar vidas, la Casa Social de la Mujer Casabianca, que recoge las experiencias de muchas mujeres víctimas de la violencia y las transforma no solo en productos artesanales con la calceta del plátano que también dan estas montañas, pero también en el refugio para hablar de los indudables impactos emocionales, psicológicos, afectivos y económicos que la guerra les ha dejado a ellas.



Kelmer Cardona y su esposa Yeimmy Arcila.



Yeimmy Lorena Arcila Arcila, sus hijos Esteban, Matías, Juan José Cardona Arcila.

Tolima, cuna de tanta historia de dolor en nuestro pasado, es hoy escenario de una comunidad que ya ve la prosperidad en su territorio. Una que está llena de buenos deseos, de entusiasmo y ganas de seguir creciendo, sin rencores, solo mirando hacia el futuro.

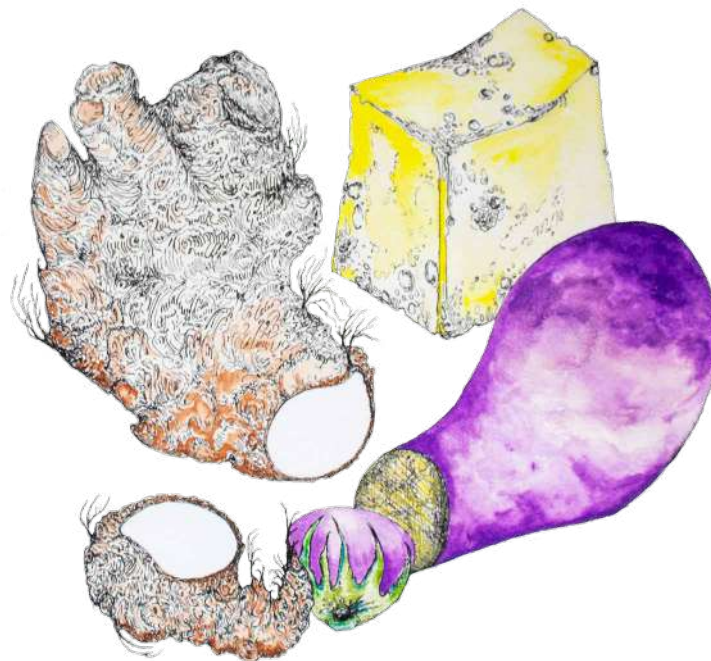
RECETAS

FRUTOS DE LA RESTITUCIÓN

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE RICAURTE BADILLO: GANADERÍA DOBLE PROPÓSITO

MOTE DE QUESO



INGREDIENTES para 6 personas

2 kilos de ñame espino pelado y troceado en cuadros (se recomienda comprar el ñame el mismo día que se va a consumir. Su interior debe ser blanco inmaculado, para lo cual se aconseja pedir, en el supermercado o tienda donde lo compre, que le corten ambas puntas para confirmar que no esté amarillado o con estrías).

½ libra de queso costeño, ojalá del semi-duro, que es más salado.

2 o 3 tomates grandes y, en especial, bien maduros.

2 cebollas cabezonas

3 o 4 dientes de ajo (dependiendo del gusto)

Suero costeño, ojalá del atollabuey, aunque también se puede usar sour cream.

Agua

Aceite

Sal

PREPARACIÓN

En una sartén grande echar el aceite, el ajo machacado, los tomates cortados en cuadritos, las cebollas finamente picadas y la sal (ojo con la cantidad, pues luego va usar también el queso y el suero salados) y dejarlos en fuego lento entre 45 y 60 minutos, hasta que los tomates y las cebollas se hayan desmenuzado casi por completo y han soltado todo su sabor.

Cocinar el ñame en fuego alto en una olla grande repleta de agua. Cuando esté blando, majar el tubérculo hasta que el agua espese, para lo cual suelo usar el molinillo de madera para batir el chocolate caliente (es por esto que lo asemejo a la papilla o al puré). Mezclar luego, en la misma olla, el salteado de tomate y cebolla y dejar unos diez o quince minutos en fuego bajo hasta que apelmace. Añadir luego los daditos el queso y dejar cocinar durante otros diez o quince minutos. Y ya está.

Antes de servir, agregar el suero salado y mezclarlo todo. Se acompaña con arroz blanco, bien sea en un plato aparte o, como a muchos también les gusta, en el mismo plato de la sopa.

AJIACO DE CARNE SALÁ

INGREDIENTES para 4 a 6 personas

- 1 libra de res salada gorda
- ½ libra de carne de cerdo salada
- 3 cebollas
- 3 plátanos bien maduros
- 1 libra de yuca
- 1 tomate
- 1 cebollín largo
- 1 rama de apio
- 1 rama de cilantro
- 1 libra de ñame (opcional)
- 3 o 4 dientes de ajo
- Aceite
- Pimienta
- Sal



PREPARACIÓN

Se echa agua en una olla sopera junto con la carne salá. En la medida en que el agua hierve se va sacando con una cuchara de madera la espuma que suelta.

Aparte se prepara un sofrito con ají, ajo y cebollín y tomate, que luego se le echa también a la sopa, junto con la yuca y el plátano maduro en tronquitos medianos y el ñame.

Se prueba la sal y se deja hervir unos quince o veinte minutos más hasta que la yuca, el ñame y el plátano se hayan desbaratado.

Se sirve cuando la sopa espese.



ALONSO SÁNCHEZ BAUTE, escritor.

Además de ser un prolífico narrador de libros tan icónicos como *Al diablo la maldita primavera*, *Líbranos del bien* o *Leandro*, es un goloso que aquí nos cuenta, como lo hace siempre él, con rigor y curiosidad, sobre esta deliciosa receta del corazón de su tierra vallenata.

MOTE DE QUESO

Con frecuencia la preparación de las recetas de la cocina popular generan debate por la sencilla razón de que cada cocinero o cocinera lo sazona a su manera, mezclando sus propios ingredientes o utilizando tiempos de cocción diferentes. Alguien dirá: “igual pasa con cualquier receta de cocina, incluso las de alta gastronomía”. Es cierto, pero, al tratarse de platos que hemos comido desde niños, los olores y sabores nos remiten a la infancia y las nostalgias recuperan de entre el limbo de la memoria el recuerdo de cómo los cocinaban en casa, con frecuencia la mamá o la abuela. Sucede con los frijoles paisas, con el ajiaco bogotano, con el sancocho en cualquiera de sus versiones, con la lechona tolimense, con el cuchuco, la mazamorra, los tamales, el mute santandereano, la changua y todas las demás recetas que la cocina colombiana ha heredado de generación en generación.

El mote de queso no está exento de esta discusión. Que si lleva tomates, que si le echan pimentón, que si lo condimentan con comino y pimienta, que si limón sí o limón no, que si leche de coco en lugar de agua, que si se aromatiza con hojas de bleo de chupa (usadas más por los sabaneros que por los sinuanos) o si lo sirven con berenjenas fritas. Alguna vez lo probé en un restaurante costeño en Bogotá donde, buscando sofisticarlo, le esparcían por encima chicharrones minúsculos, casi molidos. En algunas casas de la élite sincelejana he visto también que al final lo decoran con la flor naranja del bleo de chupa y, sin probarla, el comensal luego la saca y la deja sobre el plato del arroz.

Valga aclarar que el mote de queso ni es mote ni es de queso. Lo segundo porque, a pesar de que el queso es uno de sus principales ingredientes, la base es el ñame. Sobre lo otro, la mayoría de diccionarios de lengua castiza definen la palabra mote como “maíz desgranado cocido en agua, sea tierno o maduro, con cáscara o pelado”. Algún diccionario iguala el mote con el guiso, mientras que en algunas recetas subidas a la red lo llaman sopa de mote. Yo diría, por su consistencia y preparación, que el mote de queso es una sopa espesa que también podría asimilarse con una papilla o un puré. Adolfo Meisel, actual rector de la Universidad del Norte, en Barranquilla, y un gran conocedor de la gastronomía costeña, lo llama potaje: “este es un plato que resume nuestro mestizaje: el ñame africano, el queso europeo, el tomate americano y la berenjena que popularizaron los inmigrantes árabes”.

No está claro el origen de este plato que nació en las sabanas de Bolívar, esa vasta y hermosa región entre los ríos Magdalena y Sinú, aunque algunos historiadores gastronómicos afirman que nació en Corozal durante la Guerra de los Mil Días, cuando el hambre llevó a los cocineros a inventarse un caldo con las materias primas que tenían más a la mano: agua, ñame y sal. El queso y todo lo demás, al parecer, vinieron después. Lo que más he escuchado decir a la gente de Sucre y Córdoba es que se trata de un plato que, por su abundancia en calorías (una tasa tiene en promedio 226 calorías), los campesinos de la región lo acostumbraban consumir antes de salir a su faena diaria.

La receta que aprendí de una gran amiga de Sincelejo es muy sencilla, pero no es de preparación rápida. Más bien es todo lo contrario a la “comida express”. Así es que tómese su tiempo y disfrute paso a paso de su preparación.

AJIACO DE CARNE SALÁ

“Mira. Trae la carne que dejamos asoleando sobre el murete del patio hace un par de días..., ¡Ésa! ¿Ya está negra? Entonces está en su punto. Por ahora déjala en agua para que suelte la sal, pero recuerda cambiar esta agua unas dos o tres veces, dependiendo de qué tanta sal suelte. Cuando ya esté lista la carne, pones agua en una olla para la sopa y allí la echamos. Párame bolas que esto es de tedio. Cuando empiece a hervir el agua, la vas espumando, o sea, sacando la espuma que suelta. Aparte vas a preparar un sofrito con ají, ajo y cebollín, que luego se le echa también a la sopa, junto con la yuca y el plátano maduro en tronquitos medianos (acuérdate que deben ser como del tamaño del dedo índice, la misma medida que te enseñé para la yuca frita y los deditos de queso). Ahí ya puedes probar la sal, la dejas hervir otro rato mientras vas meneando hasta que la yuca y el plátano se hayan desbaratado. Así, hasta que la sopa espese. Entonces me avisas y yo hago el resto”.

(Fragmento de *Líbranos del bien* (p.158), de Alonso Sánchez Baute).

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
IRENE MONTAÑEZ:
GANADERÍA

COSTILLAS DE CERDO AL HORNO CON ADOBO DE **PANELA,** **YUCA FRITA** **Y AJÍ DE LECHE**



INGREDIENTES para 4-6 personas

PARA EL AJÍ DE LECHE

- 1 litro de leche
- 4 unidades de ají fresco
- 3 dientes de ajo majados
- Sal

PARA EL CERDO AL HORNO

- 2.5 kilos de costilla de cerdo
- 8 gramos de comino
- 4 cucharadas de panela rallada
- El jugo de una naranja
- 1 cerveza
- 15 gramos de sal
- 2 gramos de pimienta
- 6 cabezas de ajo espichado
- Sal

PREPARACIÓN

PARA EL AJÍ DE LECHE

Poner todos los ingredientes en una botella, tapar con un paño.

Dejar a temperatura ambiente por 2 días hasta que los sabores se intensifiquen.

PARA LAS COSTILLAS

Frotar las costillas de cerdo con la sal, la pimienta, el comino, la panela rallada y los ajos machacados. Dejar en este adobo las costillas de cerdo por 12 horas.

Precaliente el horno a 170°C grados.

Poner las costillas adobadas en una bandeja con el hueso en la base de la bandeja, agregue la cerveza y el zumo de una naranja.

Hornear por 2 horas. Acompañe con astillas de yuca fritas y el ají de leche.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
EFRAÍN PENCUE QUIQUE:
FRÍJOL Y MAÍZ.

POLLO CAMPESINO GUISADO **CON** **FRIJOL VERDE** **Y MAÍZ**



INGREDIENTES para 4-6 personas

- 6 piernas pernil de pollo campesino sin piel
- 5 tallos de cebolla larga en trocitos
- 6 ajís dulces sin semillas
- 5 dientes de ajo
- 6 hojas de cilantro cimarrón
- 4 cucharadas de manteca de cerdo
- 1 ½ litros de leche entera
- Sal
- ½ taza frijol verde
- ½ taza maíz
- 600 gramos de yuca cocida al vapor

PREPARACIÓN

En un mortero machacar los ajos sin piel, la cebolla larga en trozos, el ají dulce y el cilantro cimarrón hasta obtener una pasta.

En una olla fundir la manteca de cerdo a fuego bajo, agréguele la pasta de ajo, cilantro cimarrón, ají dulce y cebolla larga y sofría por 10 minutos, adicione el maíz y sofría por otros 5 minutos.

Agregue el pollo salpimentado y sofría por 15 minutos.

Adicione la leche. Cuando hierva, baje el fuego y agregue el frijol verde. Cocine por 1 hora apenas hirviendo.

Acompañe con yuca al vapor.



CARLOS ANDRÉS DÍAZ, cocinero y consultor.

Ha trabajado con reconocidos chefs Estrellas Michelin y se conoce la industria de la restauración y las técnicas al dedillo, pero su corazón está con la cocina de colectividades. Además, al ser un defensor a ultranza de la comida casera, busca lograr que la gente de a pie coma y cocine de la mejor manera. Y goce haciéndolo.

COSTILLAS DE CERDO AL HORNO CON ADOBO DE PANELA, YUCA FRITA Y AJÍ DE LECHE

La despensa de productos que existen en las diferentes regiones de Colombia es la mejor invitación para aprender y conocer de su gente, de sus costumbres y tradiciones, de sus sabores y saberes. Del tamaño y variedad de esta alacena, como la de nuestras propias casas, dependerá en gran medida, la multiplicación de las recetas y la variedad y riqueza de los menús que comamos. Mantenerla llena es la garantía para que los legados de los cocineros pasen de generación en generación y de que no caigamos así en la peligrosa “globalización del gusto”.

Somos los consumidores los llamados a conservarlas con toda su abundancia, y eso sucederá si somos conscientes de la larga cadena que significa producir alimentos, desde la siembra y la crianza mismas de los animales que comemos. Gracias a la grandiosa labor que día a día y con esfuerzo realizan los campesinos y agricultores en sus regiones esta alacena vibra.

Para esta receta me centré en revisitar la cocina del Magdalena Medio. Tomé tanto la carne como la leche de la región para hacer una receta sencilla pero muy sabrosa, adobando largamente las costillas con ingredientes que producen un enorme sabor. Este ají, tan especial al hacerse en leche, es un reto a esas ideas que tenemos alrededor de los sabores así como la invitación para que usemos la leche en todas sus dimensiones y disfrutemos de la yuca como símbolo de todo un territorio.

POLLO CAMPESINO GUISADO CON FRIJOL VERDE Y MAÍZ

Esta receta es un homenaje a la cocina casera, esa que no está escrita sino que se transmite de boca en boca, incluidos sus secretos. Intentar sofisticar estas cocinas es como hacer un ajiaco con técnicas francesas, es decir que no tiene mucho sentido. Por eso, siguiendo el origen huilense de Efraín me fijé en los asados de esa región, que adoban bien el pollo con guiso.

Lo interesante, y delicioso de esta receta, es la cocinada en leche. En lugar de sofreír las presas, se sellan en leche a la manera de los chupes peruanos. Estos son saberes de toda la vida de los campesinos que debemos volver a valorar y usar. También empleé el frijol verde fresco, que ya prácticamente no se consigue, pero que en las culturas indígenas es un tesoro, así como en las sopas más tradicionales. Nada de esto es “de restaurante”, por eso mismo, lo rescato acá para que cada cual descubra a lo que sabe esta zona oriental del país desde sus técnicas más tradicionales.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
SILVER POLO:
CAFÉ, HORTALIZAS Y MIEL

CREPES DE TRIGO SARRACENO CON MIEL



INGREDIENTES para 4 personas

PARA LAS CREPES

- 1 taza de harina de sarraceno
- ¼ taza de harina de trigo o harina de arroz
- 2 cucharadas de mantequilla derretida
- 3 huevos batidos
- Sal al gusto
- 1 ½ tazas de leche
- ¼ taza de agua

PARA EL RELLENO

- 1 taza de queso de cabra cortado en tajadas.
- 4 cucharadas de nueces tostadas (pueden ser macadamias, marañones o incluso de sacha inchi).
- Miel al gusto.

PREPARACIÓN

Disponga las harinas en un recipiente y agregue la mantequilla, los huevos, la leche y el agua poco a poco mientras revuelve usando un batidor manual.

Debe obtener una textura cremosa y sin grumos.

Deje reposar durante unas horas o desde la noche anterior en la nevera.

Caliente un poco de mantequilla en una sartén y vierta un cucharón la mezcla de harinas. Mueva la sartén para que se distribuya de forma pareja.

Cuando la crepe esté cocida de un lado, voltee la y déjela cocinar por unos minutos más. Retírela del sartén y colóquela sobre un plato y cubra con un paño limpio para mantener el calor.

Siga hasta terminar la mezcla. Sirva las crepes con la miel, el queso de cabra y las nueces.

BATIDO DE CACAO Y BANANO

INGREDIENTES para 4 personas

- 4 tazas de leche de nuez
- 8 bananos bocadillo
(pelados, picados y congelados)
- Miel al gusto para endulzar
- 4 cucharadas de nibs de cacao
- 1 cucharadita de polen
- Pizca de canela
- Pizca de nuez moscada
- 10 cubos de hielo

PREPARACIÓN

Llevar todos los ingredientes a la licuadora y procesarlos hasta que queden bien licuados.

Servir inmediatamente preferiblemente en vasos fríos.



Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE FAMILIA TOBÓN: CAFÉ



PONQUÉ DE CAFÉ CON CARDOMOMO

INGREDIENTES para 4 personas

PARA EL PONQUÉ

- 250 gramos de mantequilla
- 1 taza de azúcar
- 4 huevos batidos
- ½ taza de café tipo espresso
- 2 cucharaditas de vainilla
- 1 cucharada de café molido
- 1 cucharadita de cardamomo en polvo
- 2¼ tazas de harina de trigo
- 1 cucharadita de polvo para hornear

PARA EL SIROPE

- 1 ½ taza de café
- ¼ taza de licor de café
- 1 cucharadita de café molido
- ¾ taza de panela o miel de panela

PREPARACIÓN

Precaliente el horno a 160 °C.

Engrase 12 moldes individuales como los de muffins o un molde de 20 centímetros y coloque en el fondo un círculo de papel parafinado.

Bata la mantequilla junto con el azúcar hasta que la mezcla tome un color claro.

Agregue los huevos uno por uno batiendo constantemente.

Agregue el espresso, la vainilla, el café molido y el cardamomo en polvo, mezcle bien y luego adicione la harina y el polvo para hornear. Mezcle con cuidado y luego vierta en el molde.

Lleve al horno durante 20 minutos para los moldes individuales o 40 minutos para el molde grande.

Retire el ponqué del horno.

Y PARA EL SIROPE

Mientras el ponqué se hornea, prepare el sirope de café colocando una olla a fuego medio con el licor de café, el café molido y la panela.

Cocine hasta obtener una textura de un sirope liviano.

A continuación, vierta el sirope de café encima del ponqué y deje reposar.

Por último, desmolde el ponqué y, si desea, sirva calientico solo o con una bola de helado de vainilla.



TANSY EVANS, cocinera, viajera e investigadora británica.

Es la responsable de que hoy disfrutemos la comida Thai en Colombia al haberse inventado el menú del restaurante Wok. Es una curiosa infinita de los ingredientes y los estudia y prueba inventándose una succulenta cocina internacional con sabores locales. Nos envió sus recetas desde Bulgaria.

CREPES DE TRIGO SARRACENO CON MIEL

Hace algunos años me enamoré de las crepes de trigo sarraceno que son típicas del norte de Francia. Son deliciosas, servidas con abundante miel y un manojo de sus nueces favoritas, así como con unas tajadas de un buen queso de cabra artesanal, de los que hoy se encuentran en distintos lugares de Colombia. El trigo sarraceno se está cultivando cerca de Villa de Leyva, en Boyacá, pero también se puede encontrar en tiendas de comida saludable o de productos locales. Si tiene problemas con el gluten, esta harina de trigo se puede sustituir por harina de arroz o de quinua.

Pero quiero hacer notar, más allá de cualquier receta y de sus tremendas propiedades curativas, que hablar de miel es viajar en el tiempo. Recordar que era el alimento sagrado de los antiguos egipcios y saber que la miel y sus productoras, las abejas, hacen parte de la imaginación mítica de los hombres y están rodeadas de muchísima simbología. La abeja será siempre el referente de la comunidad trabajadora y próspera regida por una reina. También del contacto entre el cielo y la tierra. La señora abeja es la diosa de la tierra y sus cosechas y el consumo de la miel que produce encarna el don de la palabra y de la elocuencia. Finalmente, como para seguir mostrando sus maravillosas características, en textos sagrados se habla de ríos de leche y miel que se vierten sobre las tierras prometidas y hasta las tradiciones celtas brindan con el hidromiel como la bebida que llevará a alcanzar la inmortalidad. Diría que son suficientes razones para que cuidemos y atesoremos a las queridas abejas ¿no lo creen?.

PONQUÉ DE CAFÉ CON CARDOMOMO

Esta receta está inspirada en un viaje que hice por Antioquia. En el pueblo de Jericó siembran mucho café y cardamomo así que decidí combinar el sabor del café colombiano con cardamomo y un sirope de panela para crear una torta/ponqué muy melcochudo. El combo de sabores me lleva directamente a los pueblos de Colombia.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
TOMASA CALONGUE:
MIEL Y GANADO

HIDROMIEL

INGREDIENTES 1 frasco

4 tazas de agua sin cloro o reposada

1 taza de miel cruda



PREPARACIÓN

Mezclar el agua y la mitad de la miel en un frasco de vidrio, revolver en ambos sentidos vigorosamente hasta formar un vórtice en el centro.

Cubrir con un liencillo o tapa suelta y dejar en un lugar caliente, pero al que no le llegue la luz del sol directamente. Al cuarto día, mezclar el resto de la miel.

Durante las primeras dos semanas, revolver de la misma manera al menos dos veces por día, revisando que se hagan burbujas, la forma como las bacterias y levaduras, en contra de la gravedad, afirman su existencia.

Pasadas las dos semanas, agregar una cucharada de miel y envasar en un frasco con tapa.

Cerrar y liberar el gas abriendo la botella de vez en cuando para evitar que se explote.

Idealmente, al envasar, usar una trampa de aire, que puede hacerse casera abriéndole un hueco con un alfiler a un globo o un guante de caucho, lo que permitirá que el gas salga y el oxígeno no entre.

En vez de cerrar el frasco con la tapa, hacerlo con la trampa de aire.

Dejar fermentar por un mes o más tiempo, tres meses, un año, si se quiere más seca y alcohólica.

Otra forma de iniciar la hidromiel es agregándole frutas (maceradas o en extracto) o una infusión de alguna hierba o flor (lavanda, Jamaica, rosas, milenrama, etcétera) en el momento en que se mezclan la miel y el agua. El proceso es el mismo, solo que al envasarla se debe filtrar.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
MARGARITA FERNÁNDEZ:
FRÍJOL CUARENTANO, GANADERÍA,
HORTALIZAS, AJONJOLÍ Y TABACO

CEVICHE DE AHUYAMA CON MAÍZ TOSTADO*

INGREDIENTES para 4 a 6 personas

- 1 libra de ahuyama
- 1 cebolla morada mediana
- 2 limones
- 1 manotada de cilantro picado
- Ají en polvo ahumado
- ¼ libra de maíz morado
- 1 cucharada de aceite de oliva o vegetal
- Sal al gusto



PREPARACIÓN

Lave, pele y pique la ahuyama en cubos pequeños y parejos. Guarde las semillas (puede tostarlas en un poco de aceite y usarlas para el ceviche junto con el maíz tostado; también, comerlas tostadas como merienda. O sembrarlas).

Precalente el horno a 180°C y ponga los cubitos de ahuyama en una lata para hornear.

Esparza un chorrito de aceite por encima, agregue sal y revuelva.

Hornee la ahuyama por 30 minutos o hasta que esté tierna y dorada, pero que no se deshaga.

Pique la cebolla morada en julianas y aliñela con el jugo de limón, el cilantro picado, el ají y la sal.

Saque la ahuyama del horno, retírela de la lata y déjela enfriar. Cuando esté a temperatura ambiente, mézclela con la cebolla aliñada y deje marinar por una hora.

Cocine y tueste el maíz, y añádaselo al ceviche por encima al momento de servir.



CRISTINA CONSUEGRA, cocinera y artista.

Aunque estudió economía y antropología, la vida la fue acercando a los fogones, con los cuales logra establecer, desde la abundancia, un diálogo íntimo de cómo es que ocurren las cosas cuando el tiempo y el fuego proponen su ritmo. Allí es donde esta vegetariana está encontrando un lenguaje que acompaña con palabras.

HIDROMIEL

La hidromiel es una de las bebidas, alcohólicas fermentadas más sencillas, pues consiste en mezclar miel y agua. Técnicamente es un vino de miel. Aunque solo se necesitan estos dos ingredientes, que de hecho ya están presentes en la miel, pues alrededor del diecisiete por ciento de la miel es agua, la miel cumple la triple función de ser una fuente de dulce, de microorganismos y de medicina (paradójicamente antibiótica). La hidromiel es común en muchas culturas, lo que varía es la forma como se prepara, es decir, las proporciones que se usan de agua y miel. Al añadirle agua a la miel, los microorganismos que permanecen latentes en ella se despiertan, se alimentan de su glucosa y fructosa, y como resultado de su proceso metabólico, producen CO₂ y alcohol. El rango dentro del que se puede experimentar variando las proporciones de miel y agua es muy amplio: esta receta usa una parte de miel por cuatro de agua. Otras, como el balché maya, hecho con miel de meliponas, usa una parte de miel por diecisiete partes de agua.

Extracto del libro *Mundos Mutuos, la cocina como taller*, de su autoría, junto con Carlos Alfonso.

CEVICHE DE AHUYAMA CON MAÍZ TOSTADO*

Vi talar una palma amarga adulta, tomé savia del pozo de un bejuco de agua, me trepé a un árbol de mamey lleno de hormigas, tosté semillas de camajón para pasar el hambre, destemplé mis muelas probando los brotes del jobo, entendí mi relativa insignificancia comparando mi estatura con la de un orejón, comí guáimaro como los mayas, imaginé que el cielo era la copa de un caracolí, corté en pedazos una patilla que todavía estaba prendida de la planta, me quemé la palma de la mano con el suelo en el que crece el ajonjolí, sembré ñame, yuca, maíz, frijol y ahuyama. Alguna vez lo formulé así: el bosque seco de los Montes de María me bautizó. No tuve duda entonces de querer aceptar la invitación a participar en esta publicación con estas preparaciones inspiradas en la agrobiodiversidad y las tradiciones culinarias de los Montes de María. Cada receta es una conversación pasada y a su vez futura con este territorio; la evidencia de mi paso por sus bosques y mi anhelo por querer volver a ellos.

*Esta receta hace parte del proyecto *Mundos mutuos, la cocina como taller*, una publicación de Cristina Consuegra y Carlos Alfonso.

** Esta preparación es una variación de una receta de Nuris Caro, quien cultiva frijol cuarentano en el patio de su casa en la vereda Cañito, en San Juan Nepomuceno (Bolívar). La hicimos juntas varias veces, pues se convirtió en una manera de celebrar nuestros reencuentros que, además, en diferentes ocasiones, coincidieron con la cosecha. Su versión no tiene hierbas; para mí, haberlas incluido es una forma de invitar a que las recetas se asuman como una conversación abierta. Así mismo, en este caso, es la excusa para volver a ver a Nuris y cocinársela.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
ROSA MARÍA SORACÁ:
GANADERÍA

SANCOCHO COSTEÑO TRIFÁSICO

INGREDIENTES *calcular
cantidades por persona*

Costilla de res lavada

Espinazo de cerdo

Contramuslos de pollo

Yuca

Plátano verde pelado y partido con la mano en tronquitos

Plátano amarillo partido con cuchillo en tronquitos, dejando la piel

Mazorca

Cebolla larga

Cebolla cabezona

Ají costeño verde (topito)

Cilantro en rama

Ajo

Pimienta

Sal

Limón

PREPARACIÓN

Poner durante un rato el cerdo y el pollo en café (del que le quedó del desayuno) con agua para evitar algún sabor desagradable.

EN LA OLLA EXPRÉS

¡Atención! Si no hay olla exprés, cocinar previamente la costilla con el plátano verde.

Poner en la olla exprés la costilla de res lavada con ajo machacado, sal y pimienta.

Agregar el plátano verde.

Exprimirle un limón que caiga bien en el plátano para que no se oxide ("que no se ponga negro", en idioma costeño).

Coger media cebolla cabezona, partirla por la mitad y echarla en trozos.

Echar una rama de cebolla larga partida por la mitad.

Poner todos estos ingredientes a sudar con la tapa sobrepuesta.

Ir revolviendo.

Poner el agua de manera que cubra la costilla. Tapar la olla a presión y dejar cocinar.



EN LA OLLA GRANDE:

Picar media cebolla bien fina.

Picar una rama de cebolla larga bien fina.

Picar el ají: abrirlo por el medio, quitar las semillas y las venas, hacer cortes tipo lonjas y después cortar en pequeños cuadritos.

Machacar dos dientes de ajo.

En muy poco aceite, sofreír estos ingredientes con un poquito de sal, pimienta y una cucharadita de color.

r
Agregar la carne de cerdo y de pollo lavados (después de sumergirlos en el agua-café) removiendo y volteándolas para que se sofrían y tomen sabor.

Echar agua midiendo la cantidad de personas (calcular que el caldo de la olla exprés se añadirá).

Agregar la yuca, la mazorca y el plátano amarillo con la piel.

Agregar las ramas de cilantro.

Cocinar a fuego alto.

Sacar la espuma a medida que va hirviendo.

Dejar cocinar.

DE LA OLLA EXPRÉS A LA OLLA GRANDE:

Cuando esté la costilla y el plátano verde, pasarlos a la olla grande.

Revolver y tapar dejando una abertura para que salga el vapor.

Al rato, se prueba, para verificar la sazón (sal, limón, pimienta...).

Retirar las ramas de cilantro.

Bajar el fuego hasta el momento de servir. Subir el fuego un poco antes de servir.

Acompañar con arroz blanco.

¡A la mesa, a disfrutar y a hacer siesta después!



NAYIBE BANDA, cocinera desde que tiene memoria.

Aunque lleva décadas viviendo en Bogotá, ni el acento ni la calidez de su tierra en Carrillo, Córdoba, se le menguan ni un poquito. Heredera de los saberes y las recetas de su casa, los comparte con sus más cercanos afectos haciéndolos salivar de la dicha.

SANCOCHO COSTEÑO TRIFÁSICO

Cuando yo tenía 9 años me la pasaba con mi madrina a quien le encantaba cocinar. Ella era docente y en sus ratos libres se iba para la cocina y yo siempre estaba a su lado, aprendiéndole, y me quedaron muchas cosas suyas sobre los sancochos, no solo el trifásico, sino el de gallina, el de res, el de pescado... aunque también hacía panelitas de leche, torta de pan... todo le quedaba increíble. Ella me iba diciendo cómo iba poniendo todo para que cuando yo fuera grande y quisiera cocinar supiera cómo hacerlo. ¡Y sí que le aprendí!

Este sancocho trifásico se suele hacer cuando hay ocasiones especiales y hay mucha gente en casa. Hoy se sigue preparando igual que cuando yo era niña, porque allá en mi tierra no les gusta cambiar nada. Lo más especial es su cocción, que se hace en leña, pero siguiendo una tradición campesina muy particular, la de colocar la olla del sancocho sobre tres nidos de comején, o bindes, que se vacían y alisan con machete antes de poner a calentar. Debajo de este trípode que es como de barro se pone la madera y allí se cocina la sopa por horas. Su sabor ahumado es único.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
NELLY MADRID:
**GANADERÍA DOBLE PROPÓSITO
Y POSTRES TRADICIONALES**

ENÑAMADO DE DOÑA DIGNA

INGREDIENTES para 12 personas

- 1 ½ libras de ñame
- ½ libra de queso costeño sin sal
- ¼ libra de mantequilla de vaca
- 200 gramos de panela rayada
- 1 coco pequeño rayado
- Rayadura de un limón
- ¼ cucharadita de canela en polvo
- ¼ cucharadita de clavo en polvo
- ¼ cucharadita de anís en pepa
- 1 pizca de nuez moscada
- 20 gramos de polvo para hornear



PREPARACIÓN

Pelar y rayar el ñame.

Pelar y rayar el coco.

Rayar el queso e incorporar los ingredientes. Añadir la panela y la mantequilla y mezclar a mano en una ponchera grande.

Añadir el resto de ingredientes hasta obtener una masa suave semilíquida.

Poner mantequilla en una lata de hornear pan. Y añadir la mezcla.

Precalentar el horno a 350 grados centígrados.

Poner la mezcla en el horno por unos 35 minutos a 350 grados centígrados.

Revisar constantemente punzando con cuchillo hasta que éste salga limpio.

Servir acompañado de un buen café caliente.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
MARÍA DEL PILAR ESPINAL:
CAFÉ



MOUSSE DE CAFÉ A LA TÉCNICA DE VAPOR CALIENTE

INGREDIENTES para 4 personas

- 4 claras de huevo
- 10 cucharadas de azúcar blanca
- 2 sobres de gelatina sin sabor
- 1 taza de café bien fuerte
- 300 gramos de crema de leche
- Viruta de chocolate semiamargo al gusto

PREPARACIÓN

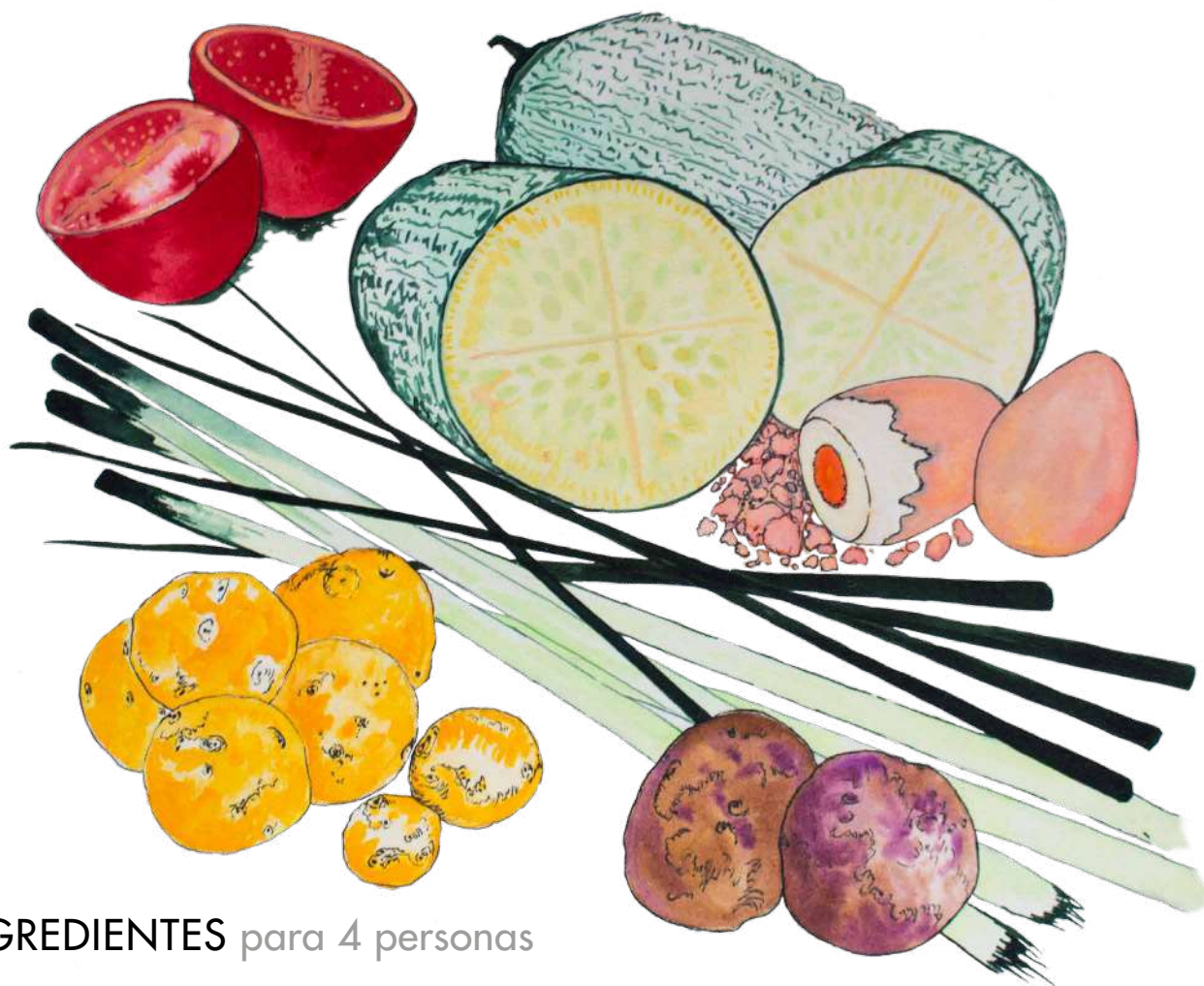
Levantar las claras a punto de nieve con batidor de globo y añadir una a una las cucharadas de azúcar hasta que la mezcla haga picos fuertes.

Añadir poco a poco la crema de leche con movimientos envolventes para no sacar el aire del batido. Añadir poco a poco el café.

Finalmente, añadir la gelatina sin sabor, fría y poner en moldes para refrigeración por unas dos horas.

Desmoldar con una inmersión breve en agua tibia, servir y coronar con virutas grandes de chocolate semi amargo al gusto.

SANGO DE BOLO



INGREDIENTES para 4 personas

1 bolo tierno pequeño (Calabaza tierna pequeña)

6 papas guayabas pequeñas en rodajas (papa criolla)

2 papas pardas (sabaneras)

1 cebolla larga

2 tomates chontos maduros

¼ libra de mantequilla

Aceite achiotado

2 huevos duros (cocidos durante 5 minutos)

sal, pimienta y cilantro

PREPARACIÓN

Lavar el bolo

Sacar en lajas o rodajas bien finas y poner en cocción con agua, sal y hierbitas aromáticas.

Aparte, preparar un guiso de tomate y cebolla, sobre aceite. Una vez está listo el sofrito se añaden las tajadas de bolito. El sango debe quedar con textura de puré y se añade un toque de ají.

Cuando está así se sirve individual y se añade el huevo duro cortado en rodaja y el cilantro picado.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
WILSON BETANCOURT:
CAFÉ



CAFÉ EL POLO

INGREDIENTES para 4 personas

- 1 litro de leche
- 2 cucharadas de mantequilla de vaca
- 4 cucharaditas de azúcar
- 16 galletas de soda, saladita
- Canela en polvo al gusto

PREPARACIÓN

Hervir un litro de leche con azúcar al gusto y espumarla. Chavita nos recomienda hacer tazas grandes porque según ella es "gustadorcita" y la gente siempre quiere más. Tradicionalmente en el café El Polo ejecutan la receta con la máquina de vapor de preparar café, sin embargo en casa se puede hacer espumando con molinillo o pasando a licuadora la leche bien caliente con una cucharadita de azúcar y dos galletas de soda, por porción.

Una vez se sirve, en cada taza se adiciona la miga de dos galletas, media cucharada de mantequilla y, finalmente, se espolvorea con canela en polvo.



LUISA ACOSTA, investigadora gastronómica.

Tiene el don de la pedagogía en la sangre. Sabe contar historias y la guía la curiosidad infinita que, desde ya hace unos años, se ha centrado en la cocina de nuestro país.

ENÑAMADO DE DOÑA DIGNA

Esta receta de “Enñamao”, que originalmente se prepara con yuca y que se denomina “Enyucao”, la hemos desarrollado con ella en el marco de un laboratorio de ñame que tiene como objetivo promover el consumo de ñame en esta ciudad. Un trabajo que venimos desarrollando desde la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, Escuela de Diseño Industrial, y que lidera el profesor Andrés Sicard desde el Grupo de investigación Ñami Ñame.

El resultado final que obtuvimos fue tan increíble que muchos de los asistentes, oriundos de Ciénaga de oro, Córdoba, coincidieron en que podría ser superior el producto al original de yuca. En todo caso, el asunto de las tradiciones alimentarias es bien complejo y muy difícil de alterar, teniendo en cuenta la vigorosa conexión con las raíces y el territorio. Sin embargo, una actividad como esta nos permitió, de la mano de la propia sabedora tradicional, desarrollar nuevas alternativas de uso del ñame que resulta ser un producto muy versátil, rico en propiedades nutricionales y delicioso a la hora de protagonizar preparaciones en casa.

MOUSSE DE CAFÉ A LA TÉCNICA DE VAPOR CALIENTE

Alguna vez, una cocinera del Eje Cafetero me contó que inventarse recetas con café, dulces o saladas, era una necesidad. Que no entendía un lomo con café, por ejemplo; que el café se tomaba y punto. No obstante, acá me aventuro a proponer esta cremosa mousse recogiendo la tradición de cocinar al vapor del Café El Polo, de Salamina, Caldas, y haciendo un espumoso postre con el aromático café de la zona.

CAFÉ EL POLO

Mis recorridos por los territorios de Colombia comenzaron en el año 2008 y 2009 como asesora del Ministerio de Cultura en diferentes proyectos de recuperación de memoria cultural local. Para el año 2013 desarrollé una metodología para la implementación de la Política de conocimiento, salvaguarda y fomento de la alimentación y las cocinas tradicionales de Colombia, de tal manera que en ese año tuve la suerte de conocer a Ana Isabel Bernal Victoria, hija de Soledad Victoria. Soledad Victoria fue la cocinera tradicional de Salamina, Caldas, que contribuyó con sus saberes y parte del patrimonio culinario de la región a Carlos Ordóñez para su obra “El gran libro de la cocina colombiana”.

De ella he aprendido en estos siete años que el capital más poderoso en un territorio son las relaciones que se establecen con las comunidades, su pasión por la cocina y la manera de entregar amor incondicional a quienes venimos por Colombia haciendo la tarea de valorar y dignificar los oficios y las cocinas tradicionales locales. La receta del “Sango de bolo” pertenece a esta tradición local y Ana Isabel reconoce en ella los recorridos de infancia en el municipio en que ha vivido toda su vida.

En Salamina siempre le recuerdan a los viajeros que le llaman bolo a la calabacita pequeña y joven; sin embargo, esta misma calabaza adulta y de gran tamaño, tiene otro nombre: Vitoria. De acuerdo al relato de Chavita, como le dicen con cariño a Ana Isabel, el nuevo nombre obedece a que, por su gran tamaño y textura, es considerada “gecha” y mayor. El pueblo está lleno de una memoria viva habitada por historias como esta que son compartidas por todos sus habitantes.

Así mismo, en este imaginario popular de la cultura alimentaria se encuentran también recetas de tradición popular local como la “Macana”. Esta es una preparación originada en el café El Polo cuyo fundador la desarrolló en la década de 1950 usando la inyección de vapor de su poderosa máquina de café. Algunos la describen como un postre y otros con textura espesa de colada, en todo caso, de acuerdo a las historias de Chavita, cada visitante que pasa por el pueblo se lleva en su paladar la memoria cálida de sus anfitriones con este sabor que queda anclado para siempre en su recuerdo.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
ANDRÉS CASTRO Y FABIÁN CIRO:
AJÍ TABASCO Y LIMONES



SALSA DE AJÍ



INGREDIENTES 1 frasco

- 2-3 ajíes tabasco frescos
- 2 tomates chontos
- 1 diente de ajo
- 1 cebolla cabezona pequeña
- 1 puñadito de cilantro fresco
- 1 puñadito de perejil fresco
- 1/2 cucharada de achiote molido
- 1 cucharadita de semillas de cilantro molido
- 1 cucharadita de pimienta negra molida
- 1 limón
- 1 cucharada de sal marina
- 2 cucharadas de aceite vegetal

PREPARACIÓN

En un sartén o paila a fuego medio, soasar los ajíes, el ajo y los tomates enteros, junto con la cebolla cortada por la mitad, hasta dorar todos muy bien y cada una de sus partes.

Cuando los ajíes estén listos, retirar las semillas para menguar el picante, si se quiere una versión con más pique, se dejan las semillas.

En un mortero o licuadora, verter primero todos los ingredientes soasados con una pizca de sal, moler o triturar, luego agregar el cilantro, el perejil, el achiote, las semillas de cilantro, la pimienta, el jugo de limón, el resto de la sal y el aceite.

Moler o triturar de nuevo, hasta lograr una consistencia uniforme.

Envasar en un recipiente con tapa y dejar reposar una noche, aunque se puede comer de inmediato es mejor esperar unos días para que se asiente bien.

Conservar en un lugar fresco y en sombra.



CARLOS ALFONSO, artista visual.

Interesado en lo anecdótico, en la oralidad y en las múltiples narrativas que se pueden tejer desde la abstracción y la especulación. En su práctica, lo pictórico se considera una suerte de intervención que se articula con otros medios, es decir, su poder de representación no se limita a la creación de una imagen, sino más bien abre posibilidades para dialogar e incorporarse con otros marcos de interpretación, donde la escultura, el texto, la cocina, lo audiovisual y el recurso editorial hacen parte de sus procesos de contestación. Esto lo ha llevado a colaborar con otras personas en diferentes contextos, ha participado en la residencia de Flora ars+natura (2019) donde su estudio se extendió hacia la cocina como un espacio de experimentación social entorno al alimento y la hospitalidad, como resultado de esta experiencia, se publicó el libro *Mundos mutuos, la cocina como taller* en coautoría con la antropóloga Cristina Consuegra bajo la editorial Cajón de sastre (2020). Ese mismo año hizo fue invitado a hacer parte de *piedrapiedrapiedra*, segundo encuentro de arte y cocina organizado por Plural nodo cultural. Actualmente vive en el campo, intenta sembrar plantas comestibles y sigue trabajando alrededor de hornos y esculturas en adobe, las cuales son tratadas como piezas para ser activadas por medio de encuentros culinarios en torno al fuego.

SALSA DE AJÍ

Al no masticar y al tener papilas gustativas fuera de lo común, los pájaros pueden ingerir plantas que para otros animales son tóxicas o imposibles de tolerar. Entre tantas, el fruto de la planta del ají es una de ellas, ya que al parecer no registran el picante de la misma forma que los mamíferos. La capsaicina es la sustancia que nos hace sentir picor en la lengua al comernos un ají, ésta se concentra principalmente en sus semillas y membranas, por eso al tragar entero, para el pájaro esa sensación punzante no existe o quizás le gusta tanto que no reacciona. Esta tolerancia o resistencia al picante, conlleva a especular que las aves al ser los descendientes más cercanos de los dinosaurios, se les otorgue esta función evolutiva con una enigmática misión. Aquel pájaro que carga ají en su buche y estómago está también cargando calor, su tracto digestivo trabaja como un vehículo que guarda, transporta y luego deposita –una forma de domesticar el fuego encapsulado en el ají.

Como animales, nuestros cuerpos no tienen la capacidad de autorregular la temperatura, tampoco podemos retener el calor por mucho tiempo, es decir, que necesitamos sostener un equilibrio energético para estar con vida. Nuestra relación con el mundo, se basa en un acuerdo térmico determinado por el alimento, el sol, el agua, el aire, el movimiento, el sueño, el afecto y demás elementos para alargar nuestra existencia. Por lo tanto, en varias comunidades indígenas y campesinas, dentro y fuera del continente americano, el ají se integra en este proceso para animar y calentar todo lo que toca. Sobre esto, varios estudios arqueológicos coinciden en que el primer rastro del ají usado en la cocina, se ubica en la región andina de Bolivia y Perú, por esta razón se habla de esta zona como el suelo originario del ají. De ahí en adelante, su camino se extiende entre la culinaria y la curandería, se convierte en un componente cardinal para potenciar las comidas y las bebidas, para aliviar el dolor, para mejorar el flujo sanguíneo, para desinflamar, para la cicatrización, para evitar enfermedades cardiovasculares, para subir las defensas, para la respiración, para desinfectar, para proteger, para hacer limpias y alejar las malas energías, para transferir el calor que no podemos producir.

De todo lo contenido en el ají, siempre llevaré la imagen de un pájaro de fuego, silbando humo y echando semillas desde el cielo. Nos enseñó a comerlo, a cuidarlo y a multiplicarlo y en su diversificación lo nombramos: ají pajarito, dulce, pico de loro, ojo de pescado, chirca, manzano, cereza, amarillo, rocoto, pipí de mono, colorado, morita, serrano, putaparió, habanero, ciruelo, pasilla, chombo, limo, pipí de perro, uña de pava, chile, panca, caballo, poblano, charapita, locoto, chipotle, piquín, cacho de cabra, chiltepe, guajillo, cayena, perón, ojo de pájaro, tabasco...

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
**YURUMANGUÍ, CONSEJO
COMUNITARIO DE LA CUENCA
DEL RÍO YURUMANGUÍ:
PIANGUA, ÁRBOL DEL PAN**



TAMAL DE PIANGUA

*NELLY CUERO

INGREDIENTES para 4 a 6 personas

- 1 libra de piangua
- 4 plátanos verdes
- 3 atados de hoja de bijao
- 4 tazas de leche de coco
- 1 atado de hierbas azotea (oreganón, cilantrón, poleo, albahaca y cebollín)
- 3 tomates chontos maduros
- 1 cebolla larga
- 1 diente de ajo
- ½ taza de aceite achiotado

PREPARACIÓN

Cortar la cebolla larga y el tomate en cortes bien pequeños para guiso.

Poner en el caldero aceite achiotado (este aceite se obtiene luego de poner en cocción lenta pepas de achiote y aceite por una media hora) y freír hasta obtener una consistencia cremosa. Se puede adicionar agua si se ve que está secando demasiado.

Pelar los plátanos verdes y llevar a cocción en leche de coco hasta que ablanden.

Luego pasar por rayador, añadir unas tres cucharadas de guiso de tomate y cebolla, sal al gusto y amasar hasta obtener una masa suave y homogénea.

Sacar la pianguas de la concha, lavar muy bien y cortar en pequeños cubos.

Cortar el ajo muy pequeño así como tres cucharadas de hierbas de azotea.

Poner en aceite achiotado el ajo, las pianguas y las hierbas de azotea hasta saltear por completo.

Limpiar muy bien las hojas de bijao y brillar con aceite achiotado. Para armar el tamal se ponen dos hojas de bijao cruzadas y sobre ellas media taza de masa de plátano verde. Sobre esta cantidad, poner cuatro cucharadas grandes de guiso de piangua. Se cierra el tamal y se anuda con cuerda de fique. Una vez se han armado los tamales se ponen en cocción en agua caliente por una hora.

Se sirven calientes acompañados de ají.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
YURUMANGUÍ, CONSEJO
COMUNITARIO DE LA CUENCA
DEL RÍO YURUMANGUÍ:
PIANGUA, ÁRBOL DEL PAN



DULCE DE FRUTO DEL ÁRBOL DEL PAN

**CARMEN ROSA ANGULO

INGREDIENTES para 4 a 6 personas

- ½ libra de semillas del árbol del pan
- 1 litro de leche de coco extraída de manera artesanal
- 1 taza de azúcar
- 2 tazas de leche en polvo diluida
- 2 astillas de canela

PREPARACIÓN

Poner a cocinar las semillas del árbol del pan en agua durante una hora.

Retirar la piel exterior aún calientes y poner en licuadora con las dos tazas de leche en polvo diluidas en agua caliente hasta lograr una masa suave.

Esta mezcla se pone en cocción con la leche de coco, el azúcar y la canela a fuego medio por una media hora.

Revolver constantemente porque se puede pegar en la base de la olla.

Una vez se obtiene una textura como de arequipe se retira del fuego y se pone en moldes individuales a los cuales se les puede añadir uvas pasas.



LUISA ACOSTA, investigadora gastronómica.

Tiene el don de la pedagogía en la sangre. Sabe contar historias y la guía la curiosidad infinita que, desde ya hace unos años, se ha centrado en la cocina de nuestro país. En esta ocasión rescata para nosotros recetas de NELLY CUERO* y CARMEN ROSA ANGULO**.



ALONSO SÁNCHEZ BAUTE, escritor.

Además de ser un prolífico narrador de libros tan icónicos como *Al diablo la maldita primavera*, *Libranos del bien* o *Leandro*, es un goloso que aquí nos cuenta, como lo hace siempre él, con rigor y curiosidad, sobre esta deliciosa receta del corazón de su tierra vallenata.

*NELLY CUERO, Comité de mujeres trabajadoras de la piangua del Río Cajambre.

De Nelly Cuero recuerdo su amplia sonrisa, en su casa en Cali, donde la conocí mientras trabajamos en el levantamiento y preparación de su tradicional tamal de piangua para la colección de libros de las Escuelas Taller de Colombia denominados “El sabor de una tradición”, cuya investigación de campo realicé durante el año 2013. Esta receta se encuentra en el tomo de Buenaventura. La receta fue ganadora del Premio Nacional de Gastronomía del Ministerio de Cultura en el año 2007. Nelly ha sido ampliamente reconocida por su trabajo y dedicación en la transmisión de estos saberes así como por su espíritu emprendedor y fortaleza de carácter. La piangua es un crustáceo que habita en los “pies” de los sistemas de manglar, en ciertas zonas del pacífico colombiano. Son las mujeres quienes se dedican a la recolección de esta especie y por ello les llaman “piangueras”. Es un producto con un sabor acentuado y particular que alegra los guisos, arroces y sopas de algunos territorios del Pacífico colombiano. La originalidad y delicadeza de esta masa de plátano bañada con el guiso de pianguas, activado por las hierbas de azotea, resultan en una fiesta de sabor y texturas. Resultará una gran experiencia y valiosa oportunidad intentarlo.

**CARMEN ROSA ANGULO, Profesora de cocina de la Escuela Taller de Buenaventura.

De igual manera, conocí a Carmen Rosa haciendo la investigación de campo para la producción de los libros de las Escuelas Taller de Colombia denominados “El sabor de una tradición”. Esta receta se encuentra en el tomo de Buenaventura. El ejercicio fue realizado con los estudiantes del Técnico de cocinas de la Escuela Taller de Buenaventura con quienes disfrutamos de una semana maravillosa con la calidez y sabiduría de Carmen Rosa. De esta receta se destaca que no se usa, como en otros lugares del país, el fruto del árbol del pan sino sus semillas. La consistencia queda como la de una especie de arequipe, cremosa, y con aroma y sabor sutil de añejo que engolosina los paladares. Para los chicos de Buenaventura fue toda una aventura porque el sabor está muy arraigado en su memoria y en sus afectos.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
SEGUNDO SALOMÓN CHITÁN
PIMIENTA

MEDALLÓN BASTIDAS CON SALSA DE PIMIENTA VERDE



INGREDIENTES calcular
cantidades por persona

PARA EL MEDALLÓN

250 gramos de lomo de res

Sal al gusto

Marinada para carne: mezcla de aceite, limón
y especias (una cucharada por medallón)

80 gramos de papa fósforo

10 gramos de cebolla crispi

2 tomates chontos medianos

¼ de taza de salsa Bastidas

PARA LA SALSA BASTIDAS

2 cucharadas de aceite de oliva

2 ½ cucharadas de mezcla de pimientas
de origen Putumayo (en pepa)

½ taza de brandy

1 ½ taza de crema de leche

1 ½ taza de leche evaporada

1 ½ cucharadas de mezcla de pimientas
de origen Putumayo (molida)

½ taza de caldo de res

Sal al gusto

PREPARACIÓN

Poner el lomo sobre una tabla y con un cuchillo hacer un corte transversal para romper las fibras y con un mazo de acero inoxidable golpear suavemente para darle forma al medallón.

Con una brocha agregar la marinada para carne y luego agregarle sal.

Introducir el lomo en el horno entre 250 °C y 300 °C.

Dejar marcar un lado y luego voltear, agregarle la marinada para carne y la sal y dejar hasta marcar el lomo, teniendo en cuenta el término deseado.

Para emplatar, agregue la salsa Bastidas en el plato y coloque el medallón con la cebolla críspi encima. Al lado, colocar ½ tomate chonto previamente parrillado.

Como acompañamiento, servir una porción de papa fósforo.

Y PARA LA SALSA

En una sartén agregar el aceite de oliva y la mezcla de pimientas en pepa. Dejar sofreír por dos minutos y agregar el brandy (retirar la sartén de la estufa para agregar el licor ya que prende llama).

Dejar sofreír durante tres minutos aproximadamente y agregar el caldo de res.

Agregar la crema de leche y la leche evaporada.

Revolver y dejar en reducción.

Agregar la mezcla de pimientas molidas y la sal. Dejar reducir a fuego medio bajo, revolviendo constantemente para que no generen grumos.

Rectificar el sabor y la textura de la salsa, que debe ser espesa.

Servir los medallones sobre la salsa.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
CLARA GLADYS CARRILLO:
YACÓN



TIRADITO DE TILAPIA Y YACÓN

INGREDIENTES para 4 personas

Yacón

2 cucharaditas de ají dulce topito

¼ de cebolla roja pequeña

2 cucharadas de pasta de ajo

Sal al gusto

1 pizca de azúcar blanca

2 cucharadas de zumo de limón

1 cucharada de aceite de oliva

2 cucharadas de cilantro

100 gramos de filete de tilapia

PREPARACIÓN

Tomar el ají topito y retirar las semillas y el pedúnculo.

Picar en julianas finas y reservar.

Tomar la cebolla cabezona, retirar el pedúnculo, pelar, cortar en julianas finas y reservar.

Con el yacón, pelar y cortar en julianas finas y reservar.

Tomar el cilantro, picar finamente y reservar.

Con la tilapia, cortar en láminas en el sentido de las fibras y reservar.

En un bol, agregar todos los ingredientes y revolver.



GUILLO VIVES, empresario restaurador y consultor.

Fundador de Gaira Café, el icónico rincón samario en Bogotá, allí se ha dedicado a exaltar la cocina colombiana y a traer sus ingredientes preferidos a la mesa: el coco, el cayeye, el zapote, el mamey, el níspero, así como delicias de la Guajira, el Amazonas y el Pacífico. Abanderado de la paz, mucha de su cocina es con productos de restitución de tierras.

MEDALLÓN BASTIDAS CON SALSA DE PIMIENTA VERDE

Hemos identificado que esta sinergia entre productores, instituciones del Estado y el apoyo de la empresa privada y los restaurantes es uno de los caminos más eficaces para reconstruir el tejido social del campo. Esta mezcla poderosa ha logrado que hoy en día podamos, por ejemplo, cocinar un plato como el medallón Bastidas con una de las mejores pimientas del mundo, cultivada por los campesinos restituidos del Putumayo que dejaron atrás los cultivos de coca para apostarle a la legalidad y al emprendimiento.

TIRADITO DE TILAPIA Y YACÓN

Hoy en día el mundo gastronómico es cada vez más consciente de la necesidad de buscar productos locales y llegar directamente al campesino. Los chefs sabemos que nuestro deber es, a través de nuestras creaciones, honrar el largo vínculo entre el campesino y la tierra. Por eso nuestra mirada se ha volcado de nuevo hacia lo propio, y con esta receta le quiero rendir homenaje a la pesca y a este tubérculo dulce que es el yacón. Haciendo estas recetas reconocemos que ya no tenemos que comprar productos extranjeros porque aquí tenemos beneficiarios de restitución produciendo con los más altos estándares de calidad.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
AMALIA ROA LEÓN:
GANADERÍA



PASTELES DE ZULIA

INGREDIENTES para 4 a 6 personas

- 1 taza de yogurt griego
- 3 tazas de harina de maíz amarillo
- ½ taza de aceite vegetal
- 1 taza de panela rallada
- 3 huevos
- ¼ de cucharita de bicarbonato
- 1 taza de fruta de cosecha

PREPARACIÓN

Precalentar el horno a 180° C.

En un recipiente batir los huevos con la panela, hasta que tomen un color de crema.

Agregar la harina, el polvo y el yogurt, mezclar muy bien.

Verter el aceite en forma de hilo y batir hasta incorporar todos los ingredientes.

Enharinar y enmantequillar pocillos, llenar ¾ partes con la masa y hornear durante 20 minutos o hasta que al introducir un cuchillo salga limpio.

Decorar y acompañar con yogurt griego con trozos de fruta de temporada picada.

Frutos de la RESTITUCIÓN

PROYECTO PRODUCTIVO DE
KELMER AUGUSTO CARDONA:
AGUACATE



CREMA DE AGUACATE TOLIMENSE

INGREDIENTES para 4 a 6 personas

- 5 aguacates Hass maduros
- 1 tallo de cebolla larga con hojas verdes
- 3 tomates chonto maduros
- 2 dientes de ajo
- 1 cucharita de tomillo
- 1 rama de cilantro (con raíz)
- 1 litro de caldo de gallina criolla
- 1 arracacha cocinada
- 1 taza de leche de vaca
- 1 cucharita de sal
- 2 cucharadas de aceite vegetal (girasol, soya, maíz)

PREPARACIÓN

Picar la cebolla, solo la parte blanca.

Rallar los tomates con cáscara y picar finamente los ajos.

En una olla, poner a calentar el aceite, agregar la cebolla picada, el tomate, el ajo y sofreír.

Agregar el caldo de gallina, el comino, la raíz del cilantro y poner a hervir.

Una vez hierva, agregar el aguacate en trozos, la taza de leche y la sal. Reducir hasta la mitad.

Con ayuda de un pelador de papa, sacar tiras de arracacha y freír en abundante aceite hasta que doren.

Colar la raíz de cilantro, licuar muy bien la preparación.

Servir acompañado de las arracachas fritas, las hojas de cebolla y cilantro picadas.



DANIEL VELOZA, cocinero y coordinador del Componente de Educación Alimentaria y Nutricional de la FAO.

Guardián de la seguridad y la soberanía alimentarias, este nariñense que ha estado cerca de los fogones desde la infancia, se ha dedicado a escarbar y maravillarse con los saberes de campesinos y las comunidades étnicas para devolverles, en sabrosas recetas de sal y dulce, lo que a veces se les olvida: su inmenso legado.

PASTELES DE ZULIA

Zulia tiene una herencia indígena que me llamó poderosamente la atención, particularmente la historia del cacique Cúcuta. Me fijé en la producción de la zona, y en especial en el interés de los dos Santanderes por la guayaba, porque el clima se presta muchísimo para su crecimiento; de allí surgió esta receta de pasteles de Zulia. Tienen una base de harina de maíz, ingrediente que hace parte esencial de la cosmovisión gastronómica indígena, pues no hay nada más importante para las cocinas tradicionales e indígenas que el uso del maíz. De hecho, nosotros deberíamos consumir más maíz ya que por herencia genética tenemos una predisposición para asimilarlo mejor. Por eso estos pasteles sabrosos, para regresar al origen de alguna manera. Y si le sumamos el yogurt griego que es delicioso para elaborar tortas, descubrirán una opción rápida y fácil para preparar en casa, con ingredientes muy colombianos. La propuesta está hecha con frutas de cosecha, sin un énfasis en particular en alguna porque eso sesga, así que la fruta de su preferencia píquela y mézclesele al yogurt, un toque saludable y orgánico. ¡Disfrútenlo!

CREMA DE AGUACATE TOLIMENSE

No hay nada más colombiano que un aguacate. De ahí mi inspiración para esta receta. No falta un día en el que no se nos aparezca en la calle ese sonido genial ¡Aguacate! ¡Aguacate! y, prácticamente todos los almuerzos familiares colombianos, paseos de olla, sancochos o celebraciones van acompañados de uno. Hago una crema de aguacate porque una sopita cuando se está triste sienta muy bien. También, cuando estamos agripados lo primero que nos mandan es una sopa bien caliente o, por el otro lado, cuando uno va a celebrar algo especial, los sancochos y todos los preparados de consomés siempre cargan algo significativo y muy emocional. De ahí esta preparación. Al tiempo, no hay nada más tolimense que la lechona o un buen sancocho, por eso enlacé todos estos elementos, a los que les sumé unos crocantes de arracachas, todos ingredientes que se producen en la zona.



ILUSTRACIONES: Lilitiana Sánchez

El trabajo artístico de Lilitiana Sánchez es meticuloso en el estudio de la materia y de su peso, o ligereza, en el espacio. Mantiene una relación discreta e íntima con el dibujo, que explora con exquisitos gestos.

Lilitiana no es ilustradora, tampoco es cocinera, pero su obra ha pensado mucho en la comida y la vida del alimento. En su transformación y lo que simboliza. Hace poderosas instalaciones escultóricas y fotográficas que la han llevado por el mundo encontrando los sujetos de investigación que la seducen. Ahora mismo, los Alpes suizos la tienen capturada.



Dominique Rodríguez Dalvard

Esta periodista cultural que se ha formado en salas de redacción de distintos medios nacionales (Cromos, Cambio, Diners, El Tiempo), desde hace ya unos años explora su oficio desde la independencia. Le interesa el ejercicio de y con la palabra, sus muchas formas, sonidos y profundidades, así como la capacidad infinita de la escritura.

Su universo transita entre reseñas literarias, ensayos de arte, reportajes, investigaciones, experimentos de creación colectiva, cartas y una escritura personal que le ruega que se deje también alimentar por la imaginación. Y hablando de alimentos, es una golosa y la cocina es su territorio del afecto.

WWW.URT.GOV.CO

